
COLECCIÓN
PASADO IMPERFECTO
ORO Y ESPADAS
Daniel Balmaceda
Desde que
Pedro de Mendoza
se instaló en Buenos Aires
por culpa de un loco
hasta cinco minutos
antes de Mayo de 1810
NUEVA EDICIÓN ACTUALIZADA
MAREA EDITORIAL

ORO Y ESPADAS

Daniel Balmaceda

Desde que
Pedro de Mendoza
se instaló en Buenos Aires
por culpa de un loco
hasta cinco minutos
antes de Mayo de 1810



Balmaceda, Daniel
Oro y espadas : desde que Pedro de Mendoza se instaló en Buenos Aires por culpa de un loco hasta cinco minutos antes de Mayo de 1810 . - 2a ed. - Buenos Aires : Marea, 2011..
E-Book.
ISBN 978-987-1307-59-3
1. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982

Diseño de tapa y de la colección: Gaby Feldman
Edición: Constanza Brunet
Asistencia de edición y corrección: Virginia Ruano

dbalmaceda@editorialmarea.com.ar

Pico 1850 (1429EFD) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: +5411 4703-0464
marea@editorialmarea.com.ar
www.editorialmarea.com.ar

A Silvia, Sofía y Pancho Balmaceda, una vez más.

Introducción

Todavía no crearon la máquina del tiempo. Los que la inventen deberán apurarse porque aquí tienen un potencial viajero frecuente que no pararía de sumar millas (o años) en cantidad.

Me encantaría mirar los quince minutos del famoso combate de San Lorenzo desde la torre del convento de San Carlos, pararme en medio de la Plaza el 25 de Mayo, asomarme por la ventana de la Casa de Tucumán, subirme a una azotea durante la Reconquista y la Defensa, esconderme detrás de una cortina en la entrevista de Guayaquil, observar desde el palomar los dos imponentes ejércitos que se plantaron frente a frente en Caseros... La enumeración sería infinita, aun sin salirme de la historia argentina. Todos los hechos que mencioné pertenecen a una época en la que supongo me hallaría cómodo, a pesar de las distancias temporales. Sin embargo, si viajara a nuestra tierra durante los siglos xvi a xviii, me da la impresión de que sentiría que estoy en otro planeta.

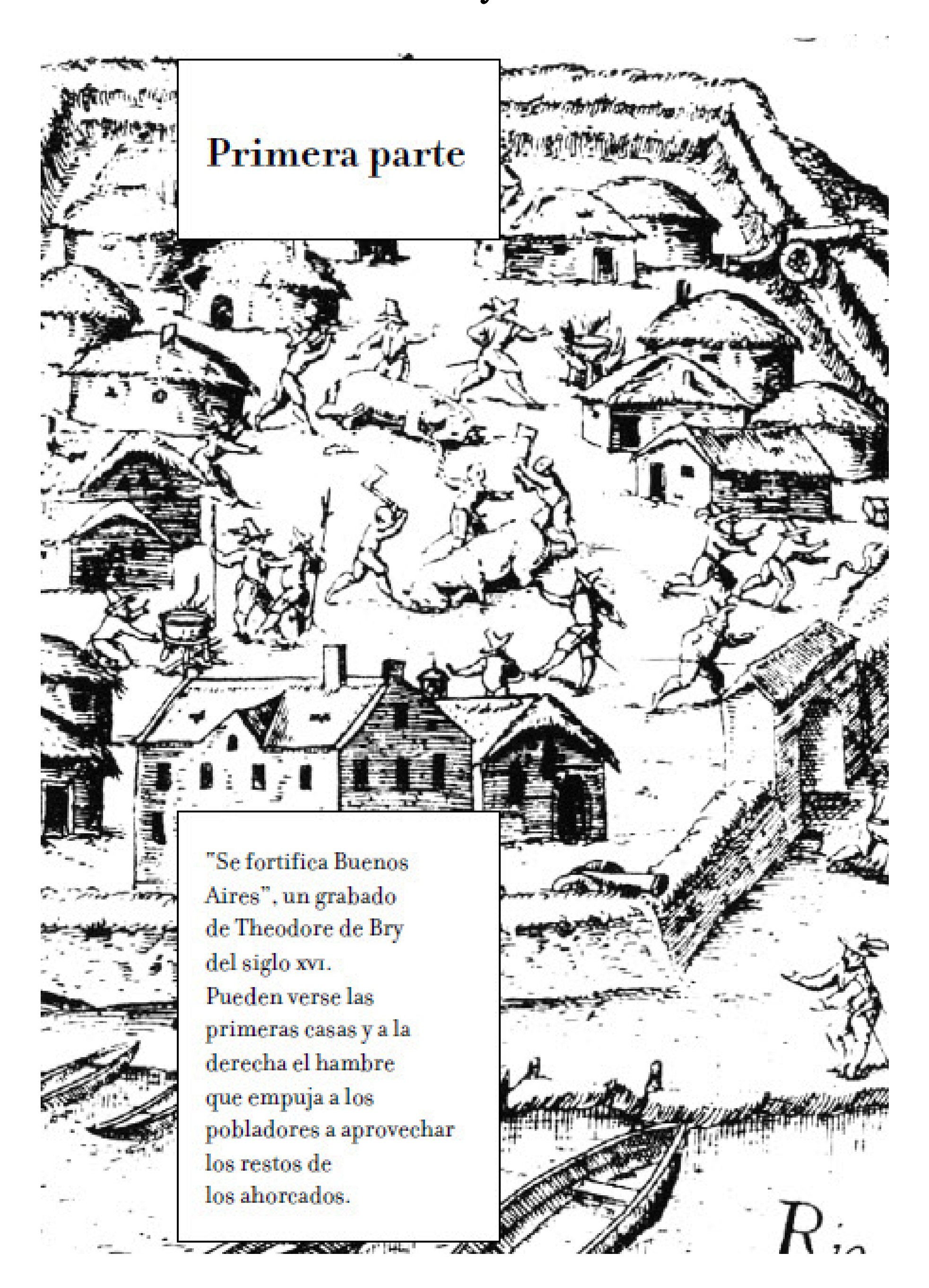
Una lluvia de flechas cae sobre Solís, Pedro de Mendoza ordena comerse las suelas de los zapatos, se forman harenes en Asunción, dos enemigos se sientan en el mismo estrado para gobernar el Plata, Cabeza de vaca deambula desnudo por Norteamérica, a Garay le parten la cabeza con un palo. Buenos Aires empieza su historia siendo una ciudad mugrienta, maloliente. Con unos pocos ranchos bien precarios, con vecinos que no se bañan casi nunca, con sacerdotes chiflados, con contrabandistas ocupando cargos principales, con gobernadores extravagantes, con un potentado que se pasea vestido de fraile y repartiendo limosnas, con pestes que siembran de muertos sus calles, con invasiones de hormigas y de loros, con corridas de toros frente al Cabildo.

Más allá, en Tucumán, un funcionario presenta sus excrementos como prueba en un juicio. En Luján, los ingleses patean una pelota que termina en el techo del Cabildo. En Irlanda, un fantasma se entromete en la familia de un gobernador porteño. un virrey renuncia por amor, otro es atacado en la calle por inmoral y otro muere en un accidente de tránsito en uruguay. una travesti desembarca en las Malvinas y un gaucho recibe una multa por mal estacionamiento del caballo. En Santiago del Estero, un alférez se muere de bronca, y en Jujuy, un militar se muere de alegría. un paraguayo decide caminar desde Santa Cruz hasta Buenos Aires. En Río de Janeiro, Beresford se arrepiente de haber ofendido a las porteñas. Dos vecinos cabalgan hacia Colonia, cruzando el cauce del desaparecido Río de la Plata; uno de ellos quiere instalar un criadero de negros. un obispo se mete en la cárcel y se lleva un preso a su casa. un grupo de estudiantes toma el principal colegio porteño. En el Cabildo discuten la madurez de los

duraznos, la circulación de los vecinos por la puerta del edificio y la declaración de guerra a Dinamarca.

Aquella época –de boqueteros, promesas de amor cumplidas e incumplidas, excomuniones para gobernadores y bailarines, abogados que siembran el terror y hombres que pagan por gobernar a Buenos Aires– es un manantial de hechos trágicos, curiosos, románticos y desopilantes. Al final del libro se encuentra una nutrida bibliografía. Con las obras de esos magníficos autores pude construir mi máquina del tiempo y conocer ese extraño planeta. Los invito, queridos lectores, a participar de esta travesía que se inicia en noviembre de 1507 y termina cinco minutos antes de Mayo de 1810. No se ajusten los cinturones, pónganse cómodos. Allá vamos…

Daniel Balmaceda



Primera parte

"Se fortifica Buenos Aires", un grabado de Theodore de Bry del siglo XVI. Pueden verse las primeras casas y a la derecha el hambre que empuja a los pobladores a aprovechar los restos de los ahorcados.

1. La búsqueda del paso

Cuatro exploradores reconocidos, mil quinientos codiciosos, dos marinos con imaginación, un enfermo de sífilis y un loco de remate se necesitaron para que naciera Buenos Aires.

Todo empezó en la reunión cumbre que organizó el rey Fernando el Católico, el 7 de noviembre de 1507, con los cuatro marinos más experimentados de la Corona:

-vicente Yáñez Pinzón, quien había comandado la carabela “Niña” en el primer viaje de Cristóbal Colón.

-Juan de la Cosa, ex espía del Rey, comisionado en Lisboa para seguir los movimientos de los portugueses, quienes lo echaron cuando descubrieron que era un agente español.

-El florentino Américo vespucio, junto con De la Cosa, el mejor cartógrafo de la época. En 1501 y 1502 había recorrido la costa del nuevo continente y tenía información valiosa acerca de Sudamérica.

–Y Juan Díaz de Solís, el menos capacitado de los cuatro, pero conocedor de varios secretos de los portugueses, ya que sirvió en la Corte de Lisboa. Los lusitanos reclamaban la extradición de Solís para juzgarlo por traidor.

En aquella cumbre, el rey Fernando les dio la misión de encontrar un paso, fuera estrecho o no, que les permitiera atravesar la tierra que había descubierto don Cristóbal, con el fin de llegar a las Indias orientales.

Suele decirse que Colón estaba muy equivocado porque creyó que había llegado a las Indias. Sin embargo, el Almirante, uno de los marinos más capacitados de todos los tiempos, siempre habló de las Indias; claro, pero de las occidentales.

Sabía distinguir las Indias occidentales (América) de las orientales (Asia). Lo que no sabía él ni nadie era de qué manera estaban conectadas las dos Indias. Podía ser un mar, podía ser una porción de tierra, podía ser una cadena de montañas. Colón ya había muerto cuando Fernando organizó el cónclave de expertos. Si no, él hubiera sido el invitado número uno.

La cumbre no dio los resultados esperados. vespucio murió en 1512 sin haber aportado más que dinero a algunas nuevas expediciones. De la Cosa buscó el paso por la zona de la actual Colombia y lo mataron los nativos en 1510. Yáñez Pinzón y Solís viajaron juntos, recorrieron Honduras y regresaron, fracasados, a Sevilla.

Mientras España buscaba el paso por la región central de América, Portugal lo intentaba más abajo. En 1514 dos pilotos empleados por la Corona lusitana, el contrabandista Cristóbal de Haro y Nuño Manuel,

partieron desde las costas de Brasil hacia el sur, en travesía de espionaje, e ingresaron en el ahora conocido estrecho de Magallanes. Las tempestades los obligaron a volver sobre sus pasos y ese percance los privó de la gloria de que aquel estrecho –que cruzaría de punta a punta Hernando de Magallanes en 1520– hubiera sido conocido para siempre como estrecho de Haro o estrecho de Nuño. Pero ¿quién financiaría aquel famoso viaje de Magallanes? Cristóbal de Haro, que sabía adónde ponía su plata.

Al regresar bordeando la costa, Haro y Nuño Manuel divisaron un inmenso río (el actual Río de la Plata) que se internaba en el continente. Ya lo había visto Américo vespucio –por quien América se llama como se llama– en 1502 y desde aquel viaje apareció en mapas con el nombre de río Jordán. Pero allá por 1502 había tanto para descubrir, que no se le dio mayor trascendencia al asunto. De todas maneras, para los pilotos Haro y Nuño el estuario del Plata era lo más interesante que habían encontrado en su fallida travesía.

De vuelta en Europa, los desafortunados marinos se enteraron de que un colega, vasco Núñez de Balboa, cruzando el istmo de Panamá, había descubierto nada menos que un mar. Es decir, entre las Indias occidentales y las orientales no había una porción de tierra o una cadena de montañas: ¡había un mar inmenso!

Claro, era el océano Pacífico. De inmediato, Haro y Nuño recordaron aquella importante entrada fluvial al continente y sugirieron que debía ser un paso a las aguas del Pacífico. La novedad era de gran interés porque desde el hallazgo de Balboa, el gran misterio era si había alguna forma de unir el Atlántico con el nuevo mar. Comenzaba la carrera contra el tiempo. Y contra los vecinos.

2. Solís y los hambrientos guaraníes del Mar Dulce

Los reinos de Portugal y España se lanzaron a buscar el supuesto corredor al Pacífico. En el caso de los españoles, la tarea fue encomendada a Solís, cuya cabeza seguía siendo reclamada por la Corte de Portugal. El piloto, único sobreviviente de la cumbre de 1507, llegó a la desembocadura del Plata en septiembre de 1516 y bajó con un grupo de marineros en la costa uruguaya, sin advertir que era observado por un importante número de antropófagos guaraníes a quienes se les hacía agua la boca.

Unos cuantos flechazos a distancia impactaron en las presas y ese mismo día, a la vista de los que estaban en los barcos (entre ellos el hermano de don Juan Díaz), los cocinaron y se los comieron. Los textos de Historia acusaron a los charrúas del homicidio, sin detenerse a pensar que ellos no eran antropófagos como los belicosos Hijos de Guarán.

Perplejos y abrumados, los marineros que se habían salvado de la matanza por no haber desembarcado iniciaron el que daría un giro en el curso de la historia: uno de los tres navíos encalló en las costas brasileñas y allí quedó la tripulación varios meses esperando ser rescatada. Durante ese largo tiempo, se encontraron con marinos de otras expediciones que vagaban por el continente. Porque América estaba plagada de españoles y portugueses errantes. Ellos les transmitieron la noticia, recogida en sus intercambios con nativos más pacíficos y con gustos culinarios más civilizados que los de los guaraníes uruguayos: remontando aquel río que había sido la perdición de Solís se llegaba a una tierra en donde abundaban los metales, sobre todo, la plata.

Esas aguas, que Solís apenas tuvo tiempo de bautizar Mar Dulce, pasaron a ser designadas con el quimérico y codicioso nombre de Río de la Plata.

Los expedicionarios que regresaron a Europa dieron cuenta de lo ocurrido e informaron sobre el camino a la riqueza. Recordemos que en aquel tiempo eran importantes los hallazgos, pero tanto o más importante era regresar para dar cuenta del descubrimiento (que no es otra cosa que descubrir, quitar el velo que cubre). Por eso se dice que Colón no descubrió América por haberla pisado, sino porque volvió y lo reveló, quitando el velo que cubría el conocimiento de estas tierras.

De la misma manera, el resto de la flota que había comandado el pobre Solís volvió a Europa, luego de varios años, con la noticia que todos querían escuchar: ¡riquezas!

Una vez más, se armaron importantes expediciones y es allí donde surge don Pedro de Mendoza y Luján, a quien el Rey de España

encomendó remontar ese río promisorio y fundar tres ciudades, lo más cerca posible de las supuestas minas soñadas.

3. En manos de un loco

Don Pedro tenía un dinero y lo apostó en esta cruzada que prometía importantes ganancias. En mayo de 1534, el destino de Mendoza quedó sellado debido a dos sucesos: el Rey le otorgó la capitulación y se contagió la sífilis. Pasaban los meses. Cada vez tenía menos fuerza para moverse, pero las ansias conquistadoras aumentaban, a pesar de la fiebre y las recaídas.

Por suerte para don Mendoza, armar la flota fue lo más fácil del mundo: bastó que alzara un dedo preguntando quién quería hacer la travesía para que se colmara de voluntarios.

A tal punto, que para incorporarse a la expedición era imprescindible tener algún "contacto". Eran tantos los que querían viajar, que fue necesario contratar un nuevo barco, ya que las bodegas de los navíos estaban atiborradas de pasajeros soñadores y era necesario contar con un navío para llevar los víveres y las municiones. La solución quedó en manos de un oficial tan desconocido como importante para la historia de la futura Buenos Aires: Alonso Cabrera.

Cabrera contrató la nao Santiago (suele decirse que Colón vino en tres carabelas, pero eran dos carabelas y una nao, la *Santa María*, donde viajaban –además de don Cristóbal, un escribano y hasta un políglota– las provisiones) y allí fueron a parar las nueces, la carne salada, los garbanzos, las pipas de harina, los bizcochos, el vino blanco y los arcabuces. Además de doce caballos, una burra y seis perros.

El equipamiento no se logró de un día para el otro y la flota retrasaba su partida, sobre todo por la falta de ejecución de Pedro de Mendoza, que cada vez pasaba más tiempo en la cama maldiciendo el día que se contagió "la enfermedad de venus" o "sarna egipcíaca".

Los reyes españoles, apremiados por los preparativos que hacían los portugueses con el mismo objetivo, intimaron a don Pedro a que levara anclas de una vez por todas y así fue como inició la travesía a las apuradas, dejando a Alonso Cabrera la tarea de llenar el nuevo barco con todo lo necesario y alcanzarlo en las islas Canarias.

Ahí nomás empezaron los problemas. Cabrera se tomó su tiempo y llegó a las Canarias con veinte días de retraso.

Por supuesto que Mendoza ya se había ido hacia el lejano oeste, pero le dejó encomendado que ni se detuviera y siguiera la ruta de sus barcos.

No imaginaba don Pedro que había puesto las provisiones en manos de un hombre que empezaba a mostrar signos de locura. Caprichoso, Cabrera se quedó un mes en las Canarias, sin demostrar ningún apuro por alcanzar a los expedicionarios que venían a internarse en la ruta

de la plata. un día, por fin se le antojó seguir el camino y tomó rumbo a Cabo Verde donde ordenó robar dos docenas de vacas. Mejor dicho, las compró, pero levó anclas no bien fueron embarcadas, mientras en la orilla gritaban que se las pagaran. De allí, se dirigió a las costas del Brasil, desde donde bajaría al Río de la Plata para encontrarse con el Adelantado Mendoza. Pero cometió el error de almacenar el agua en barriles defectuosos y pronto fue el principal problema. En la nao *Santiago* se morían de sed. Pero se morían en serio: durante la travesía se perdieron nueve hombres, una mujer y nueve caballos. Más un par de marinos que, desesperados de sed, se tomaron fulminantes raciones de vino puro, cuya graduación alcohólica era muy superior a las de nuestro tiempo.

La vida a bordo de la *Santiago* fue un suplicio por las medidas disparatadas de Cabrera, quien, además, se paseaba por la proa del barco exhibiendo un puñal, en actitud amenazante.

Mientras la gente se le moría a Cabrera, Mendoza navegaba mirando hacia atrás, esperando que de una vez por todas apareciera el velamen de la *Santiago*. Al pisar la costa brasileña, el estado demencial de Cabrera salió a flote: ordenó encallar el barco y destruirlo, con el objetivo de dejar a todos en esa tierra. No había ninguna otra razón, salvo que se le dio la gana. Ante la protesta general, revió la medida, pero puso proa a Santo Domingo (en la actual República Dominicana), sin importarle en lo más mínimo qué estaría pasando con los 1500 hombres que debía alcanzar para alimentar y proveer de armamentos.

Mendoza y los 1500 hombres, por su parte, debían aguardar el barco despensa y ese fue el motivo por el cual don Pedro decidió instalarse en la desembocadura del Río de la Plata hasta que apareciera Cabrera. Tenía orden de fundar tres ciudades, pero más al norte, más cerca de las minas de oro y plata.

Lo que llamamos “Primera fundación de Buenos Aires” fue apenas un asentamiento donde, desde luego, no se cumplieron las formalidades establecidas para el nacimiento de una ciudad. Por ejemplo, no se escribió un acta de fundación y tampoco se instaló un cabildo, como siempre se hacía cuando se creaba un poblado permanente.

Si el loco Alonso Cabrera hubiera alcanzado a la flota como estaba estipulado, don Pedro de Mendoza habría pasado de largo por esas barrancas que terminarían convirtiéndose en la ciudad más importante de la Argentina.

4. La canaria de la discordia: Internas y romances en alta mar

Para don Pedro de Mendoza, toda la travesía desde España hasta el Río de la Plata fue un martirio. El problema inicial fue por culpa de una canaria. uno de sus oficiales, Montoya, durante la estadía en la isla Gran Canaria (donde aguardaban la llegada de Alonso Cabrera) se enamoró de una señorita y no tuvo mejor idea que introducirla en el barco el día que se anunció la partida de la flota. Ella se dejó llevar, dispuesta a seguirlo en las aventuras transoceánicas. Pero el mal tiempo les jugó una mala pasada y, poco después de levar anclas, las naves debieron regresar a la isla.

En la costa aguardaban los padres de la joven rebelde con las autoridades del lugar; y el oficial Montoya fue a parar a la cárcel. De todas maneras, el hombre decidió quedarse a vivir en las islas Canarias, abandonando todos sus sueños de oro, a cambio de los favores de su novia. La historia tuvo un final romántico para la parejita, pero a don Pedro de Mendoza le provocó la división de su gente, ya que se formaron dos bandos: los que defendían la conducta del oficial enamorado y los que la censuraban.

Esta división se mantuvo, incluso en Buenos Aires, y tuvo consecuencias gravísimas que, como veremos, causaron hasta la ejecución de Juan de osorio, uno de los principales oficiales de Mendoza.

Con una feroz interna entre su gente, Mendoza llegó a las costas de Río de Janeiro y desde su lecho (ya le resultaba imposible mantenerse en pie) escuchó las quejas de sus oficiales. Entre ellas, las de Juan de Ayolas. Este hombre le aseguró que osorio, jefe de los arcabuceros, quería tomar el poder aprovechando el mal estado de salud de Mendoza. Es verdad que Juan de osorio, que tenía 25 años, hablaba de más; pero es improbable que tuviera verdaderas intenciones de provocar un motín. Por las dudas, Mendoza ordenó que lo ejecutaran como se ejecuta a los traidores. Según instruía el fallo del Adelantado, "do quiera y en cualquier parte que sea tomado el dicho Juan osorio mi maestre de campo, sea muerto a puñaladas o estocados, o en cualquier otra manera que lo pudiera ser, las quales le sean dadas hasta que el alma le salga de las carnes; al qual declaro por traydor y amotinador".

El 3 de diciembre de 1535, Mendoza fue transportado desde su choza hasta la playa en una silla, por su imposibilidad de caminar. una imponente guardia lo rodeaba. Fue un suceso porque el Adelantado había permanecido postrado desde el arribo. El sitio se llenó de curiosos que querían conocer el rostro de su comandante o

espiar cómo se encontraba su salud. Entre ellos, osorio. Advertido de que el oficial parlanchín estaba entre la multitud, don Pedro ordenó que se acercara. Cuando osorio se arrodilló para saludar a su moribundo jefe, lo tomaron entre cuatro soldados –Ayolas, Pedro Luján, Juan de Salazar y Galaz de Medrano–, lo arrastraron hasta la choza de Mendoza y allí recibió la furiosa descarga de los puñales en la espalda.

Tiraron el cuerpo a corta distancia del campamento (ya que, según explican los documentos, “no se merecía ser enterrado”), con un cartel que advertía: “A este mandó matar don Pedro de Mendoza por traidor y amotinador”. Los nativos sintieron compasión por ese hombre con el que habían tenido buen trato y le cavaron una tumba al pie de una palmera, en la playa carioca.

Nueve días después de las cuchilladas, Mendoza recibió un informe sobre la conducta de osorio. Desde luego, hasta los amigos hablaron pestes del infortunado oficial, ya que comprendían que se jugaban la vida en las declaraciones.

Nueve días después de las cuchilladas, con el informe en la mano y el cuerpo de osorio en avanzado estado de descomposición, don Pedro de Mendoza ¡confirmó la sentencia!

Muchos de los males que azotarían a la expedición del Adelantado en el futuro serían considerados por los supersticiosos marineros como un Castigo Divino por la injusta ejecución de osorio.

Sin señales de Alonso Cabrera, el afiebrado Mendoza compró provisiones y caballos en la costa brasileña. Luego partió hacia la desembocadura del Plata y optó por aguardarlo en estas tierras inhóspitas. Designó a seis peritos –exploradores del terreno que analizaban cuál era el punto estratégico donde debían desembarcar y también dónde convenía instalar el fortín– y los envió a cumplir su misión. De este lado del río no había nativos espiando con apetito a la expedición, pero sí yaguaretés que se hicieron un festín con los seis peritos.

Mendoza entendió que más que peritos, lo que había que desembarcar era una pequeña fuerza capaz de enfrentar a los felinos. Así lo hizo y se constituyó el primer contingente de europeos que sobrevivió a un desembarco en tierra firme del Plata. Fue en febrero de 1536.

5. Cuando hay hambre y ni hay pan duro

Encerrado con mil achaques en su choza –que, para ser choza, estaba colmada de lujo–, don Pedro esperaba las provisiones que a esa altura estaban a punto de irse a pique en Brasil por orden del loco Cabrera. Desde su cama –un majestuoso mueble con barrotes custodiado por un crucifijo triple (Jesús flanqueado por los dos ladrones ajusticiados el viernes Santo)– y acompañado de su criada María Dávila, tan enferma como él, organizaba como podía el campamento.

El 2 de abril de 1536 se realizó la primera operación comercial del Río de la Plata: se subastó el caballo del infortunado osorio. La intención era transformar en dinero todas las pertenencias del ajusticiado, en favor de sus deudos.

Jerónimo de Baena ofreció cien ducados y obtuvo el ejemplar. Como no poseía dinero, entregó una cadenita de oro que tenía un valor equivalente. Sin embargo, aun antes de probar su flamante corcel, se arrepintió y pidió que le devolvieran la cadenita. Nadie se opuso y cuatro días más tarde, el caballo que Baena no quiso pagar cien ducados volvió a subastarse. Lo compró Francisco de Paredes en dos mil ducados. Mientras Paredes se paseaba orgulloso con su castaño por la aldea, Baena andaba de a pie –eso sí, con su cadenita–, maldiciendo no haberse dado cuenta de que debería haberse quedado con el caballo de osorio, para después revenderlo.

Mendoza tenía otras inquietudes. Preguntaba a todos si divisaban a Cabrera, se retorcía de dolor y mandaba buscar nativos que proveyeran alimentos. Nacía el *delivery* en nuestros pagos de la mano de los querandíes, una tribu nómada que por ese tiempo se hallaba en la costa del Plata, aunque su residencia habitual era en Santa Fe.

Los aborígenes les llevaban alimentos a los españoles, en un indudable gesto de hospitalidad. Pero parece que los conquistadores no se sentían bien atendidos y no encontraron la manera delicada de manifestarlo. El resultado fue que a las dos semanas de recibir pescado y maíz en la puerta del fortín, perdieron el beneficio debido a la furia de los nativos. El hambre no se hizo esperar.

El Adelantado destacó a Bartolomé García para que le llevara comida. Durante algunos días, él y su criada comieron perdices. También envió a Juan Pabón y otros dos hombres en misión diplomática a negociar con los indios la reinstalación del servicio, pero los nativos los llenaron de flechas y tuvieron que regresar al galope, heridos y derrotados.

Pasaron tres semanas sin comida y Mendoza lanzó una nueva comisión, pero esta vez a cazar cuises, pumas, yaguaretés, ratas,

ratones, gatos, víboras o lo que fuera; porque cuando hay hambre, no hay pan duro. No se tuvo en cuenta que los pumas y los yaguaretés aplicaban la misma filosofía alimentaria y se devoraron a los cazadores.

Tampoco era necesario que los pumas cazaran a sus víctimas afuera de la aldea. Porque el cerco de barro que protegía a los pobres conquistadores medía dos metros y medio de alto por 85 centímetros de ancho y además se desarmaba con las lluvias y el rocío. un caballo fue el banquete de los saltarines felinos. Es de esperar que no haya sido el castaño que costó dos mil ducados.

Hubo escenas lamentables debido a la hambruna. Como ocurrió con Ana de Arrieta, quien por la cabeza de un pescado entregó su cuerpo a un marino.

Mendoza organizó una importante expedición rumbo al oeste con el único fin de obtener comida. Partieron trescientos hombres a pie y treinta a caballo que, al alcanzar un caudaloso río, se enfrentaron con aquellos a quienes debían solicitar ayuda: los querandíes. Estos nativos –que cuando tenían sed y no contaban con agua, mataban animales y se bebían su sangre– no se caracterizaban por su paciencia: con flechas y bolas de piedra atadas con tientos, respondieron al ataque de los españoles. Aquel 15 de junio de 1536 los conquistadores conocieron el rigor de las boleadoras y sufrieron una avasallante derrota. Entre los 38 que perdieron la vida en procura de alimentos estaban don Diego de Mendoza –hermano mayor del Adelantado– y un sobrino de ellos, el capitán Pedro Luján, quien murió desangrado a orillas de un río que terminaría llevando su nombre. Luján había sido uno de los que acuchillaron a osorio.

Mientras seguían aguardando la aparición salvadora de Cabrera, los habitantes del Puerto de Santa María de los Buenos Aires ya no sabían cómo alimentarse.

Mendoza, entonces, tuvo una idea culinaria acorde al momento y ordenó que se mojaran los cinturones y las suelas de los zapatos para que, una vez masticables, se los comieran. Como nunca, una orden de don Pedro tendría el más alto acatamiento. Hasta que los cinturones y las suelas se acabaron.

Tres soldados apostaron sus vidas en una acción que los salvara del hambre. Durante la noche, mataron uno de los pocos caballos que quedaban y se dieron un banquete aliviador. Gravísimo error: los caballos eran tan sagrados como las vacas en la India, ya que se necesitaban para cazar, pelear o trasladarse.

Por la mañana se llevó a cabo la primera pesquisa de nuestra historia para dar con los bandidos. Es de suponer que con solo observar sus semblantes fueron descubiertos. Confesaron y Mendoza ordenó colgarlos. Sus cuerpos aún se hallaban suspendidos de las

improvisadas horcas durante la noche, cuando el hermano de uno de ellos –Diego González Baytos– se acercó al cadáver de su pariente y le cortó parte del muslo para saciar su desesperada hambruna. No fue el único: al amanecer, ninguno de los tres ajusticiados tenía piernas ni glúteos. Este episodio llevaría al Rey a decretar el perdón a aquellos que por hambre habían comido carne humana en América.

El sacerdote Luis de Miranda padeció las penurias que ofrecía el puerto de Buenos Aires. Algunos años más tarde evocaría aquellas jornadas trágicas en un poema que, entre otras cosas, decía:

Las viandas más usadas
eran cardos que buscaban
y aun estos no se hallaban
todas veces.
El estiércol y las heces
que algunos no digerían,
muchos tristes las comían,
que era espanto.

A esa altura de los acontecimientos, el loco Cabrera tenía el raro privilegio de ser el hombre más insultado de América. Por suerte para los famélicos exploradores, una serie de medidas logró aplacar el ánimo de los aborígenes, que volvieron a su hospitalidad, sin que nadie osara jamás manifestar si le parecía poca o mucha la comida que recibía.

El Adelantado gruñía: "¡Traidores que me hicisteis matar al maestre de campo [osorio], por eso esta flota está perdida!".

Derrotado, Mendoza partió hacia España. Dejó parte de la expedición en ese punto maldito del mapa, con instrucciones de avanzar cuando llegara alguien que emprendiera el camino hacia las minas que él nunca pudo hacer. Destrozado por la sífilis, zarpó el 22 de abril de 1537. Tenía cuatro llagas en la cabeza, una en la pierna y otra en su mano diestra. Murió en alta mar el 23 de junio, dos días después de haberse comido una perra que llevaban a bordo y que fue el mejor banquete que tuvo en varias semanas. Llegó a decirse que el motivo por el cual Mendoza murió fue porque la perra que engulló estaba en celo. Las causas reales de su muerte jamás pudieron establecerse. Decir que fue por la sífilis es intentar encontrar una respuesta que, desde el punto de vista clínico, si no es ilógica, al menos es incompleta.

Él y su mala suerte fueron depositados en lo más hondo del océano Atlántico. Pero, según veremos, su mala suerte se salvó y regresó a nado hasta el puerto de Buenos Aires.

6. Amor libre en la Asunción de Irala

La expedición "mendocina" a las sierras del Plata culminó con asentamientos bien alejados de las riquezas soñadas.

Un grupo de habitantes del precario poblado bonaerense remontó el río con la esperanza de lograr el objetivo y terminó fundando Asunción. Los oficiales de Mendoza se repartieron entre los dos lugares y, poco a poco, fueron afincándose en estas tierras sembradas de penurias.

Mientras los que vivían en la orilla del Plata alcanzaban cierto grado de convivencia con los nativos, los que pasaron a Asunción se encontraron con lo que dio en llamarse "el paraíso de Mahoma". Los guaraníes –una rama mucho más sumisa que la que se devoró a Solís– no tuvieron ningún inconveniente en enseñarles sus promiscuas reglas de convivencia, y los españoles no tuvieron ningún problema en aprenderlas. El resultado fue que en Asunción pronto empezaron a nacer criollos, mientras que los padres no daban abasto con tantas mujeres a su disposición. Se vivieron episodios insólitos como el de la nativa que fue apostada en un juego de cartas. La mujer sostenía el candil con la vela que iluminaba la mesa de juego. quien se consideraba su dueño perdió esa mano y la entregó al vencedor, no sin antes tener una grotesca ocurrencia, festejada por todos los hombres presentes: le ordenó desnudarse; porque, según explicó, él la había apostado a ella, no a su ropa.

Uno de los casos más conocidos de relaciones múltiples fue el del gobernador de Asunción, don Domingo Martínez de Irala, quien en su testamento escribió que dejaba nueve hijos: Diego, Antonio, Ginebra, Marina, Isabel, Úrsula, Martín, Ana y María. Ahora bien, Diego, Antonio y Ginebra nacieron de sus relaciones con su criada María, quien además era la hija del principal cacique guaraní. Marina, en cambio, era hija concebida por Juana, otra de sus criadas. Por su parte, Isabel nació de la unión de don Irala con otra de sus servidoras, llamada águeda. Y así también, Úrsula, Martín y Ana tenían como madres a Leonor, Escolástica y Marina, quienes integraban también su harén personal. En cambio, la madre de María, Beatriz, tenía la particularidad de ser criada de Diego de villapando y no de él. Lo que demuestra que al hombre no le alcanzaban las mujeres de su casa.

Así funcionaba la creación de niños en esa Asunción donde los padres no tenían que esperar las nueve lunas de la madre para pensar en un vástago más. Irala tuvo nueve paraguayitos.

Y ellos le dieron por lo menos quince nietos. Es fácil imaginar de qué manera la sangre de Irala fue esparciéndose de generación en generación. Sin entrar a navegar por los mares de la genealogía, hay

ciertos datos interesantes que valen la pena.

A través de la hija Isabel, tuvo entre sus descendientes a Manuel Belgrano, Mariano Moreno, Juan Antonio álvarez de Arenales, José Evaristo uriburu, José Félix uriburu, victoria ocampo y Bernardo de Irigoyen. Por la rama de Úrsula surgieron Saturnina otálora –la esposa de Cornelio Saavedra–, Carlos Saavedra Lamas, Remedios Escalada de San Martín, Manuel quintana, Francisco Solano López, Adolfo Stroessner, Julio César Saguier, Adolfo Bioy Casares y el Che Guevara. Si seguimos hurgando, encontraremos a los dos enemigos de la batalla de Caseros: Rosas y urquiza.

Resta decir que todos los descendientes de Irala a través de su hija Úrsula deben agradecer a que un compañero de armas de Irala, don Alonso Riquelme de Guzmán, haya tenido la osadía de pretender sublevarse. Y que Domingo de Irala le haya propuesto perdonarle la vida si aceptaba casarse con Úrsula, quien apenas tenía dieciséis años.

Un par de hijas de Irala bastan para encontrar entre sus parientes a cuatro presidentes argentinos y dos paraguayos.

Y hasta a un Premio Nobel. El paraíso de Mahoma, según se ve, dio sus frutos.

7. Otra vez el loco

El puerto de Buenos Aires era, en 1538, un pequeño asentamiento. Sus habitantes actuaban como verdaderos aldeanos, con un estilo de vida mucho más limitado que el que solían tener en Europa. Eran simples colonos que apostaban a la nueva tierra, pero sin ningún apuro. Por otra parte, los que habían pasado por estas costas y habían regresado a España estaban muy lejos de convertirse en promotores de Buenos Aires o de cualquier otra ciudad sudamericana. Por el contrario, un memorial escrito en Sevilla por el clérigo Martín González dice textualmente que “no se hallarán soldados y gente que quiera ir, por la mala fama que ha cobrado aquella tierra, que en mentándola, escupen”. Así era nomás: a la simple mención del Río de la Plata, los españoles escupían al suelo con absoluto desprecio.

Sin embargo, los que se hallaban en estas costas, se habían adaptado a la vida campesina, sin preocuparse por la evolución de su confort. Hasta que apareció el hombre que sepultaría la parsimonia porteña. Ese hombre era el mismísimo Alonso de Cabrera. El loco Cabrera que provocó con su retraso el nacimiento del puerto de Buenos Aires, que abandonó a los hombres de Mendoza y que después de recalar en Santo Domingo (República Dominicana) viajó a España, sólo para sumar poder y regresar.

La llegada de Cabrera al Plata está rodeada de matices que merecerían un libro completo. Por empezar, cuando estaba a punto de partir de España confiscaron su nave por deudas. Logró resolver la situación judicial, pero ya no tenía tripulación debido a que los marinos aprovecharon para desertar y volverse a sus pueblos. Hubo que enviar cédulas, edictos y desparramar promesas para conseguir gente que viajara.

Los problemas continuaron durante la travesía. Al llegar al Río de la Plata, no consiguió dar con el canal subfluvial para ingresar y decidió, luego de varios intentos, irse con su famosa nao *Santiago* a Brasil. Allí se encontró con otra nave, *La Anunciada*, que llegaba de Buenos Aires en busca de víveres. volvieron juntas, pero una tormenta destrozó a *La Anunciada* en la noche del 1º de noviembre de 1538 y murieron cinco hombres ahogados. El resto pudo salvarse nadando hasta las cercanas costas uruguayas.

Muchos arribaron desnudos y fueron socorridos por la *Santiago*. Cuando ya ingresaban al puerto de Buenos Aires, el barco de Cabrera golpeó una piedra y se hundió también. El loco más el resto de la tripulación llegaron nadando hasta la costa porteña. Estos fueron los dos primeros hundimientos en la historia del Plata.

El teniente gobernador del puerto, Francisco Ruiz Galán, le

consiguió ropa seca a Cabrera y se entrevistaron a puertas cerradas. Culminada la reunión, los dos hombres salieron de la choza con cara de pocos amigos: había nacido un odio irreconciliable entre ellos.

Lo que ocurrió en esa reunión nunca se supo. Pero es evidente que los dos se disputaron el mando de la pequeña aldea porteña. Mientras Ruiz Galán sostenía que había recibido el cargo de mano de los principales oficiales de Pedro de Mendoza, Cabrera aseguraba que era él mismo quien tenía el poder.

A partir de dicho desencuentro, el loco Cabrera comenzó a exhibir el envoltorio de una misteriosa carta.

Pero no lo abría. Les decía a todos que tenía un mensaje importantísimo y que daría a conocer el contenido en el momento oportuno.

Muchos suponían que se trataba de su nombramiento como Adelantado del Río de la Plata y se declararon fervientes –y oportunistas– seguidores del loco. Se formaron dos partidos antagónicos que bien podemos llamar cabreristas y galanistas. La cosa no fue muy democrática que digamos, ya que todos los días se generaban riñas grupales, con cuchilladas y muertos. Era un descontrol. Y entonces ocurrió uno de esos hechos insólitos, de los muchos que tiene nuestra historia.

Con el fin de apaciguar los ánimos, Ruiz Galán y Cabrera pactaron. Y, a partir de ese día, ¡los dos gobernaron el poblado en forma conjunta! Se sentaban en un estrado, uno al lado de otro, para aprobar y rechazar proyectos y, también, para administrar justicia. Durante los primeros cinco meses de 1539, los dos enemigos decidieron en conjunto la suerte del miserable, desafortunado y caótico Macondo rioplatense.

8. Buenos Aires borrada del mapa

Francisco Ruiz Galán y Alonso de Cabrera siguieron odiándose mientras compartían el gobierno. En medio de las disputas, el loco Cabrera amenazaba con dar a conocer el contenido de la misteriosa carta que había traído de España. Y convenció a Ruiz de que viajaran juntos a Asunción para definir el pleito. Don Francisco aceptó, a pesar de su profunda enemistad con el mandamás asunceño, Domingo Martínez de Irala, el padre de tantas criaturas. Y no se equivocaba al desconfiar porque por supuesto Irala se inclinó por Cabrera y le dio la razón al loco. Tenían el mismo objetivo: quitarle todo el poder a Ruiz Galán.

Irala admiraba a Cabrera y pronto se convirtió en un títere del desquiciado. Era de esperar que comenzaran a sucederse torpezas de todo tipo. Pero ninguna mayor que cuando Cabrera le aconsejó a Martínez de Irala que hicieran desaparecer para siempre el puerto de Buenos Aires. La estrategia era eliminar el único lugar donde Ruiz podría tener adictos y posibilidades de mando.

A fines de julio de 1540, Irala envió a Juan de ortega a Buenos Aires para que organizara la evacuación inmediata del asentamiento. Los porteños no quisieron saber nada con dejar su pueblito y ortega regresó a Asunción con apenas un puñado de exiliados. Entonces, Irala y Cabrera resolvieron viajar ellos mismos para lograr que se cumpliera su plan.

En Buenos Aires, la resistencia a mudarse era muy sólida. Irala, quien no quería comprometer su popularidad, dejó en manos de Cabrera la tarea de persuasión. El loco estaba a sus anchas: comenzó a generar intrigas entre todos y luego de varios enfrentamientos personales y batallas campales, se logró el consenso necesario para matar a Buenos Aires. Los indios, ya acostumbrados a sus nuevos vecinos, imploraban que no se marcharan pues tenían noticias –que eran reales– de que una poderosa flota avanzaba desde Brasil: preferían lo malo conocido, antes que lo bueno o malo por conocer.

En junio de 1541 se embarcó a toda la gente –incluso algunos a la fuerza– y, por las dudas, se arrasó con la ciudad. quemaron todo. Irala dejó una calabaza con una nota, junto a un mástil en el que escribió con su cuchillo: “Aquí está una carta”. En ella daba noticias de Asunción, incluyendo la mención acerca de la cantidad de mujeres dispuestas que había remontando el Paraná.

Existen documentos de testigos que explican que al partir las naves, los vecinos de Buenos Aires observaban la humareda y lloraban. Luis de Miranda, el sacerdote que participó en la mudanza, aseguró que los exiliados sintieron el forzoso desarraigo “más que cuando de España

salieron e se partieron de sus propias casas”.

Cabrera estaba eufórico. Poco tiempo después de arribar al Paraguay, se le ocurrió que también había que hacer desaparecer ese poblado. Por suerte, su delirante idea no prosperó y Asunción se salvó de terminar convertida en una ruina, gracias a la prodigiosa llegada –al Paraguay y a las páginas de este libro– del mayor caminante de la Conquista de América.

9. Los naufragios de Pánfilo

Cuando el 17 de junio de 1527 partió de Sanlúcar de Barrameda la flota al mando de Pánfilo de Narváez rumbo a La Florida (en los Estados unidos), el optimismo de los quinientos conquistadores embarcados se encontraba en su punto más alto. Sin embargo, durante la travesía, Pánfilo demostró que no estaba a la altura de los acontecimientos y, no bien pisó la isla de Santo Domingo, perdió un centenar de soldados que desertaron sin ninguna explicación.

Mientras trataba de digerir la fuga de la quinta parte de los hombres, una recia tormenta los atacó. Esa noche se fueron a pique todos sus barcos y otros sesenta expedicionarios murieron ahogados. Pánfilo no daba pie con bola. organizó como pudo la reconstrucción de los navíos y un posterior desplazamiento a Cuba, como escala previa al destino final: La Florida. En el tiempo que ocupó en construir los barcos perdió un poco más de gente y por fin se hizo a la vela, con el propósito de anclar en La Habana para reabastecerse. Pero no fue necesario hacer la escala: un violento huracán lo transportó, fuera de control, a la punta de la península de La Florida. Recordemos que la palabra huracán es de origen americano y era el nombre con que los indios caribes designaban al dios de las tempestades: uragán.

Lo único que Pánfilo hizo en La Florida fue dedicarse a tomar pésimas medidas y el 22 de septiembre, cuando se comieron la última yegua que les quedaba, ubicó a los 250 sobrevivientes en cinco barcazas construidas con el cuero de los caballos. Y que fuera lo que Dios quisiera. La ración para cada uno de estos sufridos conquistadores era de un puñado de maíz por día. viajaban hacia la costa mexicana. Se salvarían siempre y cuando alcanzaran algún punto terrestre en siete días, porque luego nada quedaría.

Esa porción de tierra que tantos disgustos les había dado a los conquistadores terminó siendo vendida por Fernando VII a los Estados unidos en 1819. El más desacertado de los reyes de España obtuvo cinco millones de dólares por la cesión.

La última vez que se vio la barcaza de Pánfilo de Narváez, era arrastrada hacia el medio del océano. otras dos precarias naves se mantuvieron unidas durante cuatro días, hasta que una tormenta las separó. una de ellas alcanzó una isla en la que otra de las barcazas ya había sido arrojada. Los nativos de la isla lloraban al ver el lamentable estado de esa gente. Les acercaron raíces y pescados. De todas maneras, los ochenta sobrevivientes cada vez fueron menos. Iban muriéndose de hambre, uno por uno.

Quedaron quince hombres desperdigados por la isla, viviendo con familias indias y esperando que les llegara su turno. uno de ellos se

salvó porque los anfitriones de su choza decidieron cruzar a tierra firme y llevarlo con ellos.

Ese sobreviviente, oficial de la flota de Pánfilo de Narváez, se llamaba álvar Núñez Cabeza de vaca. Y se convertiría en el conquistador que caminó el continente como nadie lo había hecho desde los tiempos de los cruces por el estrecho de Bering.

10. Álvar Núñez Cabeza de Vaca: El maratonista de América

Ser un Cabeza de Vaca en España significaba pertenecer a una familia de valientes. Guerreros, exploradores, obispos y señores feudales, los Cabeza de vaca vivían ávidos de aventuras. Pero en América, los laureles no significaban nada. Así lo habrá asumido don álvar Núñez cuando los nativos lo transportaron, a comienzos de 1528, como sirviente a la tierra firme de Texas.

Cabeza de vaca se integró como pudo a la comunidad indígena. Asqueado de comer ostras todo el tiempo, llegó a pasar tres días sin probar bocado porque vomitaba. Se dedicó a sobrevivir, ya que su cuerpo no le permitía otra cosa. Estaba débil. Al menor roce, su piel sangraba.

Carecía de fuerzas y apenas podía caminar unos trescientos metros hasta caer desplomado. Sólo le restaba esperar que lo sacrificaran, sobre todo, teniendo en cuenta que era un inútil. Pero alguien en la tribu tuvo la milagrosa idea de nombrarlo curandero. Cabeza de vaca pasó a ser visitado en su choza cada vez que se accidentaba un nativo. Él hacía un pequeño baile pagano, imitando los movimientos de los brujos indígenas. Luego alzaba las manos al cielo y pronunciaba palabras inentendibles para los aborígenes, que no eran más que súplicas a su Dios cristiano para que lo ayudara a curar a ese enfermo. Por último, apoyaba sus labios en el lugar de la herida y succionaba la infección.

En poco tiempo se transformó en el curandero preferido de la zona. Gracias a los donativos de sus pacientes, fue restableciéndose y convenció a la indiada de que lo dejara actuar como mercader. Así, inició pequeños viajes con la intención de explorar la zona y, cuando se sintió con fuerzas suficientes, huyó. Tomó rumbo norte, bordeando el río Colorado por cientos de kilómetros. una tarde, en medio de la travesía, sintió un ruido ensordecedor. La tierra comenzó a temblar. Corrió hasta una colina para protegerse y allí vio un espectáculo imponente. Miles de “corpulentas vacas con jorobas” –así las recordaría luego– corrían en manada.

De esa manera, Cabeza de vaca conoció a sus tocayos jorobados: los bisontes.

De visita en una tribu, encontró a tres sobrevivientes de la escuadra de Pánfilo de Narváez: Andrés Dorantes y Alonso del Castillo Maldonado, ambos españoles, más un negro esclavo de don Alonso, llamado Esteban. La emoción del reencuentro estuvo acompañada del inmenso contraste que significaba verse, luego de tanto tiempo, en tan decepcionante estado físico. Resolvieron que debían huir con don álvar. Idearon un plan y luego de varios meses escaparon los cuatro de

allí, con rumbo oeste. Cabeza de vaca y sus tres compañeros cruzaron a pie y desnudos el sur de los Estados unidos. Pasaban varios días sin hablar por falta de fuerzas y sed. Debieron huir de incendios. Diversas tribus los tomaron prisioneros y en un caso les ordenaron que hicieran llover.

En 1536, luego de ocho años de deambular once mil kilómetros americanos, los cuatro nudistas fueron hallados por españoles que cazaban indios. A don álvar Núñez le llevó mucho tiempo acostumbrarse a dormir en una cama. Y no soportaba el roce de la ropa en su cuerpo.

Cabeza de vaca regresó a España y en 1540 obtuvo del Rey el título de Segundo Adelantado del Río de la Plata para suceder al malogrado Pedro de Mendoza. Al llegar a América, de madrugada, estuvo a punto de estrellarse contra unas rocas, pero la flota se salvó gracias al canto de un grillo que los previno de que estaban a pocos metros de la tierra.

Desembarcó en Brasil y partió, a pie, el 2 de noviembre de 1541 rumbo a Asunción. Tan a pie, que marchó descalzo. una vez más, hizo camino al andar. En algún punto del trayecto menguaron los víveres. Con los conocimientos que había adquirido en su etapa de supervivencia, el Adelantado buscó la forma de aliviar el hambre: unos gusanos blancos, del tamaño de un dedo, fueron el banquete de la armada.

Cabeza de vaca descubrió las Cataratas del Iguazú y su experiencia en el trato con los nativos en el norte terminó siéndole de gran utilidad ya que no sostuvo ningún enfrentamiento con los guaraníes durante el camino. Por el contrario, ideó la fabricación de anzuelos y cuñas que trocaba por comida a los indios. Sólo tuvo dos bajas: a Pedro de Salinas lo despedazó un yaguareté y otro de sus soldados murió ahogado al cruzar un río. Francisco de orejón, en cambio, fue atacado por un perro salvaje, pero sobrevivió. El 11 de marzo de 1542 a las nueve de la mañana, luego de cuatro meses de travesía terrestre, por fin entró en Asunción. Caminando, por supuesto.

11. El primer arrepentido

Poca gracia le causó al loco Cabrera la llegada de Cabeza de vaca, justo cuando estaba tratando de convencer a todos de que había que arrasar Asunción y refundarla mucho más al norte. Por su parte, álvar Núñez se enfureció al enterarse de que habían incendiado el asentamiento de Buenos Aires. El gobernador Irala, en cambio, se subordinó de inmediato al nuevo Adelantado y Cabrera no tuvo más remedio que adaptarse a la nueva realidad. Aunque más o menos. Porque Cabeza de vaca, curtido en el trato con aborígenes después de tanta caminata, se convirtió en un férreo defensor de los derechos humanos. Cabrera vio la oportunidad de iniciar las intrigas en contra del humanitario gobernador. Incluso, lo hizo responsable del incendio que se desató en Asunción el domingo 4 de febrero de 1543 –y se prolongó durante cuatro días–, y que provocó la destrucción del fuerte, la iglesia y más de doscientas casas. En realidad, todos sabían que la causante de la tragedia había sido una india que, al ver una hamaca quemándose, la sacudió con mucha fuerza e hizo que el fuego se esparciera por las chozas cercanas. Pero lo importante para Cabrera era desprestigiar a Cabeza de vaca y, siempre a escondidas, lo acusaba de negligente. Por otra parte, el Adelantado pretendía prohibir los harenes en Asunción. Y eso predispuso a la gente en su contra.

Cabeza de vaca llevaba dos años ejerciendo sus funciones, cuando llegó el golpe de Estado. En la noche del 25 de abril de 1544, diez hombres, entre ellos Cabrera, ingresaron a la casa de don álvar Núñez, postrado enfermo, para tomarlo prisionero. Convaleciente, Cabeza de vaca tomó su espada y se dispuso a pelear. Se abalanzaron sobre él, le apuntaron con una ballesta en el pecho, lo encadenaron y lo mantuvieron en un pozo, con raciones de pan y agua durante once meses, hasta que lo subieron a un barco. Mientras tanto, Irala volvió a gobernar Asunción y Cabrera recuperó el poder. Detuvieron también a los que se mantuvieron fieles al Adelantado.

A los once meses, el loco influyente se embarcó con todos los prisioneros rumbo a España. Llevaban tres días navegando en alta mar y a la altura de Brasil los atacó una furiosa tempestad. Todo parecía indicar que era el fin de la carabela, de la tripulación y de los encadenados. Cabrera entró en pánico. Se acurrucó en un rincón, en posición fetal, esperando lo peor. El navío estaba a merced del océano. De repente, el loco pegó un salto, corrió a la bodega donde mantenían atado a Cabeza de vaca, le abrió el cerrojo de las cadenas, se arrodilló, le ofreció sus disculpas llorando y le rogó que lo castigara atándolo con las mismas cadenas. El resto de los prisioneros también fue liberado y los dos bandos se abrazaron al mejor estilo *fair play*. En

medio de los arrepentimientos y las demostraciones, el temporal desapareció.

Milagro.

Arriban a España y todos inician juicios. Cabrera no puede declarar porque está completamente chiflado y con alucinaciones, bajo el cuidado de su mujer y encerrado en la casa de su hermano. Hasta que un día se torna violento y mata a su pareja. Poco tiempo después, el loco Alonso de Cabrera, protagonista excluyente de la historia del Río de la Plata, muere desquiciado. De la famosa carta, nunca se supo nada.

Cabeza de vaca es declarado culpable de mala administración y lo destierran al continente africano durante diez años, hasta que obtiene el perdón. Regresa a Sevilla, se encierra en un convento y muere allí, olvidado. Con mucha pena y sin gloria.

12. Las conquistadoras en edad de merecer

Mendoza, fracasado, muere en el mar. Cabeza de Vaca, destituido y expulsado. La desgracia parecía ensañarse con los Adelantados del Río de la Plata. Y llegó el turno del tercer nominado, don Diego de Sanabria; quien, para no ser menos que sus antecesores, murió pocos días antes de embarcarse con todas sus esperanzas rumbo a esta tierra.

Tomó la posta su hijo Juan, quien no demostró mucho interés en apurarse. Los machistas de hoy diríamos que dio más vueltas que una mujer que se arregla antes de salir.

¡Hombres necios! Por las idas y vueltas de Juancito, su madrastra –doña Mencía Calderón, viuda de don Diego de Sanabria– optó por adelantarse al Adelantado y partió el 10 de abril de 1550 con tres navíos y otras cincuenta mujeres.

Entre ellas, las señoritas Mencía y María –sus hijastras– e Isabel de Contreras con sus dos hijas, Elvira e Isabel, "en estado de merecer", según ha escrito el historiador Ernesto Fitte.

Si todo hubiera andado bien, las chicas habrían arribado en pocos meses a Asunción. Sin embargo, todo anduvo mal. En Las Palmas (Islas Canarias) se sublevó parte de la tripulación. En Guinea (áfrica) perdieron de vista una embarcación. En alta mar, fueron abordadas por un pirata francés que "por azar –seguimos leyendo a Fitte– no trajo mengua a la honra de las dichas señoras". Luego encallaron en un archipiélago y, como pudieron, alcanzaron la costa brasileña. Allí se quedaron un tiempo para restablecerse, acondicionar los navíos y esperar a Juan de Sanabria que, se suponía, estaba en camino.

¿Dónde andaba Juancito? Es verdad que ya había partido. Lo hizo un año y medio después que su madrastra. Sin embargo, había equivocado el rumbo y terminó naufragando en el Caribe.

Doña Mencía Calderón notaba que el entusiasmo decaía y el hambre aumentaba. No le tembló el pulso cuando arengó a las chicas para que caminaran. Al igual que Cabeza de vaca, Mencía y las mujeres bajaron por tierra desde Brasil hasta el Paraguay. Esquivaron indios antropófagos, conocieron las cataratas, atravesaron selvas que por ellas dejaron de ser impenetrables y entraron en Asunción en marzo de 1556, luego de seis años de un viaje que se suponía que harían en pocos meses.

¿Y Juancito? Desde el Caribe, adonde había naufragado, cruzó el istmo de Panamá y marchó a Lima. Le restaba atravesar el Chaco y llegar a Asunción. Pero no se animó. Prefirió quedarse en Perú y dedicarse al negocio de la minería.

Sí, un bochorno.

Las chicas en estado de merecer, merecieron. Por ejemplo, María de

Sanabria, hermana del bochornoso minero, se casó dos veces y fue la madre de Hernando Arias de Saavedra, Hernandarias. Las hijas de Isabel de Contreras celebraron sus matrimonios también. Elvira se unió a Ruy Díaz Melgarejo, “hasta que la muerte los separe”. Y la muerte los separó el día que Melgarejo la encontró en la cama con el clérigo Juan Fernández Carrillo y acuchilló a los dos. La hermana de Elvira, Isabel, se casó con un joven muy admirado por su capacidad. un tal Juan de Garay.

13. La capa de terciopelo de ortiz de Zárate

Las cincuenta audaces comandadas por doña Mencía Calderón se encontraron con un espectáculo de lo más insólito cuando llegaron a Asunción. No solo cada hombre vivía con al menos cinco nativas –algunos triplicaban esa cantidad–, sino que además eran las mujeres quienes trabajaban. Ellas se encargaban de sembrar, cosechar, lavar la ropa, cocinar y, además, satisfacer los otros apetitos de estos "conquistadores".

Por suerte para las recién llegadas, había españoles que no compartían tal estilo de vida y con ellos se iniciaron los primeros y fugaces noviazgos. Fugaces, porque se casaban en pocas semanas. La vida iba equilibrándose en la principal ciudad del Paraná cuando surgió el nombramiento del cuarto y penúltimo Adelantado. Nos referimos a Juan ortiz de Zárate. El hombre vivía en Lima, donde se había unido con Leonor Yupanqui, joven hija de un Inca. No se casaron porque él respetó las creencias religiosas de Leonor e incluso obtuvo el permiso del Rey para vivir en concubinato. Tuvieron una niña, a quien bautizaron Juana. La pequeña perdió a su madre cuando tenía cuatro años y, ya viudo, ortiz de Zárate viajó a España solo para recibir el nombramiento de Adelantado del Río de la Plata. Regresó en noviembre de 1573 con el título y quinientos andaluces. Su destino era Asunción. Bordeaba la actual costa uruguaya y pasó por un lugar que se denominaba Monte Santo ovidio. Con el tiempo pasaría a llamarse Monte ovidio y, más adelante, sería Montevideo. El cuento del marinero que habría gritado "¡Monte video!" ("¡veo un monte!") es solo eso: un cuento.

Luego de atravesar el Monte ovidio, se detuvo para reabastecerse. Sus naves estaban muy deterioradas y no podía seguir avanzando en esas condiciones. Los hombres recorrieron la costa en busca de ayuda y encontraron calabazas con informes y mapas que señalaban un punto en donde un grupo de españoles estaban fundando una ciudad: Santa Fe. ortiz entró en contacto con algunos guaraníes y propuso un trato al jefe, el cacique Yamandú. Le entregó un sacón de terciopelo, una daga y un sombrero, a cambio de que llevara unas cartas a los colonizadores del flamante fuerte de Santa Fe. Cometió el error de pagar por anticipado, porque Yamandú dijo que sí, tomó la ropa y se marchó a seguir con su vida. De todas maneras, los españoles no tardaron en advertirlo: unos soldados que salieron a cazar se toparon con la silueta de un nativo vestido de terciopelo y con sombrero. Atraparon a Yamandú y lo llevaron ante ortiz de Zárate. Iban a ejecutarlo, de pura bronca, pero el indio salvó su vida prometiendo que esta vez sí cumpliría con el recado.

La espera de noticias no fue placentera. Los charrúas los cercaron, los atacaron, les mataron cientos de soldados y Ortiz de Zárate, el cuarto Adelantado del Río de la Plata, desbordado por la situación, entró en pánico. Menos mal que había otros oficiales que se manejaron con cordura y sentido común para tranquilizar y organizar a los cien conquistadores que aún sobrevivían de los quinientos que habían partido de España. Se refugiaron en la isla Martín García.

Hasta que por fin, como si fuera el Séptimo de Caballería del lejano oeste norteamericano, irrumpió el barcucho con los hombres que estaban fundando Santa Fe. vencieron a la indiada hostil. Yamandú, como vemos, cumplió su parte y a partir de esa mañana pudo ostentar sin culpas su capa de terciopelo y su sombrero andaluz. Al mando de los rescatistas marchaba el más intrépido e inteligente conquistador de aquellos tiempos: el empecinado vasco, don Juan de Garay.

14. Garay, aventurero y celestino

Cuando llegó a Asunción el 8 de febrero de 1575, Juan Ortiz de Zárate había cumplido los 65 años y estaba muy enfermo. Gobernó apenas un año. Sus enemigos apuraron el trámite y lo envenenaron. Sin embargo, su testamento se transformaría en el eslabón clave del destino de estas tierras. ortiz legó su título de Adelantado a favor del hombre que se casara con su hija Juana, quien, aún soltera y con dieciséis años, residía en Lima, sin saber que en la tarde del 26 de enero de 1576 se había convertido en huérfana, heredera millonaria de los cuantiosos bienes de su padre y poseedora del codiciado título de mandamás de vastas tierra para el afortunado que la llevara al altar.

Alguien tenía que ir a buscarla, casarla y traerla a Asunción. El moribundo Zárate le encomendó la misión a su héroe preferido: Juan de Garay. El vasco partió de inmediato a cumplir el legado. Aunque tardó un poco porque, siendo tan aventurero y servicial, acudió en ayuda de otros contingentes conquistadores en el Chaco, Salta, Tucumán y Santiago del Estero.

Por fin llegó al Perú y se entrevistó con el virrey Toledo para contarle el asunto de Juana. La novedad se esparció por el poblado y el listado de enamorados de la muchacha se incrementó hasta niveles impensados. Decimos que se incrementó porque ya tenía varios candidatos seduciéndola antes de la llegada de Garay. Debido a que, según pudo advertirlo el vasco cuando se entrevistó con ella, era muy atractiva.

Prevenimos al lector que quiera imaginar un final digno de Hollywood, con Juana fulminada y cayendo en brazos de Garay, que no fue lo que ocurrió. El valiente llevaba diez años casado con Isabel de Becerra, una de las cincuenta chicas que acompañaron a Mencía Calderón en su odisea. Aclaramos también que cuando se casó, Garay ya había tenido un hijo con una indiecita altoperuana.

En cuanto a Juana, sus principales candidatos eran:

–Diego de Mendieta, su primo, quien esperaba muy confiado en Asunción, y con los brazos abiertos, a Juana, la herencia y el Adelantazgo. un cómodo de aquellos que no se merece ni siquiera que le demos un voto.

–Francisco Matienzo, quien tenía la ventaja de ser pariente de la familia Ceballos, quienes albergaban en su casa a Juanita desde que partiera su padre. Los Ceballos por supuesto trataban de inclinar la balanza hacia su pariente.

–Y Antonio de Meneses, joven agrandado que era ahijado del virrey Toledo y por eso contaba con todo el apoyo institucional para lograr

el anhelado matrimonio.

Juanita, sin embargo, bostezaba frente a todas estas propuestas, sin saber que sus bostezos marcarían la senda de la historia de la República Argentina, de la República oriental del uruguay y de la República del Paraguay.

La rica heredera de dieciséis años estaba enamorada de un don Juan. Su preferido era un funcionario de 42 años llamado Juan Torres de vera y Aragón, quien algunos años más tarde fundaría la ciudad de San Juan de vera de las Siete Corrientes, es decir, Corrientes.

Juana y Juan podían estar muy enamorados, pero había mucho en juego. Demasiado. Eran tres contra el mundo: Juana Zárate, más Garay y Torres, que se llevaban muy bien. Del otro lado, el virrey Toledo, su ahijado y sus alcahuetes, y el resto de los despechados. Pero tener a Garay en el equipo era contar con mucha ventaja. Como tutor de Juana, la sacó de la casa de los Ceballos para alejarla del moscardón Matienzo y la llevó a lo de su tío, Fernando de Zárate. El próximo paso fue enviar cartas al Rey para que autorizara el matrimonio. Las Leyes de Indias no permitían a los funcionarios casarse con vecinas del lugar donde ejercieran sus funciones. Por ese motivo, había que pedirle permiso al Rey. Era un trámite muy largo pero necesario, si quería hacerse todo bien.

En eso estaban el 1º de diciembre de 1577 a la hora de la siesta, cuando irrumpieron en la casa del tío de Juana dos enviados del virrey, Diego Caballero y Gómez Hernández. Traían la orden de llevar con ellos a la candidata. Despertaron a la herederita siestera y armaron, en su cuarto, una reunión cumbre de la que participaron, además de los enviados y Juana, el novio, Garay y los tíos de la adolescente.

Los funcionarios leyeron la orden virreinal y todos, acostumbrados a acatar a las autoridades, sintieron que habían perdido la batalla. Y tal vez, la guerra. Claro: no contaban con la astucia y valentía de la novia, quien ordenó a los funcionarios que tomaran nota de lo que iba a decir.

Cada una de las palabras que pronunció debe haber retumbado en ese dormitorio poblado de silencios. Fue un monólogo extenso, pero a todos les quedó muy claro que ella le agradecía el interés al virrey, que le agradecía que quisiera ocuparse de casarla con su ahijado, pero que ya era tarde porque ella había unido mucho más que las ganas con Juan Torres de vera y Aragón, varios días atrás. Y, por si fuera poco, protestó por la forma poco amigable que estaba utilizando nada menos que con la hija del cuarto Adelantado del Río de la Plata. ¡Mirá a la chiquita! Además de ser atractiva, millonaria y tener un título soñado bajo el brazo, la Juanita tenía su carácter. Firmó el escrito con su declaración y despachó a los funcionarios adonde más les gustara.

Enterado de lo ocurrido, el virrey comenzó a referirse a ella como “la mestiza”, con la –hoy cómica– intención de denigrarla.

Juana y Juan se casaron seis días después, apadrinados por Garay. El virrey destituyó del cargo de oidor a Torres de vera y Aragón y le prohibió viajar a Asunción. El flamante heredero del Adelantazgo, más preocupado por la luna de miel que por sus títulos, optó por quedarse allí con Juana, a la espera de la confirmación del Rey; y realizó su acto inicial de gobierno: delegó el poder en “Cupido” Garay, con instrucciones de marchar de vuelta a Asunción y cuidarle la posesión. De paso, entre varias directivas, le sugirió que volviera a establecer el puerto de Buenos Aires.

15. La primera suegra del Plata

Instalado en Asunción, a comienzos de 1580 Garay llevó a cabo la convocatoria para repoblar el puerto de Buenos Aires. Pero fueron pocos los que se entusiasmaron con la idea. Cabe aclarar que los potenciales colonizadores asumían el riesgo económico de la fundación: nadie recibiría un centavo por movilizarse. Con tan desalentadoras perspectivas, apenas reclutó unos cincuenta criollos nacidos allí y en el Alto Perú –es decir, paraguayos y bolivianos de ley– y alrededor de diez españoles. Algunos, con sus familias y criados. Dispuso que un grupo bajara con él en una carabela deplorable y dos barquitos, mientras que el resto iría a caballo, pasando por Santa Fe, con el fin de sumar algunos aventureros más que se tentaran con la refundación. El sendero por el que debían llegar estos hombres fue conocido por años como "Camino do vienen de Santa Fe". Y es la actual avenida Santa Fe.

Nunca pudo determinarse con exactitud la cantidad de gente que llegó al Río de la Plata junto con Garay. Esto se debe a que solo algunos de los sesenta y cuatro que recibieron tierras cuando el fundador las repartió vinieron con toda su familia. otros, en cambio, viajaron solos, con la idea de ir a buscar a su gente una vez instalados. Pero sí puede darse fe de que vinieron hombres, esposas y concubinas, algunos chicos, varios criados y una suegra.

La única suegra que abandonó Asunción y se aventuró a la precaria vida del Río de la Plata se llamó Ana Díaz. El más tradicional de los cuadros evocativos de la llamada *Segunda Fundación de Buenos Aires*, obra de José Moreno Carbonero (expuesta en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires), muestra a Garay junto al tronco conocido como "Rollo de la Justicia", blandiendo su espada y rodeado de soldados, algún que otro indio y una joven mujer que asoma a lo lejos, entre el Rollo y el estandarte. Ella es Ana Díaz. otra pintura, *Primera misa en Buenos Aires* de José Bouchet (puede admirársela en el Museo Histórico Nacional, ubicado en Parque Lezama), permite ver a la famosa suegra, arrodillada en cuarta fila.

Debemos aclarar que esa "primera misa" es producto de la imaginación, porque en el aquel contingente que repobló el puerto de Buenos Aires no había sacerdotes. Eso obligó a que, meses después, el vasco Garay se fuera a Santa Fe a buscar un cura para que diera una misa. El sacerdote vino, dio la misa y regresó de inmediato a Santa Fe.

Ana Díaz era paraguaya, mestiza, joven y viuda. Solicitó a Juan de Garay viajar al puerto de Buenos Aires para no apartarse de su hija, casada con uno de los repobladores. La suegra recibió un terreno de 2500 metros cuadrados en la esquina de las actuales Corrientes y

Florida, donde hoy existe un gran local de comidas rápidas, y un campo en la costa de San Isidro. No había sido muy afortunada en el reparto, ya que la zona de Corrientes y Florida en aquel tiempo era de poco valor, lejos del río, lejos de la actual Plaza de Mayo, lejos de todo. La viuda instaló una pulpería que no fue la más concurrida, pero le resolvió la economía diaria.

Para dicha de Ana Díaz –y, por qué no, de su yerno–, apareció en su vida un vecino con quien se casó al poco tiempo. Los historiadores no se ponen de acuerdo acerca de si el vecino era Pedro Isbrán o un tal Juan Martín. Lo que sí sabemos es que tanto Pedro como Juan Martín llegaron con sus respectivas mujeres a la repoblación. Por lo tanto, estamos hablando de un viudo o de un separado. Y ni siquiera podemos descartar que, en caso de tratarse de una viudez, haya muerto su hija y ella se haya casado con su yerno. Eso era habitual en aquel tiempo. De la unión de Ana Díaz y el vecino nació Felipa. Posiblemente Felipita haya sido la primera criatura nacida en el pueblo fundado por Juan de Garay.

Ninguno de ellos permaneció en el Río de la Plata mucho tiempo. Esto no era lo que esperaban y se fueron, juntos o separados, a Santa Fe.

16. La resurrección de Buenos Aires

Garay llegó al puerto de Buenos Aires el domingo 29 de mayo, día de la Santísima Trinidad. Revisó el terreno. Según el criterio de los repobladores, la instalación debía hacerse en Parque Lezama, Plaza de Mayo o Retiro. Trece días después, el sábado 11 de junio de 1580, en la actual Plaza de Mayo, a la altura de la Catedral, Juan de Garay desenvainó la espada, cortó hierbas, las lanzó al viento y dio por fundada la ciudad. No la bautizó Buenos Aires, sino La Trinidad. En las instrucciones que le había dado Juan Torres de vera y Aragón, lo autorizaba a fundar una ciudad en el puerto de Buenos Aires y bautizarla con el nombre que él quisiera. Y fue así como Garay fundó (en el puerto que Mendoza llamó Santa María del Buen Ayre) la ciudad de La Trinidad.

Mientras ellos tenían el puerto de Buenos Aires en la ciudad de La Trinidad, hoy nosotros tenemos un aeropuerto –el aeroparque Jorge Newbery– en la ciudad de Buenos Aires. ¿Será que dentro de algunos siglos nuestra capital se llamará Newbery? Es absurdo, pero no deja de ser curioso.

Con respecto al nombre Santísima Trinidad, que hoy muchos utilizan para referirse a la ciudad de Garay, es un error. El vasco puso esta tierra "bajo la advocación de la Santísima Trinidad", pero la llamó La Trinidad, a secas.

Para cumplir con las formalidades, Garay preguntó en voz alta si alguien se oponía (como en los casamientos de las películas norteamericanas). Con seguridad habrá sido escuchado por algunos nativos escondidos en matorrales cercanos. Mal podrían oponerse al no entender el idioma en que gritaba ese hombre de 52 años que daba estocadas al aire, mientras era observado por un grupo de barbudos.

Garay y el flamante poblado tuvieron su prueba de fuego unas pocas semanas más tarde. La nueva generación de querandíes estaba dispuesta a repetir la embestida a los invasores, como había ocurrido cuarenta años atrás. Se agruparon cientos en el territorio de la actual Pompeya, acumularon furia y se aprestaron a lanzarse contra los ranchitos porteños.

Mientras esto ocurría, los vecinos de La Trinidad divisaron una calabaza flotando en el Riachuelo. Contenía una carta de Cristóbal Matute, prisionero de los querandíes, quien les advertía los planes indígenas. Garay organizó a la gente y aguardó la arremetida. Habiendo perdido la ventaja del factor sorpresa, los nativos fueron dispersados y La Trinidad sobrevivió.

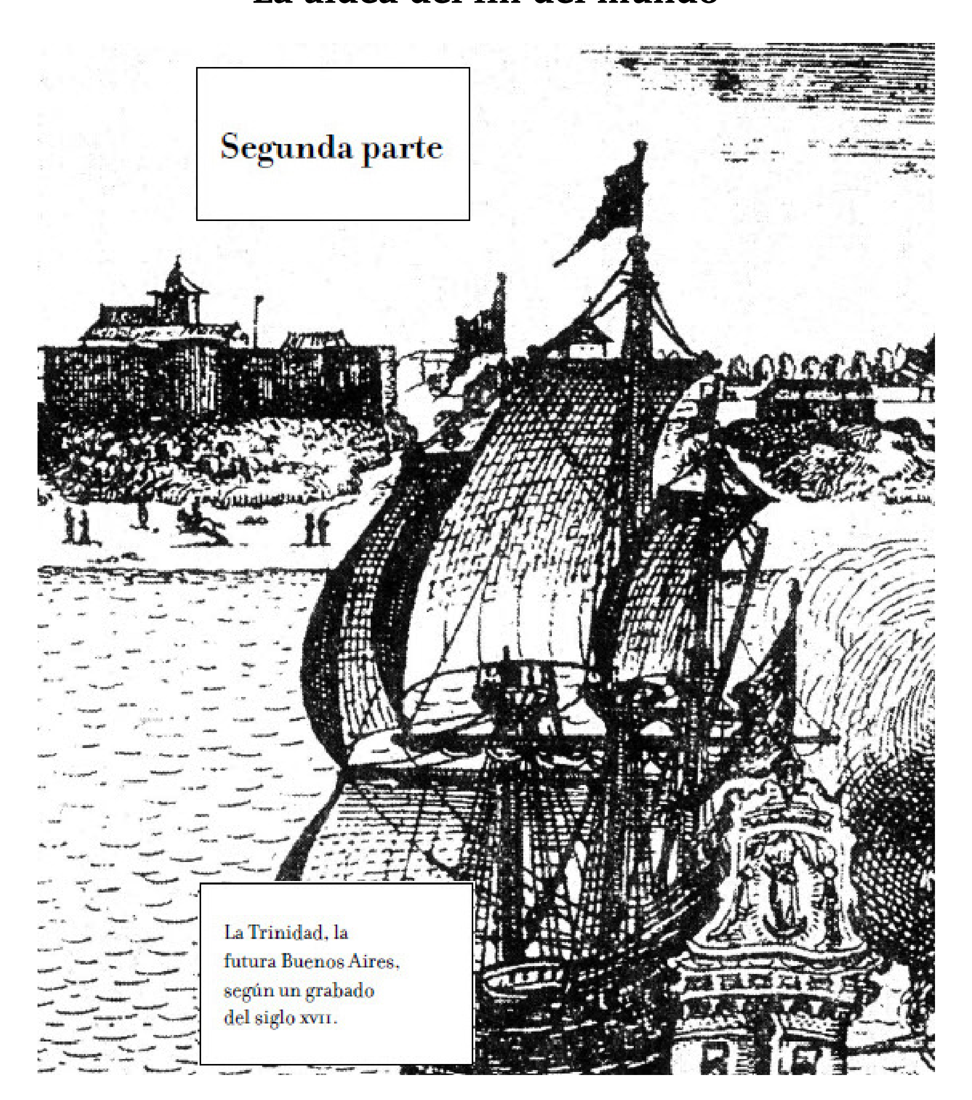
El vasco, lejos de quedarse afincado, siguió explorando y llegó hasta la actual Mar del Plata, a la que describió como una "costa galana". Su

familia, Isabel Becerra y la pequeña hija de ambos, Jerónima, vivía en Santa Fe, hacia donde Garay marchó para sofocar una rebelión de criollos, es decir, una especie de Revolución de Mayo, pero de 1583.

En el camino, confiado, durmió en la costa del Carcarañá. Nunca más se despertó: un nativo le aplastó la cabeza de un macanazo (es decir, de un golpe de macana, un garrote de madera utilizado por los aborígenes americanos).

Así como La Trinidad fue un nombre impuesto por este empecinado vasco que jamás cobró un centavo de la Corona –ni lo reclamó–, el nombre de Santa Fe también le pertenece. Recuerda a la ciudad de Granada donde los Reyes Católicos firmaron las Capitulaciones para el viaje de Colón. Y Santa Fe no era precisamente una virtud cristiana, sino una santa francesa, Sainte Foy, mártir de la Edad Media.

Por lo tanto, cerca del 1600, Buenos Aires era La Trinidad y Santa Fe era una santa.



Segunda parte

La Trinidad, la futura Buenos Aires, según un grabado del siglo XVII.

17. La ciudad-cárcel

En los primeros tiempos de La Trinidad existía una diferencia conceptual entre los denominados vecinos y los consignados como pobladores. Porque si bien todos eran vecinos, el título de poblador sólo le cabía a aquellos que habían llegado con el vasco Garay a poblar el lugar. De todas maneras, a solo cinco años de la fundación, apenas quedaban diez de los 64 “pobladores”. La mayoría había regresado a Santa Fe –como Pedro Isbrán y Juan Martín, los probables maridos de Ana Díaz– o a Asunción, donde la vida era más llevadera que en la pequeña aldea del Plata.

Desde el norte del territorio llegaban nuevos habitantes. Eran hombres que arrastraban a sus familias en busca de la prosperidad que no habían alcanzado en sus ciudades: una modesta y casi imperceptible corriente de inmigrantes que en forma implícita había sido expulsada de sus lugares de residencia por falta de oportunidades.

Muchos arribaron a La Trinidad y pegaron media vuelta cuando vieron el poblado. La “ciudad” de Garay era un conjunto de ranchos y chozas rodeado de matorrales. No le llegaba ni a los talones a Santiago del Estero, Chuquisaca o Lima. Sus habitantes eran ciudadanos de segunda de la América española. Buena parte del vecindario andaba descalzo; muchos, con el torso desnudo o apenas un sayal (una burda camisola de arpillera o lana de pésima calidad). Ellos mismos se avergonzaban de vestirse como pordioseros.

Cuando se les solicitó que enviaran un representante de la ciudad a la Audiencia de Charcas, debieron excusarse, no solo por no tener cómo costear el viaje sino también por no poder vestir al diputado “con una camisa decente”.

El estilo de vida era casi tan primitivo como el de sus vecinos aborígenes. Pero al menos los indios vivían de la caza y de la pesca. Los conquistadores del Plata casi no pescaban y ni siquiera salían a cazar por temor a ser ellos los cazados por yaguaretés. Y no tenían criados. En la correspondencia que enviaban a España manifestaban que padecían “hambre y desnudez” y que se veían obligados a enviar a sus mujeres e hijos al río en procura de agua por la falta de criados. La relación con los nativos había comenzado mal en 1580; pero a esa altura, se había logrado cierta convivencia, aunque con altibajos.

Suele decirse que comida no les faltaba porque tenían muchas vacas. Sin embargo, es un error. El ganado vacuno era un bien escaso y, sobre todo, se aprovechaba la leche.

Los porteños de fines del siglo xvii eran los que gozaban de comida abundante. Los de fines del siglo xvi, en cambio, pasaban hambre. Su precario alimento consistía en caballos, de vez en cuando algún

chancho, pan, mate, huevos, leche y pasto. Tal vez comían rúcula –ya que crece en cualquier parte–, sin saber que con el tiempo sería comida *fashion*. No pasó lo mismo con la carne de caballo que, a diferencia de la vacuna, genera cierta reacción y hace que los poros del cuerpo humano despidan un olor pestilente.

Fue necesario restringir las misas para racionar el poco vino que había; los religiosos lo atesoraban con celo, ya que era necesario para las celebraciones. Se sembraba trigo, pero la mayor parte se perdía: no había mano de obra disponible y, por si eso fuera poco, los caballos lo echaban a perder al pisotearlo. El reino español había decidido que La Trinidad fuera una ciudad de consumo. Pero de consumo muy restringido, ya que solo podía proveerse de los barcos españoles o de la mercadería que llegaba de Lima. que, por otra parte, si es que llegaba, resultaba muy cara.

Un puñado de ranchos habitado por gente descalza, semidesnuda y maloliente no era la idea de progreso que traían los inmigrantes. Por eso muchos regresaron a sus ciudades.

Incluso a nosotros nos cuesta imaginar la Buenos Aires del siglo XVI. Si uno observa el plano de distribución de tierras hecha por Garay –trazado en un pedazo de cuero recién en 1583–, con manzanas prolijas y simétricas, tiende a pensar que de inmediato tuvimos callecitas y casas pintorescas.

Pero La Trinidad no salió de una máquina de hacer ravioles. El plano de Garay debe verse como el plano de un edificio. Buenos Aires era apenas una obra en construcción. Las callecitas eran matorrales que luego se convirtieron en fangosos senderos. Las avenidas eran senderos que más adelante se transformaron en caminos. Las casas eran chozas que luego pasaron a ser ranchos: eran de dos ambientes, o mejor dicho, monoambientes divididos por un pedazo de cuero. Sin baños, claro. En aquella Buenos Aires primitiva uno o dos ranchitos ocupaban el solar asignado a cada manzana. Debido al abandono, algunos terrenos terminaron siendo baldíos. Fue el caso del lote que se reservó Juan de Garay, en Rivadavia esquina Reconquista (hoy sede del Banco Nación). Nunca lo ocupó y fue durante décadas un descampado que pasó a ser conocido como “Hueco de las ánimas”, porque se decía que allí vagaban almas en pena. A los chicos de aquel tiempo se los amenazaba con llevarlos al Hueco de las ánimas si se portaban mal.

Buenos Aires, la reina del Plata, fue la ciudad más miserable del extenso virreinato de Lima. Surgió entonces la idea de convertirla en poblado-presidio y construirle una inmensa cárcel que debía ser custodiada por unos trescientos soldados. Los aldeanos porteños celebraron la noticia y el gobernador del villorrio, Diego Rodríguez de valdés, apoyó la iniciativa. Más que gobernador, don Diego parecía un

señor feudal, por el contraste que significaba verlo con sus criados, sus capas y los muebles que se trajo para engalanar el rústico Fuerte donde residía.

Rodríguez de valdés entendió que la ciudad tendía a desaparecer y que la construcción de la gran cárcel le daría un vuelco positivo a La Trinidad. Pero alguien en la Corte le sugirió al Rey que no avanzara con el megaproyecto y terminó siendo descartado. Furioso, Rodríguez de valdés le escribió a Su Alteza: “No sé la causa por la que [el proyecto] se quedó. El que aconsejó a los ministros de vuestra Majestad que no le pusiesen [la cárcel a La Trinidad] merece muy bien que le corten la cabeza. Porque, por interés particular, ninguno se atreva a decir a su Rey y Señor lo que es contra toda razón”.

La cárcel proyectada quedó en los papeles y Buenos Aires agonizaba.

18. El cura piropeador

A pesar del negro empecinamiento del destino, la futura capital argentina siguió su vida. Y que hayan sido pocos los vecinos, no equivale a decir que la convivencia fuera ideal. Existían lo que podríamos denominar "pequeñas reuniones de consorcio" en el ranchito de paja que llamaban Cabildo, donde afloraban todas las molestias. Y el primero en ser señalado por los habitantes fue el sacerdote franciscano Francisco Romano.

Recordemos que cuando se fundó La Trinidad fue necesario traer un cura de las orejas desde Santa Fe para que diera una misa. Sin embargo, allá por 1589, la aldea porteña contaba con un modesto, pero suficiente, número de sacerdotes. Entre ellos, el fraile Francisco Romano, quien era, para decirlo de una manera suave, un poco díscolo.

Fray Francisco había sido expulsado de Asunción y de Santa Fe por sus agresiones. En la capital paraguaya, su superior debió pedirle que se fuera el día en que Romano salió a la calle con un arcabuz, dispuesto a no esperar la justicia de Dios, ya que él podía ocuparse antes. ¿Adónde podían ubicar a este cura loco? En Buenos Aires, por supuesto.

Según la forma de ver de Romano, que tenía treinta años, todos eran pecadores merecedores de castigos, menos él.

Vivía piropeando a las mujeres casadas. Por otra parte, a un joven teniente llamado Pedro verdún lo corrió por la Plaza Mayor (la Plaza de Mayo actual) con un palo, porque se enteró de que había tenido un *affaire*. También tuvo un encontronazo con el alcalde Gaspar de quevedo, una tarde en la Plaza cuando el fraile lo separó de un grupo para hacerle un comentario y terminaron los dos a los gritos y forcejeando con el bastón de quevedo.

Lo habían nombrado guardián del convento de San Francisco, un ranchito erigido en el lote 132 que Garay había donado a la orden franciscana –en Alsina y Defensa–; pero, al poco tiempo de instalado, las autoridades del municipio se reunieron para debatir sus excesos y se decidió, el 16 de febrero de 1589, que había que echarlo de Buenos Aires también. El problema era ir a decírselo. una tarea peligrosa porque el cura solucionaba todo excomulgando al que se atreviera a contradecirlo. Y como nadie se animaba, fray Francisco siguió dando vueltas por ahí, amenazando a todos los corderos descarriados e insinuando diabluras a las mujeres.

Pasaron dos meses y el Cabildo tuvo que ocuparse una vez más del cura loco. Porque fray Francisco había decidido cercar no solo el terreno del convento, sino también el sendero que lo rodeaba. Sin

ningún respeto por la vía pública, había colocado una tapia en medio de la actual calle Balcarce. Y, como si no alcanzara, siguió avanzando con el cerco hacia el río y se apropió de media manzana más.

Desde luego, nadie osaba cruzar por el feudo de Romano, y los peatones no tenían más remedio que dar un inmenso rodeo para atravesar esa cuadra.

El Cabildo resolvió intimar a Romano. En aquella época en que no existían las cartas documento, la cosa funcionaba más o menos así: se elegía a un capitular, quien se apersonaba con dos testigos en el domicilio del destinatario (o en medio de la calle, si es que se lo cruzaba) y le contaba lo que habían resuelto las autoridades. una vez informado, el emisario regresaba al Cabildo y dejaba constancia del hecho.

Así se hizo con Romano. Se envió a un representante del Ayuntamiento con los dos testigos requeridos para comunicarle a fray Francisco que debía demoler la tapia. El cura respondió que había tapiado el sendero porque era propietario del terreno. El emisario regresó con la respuesta de Romano al Cabildo. Los miembros deliberaron y volvieron a enviar a su mensajero con dos testigos hacia lo del sacerdote, para exigirle que mostrara los títulos de propiedad.

El fraile volvió a retrucarlo: le dijo que no era él quien debía presentarlos, sino el mismo Cabildo, que con seguridad los tendría. Fue un buen jaque al Ayuntamiento, ya que la mayoría de los documentos, o se había perdido o estaban a punto de desaparecer, porque se escribían en pergaminos y la tinta no aguantaba mucho tiempo. Poco después del retruque del fraile, el Cabildo resolvió comprar papel y abandonó los pergaminos.

Un año entero tuvo Romano la calle cortada. Entonces, los capitulares optaron por nombrar a dos empleados para que se ocuparan de controlar que nadie usurpara terrenos o calles. Francisco de Bernal y Juan Sánchez Pompas se convirtieron en los dos primeros inspectores municipales que tuvo Buenos Aires. A partir de su nombramiento, todo aquel que quisiera cercar, tapiar o edificar, debía convocarlos a su terreno y entregarle una gallina a cada uno. Los inspectores aprobaban o rechazaban los proyectos y regresaban a sus casas, cada cual con su gallina.

En definitiva, se trataba de nombrar un par de ejecutores para quitarle el cerco a Romano, pero lo único que se consiguió fue que estos dos hombres se limitaran a informar que el padre Francisco había cercado más de lo debido, algo que ya todos sabían de sobra.

La solución al conflicto con el clérigo piropeador, agresivo y usurpador llegó cuando otros frailes arribaron a La Trinidad y le recomendaron emigrar a Tucumán. Hacia allí partió el sacerdote. Terminó siendo expulsado no solo de Tucumán, sino también de la

Iglesia por diez años. La gota que rebasó la copa luego de sus andanzas porteñas, cayó el día que intentó convencer a una mujer de que tenían que hacerse mimos. La tucumana lo rechazó y le explicó que no podía acceder a sus pedidos porque él era un sacerdote. Romano, didáctico, le aclaró que solo las monjas pecaban en eso. Ella lo denunció y Romano despareció de Tucumán y de la historia.

El ranchito que construyó en La Trinidad fue durante cien años el convento de San Francisco y de las once Mil vírgenes, encargadas de protegernos de las langostas. Hasta que un nuevo cura, y pésimo arquitecto, hizo uno nuevo. Nos referimos a Juan de Arregui, acusado de hereje por haber dicho en una misa que "María Santísima era la yegua blanca en que paseaba el Santísimo Sacramento, y los evangelios eran caballos de lazo". Luego de su sermón aparecieron volantes anónimos en la ciudad que manifestaban "que siendo yegua María, el Padre sería caballo y el Hijo potrillo".

Arregui construyó la iglesia de San Francisco. Luego pasó a Luján, donde erigió una capilla que se derrumbó en poco tiempo por los errores de cálculo que cometió el sacerdote. La de San Francisco amenazaba con caerse también, y hubo que clausurarla para rehacerla.

El de Romano con el Cabildo fue el primer incidente en el que se enfrentaron el poder eclesiástico con el civil. Pero fue apenas una escaramuza si se lo compara con los que llegarían en los próximos años.

19. Los malos aires de La Trinidad

En plena solemne misa, durante 1590, un chancho maloliente ingresó en la capilla que hacía las veces de Catedral. El hereje fue retirado de inmediato y pronto se deliberó acerca de la necesidad de construir corrales. A partir de ese momento, los pocos chanchos porteños quedaron encerrados en un rinconcito de ese gran chiquero llamado La Trinidad.

La ciudad fundada por Garay olió mal desde 1580 hasta más allá de 1850. La mugre fue el enemigo a combatir durante años. Y todos parecían acostumbrados a vivir en un ambiente nauseabundo. Las calles estaban atestadas de bosta, restos de animales muertos y basura. Los ranchos no tenían baños, el jabón era un bien de lujo y sólo el calor del verano arrastraba a los vecinos al río o a los arroyos donde se bañaban. En estas tierras en donde el polvo y el humo siempre estaban presentes, el aseo personal de los porteños, que emanaban un fuerte hedor por consumir caballos, era precario. En los primeros tiempos de La Trinidad, los moradores acudían a misa todos los días, acostumbrados al olor putrefacto de los cadáveres que se colocaban debajo de los pisos de las iglesias. En 1692 fue necesario obligar a los vecinos a que cubrieran las calles por las que marchaban las procesiones con juncos verdes, hinojos, laureles y “otras yerbas olorosas”, para combatir el mal aliento de la ciudad.

A medida que fue desarrollándose el poblado, los problemas de higiene aumentaron. Los vendedores situados en puestos dentro de la Plaza Mayor cocinaban sus almuerzos consistentes en platos condimentados con ajos y ajíes que no solo se impregnaban en sus cuerpos y en las mercaderías, sino que arrojaban un aroma insoportable que se mezclaba con el de los cadáveres de desconocidos que se depositaban en la calle, junto al Cabildo. Allí permanecían un par de días, hasta que alguien los reconociera.

En las casas no existía un sistema de cañerías para desechos. Fue necesario ordenar que no se tirara la basura a la calle y entonces se acumulaban los desperdicios en el fondo de los terrenos. Intentaban disimular los olores plantando limoneros; y cuando reunían una buena cantidad de residuos o el hedor no se aguantaba, quemaban el basural, llenando de humo el aire de ¿Buenos Aires?

También estaban los que lanzaban bolsas de cuero con inmundicias en alguna de las tres corrientes de agua que circulaban por el ejido urbano y que desembocaban en el Plata. Por último, algunos llevaban su basura hasta el río, ahí nomás en el Centro. Lo que provocaba que se juntara la resaca en la orilla y allí quedara hasta que una creciente la llevara río adentro. Mientras tanto, cuando soplaba viento del este,

la aldea recibía el hedor de los desperdicios. Las lavanderas se acercaban a esa misma orilla para lavar la ropa e inclusive tenderla. Y también lo hacían los aguateros para llenar sus barriles: hubo que prohibir que recogieran agua del mismo lugar donde hacían su trabajo las lavanderas.

Cuando se construyó el Fuerte, en el terreno que hoy ocupa la Casa Rosada, se lo rodeó de un foso y también se colocó un puente levadizo. Pero el paisaje estaba lejos de parecerse a la imagen de los fosos de los castillos medievales europeos. El nuestro era un pozo de mala muerte que lo único que hacía era acumular todas las variedades posibles de mugre. Las lluvias intensas lo desbordaban y el agua desparramaba repugnancias que nadie se ocupaba de limpiar.

Ya en el siglo XVIII, la abundancia de carne hacía que cuando un vacuno moría, quedara allí tendido, donde fuera. Los porteños solo tomaban el cuero, dejando el resto a merced de los perros que se encargaban de destriparlo, comer hasta saciarse y esparcir sobras de la res por todas partes.

Un soldado español que llegó a Buenos Aires en 1777 se sorprendió por el modo en que se desperdiciaba la comida. Al regresar a Europa, describió la escena en un poema donde, entre otras cosas, dice:

Las bolas, cuchillo y lazo
en dicho país, infiero
que mucho más que el dinero,
para comer, son del caso;
pues cualquiera que de paso
se le antoja una res,
la bolea por los pies,
el lazo le arroja al cuello,
entra el cuchillo al degüello
y se la come después.
Las cabezas se desprecian,
las asaduras se tiran,
el menudo ni aun le miran
y las manos las desechan;
únicamente aprovechan
de la res más extremada
el costillar y rabada
con la lengua y los riñones,
dejando a los cimarrones
lo demás de la carnada.

Fue necesario concebir en octubre de 1781 un régimen de sanciones

monetarias a los vecinos que no enterraran los animales muertos en su vereda. La tabla de multas tenía diversos valores y se dividía en tres rubros: ratones y pájaros, perros y gatos, y caballos, mulas, toros y cerdos.

El 4 de mayo de 1784 dos presos se lanzaron a rescatar un pescado que se les había caído en el pozo donde concentraban la mugre y los excrementos, y murieron asfixiados. Cinco años después de aquel suceso, el pozo de la cárcel se llenó, se desbordó y alcanzó la calle. El Cabildo compró un “tapón” (una gran tapa) para el pozo. En ese mismo año –1789– tuvo que pedírsele a Antonio José de Escalada, futuro suegro de San Martín, que evitara lanzar la basura y las necesidades de la familia en la puerta de su casa, ubicada en las actuales San Martín y Perón.

Aunque poco tiempo después, en 1791, se establecieron días para sacar los desperdicios a la calle. Nacieron los recolectores de basura, que pertenecían a una empresa privada. El contrato estipulaba que cada equipo estuviera formado por una pareja de basureros y una carretilla. En el invierno trabajaban dos equipos. En el verano se agregaban dos más. El dueño de la concesión tenía que disponer de personal para quitar de los espacios públicos los cadáveres de los perros, vacas, caballos, gallinas, cerdos y ratas, y enterrarlos en alguna parte. Pero el sistema fracasó porque el Cabildo no consideraba que se estuviera cumpliendo lo pactado y la empresa se retiró del negocio.

En 1799, alguien se robó el tapón de la cárcel y la Plaza se inundó de mugre, una vez más. En diciembre de 1803 aparecieron los primeros carros recolectores de basura que pertenecían al Estado. No fueron muy eficientes porque su número era desproporcionado respecto de la cantidad de inmundicia que había que recolectar; y porque los basureros no cobraban a tiempo y abandonaban el trabajo. Recién en 1840 el sistema comenzó a funcionar con cierta regularidad.

Buenos Aires olió mal por siglos, a pesar del chancho pestilente que en 1590 se convirtió en chivo expiatorio de la mugre general.

20. El borracho que inventó la Argentina

Durante el año 1593 apareció por Buenos Aires el sacerdote Martín del Barco Centenera, quien se convirtió en el máximo representante de la Iglesia local. Su tarea principal fue dar de baja el ranchito que funcionaba como Catedral –aquel que había sido visitado por el chancho– y levantar un nuevo edificio de adobe y madera.

Centenera había llegado al Río de la Plata en 1575 con la expedición del cuarto Adelantado ortiz de Zárate. Antes de desembocar en La Trinidad, cumplió funciones en Asunción, Cochabamba, Lima y Tucumán, entre otras. En sus encuentros con el alcohol, casi siempre ganaba el vino; y si empataban, igual Martín perdía en los penales. Fue procesado por emborracharse en lugares públicos, dar espectáculos "abrazándose a botas de vino", andar vociferando relaciones carnales con mujeres, dedicarse al comercio, convivir con una dama casada y utilizar su autoridad eclesiástica para acusar de "moros y judíos" a todos los que le reprochaban su conducta. un verdadero atorrante que consideraba que la sotana le daba impunidad.

Fue expulsado de América por sus atropellos y regresó a Europa en 1596. Allí escribió el poema titulado "Argentina" que dio origen al nombre de nuestro país. La intención de Centenera fue darle un nombre poético a su obra referida al territorio del Río de la Plata y se decidió por Argentina debido a que el *argentum* es la forma latina de mencionar el mineral que hoy llamamos plata.

La extensa obra del clérigo tiene escaso valor poético, pero es apreciada desde el punto de vista histórico. Y, desde luego, su mayor riqueza es la de habernos dotado de un nombre que en aquel tiempo estaba lejos de usarse.

Fue condenado por sus abusos. Sostenía que los altibajos en su vida eran comparables a los altibajos del sexo femenino. Y es posible entender cuánto habrá tenido que ver el alcohol en su inspiración cuando en sus descripciones del Plata menciona sirenas cantantes, ciudades sumergidas en lagunas, peces anfibios que perseguían mujeres y mariposas que se transformaban en ratones.

El cura mercader, mujeriego y borracho que inventó el nombre de nuestro país, murió a los 67 años, en 1602, el mismo año en que se publicó su obra.

21. El vino de las misas robado a los holandeses

Con el comercio limitado a los caros productos provenientes de Lima o a lo que llegara en barcos españoles, La Trinidad parecía condenada al fracaso. Sólo el gobernador Diego Rodríguez de valdés gozaba de ciertas comodidades, que no eran muchas, pero sí muy superiores a las del resto de la población.

En ese mísero estado se hallaban el viernes 30 de julio de 1599, cuando un buque de bandera holandesa se instaló a unos cien metros del puerto.

Rodríguez de valdés lo observó desde el Fuerte que ya contaba con un paredón de tierra apisonada. Antes había sido de juncos y maderas, pero la visita de barcos pirata había obligado a mejorar los sistemas de defensa. El gobernador analizó la situación con los principales vecinos y decidió enviar una comisión compuesta por el alcalde Pedro de Isarra (más que vecino, poblador), el alguacil y nueve indios en un bote con el fin de que informaran quiénes eran y qué querían. El capitán Henrich ottsen explicó que traían mercaderías para vender. Y no mentían: la urca *Mundo de Plata*, con 42 tripulantes, había partido de ámsterdam con destino al puerto de Buenos Aires, con el fin de insertar sus productos en el Plata. Por supuesto, sin ninguna autorización de la Corona española, pero convencidos de que serían bien recibidos. La comisión regresó entusiasmada a tierra para informarle al gobernador.

Al día siguiente, Rodríguez de valdés volvió a enviar el bote, esta vez con un poco de pan y siete naranjas. El regalo fue bienvenido, pero no lograron ponerse de acuerdo. ottsen pedía que los porteños fueran al barco a comprar la mercadería. Rodríguez de valdés pretendía que la bajaran a tierra. El gobernador quería que los holandeses enviaran un oficial para negociar. ottsen deseaba que un funcionario porteño negociara en la *Mundo de Plata*. Ambos se desconfiaban.

El bote fue y vino varias veces hasta que el gobernador despachó una carta con el sello real, dando su palabra de que el oficial que bajara a tierra no sería retenido bajo ningún concepto. ottsen aceptó y envió, el 5 de agosto, cuatro hombres. Rodríguez de valdés les explicó que el comercio con extranjeros estaba prohibido, pero que los vecinos le rogaban que hiciera una excepción. Y que, si los holandeses estaban dispuestos a pagar un once por ciento de impuestos sobre lo facturado, se podía hacer el negocio. Por lo tanto, ahora sabemos que el padre del IvA (Impuesto al valor Agregado) en nuestro territorio se llama Diego Rodríguez valdés.

Ottsen fue informado sobre lo resuelto y estuvo de acuerdo: sólo

tendría que recargarle el IvA a los precios y listo. Sin embargo, seguían sin ponerse de acuerdo acerca de dónde se harían las ventas. El holandés temía que al descargar la mercadería se la confiscaran. El español sostenía que si no bajaban los productos, no había trato. El 6 de agosto, ottsen y Rodríguez de valdés se reunieron en el Fuerte. Los vecinos se sumaron con regalos para el capitán, quien volvió a su buque convencido de que se podía bajar un poco de mercadería sin riesgo. El plan del gobernador estaba funcionando.

Por fin el día 11 al mediodía, el segundo de ottsen, Cornelio Hemsskirch y ocho marinos desembarcaron en La Trinidad cubrecamas, sábanas, alfombras, manteles, servilletas y todo tipo de géneros. ottsen aguardó en el barco. una hora, dos horas, tres horas. Se vino la noche. Los marinos no regresaban. El holandés alistó los cañones de su barco para defenderse de un ataque nocturno. Pero nada ocurrió. En la mañana del 12 llegó el bote, pero con españoles e indios. Portaban tres cartas: una del gobernador y dos de Hemsskirch y otro oficial. Los tres informaban que todo estaba en orden y pedían que se enviara más mercadería.

Por supuesto, ottsen respondió que lo haría una vez que regresaran sus hombres. Hemsskirch y los otros marinos habían sido tomados como rehenes y el gobernador había confiscado toda la mercadería. Contaba con la colaboración del inescrupuloso fraile Francisco Romano, el cura piropeador, quien les decía a los prisioneros que actuaba como mediador y que no debían preocuparse.

Durante los días siguientes prosiguió el intercambio de reproches y ottsen aprovechó para tomar como rehenes a indios y españoles que le llevaban una carta. Pero se le escaparon esa misma semana. También llegaron al barco nuevas notas de Hemsskirch. En una de ellas pedía, como demostración de buena voluntad, cuatro barriles de vino; dos de ellos, para el fraile Romano. ottsen envió el vino, pero fue en vano.

En su última carta, Hemsskirch rogó que el capitán ottsen fuera a tierra, ya que el fraile le había garantizado que él mismo se haría responsable de que nada le ocurriera. Pero en un papel aparte le advirtió que no desembarcara y que huyera porque los porteños estaban preparando una emboscada para tomar el barco: "Los españoles meditan algo no muy bueno sobre nosotros. Será lo mejor, pues, quitaros de delante, pero mandándonos ocho barriles de vino, seis para el gobernador y dos para la gente de servicio [los soldados], pues los de aquí nos fastidian y atormentan mucho por el vino, que en esta tierra no se consigue. os deseo una buena noche, queridos y fieles compañeros, y dad también a todos los amigos las buenas noches de parte de Cornelio Hemsskirch".

Ottsen cumplió con el pedido de su oficial y huyó, resignado, de ese maldito Río de la Plata. El 30 de septiembre, luego de pasar dos meses

intentando rescatar a su gente, fondeó en la costa aún deshabitada de Montevideo.

Su próxima escala sería Bahía (Brasil). A ese puerto llegó con el barco destrozado y sólo cinco marinos enfermos ya que, en el camino, fue muriendo su tripulación a causa del escorbuto. Fue prisionero de los portugueses y, luego de algunas otras penurias, regresó a Holanda. En su diario se conservan retratos de los indios rioplatenses armados. Son los dibujos más antiguos donde se ven boleadoras.

Lo que ocurrió con Hemsskirch y los otros prisioneros es un enigma. Los archivos del Cabildo porteño durante los años 1591 a 1605 –que incluyen la gestión de Rodríguez de valdés– han desaparecido. La primera vez que se los buscó, en 1707, ya no estaban. Hace cincuenta años, el historiador

Armando Tonelli reunió los únicos dos documentos que permitieron reconstruir este episodio de la primitiva Buenos Aires: el puntilloso diario de viaje de ottsen y la exposición que hizo Rodríguez de valdés al Rey, dando una versión que, al cotejarse con la del holandés e inclusive leyéndola en detalle por sí sola, muestra imprecisiones llamativas.

Es probable que los holandeses hayan sido ahorcados en Buenos Aires. En su carta al Rey, el gobernador omite informar qué ocurrió con ellos. Sólo podemos deducir que las misas del año 1600 se celebraron con vino robado a los holandeses.

22. Nuevo rico

Dos días antes de que apareciera el navío holandés, el gobernador Diego Rodríguez de valdés había reunido varios testimonios con el fin de hacer que en España se conociera lo miserable que era vivir en el Río de la Plata. El informe revela que “en esta ciudad no hay vino para decir misa, ni aceite para alumbrar el santísimo”, escasea el acero para las piezas de artillería y el hierro para fabricar instrumentos de trabajo; no hay “azúcar, ni miel, ni conservas, ni papel para escribir, ni jabón para lavar la ropa”.

El frío se torna insoportable. Conseguir leña en Buenos Aires es imposible porque los pocos algarrobos existentes, ya fueron consumidos. Incluso algunos vecinos se ven obligados a faltar a misa por no tener ropa en condiciones o no disponer de zapatos.

El único que vivía con cierta comodidad era Rodríguez de valdés, sobre todo luego de engañar a los holandeses y confiscarles la mercadería. El gobernador murió en 1602.

Su hija Francisca consideró que no podía quedarse, como dice un documento de la época, “huérfana y pobre en tierras tan estrañas y necesitadas”. El candidato a compañero de la vida era un tal Juan Bautista Justiniano. Nunca sabremos si estaba enamorado de Francisca. Lo que sí sabemos es la dote que ella aportó al matrimonio. La hija del malogrado gobernador ofreció como prenda de casamiento: tres vestidos de terciopelo, 120 marcos de plata labrada, dos negras de Angola, ambas llamadas María y ambas de 24 años, dos negros de 14 años –Marcos y Juan–, ocho sábanas de ruán, una colcha, seis almohadas, dos cubrecamas con motivos florales, dos cobertores, un pabellón que hacía juego, seis sillas, un chaleco dorado, unos zarcillos de oro, dos sortijas de oro con sus piedras finas, un bufete de madera con su sobremesa y dos más, una caja de cama de la India, una mesa, un cofre, tres cajas con sus llaves y cerraduras, una alfombra, cuatro manteles, veinticuatro servilletas, una frasquera con doce frascos y cuatro barriles de vino.

Es fácil deducir el origen de los géneros y de los cuatro barriles de vino.

Justiniano y Francisca se casaron el 11 de octubre de 1605 en la miserable aldea La Trinidad. Juan Bautista Justiniano fue el primer nuevo rico porteño.

23. El gran pecador

Como vimos, al fundar la ciudad y repartir las tierras, Juan de Garay se había reservado un espacio de media manzana frente a la actual Plaza de Mayo. El terrenito de Garay es actualmente propiedad del Banco Nación. El vasco no llegó a ocuparlo y, cuando murió, lo heredó Juan de Garay "el Mozo", aquel hijo que tuvo con una indiecita antes de casarse. Era común que a un padre y a un hijo con el mismo nombre se los diferenciara llamándolos Fulano el viejo y Fulano el Mozo.

Lo cierto es que el vástago, que tenía 25 años cuando murió el vasco, adosó la herencia a su cuarto de manzana, en 25 de Mayo y Bartolomé Mitre, y lo utilizó durante dos semanas para su negocio de guardador de ganado. Pero cuando abandonó esa tarea, no vio la utilidad de conservarlo y optó por hacer un trueque. Lo cedió a Hernán Suárez de Maldonado a cambio de un traje, una capa de terciopelo y un par de botas.

Hoy puede parecernos que Garay júnior no nació para la compraventa de inmuebles. Sin embargo, no era el único: en 1584 Pedro álvarez Gaytán había permutado la esquina sudoeste de Bolívar e Hipólito Yrigoyen (frente al Cabildo) por un caballo blanco y una guitarra. Por su parte, Rodrigo ortiz de Zárate –sucesor del fundador Garay– contaba con un amplio terreno en la zona que hoy conocemos como Recoleta; su hijo lo cedió en 1604 al capitán Francés Beaumont y Navarra a cambio de una capa, un par de calzones y dos chalecos, uno de ellos de piel y bordado con hilo de oro. Don Francés, por su parte, lo trocó en 1608 por una casaca, un par de tijeras y una peluca.

Pero volvamos al centro de la ciudad. Suárez Maldonado conservó el terreno baldío de media manzana que le compró a Garay júnior hasta que decidió venderlo en 1606 al personaje más enigmático del siglo xvii. Nos referimos a Bernardo Sánchez Barragán, conocido por todos como "El Gran Pecador". Don Bernardo había sido soldado en España y, nadie sabía cómo, siempre tenía mucho dinero. Sin embargo, llevaba un estilo de vida bohemio. vestía siempre una misma sotana con capucha, a pesar de no ser religioso, y deambulaba por la calle entregando limosnas. Desde luego, un sujeto tan extraño era apto para los comentarios de todos los vecinos. Algunos opinaban que era un ladrón jubilado.

Otros suponían que era un espía de la Corona española. Y hasta hubo quienes sostenían que era hijo del rey Felipe II, Carlos de Austria, quien había perdido su novia porque se la robó el propio padre. Carlos de Austria había muerto en 1568, a los 23 años de edad. Sin embargo, existía la leyenda de que continuaba con vida. Por eso,

muchos vieron en don Bernardo Sánchez Barragán al famoso vástago real.

Lo cierto es que el ermitaño acaudalado se hacía llamar "El Gran Pecador" y en torno a él se tejían las más disparatadas conjeturas. Aunque se desconozca cuál o cuáles fueron sus grandes pecados, sí es posible establecer que estuvo en Asunción y que también pasó largas temporadas en Chile, donde era muy estimado por su caridad y sus consejos. Allí había contratado sirvientes para atender el hospital, se ofrecía cada vez que había que dar ayuda a necesitados y hasta fue comisionado por el Gobierno para viajar a España y entregar un informe al Rey. El motivo por el cual lo comisionaron a don Bernardo resulta insólito: el Cabildo de Santiago no tenía dinero para costear el viaje de un diputado a la Corte y le pidieron al Gran Pecador que fuera él y que, por favor, se pagara el viaje. Este singular sujeto cruzó varias veces el Atlántico. Durante las travesías, que a veces hacía en barcos de su propiedad, asombraba a todos que no se instalara en un camarote, que siempre durmiera en el piso de la cubierta y que se sintiera más cómodo entre la gente humilde que entre los poderosos.

En uno de sus viajes, en los que volvió de España con 1014 soldados para Chile –muchos sostienen que él mismo los contrató y pagó sus salarios–, se detuvo en Buenos Aires. Su primera visita a La Trinidad tuvo lugar el 21 de abril de 1605. un año más tarde volvió y compró en 4500 pesos dos terrenos en las actuales Rivadavia y Reconquista, más una estancia en Luján a Hernando Suárez de Maldonado. Fue la mayor operación inmobiliaria de aquel tiempo. Erigió una casa de construcción sobria que, a la vez, era una de las más lujosas del poblado.

Partió una vez más y regresó en abril de 1607 junto con tres parientes: Juan Barragán (su hijo), Antonio Gutiérrez Barragán (hermano del Pecador) y Francisco Gómez Prieto (sobrino). Ninguna mujer acompañó a estos hombres. No se sabe qué ocurrió con Catalina Pérez, la madre de Juan. Aunque no fue eso lo que más sorprendió a los vecinos, sino todo lo que Bernardo Sánchez trajo en el barco para equipar su casa: un escritorio, una campana, varias cajas de platos y jarros, una caldera, barriles de jabón, aceite, vinagre, hierro... Demasiado lujo para una Trinidad tan humilde.

Su día era monótono. Con su hábito monacal, salía a la calle, ingresaba a las iglesias, daba limosnas, les hacía preguntas a los pobres y regresaba a su casa. No hacía negocios, no trabajaba y no discutía. Llevaba una vida *zen*. Sin embargo, mantenía una buena relación con los principales contrabandistas de la ciudad, lo que hacía suponer que tal vez participaba en esas operaciones.

Pero lo más importante es que Bernardo inyectó numerosos recursos a la aldea, a través de operaciones inmobiliarias y donaciones. A partir

de su llegada, La Trinidad comenzó a mejorar su estatus. Sánchez Barragán compró otros terrenos en el Centro y en los suburbios. Se adueñó de gran parte de la manzana comprendida por las calles Moreno, Bolívar, Alsina y Defensa. Y le alquiló dos cuartos de su casa al Cabildo para que los utilizara como cárcel, en forma transitoria hasta que se construyera una.

Alquiler que no cobró en vida. El Gran Pecador partió en 1609 desde Panamá rumbo a Perú. Su hijo, Juan Barragán, y los otros parientes quedaron en Buenos Aires. El hombre llegó a Lima, mantuvo algunas reuniones y zarpó con destino a Concepción, en Chile. A poco de iniciar la travesía, una noche se acostó en la cubierta como de costumbre y nunca más despertó.

El capitán del navío no sabía si tenía que lanzar su cuerpo al mar o no. optó por pegar media vuelta y regresar a Lima. Lo enterraron en la capital peruana y a su funeral asistieron todos los funcionarios.

Los misterios estaban lejos de terminar. un capitán, Pedro Sánchez Garzón, arribó a Buenos Aires en 1610 con la noticia de la muerte del misterioso benefactor. Y, vaya a saberse por qué, se instaló en la casa del Pecador (el ser un Sánchez nos permite conjeturar que era un pariente). viviría allí hasta morir en 1646. Al legar sus bienes, provocaría uno de los más insólitos escándalos, del que ya hablaremos en otro capítulo.

Juan Barragán, el hijo de Bernardo, recibiría el pago del alquiler de los cuartos que se utilizaron como cárcel, además de una suculenta herencia en propiedades. En cuanto a Antonio Gutiérrez Barragán, el hermano del misterioso hombre, mató en duelo a su pariente Francisco Gómez Prieto en 1608. Después se casó con Juana de Escobar y, para dedicarse al comercio, consideró bueno tener algunas hectáreas junto al mar, lejos de la vigilancia de las autoridades portuarias.

Con su familia se mudó a los extensos terrenos que compró en la costa del sur bonaerense, muy apreciados por su ensenada. Sí, es lo que está pensando: nos referimos a la ensenada de Barragán.

24. La colecta de los coquetos

Gran alegría causó en La Trinidad la llegada de Manuel álvarez el 24 de enero de 1605. ¡Por fin un barbero decidía establecerse en la pequeña aldea del Río de la Plata! Era una gran noticia, y no solo para los hombres, sino también para las mujeres. Porque los barberos de aquel tiempo, además de afeitar a los señores, eran cirujanos.

Claro que no era negocio instalarse en un rinconcito tan perdido del planeta. Por ese motivo, Manuel álvarez se presentó aquella mañana en el Cabildo a reclamar que le dieran un sueldo y le pagaran las medicinas. Se convertía en un médico del Estado, encargado de garantizar la salud de todos y el *look* de los hombres, afeitados al ras.

El Cabildo contrató al barbero luego de algunas reuniones en donde se discutió si correspondía pagarle los 400 pesos que pedía o no. Hasta que el 23 de mayo, álvarez se presentó en el Ayuntamiento y anunció que no se quedaría más en la aldea y que renunciaba. No pueden conocerse los motivos de su decisión, solo podemos especular que esto no era lo que esperaba el hombre. Pero menos aún esperaría la tajante respuesta que le dio el Cabildo: tenía prohibido salir de la ciudad y debía continuar con sus tareas hasta fin de año.

Mucho problema no se hizo porque en cuanto pudo se metió en uno de los tantos barcos que paraban en el puerto y se escapó para no volver nunca más. Y La Trinidad, que empezaba a acostumbrarse al lujo de contar con un barbero, puso manos a la obra para conseguirse otro.

El próximo en aparecer se llamaba Jerónimo de Miranda. Lo colmaron de atenciones e hicieron que se sintiera en su casa. Pero no alcanzó. Porque con lo poco que le pagaban, pronto Miranda pidió autorización para viajar a Tucumán, donde suponía que iba a tener mejor fortuna. Se convocó a una reunión en el Cabildo y los funcionarios coincidieron en que los argumentos de Miranda eran lógicos, y que había que retenerlo de alguna manera. Resolvieron organizar una colecta entre los vecinos. La alcancía se llenó con rapidez: 91 porteños hicieron sus donaciones y lograron reunirse 434 pesos. El Cabildo anunció que le pagaría a Miranda 400 pesos anuales. Los 34 pesos restantes siguieron un rumbo desconocido, pero imaginable.

Miranda quedó satisfecho y Buenos Aires tuvo su barbero.

Y fue el suceso del año, a tal punto que empezaron a buscarse otros. La colecta para Miranda tuvo lugar en octubre de 1607. un año y medio después, se incorporaron tres curadores más, a quienes el Cabildo autorizó. Entre ellos, el herrador y veterinario Juan Cordero, quien curaba lamparones (tumores) –habilidad aprendida con

caballos–, cuyo tratamiento era muy recomendado en el boca a boca. Por lo tanto, y a pesar de que tuvimos un veterinario que atendía a personas, el confort se instalaba en la ciudad fundada por Garay.

25. De millonario a mendigo

Las pocas vacas porteñas parecían no entender el derecho a la propiedad privada. Fue necesario contratar a un guardador de ganado que se encargara de reunirlas, mantenerlas en un potrero y ser responsable de los daños que pudiera generar algún vacuno descarriado. El primer guardador de ganado que tuvimos fue Miguel del Corro (más que vecino, poblador), quien asumió su cargo el martes 22 de agosto de 1589. Sin embargo, no hizo su trabajo como se esperaba y perdió el empleo.

Tomó la posta Juancito Garay, el hijo del fundador, quien aprovecharía su terreno frente a la Plaza Mayor para realizar la tarea. Hasta que renunció el 13 de agosto de 1590, apenas dos semanas después de haberse iniciado, y vendió parte del lote a cambio de un poco de ropa, como ya sabemos.

La vacante la cubrió Juan Castro, quien cumplió esa función durante años y se jubiló en 1605.

La costumbre era que los abuelos y las abuelas, al enviudar o jubilarse, ingresaran a la vida monacal. En aquel tiempo no existían los geriátricos. Muchos creyentes se ordenaban sacerdotes o monjas para terminar sus días cerca de Dios. En las órdenes religiosas eran bienvenidos y hasta aguardados porque, por lo general, los abuelos no llegaban con las manos vacías sino que entregaban sus patrimonios.

El 14 de noviembre de 1605 el ex guardador de ganado Juan Castro firmó una escritura en la que legaba todos sus bienes al convento de Santo Domingo. En el documento aclaró que "todo lo que tuviere, como ser tierras, chacras, estancias, ganados, bueyes, carretas, esclavos, caballos, oro, plata y joyas" le pertenecían, de ahora en más, a la Iglesia.

Pedía además servir en el convento, en la función que dispusieran los clérigos, y sólo demandaba que lo alimentaran y le dieran techo, pero aclaraba que bajo ningún concepto él podía volver a disponer de su legado.

El fraile de Santo Domingo, Bernardino de Lárraga, aceptó gustoso. o estuvo a punto de hacerlo. Porque cuando investigó con el objeto de cuantificar la donación, se enteró de que el piadoso Juan Castro sólo tenía deudas. En el acta había puesto "todo lo que tuviere", que era como decir "si tuviera esas cosas, las donaría". Y lo único que el muy pillo podía legar eran sus abultadas obligaciones impagas. El 20 de noviembre, seis días después de haberse presentado en el convento, Juan Castro quedó en la calle. Con sus deudas.

26. Hernandarias contra todos

La pequeña Trinidad, con apenas 25 años de vida, además de ser precaria, estaba del otro lado del mundo. Mientras dependió de Asunción fue tomada como lugar de destierro. Los indeseables de la actual capital paraguaya eran enviados a Buenos Aires y ese era su castigo. España, por su parte, cuando miraba hacia América, no ponía sus ojos en el fangoso poblado que trataba de formarse a orillas del Río de la Plata.

El comercio ultramarino con La Trinidad estaba prohibido; y la aldea, condenada a desintegrarse. Por ese motivo, durante los dos primeros siglos de vida, Buenos Aires dependía del contrabando. Así fue como alternaron en el poder gobernadores estrictos que perseguían el comercio ilegal y otros que hacían la vista gorda.

El yerno de Garay, Hernando Arias de Saavedra –conocido como Hernandarias–, nació en Asunción y no solo fue el primer gobernador criollo de América, sino también uno de los más fieles a la Corona y sus leyes. Es recordada la vez que se enteró de que el escribano Remón "vivía mal" –así dice la sentencia– con una mulata y lo metió en un cepo en medio de la actual Plaza de Mayo. El paraguayo dirigió los destinos del poblado en cuatro oportunidades y fue muy resistido por los vecinos, ya que durante su gestión, lo único que abundaba en el puerto de Buenos Aires era la miseria.

Si la legalidad amenazaba la subsistencia y la marginalidad promovía el desarrollo, Buenos Aires era el territorio ideal para sembrar la corrupción, los negocios turbios y las mafias.

El 1º de mayo de 1609 los porteños se enteraron de que el rey Felipe III había designado a un tal Diego Marín Negrón para reemplazar a Hernandarias. Y especulaban acerca de si sería un duro como el paraguayo o no. Ya de por sí, cualquiera que reemplazara a Hernandarias era bienvenido.

Buenos Aires se preparó para recibir a su nuevo gobernante, arreglarle un poco el cuartucho del Fuerte y tener la ciudad lo más prolija posible. Incluso planificaron una gran fiesta con desfile de máscaras, competencias de peleas con cañas, carreras de sortijas y hasta una corrida de toros en la Plaza Mayor. Pero Marín Negrón se retrasaba, mientras crecían las ganas de divertirse. Por lo tanto, el 11 de noviembre de 1609 se armó la primera corrida de toros en nuestro territorio, sin esperar al festejado.

El 22 de diciembre don Diego arribó por fin a La Trinidad y también tuvo su gran fiesta: presenció la segunda corrida de toros en Plaza de Mayo. A pesar de que estaba un poco enfermo –llegó acompañado de su médico, Juan Escalera–, los comerciantes notaron que serían

administrados por un ser amable que les permitiría hacer negocios ilícitos.

Los porteños estaban felices con su nuevo gobernador y el Cabildo le escribió al Rey para agradecerle la designación. Sobre todo, aunque se cuidaron de no mencionarlo en la carta, porque no estorbaba al trío que manejaba el contrabando: el grupo de las tres v. Eran comandados por Simón de valdés, el tesorero de la ciudad, a quien sus ganancias le permitieron quedarse con varios terrenos; entre ellos, aquel que se había cedido por ropa, tijeras y una peluca y que contenía la sexta parte de la Recoleta. A valdés lo secundaban el capitán Diego de la vega –un verdadero zorro que obtuvo la ciudadanía a los seis meses del arribo de Marín Negrón– y el teniente del puerto Juan de vergara. El procedimiento era el siguiente: un barco con mercadería ilegal ingresaba al puerto, anunciando que lo hacía de manera forzada por supuestas averías. Para arreglar el navío, necesitaba desembarcar los productos que, una vez en tierra, eran "secuestrados" por vergara y rematados. El encargado de subastarlos era el tesorero valdés y cualquiera podía ofrecer. Pero por supuesto a nadie se le ocurría levantar la mano y el único que lo hacía era el capitán vega. Todavía cabe preguntarse si el dueño de la mercadería, el que había cargado el barco, estaba en condiciones de reclamar. Tal vez sí, salvo por el detalle de que eran ellos tres, mediante testaferros en Europa y áfrica, los que abarrotaban los navíos con esclavos, géneros y otros productos.

En definitiva, un negocio redondo donde toda Buenos Aires hacía la vista gorda. Y si alguno llegaba a molestarse, pronto le encontraban un motivo para que fuera a la cárcel.

La tolerancia del gobernador Marín Negrón le dio sus frutos. Había llegado a La Trinidad sin un centavo y cuando se cumplió el mandato su patrimonio era de 80 000 pesos.

Incluso, el Cabildo le escribió al Rey en mayo de 1613 para rogarle que lo dejara en el gobierno unos años más. Pero Diego Marín Negrón murió en forma repentina. Tan repentina como sospechosa. La Real Audiencia de Charcas, el mayor tribunal de Justicia en Sudamérica, envió a Enrique Jerez para que investigara qué había ocurrido. Jerez descubrió que el gobernador había sido envenenado. Y su pesquisa lo llevó a dar con el instigador del crimen: Juan de vergara, ex teniente del puerto que en 1614 ya era alcalde del Cabildo. Eso significa que era juez: los alcaldes de Primer voto atendían las causas civiles y los de Segundo voto, las comerciales y criminales. Por su hallazgo, Jerez recibió una paliza en la calle, lo detuvieron acusándolo de alborotador y lo devolvieron con grilletes a Charcas. Enterado el Rey de toda la maniobra, nombró un nuevo gobernante. o mejor dicho, un viejo gobernante. Hernandarias volvió a hacerse cargo del poblado.

En apenas tres lustros (1600-1615), La Trinidad dejó de ser una aldea que agonizaba para transformarse en un poblado promisorio. Los responsables de dicho cambio fueron:

–Diego Rodríguez de valdés, el gobernador que engañó a los holandeses y les confiscó la mercadería.

–El Gran Pecador Bernardo, quien introdujo una gran cantidad de dinero cuyo origen sigue siendo incierto.

–Y los contrabandistas encabezados por vergara, vega y valdés, quienes llenaron de esclavos y productos el puerto de Buenos Aires.

¡Gloria y loor! ¿Honra sin par?

27. Guerra santa contra las hormigas

Fueron, son y serán habitantes milenarias de nuestras tierras. Y, cuando decimos tierras, lo hacemos en el más llano sentido de la palabra. Desde la fundación de Buenos Aires, la guerra contra las hormigas fue una guerra santa. Con celo religioso, los primeros colonizadores buscaron en el santoral patronos a quienes encomendarles la debida protección contra la plaga de estos insectos y de las ratas. San Bonifacio y San Sabino fueron los elegidos.

Sin embargo, como no se celebraban los cultos prometidos a estos santos el día establecido –el 14 de mayo–, y las hormigas seguían molestando, en 1611 –plaga mediante– hubo un golpe de Estado contra los protectores celestiales.

Los capitulares se reunieron el 21 de noviembre para tratar una vez más el tema de los bichos y establecer quién era el santo patrono. Algunos hablaban de San Bonifacio; otros, de San Sabino; incluso hubo quien mencionó a San Saturnino.

Ante la falta de evidencias documentales, se optó por sortear a los santos. En un sombrero se depositaron los nombres de quince candidatos. un joven de quince años metió la mano y sacó el trozo de papel amarillento que anunciaba a los dos nuevos patrones: los apóstoles San Judas y San Simón, que iban en la misma papeleta porque se dice que todo el tiempo andaban juntos.

Se decidió celebrar grandes fiestas los 28 de octubre para implorar "su celestial influencia en pro de la extinción de estos bichos". Pero no pasó nada.

Imperturbables, las hormigas continuaron sus tareas depredadoras y no hubo más remedio que destituir a San Judas y San Simón, y regresar a San Bonifacio y San Sabino, restituidos con el título de patronos de las hormigas.

En 1804, el Cabildo porteño estableció multas para aquellos vecinos que no combatieran a las hormigas y ratas que habitaban en sus propiedades. San Bonifacio y San Sabino alcanzaron la cumbre de su fama porque se determinó que el 14 de mayo, día de estos santos, volvería a ser feriado y se dedicarían cultos solemnes a los patronos, para ver si de una vez por todas se alejaba la plaga. No hubo caso. Las hormigas continuaron su agnóstica labor diaria y, como ya se verá más adelante, hasta consiguieron vengarse de la Iglesia.

A la fe había que ayudarla con acciones más terrenales.

Uno de los oficios de los negros que obtenían la libertad de sus amos era el de "hormiguereros" o "sacadores de hormigas". Así como hoy es necesario de vez en cuando llamar al plomero o al electricista, los vecinos solicitaban los servicios de los morenos especialistas en

hormigas. Llegaba el hormiguerero y analizaba el terreno. Luego daba una clase a su cliente con abundantes datos geográficos sobre el derrotero de las hormigas, en el pobre castellano que chapurreaban estos hijos arrancados del áfrica. El jefe de la familia escuchaba con atención al experto que disertaba sobre asunto tan serio; porque siempre ellas, las enemigas, ingresaban a las casas sin conformarse con la generosa naturaleza de los jardines.

Si el caso ameritaba, dos o más sacadores de hormigas discutían, en presencia del dueño de casa, acerca del camino principal, la estrategia de combate a seguir y, por último, la forma de aniquilar a ese ejército invasor de la propiedad privada. Mientras la discusión se acaloraba, con la intromisión de algún vecino con ganas de participar, las hormigas seguían haciendo su trabajo a un costado de la asamblea.

¿Pisarlas en medio del debate? ¡Jamás! Los hormiguereros respetaban a su rival y recién iniciaban su trabajo una vez que la estrategia estaba definida.

A pesar de tantas precauciones, si bien podía ganarse alguna batalla, la guerra estaba perdida. Las velas, los rezos, los feriados y los hormiguereros pudieron disminuir a las hormigas; pero derrotarlas, nunca.

28. Los indeseables abogados

Los semblantes de los capitulares permitían advertir que la mañana del 22 de octubre de 1613 un tema grave iba a tratarse en el Cabildo. ¿Hablarían de hormigas? No. El regidor Miguel del Corro, ex guardador de ganado, tomó asiento y pidió la palabra. Dijo que ya era pública y notoria en toda la ciudad la inminente llegada de Diego Fernández de Andrada, José de Fuensalida y Gabriel Sánchez de ojeda.

Y rogó al Cabildo que se prohibiera el ingreso de estos tres sujetos a La Trinidad. Y que si así no se hiciera, el Ayuntamiento iba a cargar con la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir.

El resto de los capitulares escuchaba con atención al regidor y varios asentían con la cabeza, apoyando su discurso.

Pero ¿quiénes eran estos tres sujetos que tanta preocupación habían causado? Fernández de Andrada era oriundo de Santiago del Estero; Fuensalida vivía en Córdoba y Sánchez de ojeda provenía de Chile. Los tres marchaban rumbo a la incipiente Buenos Aires y tenían en común algo que perturbaba a los capitulares: ¡eran abogados!

¿Cómo era posible que los porteños permitieran que se insertaran abogados en la vecindad? La opinión general era que si se instalaban en la ciudad, iban a iniciarse juicios por todas partes y lo único que iba a lograrse sería que estos tres hombres se llenaran de dinero mientras enfrentaban a todos contra todos. Ellos ya habían solicitado permiso al gobernador Marín Negrón, pero este se los había denegado.

Al morir el gobernador, parece que los abogados consideraron que también había muerto la negativa a su pedido y optaron por viajar a Buenos Aires. Como si fueran tres bandidos del *Far West*, la noticia de su inminente arribo había provocado un grave malestar.

Del Corro culminó su exposición solicitando que se enviara a un paisano hacia Córdoba para que los encontrara en el camino y les entregara una carta del Ayuntamiento ordenándoles que pegaran media vuelta y no se les ocurriera impregnar de juicios a Buenos Aires.

Tomó la palabra el alcalde Francisco de Manzanares, quien apoyó la moción de Del Corro. uno a uno, todos los miembros del Cabildo fueron exponiendo su parecer.

Hablaron del bien público, la pobreza de esta tierra y la escasa necesidad de servicios legales, entre otras cosas. El veredicto salió por mayoría absoluta: los tres abogados no debían poner un pie en la ciudad.

Sin embargo, Sánchez de ojeda no sólo ingresará a Buenos Aires, sino que siete años después, en 1620, será nombrado alcalde. Es decir que terminó actuando como juez en el mismo cuerpo colegiado que

había intentado detenerlo.

Sólo por tres años: en 1623 caerá preso en Charcas y será privado del ejercicio de su profesión, acusado de participar en lo que hoy denominaríamos una asociación ilícita.

29. La independencia de Buenos Aires

La ciudad de La Trinidad fue hija de Asunción, desde donde partieron los hijos de la tierra del Paraguay que la fundaron con Juan de Garay en 1580. Durante 37 años se mantuvo bajo la órbita de la ciudad guaraní hasta que se independizó en 1617 cuando el rey Felipe III creó la gobernación del Río de la Plata. Fue un pequeño paso para los porteños, pero un gran salto para la historia rioplatense.

La Real Cédula iba acompañada del nombramiento de quien sería el primer gobernador del Plata: don Diego de Góngora. El flamante mandatario no partió a América desde Madrid, sino que lo hizo desde Lisboa, donde se hallaba cuando recibió el nombramiento.

Fue allí donde se relacionó con los contrabandistas más organizados del Río de la Plata. Hablamos de Juan de vergara, Simón de valdés y Diego de la vega, los grandes enemigos de Hernandarias.

Ellos acompañaron a Góngora y su séquito en los tres navíos que partieron de Lisboa el 15 de abril de 1618. Muchos barcos, para la cantidad de pasajeros. Pero suficientes, si se tiene en cuenta que el flamante gobernador y sus amigos cargaron mercaderías para comerciar en forma ilegal por un valor de 300 000 escudos. Si tenemos en cuenta que cada escudo es equivalente a tres kilos de oro, es fácil inferir que estos señores pensaban en grande.

Desde luego, tamaño contrabando no pasó inadvertido. Desde Madrid enviaron con urgencia agentes a investigar lo ocurrido en Lisboa y también un velero que alcanzara la flota. Como era habitual en esa ruta, se detuvieron en Bahía (Brasil). Góngora y los mafiosos se encontraban recuperando fuerzas luego del viaje trasatlántico, cuando se les apareció el velero que venía en su persecución. Los oficiales le entregaron al gobernador porteño cartas de la Corte madrileña en donde se detallaba la sospecha e, incluso, algunas averiguaciones hechas en la capital portuguesa que permitían inducir que algo de dudosa legalidad estaba ocurriendo. Los socios contrabandistas actuaron con celeridad y bajaron todo su cargamento. Cuando se realizó la inspección, mediante algún que otro soborno, Góngora estuvo en condiciones de manifestar su molestia por semejante acusación. El cuerpo del delito había desaparecido.

El 16 de noviembre de 1618, el flamante gobernador fondeó en el puerto de Buenos Aires. Durante cinco años fue el amo y señor del Río de la Plata hasta que murió el 21 de mayo de 1623. Según afirmó el sargento mayor Diego Páez de Clavijo, Góngora murió por culpa de “calenturas o pesadumbres causadas por las calumnias” sobre su persona. Clavijo pertenecía al mismo bando del gobernador. Fue él quien reemplazó a Góngora en una digitada maniobra del grupo de

contrabandistas. En su breve interinato de siete meses, Clavijo acumuló doce acusaciones y fue condenado al poco tiempo. De todas maneras, Góngora había echado los cimientos del tráfico ilegal organizado a gran escala. Sus socios se quedarían ganando dinero en Buenos Aires y ocupando importantes cargos públicos al transformarse en reputadísimos vecinos de la ciudad.

30. El tránsito porteño y la primera multa

El paso de las pesadas carretas dañaba el piso y muchas calles se convertían en pantanos si llovía. Y cuando en 1620 un paisano y su caballo se ahogaron en la actual Rivadavia entre San Martín y Florida, el gobernador Diego de Góngora inventó la prohibición de circular por el "microcentro" aldeano. Lo hizo, ordenando colocar troncos atravesados en todas las esquinas situadas a tres cuadras de la Plaza Mayor.

También se preocupó por el estacionamiento de los caballos. Prohibió que se los dejara en las puertas de las pulperías porque a veces eran tantos, que terminaban taponando la calle y generando lo que en aquel tiempo sería un caos de tránsito. Pero además, los pingos llenaban de bosta esas esquinas –las pulperías siempre se situaban en ellas–, convirtiéndolas en un chiquero inmundo, en punto de reunión de moscas, y ocasionando más y más olores nauseabundos.

Una tarde, el propio gobernador circulaba por la ciudad y vio un caballo mal estacionado y haciendo sus necesidades. De inmediato, ordenó secuestrar al animal y multar al propietario. Es decir que Jenario Romero, el dueño del caballo en infracción, fue el primer multado por mal estacionamiento.

Y, además, el primero que vio cómo a su pingo se lo llevaba la grúa, que en aquella época era otro caballo.

El pobre Jenario Romero había llegado desde Luján, donde vivía con su mujer y sus doce hijas. El hombre cometió el pecado de parar a tomar algo, luego de hacer 70 kilómetros a caballo. Además, la pulpería era el ámbito en donde él podía estar con hombres, si tenemos en cuenta que convivía con trece mujeres. De todas maneras, no quedó de a pie en Buenos Aires, ya que se dirigió al Fuerte y pagó la multa para recuperar su animal y regresar a Luján. La pena estipulada por el Gobierno no era en dinero, sino en especie: Jenario pagó con una gallina –que compró a un vecino– la infracción cometida.

31. El gobernador Céspedes vs. el obispo Carranza

Cuando Francisco de Céspedes llegó a Buenos Aires en 1626 para hacerse cargo del gobierno, la aldea era un caos. La violencia generaba peleas de graves consecuencias, había demasiados robos y la cárcel estaba colmada.

Céspedes nombró oficiales a sus dos jóvenes hijos, Juan y José, y los tres se lanzaron a poner un poco de orden en las calles. Patrullaban por las noches e intimidaban a los que deambulaban, generando una especie de toque de queda implícito que dio excelentes resultados. La actitud de Céspedes le generó una buena cantidad de simpatías entre los vecinos. Pero a la vez, su severidad lo llenó de enemigos. Juan de vergara, Diego de la vega y el resto de los contrabandistas no se llevaban bien con el gobernante.

Francisco de Céspedes era estricto, aunque también hacía sus contrabandos. Eran de menor cuantía que los de vergara y vega, pero el hombre tenía suficiente autoridad para complicarles sus respectivos negocios. Y, como si no bastara el enfrentamiento entre contrabandistas, el poder de la Iglesia metió la cola. A Céspedes lo apoyaban los franciscanos. A los contrabandistas, los mercedarios, los dominicanos y, sobre todo, el obispo Pedro de Carranza, carmelita descalzo y primo de vergara. Y estas diferencias generaron la guerra entre las dos principales autoridades de Buenos Aires: la civil y la eclesiástica.

La piedra fue lanzada por el obispo: envió una carta al Rey denunciando los negocios comerciales del gobernador. El 5 de agosto de 1627 Céspedes se enteró de lo que había hecho Carranza y trinó. Convocó a sus dos hijos más un criado y fueron a la casa del contrabandista Juan de vergara. Lo escoltaron como prisionero hasta el Fuerte. La noticia se esparció por la aldea y pronto los dos bandos estaban en guardia. Céspedes trasladó a vergara a la cárcel, del otro lado de la plaza, junto al Cabildo.

Las protestas del obispo y de los amigos del contrabandista fueron inútiles. Céspedes no dio el brazo a torcer.

Hasta que el 25 de agosto se corrió la voz de que el gobernador ejecutaría a vergara. El obispo Carranza convocó a varios clérigos, altos funcionarios del Cabildo y vecinos amigos de vergara; los arengó y esa misma noche partieron hacia la cárcel y tomaron el edificio para liberar al preso. Lo llevaron en andas a la residencia del obispo, pegada a la Catedral. La guerra estaba declarada. Céspedes alistó una compañía de soldados y salió del Fuerte con dos cañones que plantó frente a la casa de Carranza. A gritos, le ordenó al obispo que entregara al prisionero. Carranza salió a la puerta con una cruz y

amenazó con excomulgar al gobernador y a los soldados que lo acompañaban. La tropa era más devota que sumisa: los hombres huyeron corriendo en desbande, lejos de la Ira Divina. Al verse solo, Céspedes no tuvo más remedio que retirarse insultando al obispo. En la madrugada, Carranza sacó a vergara de su casa y lo llevó hasta el convento de Santo Domingo.

El Tribunal –la Audiencia de Charcas– se hizo eco de las acusaciones a Céspedes y el gobernador fue conminado a pedirles la renuncia a sus hijos.

Las consecuencias del incidente en la Plaza continuaron:

–Céspedes perdió el cargo, pero lo recuperó en pocas semanas.

–El obispo Carranza debió viajar a Charcas a dar explicaciones. Pagó una multa y regresó a su obispado. Del resto de su gestión es recordada la ocasión en la que, frente a la preocupante disminución de habitantes debida a los altos índices de mortalidad y emigración en busca de un provenir, instó a los viudos a casarse otra vez, aunque fuera con parientes.

–Juan de vergara fue conducido preso a Charcas. Pronto recuperó su libertad y regresó a Buenos Aires para continuar con el comercio ilegal.

Por lo tanto, todos recibieron castigos, pero recuperaron sus cargos y negocios en poco tiempo. Como vemos, la Justicia fue flexible con la principal autoridad civil, la principal autoridad eclesiástica y con el principal comerciante de Buenos Aires. No tuvo tanta suerte, como veremos en el próximo capítulo, Juan Puma, el indio boquetero.

32. Los boqueteros

El 16 de septiembre de 1631, los cañonazos desde el Fuerte avisaron a los porteños que algo estaba pasando. Lo lógico era pensar que algún pirata asomaba sus narices, una vez más, en el Río de la Plata. Sin embargo, cuando los vecinos corrieron al Fuerte atraídos por los estruendos, supieron que los primeros boqueteros de nuestra historia habían dado su golpe de gracia.

Un vistazo de la escena permitió descubrir pistas certeras. Los delincuentes habían sido por lo menos dos. Treparon por el muro sur (donde hoy está la pared de la Casa Rosada, enfrente del Ministerio de Economía). una vez dentro de la fortaleza, perforaron con facilidad la endeble pared de la oficina de la Contaduría, donde se guardaba el baúl con los caudales de Buenos Aires. Allí se enfrentaron al problema de que el cofre de tablas de cedro, reforzado con tirantes de hierro y dos cerraduras, no era fácil de violar.

Pero el cedro es madera al fin, y la solución que encontraron los ladrones fue incendiar parte de su tapa. Debilitado el cofre, un par de golpes bastaron para que cediera y cuando los guardias –habituados a vigilar movimientos en el río, nada más– advirtieron el olor a quemado, los delincuentes, y los 9477 pesos de la Contaduría, habían desaparecido.

Poco dinero, si se lo compara con la recaudación de otras ciudades americanas. Pero mucho, si se tiene en cuenta las cantidades que acostumbraba manejar nuestro poblado.

No tardó en detectarse, entre los vecinos de Buenos Aires, la ausencia de Pedro Cajal, un chileno de 22 años que habitaba un rancho a corta distancia del convento de Santo Domingo. Las autoridades detuvieron al indio Juan Puma, criado de Cajal, quien negó saber dónde estaba su amo. Esa noche, Puma fue llevado al calabozo, junto al Cabildo, con la intención de torturarlo al día siguiente. Sin embargo, por la mañana se descubrió que el indio se había fugado.

El gobernador Francisco de Céspedes ordenó que se confiscaran las velas de todos los barcos anclados en el puerto y, una vez eliminadas las posibilidades de que huyeran por el río, envió partidas hacia cada uno de los cuatro caminos terrestres para ubicar a los sospechosos. una de ellas recapturó al indio Puma en la zona de San Isidro. otra encontró a Cajal oculto en unas carretas que partían de Arrecifes, el 21 de septiembre, es decir, cinco días después del robo. Llevaba 2094 pesos en una bolsa. Lo engrillaron y lo trasladaron a Buenos Aires.

Consciente del tormento que le esperaba, Cajal confesó que con el indio Puma habían robado los caudales y que en dos tinajas sepultadas

en su casa había más dinero. De esta manera, 4633 pesos fueron desenterrados y se sumaron a los 2094 que tenía en su poder. Ya se habían recuperado 6727 pesos. Todavía faltaban 2750.

Por su parte, Puma dio las indicaciones del lugar adonde él había escondido 214 pesos: una olla en un horno de San Isidro. Daba un total de 6941 pesos. Y ya nadie se preocupó por los 2536 faltantes.

El juicio duró poco más de una semana. Fueron careados (es decir, enfrentados cara a cara) y ambos se culparon por la idea del robo. Los condenaron a la horca. Apelaron sin éxito.

Entonces Cajal confesó que la idea había sido suya y alegó que por ser hijo natural de un funcionario chileno, tenía ciertos privilegios, aun frente a la condena de muerte. Pidió que no lo ahorcaran como a un cualquiera, sino que lo mataran de un garrotazo en la nuca y luego lo decapitaran, como correspondía a los de su estirpe. El Tribunal entendió que la solicitud de Pedro Cajal era atendible.

El 30 de septiembre de 1631, ambos reos confesaron sus pecados al fraile Jacinto quiñónez y fueron paseados por la aldea porteña, engrillados, para que los vecinos conocieran su delito y su condena. Luego de un par de vueltas los llevaron al muro sur del Fuerte, donde a Cajal le dieron el garrotazo y a Puma lo ahorcaron. Les cortaron las cabezas y las colocaron en picas, junto al muro que habían escalado para cometer el robo.

Al día siguiente, el fraile quiñónez –quien había recibido la confesión religiosa de los dos sentenciados– se acercó al Fuerte para contar que el indio Puma le había dado la ubicación exacta en donde se encontrarían otros 79 pesos del botín. que de inmediato fueron recuperados.

Es llamativa la falta de preocupación de las autoridades por los 2457 pesos que jamás aparecieron. Ese 25% del botín pudo haber quedado escondido en algún lugar o bien haber pasado a los bolsillos de uno o más funcionarios, sin el correspondiente comprobante. En este segundo caso, tal vez alguien haya considerado que obtendría cien años de perdón.

33. Un día "tranqui"

El 11 de octubre de 1640 por la mañana, fueron llegando al Cabildo el gobernador Juan Bernardo de la Cueva y Benavídez, el alcalde Pedro Sánchez Garzón, el alguacil Francisco Pacheco, el regidor Juan de vergara y el depositario Antonio de Bernalte. También se apersonó el escribano Alonso Agreda de vergara para dar fe. Aguardaron un rato al maestre de campo Pedro Home de Pesoa y Saa. Cuando pudieron confirmar que don Pedro no asistiría, labraron el acta en la que anunciaron que no había ningún tema que tratar, la firmaron y se fueron a sus casas.

Fue el 11 de octubre de 1640, el día que no pasó nada.

34. La triple excomunión del gobernador Láriz

Siempre generaba expectativas la llegada de un nuevo gobernante. Los vecinos especulaban qué tipo de funcionario, elegido en España, les tocaría en suerte. ¿Sería mano dura? ¿Haría la vista gorda con el contrabando? ¿Tendría buena relación con los vecinos? ¿Confrontaría con los miembros del Cabildo? ¿Se llevaría bien con las autoridades eclesiásticas?

La armonía general reinaba el 9 de junio de 1646, cuando los porteños le dieron la bienvenida a Jacinto de Láriz. Se había olvidado los papeles con el nombramiento del Rey, pero estos no tardarían en llegar. Esa mañana, el flamante gobernador parecía aburrirse con las demostraciones de hospitalidad, pero los vecinos entendieron que tal vez el viaje lo había agotado y convendría analizar su conducta en los próximos días. Por otra parte, era auspicioso volver a contar con un gobernador titular luego de más de cinco años de interinatos. El último nombrado por el Rey había sido ventura Mujica, quien había llegado el 13 de diciembre de 1640, y antes de cumplir un mes de gobierno ya estaba muerto.

La primera medida que tomó Jacinto de Láriz fue ordenar que los integrantes del Ayuntamiento se reunieran en el Fuerte. ¿Por qué tenía que cruzar él la Plaza en aquel otoño de 1646 hasta el Cabildo, si ellos podían hacerlo también?

Alegó el mal estado en que se encontraba el edificio; sin embargo, el cuartucho del Fuerte donde se reunían –el mismo donde se hallaba el cofre violentado por los boqueteros en 1631– era tanto o más incómodo que la sala del Cabildo. Los funcionarios tuvieron que acatar la disposición a regañadientes.

Por su jerarquía, la presencia de Láriz en los actos oficiales era indispensable; como, por ejemplo, en la principal misa de la humilde Catedral. Pero, por más que se anunciaba con repiques de las campanas, Láriz llegaba tarde y se quejaba de que en Buenos Aires no hubiera relojes.

Fastidiado, el obispo Cristóbal de la Mancha, debía aguardar al impuntual gobernador para iniciar la celebración.

Los desplantes se hicieron habituales y el obispo comenzó a lanzar indirectas a Láriz en sus homilías. Lo único que consiguió fue que el gobernador se retirara de la Catedral y fuese a dar vueltas a la Plaza, hasta que terminara el discurso del sacerdote. Recién volvía a ocupar su lugar cuando terminaban los sermones. De la Mancha, entonces, decidió reunir testimonios entre los vecinos para informarle al Rey lo mal que se portaba su enviado. La acción del prelado era confidencial, para que no se enterara el gobernador.

Pero, quién sabe cómo, Láriz conoció el plan del obispo y le declaró la guerra.

Como ya contamos, junto a la Plaza de Mayo estaba la casa que había edificado el Gran Pecador Bernardo Sánchez en 1606 y que Pedro Sánchez Garzón habitó hasta que se murió en 1646. En su legado, había donado el solar a la Iglesia para que se instalara un seminario de sacerdotes. El obispo había tomado posesión del inmueble y ya estaban ubicados los aprendices el 8 de julio de 1647 cuando arribó Láriz con un grupo de soldados. Recriminó a los sacerdotes porque no se le había pedido autorización para inaugurar el seminario e intimó a los pupilos a que de inmediato desalojaran la casa o los echaría a bofetadas y puñaladas. Los seminaristas abandonaron el lugar sin chistar. Láriz ordenó a sus soldados que tiraran en la calle todos los muebles y, una vez cumplida la orden, clausuró la casa, apostó una guardia en la puerta y se fue a continuar con sus actividades.

El obispo Cristóbal de la Mancha se enfureció y esa misma noche, frente a testigos, excomulgó al gobernador. Es necesario aclarar que el prelado también tenía sus rarezas.

En cierta oportunidad hizo colgar un letrero en la puerta de las iglesias exhortando a todos los vecinos a concurrir los domingos por la tarde al convento de Santo Domingo para escuchar su prédica. Según expresaba en la intimación, quien no lo hiciese, era pasible de una grave sanción por el gran pecado de no asistir a sus monólogos.

Láriz no le dio ninguna importancia a la excomunión recibida y, aprovechando que el Fuerte estaba en obra, ya que había encargado la refacción del cuartucho de la Contaduría, partió hacia las Misiones jesuíticas junto con un indio que le aseguraba que en aquella zona encontraría importantes tesoros. Nada hallaron y Láriz regresó a Buenos Aires.

La causa de la excomunión y el informe de los vecinos habían viajado a Charcas, donde el Tribunal optó por pedirles al gobernador, a los cabildantes y al obispo que tuvieran una relación más armónica. Durante algunos meses, el gobernador modificó sus conductas y el obispo, convencido de que se había logrado encausarlo, le retiró la excomunión.

La luna de miel duró un año y medio hasta que Láriz volvió a mostrar la hilacha. Tomó medidas que complicaban la actividad eclesiástica y mandó traer un grupo de indios de Baradero, a quienes les cedió una porción de tierra junto a la estancia del obispo Mancha. En poco tiempo, empezaron a desaparecerle vacas al sacerdote. una vez más, Láriz fue excomulgado.

Cuando el gobernador se enteró de la medida, salió furioso del Fuerte y cruzó la Plaza hasta la residencia del obispo, vecina a la

Catedral. Irrumpió en la casa y se abalanzó sobre Mancha, que estaba en pijama. Lo corrió por las habitaciones y alrededor de una mesa, descargándole todo el rosario de insultos que conocía. otros sacerdotes lograron bajarle la adrenalina y Láriz se fue, gruñendo, a su residencia.

Semana a semana, los ánimos se calmaron y Jacinto de Láriz dio muestras de reconciliación cuando firmó disposiciones que favorecían a los miembros de la Iglesia. El 17 de enero de 1651, el obispo volvió a levantarle la excomunión al gobernador loco. Se podría decir que si bien eran enemigos irreconciliables, ya no se molestaban uno al otro. Hasta que Láriz volvió a sus andadas.

Don Jacinto armó un peculiar listado de enemigos del Rey y ordenó desterrarlos a Brasil. Mientras los señalados por el gobernador cumplían azorados la medida, Láriz recordó que el capitán Antonio Martínez –quien había abandonado las armas para tomar los hábitos en el convento de Santo Domingo– había sido uno de los que ofrecieron su testimonio en aquel sumario secreto organizado por el obispo. No solo lo incorporó en la lista, sino que una noche fue él mismo a buscarlo al convento (acompañado de una partida), lo sacó a la calle, le arrancó la túnica y, semidesnudo, lo arrastró detenido hasta el Fuerte. Por haber profanado el convento, se ganó la tercera excomunión.

También echó al padre de otro de los oficiales que lo habían acusado. Si bien todos sabían que lo expulsaba por ser el padre de un enemigo, Láriz sostenía que era portugués y que no debía permanecer en el Río de la Plata. El hombre no tuvo más remedio que irse. Tenía noventa años de edad y llevaba más de sesenta años viviendo en Buenos Aires.

No hay que creer que el loco Láriz sólo se ocupaba de fastidiar al obispo y a sus enemigos. También dedicaba su tiempo a negocios particulares. Sobre todo, al tráfico clandestino de esclavos. Pero aquí es necesario aclarar que mientras muchos negreros manejaban sus negocios con pulcritud, Láriz era un tramposo incurable. Cierta vez decomisó un barco con esclavos, alegando que tenía información de que esos africanos venían a ¡invadir Buenos Aires! ordenó venderlos y se quedó con un tercio de la recaudación.

Le escribió al gobernador de Bahía (Brasil) para comunicarle que la Corona española había autorizado el comercio libre en Buenos Aires. No tardó en llegar un navío proveniente de la ciudad brasileña con azúcar, negros y un fraile que, por las dudas, traía la carta que había enviado Láriz.

una vez que desembarcaron la mercadería (los africanos formaban parte de la mercadería), dispuso detener al fraile, rompió la carta que lo comprometía, decomisó el azúcar y los negros, y vendió todo. El

dinero fue a parar a su bolsillo y el fraile, engrillado, a Chile. Pocos días después llegó un segundo navío comercial enviado por el gobernador de Bahía. Al capitán del buque le llamó la atención no ver anclado el barco que había partido primero y, para cerciorarse de que no habría problemas, desembarcó él solo. Los soldados le dijeron que Láriz lo esperaba en el Fuerte. Allí, el gobernador de Buenos Aires lo hizo encadenar y envió un emisario al barco con un mensaje amenazante: no devolvería al capitán si no bajaban a tierra ochenta negros. Los marinos portugueses levaron anclas sin su comandante.

Láriz ordenó que ejecutaran al capitán y así se hizo.

Se enfrentó a un escribano y ordenó desterrarlo. A ese y a todos los escribanos que había en Buenos Aires. una epidemia de viruela atacó al poblado en 1651. Láriz se refugió en el Fuerte y no salió a la calle hasta asegurarse de que la epidemia había desaparecido.

Buenos Aires era un caos. Los integrantes del Cabildo se reunían en iglesias y casas particulares porque su edificio estaba remodelándose y el ya refaccionado cuartucho de la Contaduría lo ocupaba Láriz para la actividad diaria que más tiempo le demandaba: jugar a las cartas con sus amigos.

También era fanático del billar. Había una sola mesa en un local que regenteaba Gaspar Pacheco, junto al Cabildo. Pero el demente, cansado de tener que cruzar la Plaza para ir a practicar las carambolas, pretendió llevársela al cuartito del Fuerte. Pacheco, en un ataque de ira, la despedazó con una maza. Y Buenos Aires se quedó sin billar.

Las locuras continuaban. Luego de almorzar, en las tardecitas de verano, el gobernador salía del Fuerte en calzoncillos y se acostaba en un banco, al costado del portón, a dormir la siesta.

En 1653 los porteños no se preguntaban cómo sería el sucesor de Jacinto de Láriz, sino cuándo llegaría de una vez por todas. El 18 de febrero arribó el nuevo gobernador, Pedro de Baigorri, quien de inmediato metió preso a su antecesor.

Lo enviaron a Chile y luego a Lima. Láriz le suplicó al virrey que lo sacara del calabozo y le diera la ciudad por cárcel. El virrey aceptó y en pocos días, el preso se esfumó. Lo hallaron, algunos meses más tarde, internado en un hospital de Pisco (Perú).

Lo deportaron a Madrid. Recibió todo tipo de condenas y murió trastornado.

Como legado eterno, dejó a los porteños el escudo de la ciudad. El que había creado Juan de Garay se había perdido.

Por eso Láriz había ideado uno nuevo. Hoy la ciudad de Buenos Aires tiene en su bandera el águila y los aguiluchos que creó Garay. En cambio, el escudo municipal tiene una paloma, un ancla y dos barcos,

que son un diseño que salió de la cabeza del más chiflado de los gobernadores porteños, don Jacinto de Láriz.

35. El francés que quería invadir el Plata

A las costas de Luanda, principal ciudad de Angola, llegó en 1658 el navío holandés Nuestra Señora del Destierro. Su capitán, Geraldo Rodríguez Artman, reunió a veinticinco pasajeros que deseaban abandonar el lugar, con el fin de proponerles un negocio. Les explicó que había que invertir en negros y otras mercaderías; que si ellos utilizaban su capital para esas compras, pondría proa a Buenos Aires y volverían a Europa con grandes sumas de dinero. Él también estaba dispuesto a invertir, pero a la vez cobraría el transporte. De todas maneras, les explicaba que el costo era ínfimo si se lo comparaba con los beneficios que obtendrían.

Uno de los asistentes a la charla fue Barthélemy de Massiac. Era ingeniero militar con el grado de capitán y había nacido en Francia. Sin embargo, su carrera profesional la había hecho con los portugueses. Con ellos navegó por las costas africanas, y en Angola, donde residía hacía ocho años, participó de la reunión.

Massiac rondaba los treinta años y creyó encontrar la oportunidad de convertirse en empresario. Compró 66 africanos más algunos géneros y abordó *Nuestra Señora del Destierro* junto al resto de los que apostaban su fortuna en el negocio. En total, unos 840 esclavos, marfiles, géneros y ámbar del bueno fueron a parar a la bodega del navío. El mayor embarque de negros que jamás se haya transportado al Río de la Plata partía de Luanda a fines de enero de 1660. Las condiciones del viaje eran pésimas para los africanos. Durante la travesía murieron cerca de doscientos, es decir, que uno de cada cuatro no sobrevivió al cruce del Atlántico. De todas maneras, los flamantes negreros sabían que ello ocurriría y que, de todas maneras, los beneficios serían importantes. A mediados de marzo de 1660, ya estaban en la costa uruguaya, donde debieron permanecer un par de semanas por el mal tiempo. El 2 de abril navegaban a poca distancia de la costa de Magdalena, 100 kilómetros al sur de La Trinidad. El territorio donde se harían ricos estaba a la vista. Esa noche se fueron a dormir y a soñar con su futuro promisorio. Pero cuando amanecía, el vigía despertó a todos con un grito. un barco avanzaba hacia ellos. Y disparando sus cañones. Era un corsario, también holandés, que comandaba un tal Abel Enrique, quien venía dispuesto a quedarse con el barco y el botín.

Rodríguez Artman, el capitán de *Nuestra Señora del Destierro*, apuntó la proa hacia la orilla con intenciones de encallar. Cuando lograron varar, comenzaron a descargar la “mercadería” que, por supuesto, al pisar la playa huía disparada hacia el interior del territorio. El capitán y sus veinticinco tripulantes quedaron tendidos en la arena, exhaustos,

viendo cómo su negocio se esfumaba.

En la pequeña Buenos Aires, el cañoneo era observado desde el Fuerte y las torres de las iglesias. varias partidas de vecinos y soldados acudieron a Magdalena. Cazaron 114 africanos de distinto sexo y edad, y encontraron a los náufragos. Todos fueron llevados en calidad de prisioneros a La Trinidad.

El gobernador Pedro Luis de Baigorri y Ruiz, aquel que había reemplazado al loco Láriz, ordenó que llevaran a los negros a un depósito y que los comerciantes fueran encarcelados.

Massiac sabía que estaba en problemas: era francés, por lo tanto, enemigo de España; y había trabajado para Portugal, también enemiga de España. El 7 de abril, a cuatro días de su infortunado arribo, fue uno de los únicos ocho interrogados. Barthélemy de Massiac dijo que se llamaba Bartolomé de Maziaca, juró que era tan catalán como Joan Manuel Serrat, y explicó cuál era el motivo por el que había decidido hacer el viaje. El resto de los interrogados brindó respuestas similares y el gobernador Baigorri entendió que debían ser juzgados, con amplias posibilidades de que se los declarara culpables. Pero no podía mantener veinticinco presos. Ya era insuficiente el espacio carcelario con los reos locales. Por lo tanto, ordenó que se los sacara del edificio y que tuvieran la ciudad por prisión. Al que quisiera fugarse, lo colgarían. Massiac y compañía comenzaron a deambular por las calles de La Trinidad.

A todo esto, el corsario holandés Abel Enrique, quien había atacado al *Nuestra Señora del Destierro*, desembarcó en la ciudad y fue a protestarle a Baigorri. Llegó al Fuerte acompañado de Alberto Jansen, un tendero (vendedor de ropa) holandés que se había instalado en La Trinidad tres años atrás y que le servía de intérprete. El corsario quería dejar asentado que él había logrado desbaratar el contrabando y exigía que se le entregara toda la mercadería. Además pedía que se hiciera pronto, porque los negros que Baigorri había colocado en el depósito estaban muriéndose hacinados. Como alternativa, proponía Enrique, podían entregarle un valor aproximado de la presa, que él estimaba en 40 000 pesos, y él se haría cargo incluso de llevar a los 25 tripulantes del *Nuestra Señora del Destierro* a Europa. Gratis.

Baigorri le respondió que no fuera apresurado, que devolviera el barco y los negros que mantenía en su poder, arrebatados en las narices de Buenos Aires, y que cuidara los modales, porque si no, iba a meterlo preso por desacato.

Enrique se hospedaba en la casa de su traductor Jansen e inició una negociación, bajando sus pretensiones, de tal manera que el episodio fuera de provecho para él, para Baigorri y para los funcionarios del Cabildo. La idea era rematar a los negros y dividirse la recaudación. Pero, cuando luego de casi dos meses todo hacía suponer que llegarían

a un acuerdo, apareció en Buenos Aires el nuevo gobernador, don Alonso de Mercado y villacorta.

Mercado no hizo honor a su apellido y frenó todas las negociaciones. De paso, mandó a Enrique y a Jansen a la prisión, e inició las investigaciones. Y entonces, mientras los veinticinco negreros fallidos seguían deambulando por La Trinidad, preguntándose para qué habían aceptado meterse en ese negocio, Enrique se preguntaba por qué no había levado anclas llevándose el barco atrapado y los pocos negros que encontró en la bodega. Y Jansen se preguntaba por qué la codicia lo había tentado y lo había hecho ponerse a traducir con el fin de ganar un dinero extra.

Massiac y los demás confinados empezaron a buscarse formas de subsistencia. Como le cayó bien al gobernador Mercado, Bartolomé consiguió que se le diera un permiso para instalar una casa de conversación y de juego. Se buscó un socio, alquilaron un local, y se dedicaron a regentear un deprimente casino. Si bien era sencillo escaparse de Buenos Aires, Massiac y la mayoría de los pasajeros se quedaban porque entendían que una vez aclarado el asunto, alguien los indemnizaría. La casa de juegos de Maziaca era frecuentada por marinos extranjeros y así fue como el francés estrechó relaciones con compatriotas. Con algunos de ellos concibió un plan: volver a Francia, entrevistarse con cortesanos y convencer al Rey de que invadiera este pueblito del Río de la Plata.

Mientras tanto, el gobernador Mercado analizaba qué hacer. Resolvió que debía enviar el grueso expediente –que llevaban adelante los jueces Francisco de quintana y Pedro de Alvarado–, más los negreros, el corsario Enrique y el aporteñado holandés Jansen a España, para que la Corte decidiera. Le pareció que el navío español *Nuestra Señora de Aranzazu*, recién llegado a Buenos Aires, era el apropiado ya que era el tipo de embarcación que comerciaba con todas las autorizaciones y los papeles en regla. Sin embargo, la legalísima *Nuestra Señora de Aranzazu* tuvo que partir de apuro cuando se descubrió que había cargado un inmenso contrabando de plata.

Por fin sería el buque *San Pedro y San Pablo* el que transportaría a los actores y a las actas. Todos viajaron custodiados por el sargento mayor del presidio Martín de Borja. Massiac se llevó algunos planos que él mismo había dibujado y, sobre todo, su idea de convencer a Francia de apoderarse de Buenos Aires. Dos pasajeros de último momento se sumaron a la comitiva: los jueces Francisco de quintana y Pedro de Alvarado abordaron la nave en calidad de presos. Mercado había descubierto que ni siquiera ellos tenían las manos limpias. Era el 26 de septiembre de 1662.

Dos años y medio habían pasado. Los confinados se alejaban de

aquella ciudad-prisión que jamás olvidarían. Imaginamos que estarían apurados por llegar a España. Sin embargo, el navío se detuvo en la costa uruguaya (isla San Gabriel) durante dos insoportables meses. La orden la había dado Martín de Borja, el sargento mayor del presidio que tenía el encargo de custodiar a los presos y al expediente.

¿qué ocurría para que este hombre demorara la travesía? Por empezar, aclaremos que su cargo en la prisión lo había obtenido pagando 60 pesos. Y que era tanto o más atorrante que aquellos a los que custodiaba. Porque se detuvo a cargar contrabando. Cuando el navío pisó España, los presos denunciaron a Borja, quien en poco tiempo pasó a engrosar la lista de reos.

Ya en Madrid, Massiac reveló su identidad y quedó detenido en casa del embajador francés. El pleito por la "mercancía" no prosperó y perdió todas sus esperanzas. Pero al menos fue liberado y viajó a Lisboa. Siempre con su plan de invasión en la cabeza, dictó un memorial con sabrosos comentarios acerca de Buenos Aires y lo envió a Francia. La estrategia que proponía era situar una poderosa flota enfrente de la ciudad, en Colonia (uruguay), y desde allí atacar a los porteños. Su plan sería utilizado por los portugueses varios años después, aunque sin éxito. En Francia, el memorial de Massiac dio vueltas con distinta suerte. Hubo quienes lo consideraron posible y hubo quienes lo desestimaron. Pero, como sabemos, los franceses no invadieron el pobladito humilde del Río de la Plata.

Esta historia habría desaparecido, como los negros que corrieron tierra adentro en la mañana del 3 de abril de 1660, si Maud de Ridder de Zemborain, una incansable investigadora contemporánea, no hubiera hurgado archivos en Buenos Aires, Lisboa, Madrid y París, con el fin de armar el rompecabezas.

En cuanto al corrupto sargento del presidio, Martín de Borja, pagó un dinero y obtuvo un indulto. Regresó a Buenos Aires en 1668, como si nada hubiera ocurrido.

uno de los franceses interesados en el plan de invasión sostuvo una larga charla con Massiac y escribió un informe que llegó a la Corte en París. El extenso documento culmina con estas palabras, cuya traducción debemos a Maud de Ridder: "Resumiendo, al parecer de este gentilhombre que es testigo ocular –se refiere a Massiac–, [Buenos Aires] sería el más lindo país del mundo, si estuviera habitado por gente honesta".

36. Hospital, hotel alojamiento y convento

A pesar de que el hospital San Martín (que evocaba a San Martín de Tours, el patrono de los porteños) contaba con doce camas, a nadie se le ocurría internarse allí. Si el que se enfermaba era un vecino, se quedaba en su casa y allí aguardaba la visita del médico, que un criadito buscaba por la aldea. Esta comodidad se mantenía incluso cuando alguna peste atacaba La Trinidad. Y si el convaleciente era foráneo, siempre encontraba la solidaridad de algún samaritano que le daba alojamiento. un rasgo característico de los porteños de aquel tiempo, sobre todo de las porteñas, era compartir lo poco que tuvieran.

Fue a mediados de 1692 cuando los capitulares descubrieron que el inútil hospital que habían dado a la aldea en 1635, era empleado con otros fines: se había convertido en una especie de hotel alojamiento. A las camas no se les daba el uso para el cual habían sido instaladas.

Indignados por la afrenta a la ciudad y a su patrono, en octubre de 1692 ordenaron cercarlo y prohibir su mal uso. Y resolvieron transformarlo en Casa de Recogidas, para que todas las "mujeres desviadas" –así dice el documento– volvieran a encaminarse en la senda de lo moral y lo religioso. La propuesta partió del obispo y del procurador general (el defensor del Pueblo), quien explicaba que al convertir el hospital en monasterio, se lograba que las chicas pudieran estar a salvo "de los muchos tropiezos que ofrece el mundo" y con el fin de "reprimir a las que su deshonesta inclinación" llevara a "vivir mal, con público escándalo de la ciudad".

Sin perder tiempo, enviaron la información al Rey. La pesada maquinaria burocrática comenzó su tarea. Luego de esperar meses y meses la respuesta del monarca, optaron por insistir. En marzo de 1697, cinco años después de la primera solicitud, partían en barco las copias de los acuerdos del Cabildo, solicitando una vez más al Rey la aprobación para transformar el hospital en casa de recogimiento y convento de Teresas, consideradas las más pulcras de todas las monjitas. También se proponía que los grandes compradores de carne entregaran dos reses por semana a las chicas y que se las vistiera con dinero obtenido de un nuevo impuesto al cuero.

Mientras la solicitud cruzaba el océano, en La Trinidad se avanzaba con el proyecto. Por un lado, hubo que expropiar la casa que lindaba con el hospital porque era necesario crear un sistema de desagote. Para llevar a cabo dicha tarea, hacían falta fondos. Dos comisionados salieron por la aldea a pedir limosna y recaudaron lo suficiente.

En 1699 llegó la respuesta del Rey a la primera solicitud de los porteños, hecha en 1692. Pero el monarca respondía con una

pregunta. Su Alteza quería saber si convenía utilizar el edificio del hospital, y no otro, para hacer ese convento.

Las autoridades contestaron que el hospital no era necesario y que “muchas doncellas huérfanas y pobres”, para remediar la falta de alimentos y ropa, “se precipitan a ofender a Dios haciendo venta de su honestidad, aun antes de llegar a la edad de doce años”.

Faltaba el permiso real, pero para ir avanzando, la casa comenzó a albergar a las doncellas. Hasta que el 7 de julio de 1702, en sesión del Cabildo, se leyó en voz alta la extensa respuesta de Su Majestad, fechada el 27 de noviembre de 1701, que en definitiva negaba la autorización y los apercibía por haber iniciado el cambio sin su consentimiento.

Una vez finalizada la lectura del documento, los funcionarios realizaron el acto protocolar: besaron la real cédula, la elevaron por la cabeza de todos y prometieron cumplir con el mandato del monarca. Terminada la ceremonia, discutieron qué hacer con las chicas que tenían en el edificio que volvía a pertenecer al hospital. Determinaron que no podían llevarlas a ninguna otra parte y que lo mejor sería pedirles que se fueran a sus casas.

Parece que las chicas siguieron con su vida “deshonesta”. Porque en noviembre de 1703 un grupo de vecinos propuso crear un convento de Carmelitas Descalzas integrado por estas mujeres que deambulaban por la aldea.

Como es de suponer, la máquina de impedir continuó funcionando y deberían pasar otros treinta años hasta que las monjitas tuvieran un asentamiento definitivo.

Por su parte, el edificio del Hospital San Martín pasó a ser “Hospital de Santa Catalina” en 1748 y funcionó hasta 1822. Luego se convirtió en cuartel de la Mazorca rosista, en estacionamiento de móviles policiales (caballos, carretas y carruajes) y, por último, en Casa de la Moneda.

En cuanto al Hospital San Martín, renació muchos años después en las actuales Córdoba y Azcuénaga. Es el famoso hospital de Clínicas, al que alguien en su frente le estampó el nombre “Hospital General José de San Martín”, olvidando que evocaba a San Martín de Tours. Como dice Luqui Lagleyze, “con el respeto que el Libertador nos merece a todos los argentinos, que un hospital lleve el nombre de un general suena como llamar a un Regimiento Blindado con el nombre de Santa Teresa de Jesús”.

37. Diluvio en Buenos Aires

El gobernador Martínez de Salazar donó a la Catedral un inmenso Cristo que encargó al único tallista que había en Buenos Aires: Manuel Coyto. Tenía 33 años –había nacido cerca de oporto, Portugal– cuando le encargaron el trabajo. Lo que significa que Coyto tenía la edad del Cristo crucificado cuando lo hizo. No tardó mucho en presentar su obra, que fue admirada por cada uno de los pobladores. La cruz de Coyto medía 3 metros de altura por 2 de largo. Y el Cristo, 1,75 metros, con brazos extendidos de 1,5 metros.

La donación se hizo efectiva en 1671 y Coyto continuó realizando encargos más bien menores: era un talentoso tallista dedicado a restaurar imágenes dañadas que le llevaban los vecinos a su taller. Pero su Cristo iba a convertirse en la figura más venerada del Río de la Plata debido a una lluvia.

En 1675, los vecinos se hallaban atormentados. Pero atormentados en serio, porque venían soportando una tormenta durante días y Buenos Aires, además de ser un lodazal intransitable, se estaba inundando. La lluvia era una indeseable compañía y no los abandonaba. Hasta que alguno creyó encontrar el quid del problema: la gran cantidad de pecados y afrentas a Dios había provocado que el Señor los castigara con tanta agua. Era como el diluvio universal, pero de cabotaje.

La solución fue sacar el Cristo de Coyto de la Catedral y hacer una procesión para implorar al Todopoderoso que los perdonara. En medio del aguacero, los porteños se encolumnaron detrás del gran Cristo y avanzaron por la actual calle Balcarce, rumbo a la inundada zona de San Telmo. Y ocurrió el milagro: a poco de andar, comenzó a amainar la tormenta hasta que paró de llover. Según los testimonios de los presentes, la cosa fue más precisa aún: aseguraron que a medida que avanzaban, el gran crucifijo empujaba la lluvia.

El Cristo de Coyto, desde ese día, es conocido como el Cristo Milagroso y aún hoy puede ser visitado en la Catedral Metropolitana. Durante años la actual Balcarce fue conocida como calle del Santo Cristo.

La imagen fue venerada como corresponde, pero nadie se acordó de aquellos dedos que le habían dado forma. Por el contrario, las manos de Manuel Coyto le provocaron al tallista un inmenso problema. Porque en 1672, mientras tallaba una imagen, pegó un martillazo fuera de lugar que se estrelló en su mano. Manuel Coyto lanzó el inevitable grito y, desesperado del dolor, soltó los insultos más elaborados de la historia de la orfebrería. En otra oportunidad se sentó encima de una figura sacra que tallaba. Cuando su empleada, la

mulata Domitilia le hizo ver dónde se había colocado, el portugués respondió: “Es solo un pedazo de madera”. No sabía que con esas actitudes estaba dándole letra a un negro de su servidumbre, atacado de celos por el romance que mantenía con la mulata Domitilia. El despechado lo denunció por blasfemar contra Dios el 29 de junio. Las autoridades le iniciaron una causa que llegó al Tribunal de la Inquisición en Lima. El juicio concluyó en 1677 y lo condenaron a retractarse, oír misa, recibir doscientos azotes por las calles –anunciándose en voz alta que era blasfemo–, más cuatro años de destierro en la prisión de Valdivia (Chile).

El tallista se retractó y asistió a misa. Fue paseado por el centro de Lima junto con otros condenados. Al igual que al resto, lo azotaron. Apenas se mantenía en pie mientras las autoridades dirigían discursos al pueblo, señalando el mal ejemplo de estos desgraciados. Como el juicio duró cinco años, se le conmutó la pena en el presidio chileno. Regresó a Buenos Aires donde trabajó en una imagen de San Miguel que le había encargado el gobernador Martínez de Salazar para ubicar en el Fuerte. Fue al regresar cuando se enteró del milagro que había protagonizado su Cristo mientras él padecía tormentos feroces en las cárceles de la Inquisición.

38. Cargos públicos en venta

Alonso Isidoro Languazer inició su carrera como escribiente en el Cabildo porteño, un cargo que brindaba ciertos privilegios. Porque Languazer asistía a todas las reuniones del Ayuntamiento donde se cocinaban las principales decisiones del poblado. Para ser escribiente del Cabildo se necesitaba ser joven sin grandes pretensiones salariales, saber leer y escribir, pasar inadvertido en las sesiones y ser discreto fuera de ellas. Alonso Isidoro daba la imagen que se pretendía.

Sin embargo, comenzó a aprovecharse de su cargo, ofreciendo la información fuera del recinto. Nunca pudo probarse que era la garganta profunda de las reuniones capitulares, pero las sospechas apuntaban hacia él, se decidió reemplazarlo y de repente desaparecieron las filtraciones.

Languazer comprendió que su evolución económica futura debería estar relacionada con actividades similares a las que había desarrollado en el Cabildo. Y en 1689, poco tiempo después de haber sido desplazado, se presentó a la subasta del cargo de escribano en la ciudad. Había que reemplazar al saliente Gaspar Feo.

Por aquel tiempo, la búsqueda de notario se anunciaba a través del pregonero. Los que quisieran ser escribanos debían ofrecer la cifra anual que pagarían al Gobierno. Pero nadie quería tomar ese oficio, ya que la demanda de escrituras era muy baja y parecía difícil recuperar el canon pagado.

Luego de hacerse el anuncio se esperó unos días, para ver si alguien se interesaba. volvieron a anunciarlo, volvieron a esperar. una vez más lo hicieron, una vez más aguardaron.

Entonces Alonso Isidoro Languazer, quien sí veía el negocio, hizo su oferta. Le tomaron un examen de rigor y obtuvo el empleo. El 25 de mayo de 1689, el Cabildo firmó un documento rechazando el nombramiento de Languazer. Los capitulares lo calificaban de “sujeto de cualidades nocivas” que era capaz de “falsificar cualquier firma y letra que llegue a sus manos o vea escribir”. Sostenían que ya había bastantes inconvenientes en esta ínfima ciudad “que se compone de cuatro vecinos y milicia”, como para sumar uno nuevo. Por último, se preguntaban: si siendo escribiente había causado innumerables problemas, qué pasaría si lo dejaban ser escribano.

El nombramiento de Languazer comenzó a dar vueltas en la calesita burocrática. Su expediente pasó al gobernador, a la Audiencia de Charcas, a Madrid, a la Audiencia una vez más y, luego de dos años, se resolvió que Alonso Isidoro sería el escribano porteño. El Cabildo protestó la decisión el 16 de agosto de 1691 y le rogó al gobernador Agustín de Robles que no le diera la matrícula de notario a un

falsificador de firmas.

A pesar de las quejas, Alonso Isidoro Languazer obtuvo el cargo. Y, para sorpresa de todos, no generó problemas mayores durante los tres años en que le tocó dar fe. Sólo se sabe que partió con rumbo desconocido, con el fin de aplicar sus conocimientos en otro lugar, donde su fama no se conociera. Debe haber cambiado de identidad porque su nombre no se encontró en ningún otro documento de la época.

Pero la historia lo podrá recordar como el escribano que reemplazó al notario don Gaspar Feo, cuya criollísima descendiente Máxima Zorreguieta es princesa de la Corona de los Países Bajos en la actualidad.

39. El segundo piso del Cabildo

En los comienzos de La Trinidad, el Cabildo porteño sesionaba donde podía, hasta que en 1608 se decidió construir una casa de adobe con techo de paja que contenía apenas un gran salón para las sesiones y un cuarto más pequeño, que servía de prisión.

En 1621 tuvo que refaccionarse el pobre edificio porque tenía goteras y además la cárcel les quedaba chica. Esta nueva construcción finalizó en 1632, pero todavía contaba con un solo piso.

En la mañana del 24 de diciembre de 1706, antes de partir a las misas y festejos de Nochebuena, los cabildantes resolvieron que debía agregarse un piso alto. Y tenían buenos motivos para hacerlo. Porque enfrentaban el problema de que cuando sesionaban en días de calor, debían abrir los ventanales y los vecinos que pasaban por la recova escuchaban todo lo que decían. Pero había un segundo motivo aún más apremiante: el patio de los presos, que estaba situado a un costado del gran salón (donde hoy se encuentra el edificio del Gobierno de la Ciudad), emanaba un olor nauseabundo debido a que era –el propio patio– el único baño que tenían los reos. De vez en cuando un par de condenados limpiaba el terreno, lanzando todo a un pozo –aquel donde murieron asfixiados un par–, que lo único que hacía era concentrar la fetidez.

Pasaron varias Nochebuenas y el 24 de diciembre de 1717, once años después de haber resuelto la construcción del segundo piso, volvieron a tratar el tema porque todavía nada se había hecho. Incluso se decretó una curiosa discriminación para evitar ser espiados en sus sesiones: se prohibió a los vecinos de bajo rango social circular por la vereda de la entrada del Cabildo.

En junio de 1724 la situación del edificio llegó al límite. El Cabildo dejó constancia de “la indecencia y trabajo con que se celebran los acuerdos, así por estar expuestos a que de la calle se oigan sus conferencias, como porque la única sala que tienen” para sesionar, está “amenazando ruina y cayéndose las paredes a pedazos”. Las obras comenzaron de inmediato. En realidad, se iniciaron un año más tarde; pero al ritmo que venían, un año era muy poco tiempo.

Por fin los capitulares tuvieron su planta alta en 1729, aunque con un balcón de madera que varias veces hubo que apuntalar y que comenzaría a pudrirse en 1751. La nueva queja, a partir de que contaron con el segundo piso, se debió a que las palomas tomaron el balcón como baño.

40. Brujerías en Tucumán

Luna y Tucumán son palabras que, casi como acto reflejo, remiten a la zamba de la lunita tucumana. Pero en este caso nos referimos a don Francisco de Luna, un español que se había afincado en la hoy histórica provincia de la Argentina. Este linajudo había llegado a nuestra tierra a fines del siglo xvii para dedicarse a la exportación de negros e indios a España, y aquí se casó con doña Isabel de vera y Aragón, descendiente del último Adelantado.

Hablamos de una de las familias más aristocráticas del norte argentino, protagonista de uno de los episodios más asombrosos que hayan ocurrido en aquellos tiempos.

El 13 de octubre de 1703, Luna ingresó a la alcaldía tucumana para formular una gravísima denuncia. Su mujer, la matrona Isabel, se hallaba enferma y él también comenzaba a mostrar signos similares. La denuncia de Francisco Luna apuntaba a su criada Inés, quien había sido vista tocándole la cabeza a doña Isabel, quien guardaba cama "con calenturas" (es decir, fiebre). Para don Luna, la negra Inés pretendía hechizarla con el fin de asesinarla.

Y el hombre acompañaba su denuncia con un testimonio profesional: el del médico Juan vargas Machuca quien, con dudoso rigor científico, realizó la prueba del pis y los huevos.

La experiencia consistió en hacer orinar a doña Isabel delante de testigos y, tomando el recipiente con el aristocrático desecho líquido, pidió un huevo y anunció a todos los presentes: "Este es mi arte". Acto seguido, rompió el huevo en la punta del recipiente, donde volcó la clara y la yema.

¿Qué hizo el huevo? Flotó. Ante todas las boquiabiertas, pidió otro huevo y repitió la operación. Y esta vez el huevo se hundió en la orina.

Sólo el doctor vargas habrá entendido el resultado de su experimento. Lo cierto es que nadie osó contradecir al galeno, quien de inmediato pidió reunirse a solas con la negra Inés. Luego de una pequeña charla, salió del ambiente del cónclave y anunció con satisfacción que al día siguiente, a las ocho de la mañana, doña Isabel y don Francisco comenzarían a curarse.

Toda esta historia es la que narró Luna al alcalde y de inmediato se ordenó la detención de la bruja. El doctor vargas, además, había sostenido que durante su charla a solas con la negra Inés, ella confesó que había hecho una brujería para enviar al matrimonio al infierno. o, al menos, eso es lo que contaba el médico.

La criada fue a parar al calabozo, pero no se cumplió el vaticinio del doctor vargas: el matrimonio seguía enfermo.

Por lo tanto, faltaba incorporar pruebas a este insólito juicio. Y las pruebas llegaron dos días después en un paquete cuyo contenido eran las heces de don Francisco de Luna.

El hombre había hecho sus necesidades delante de dos de sus criados, los indios Cristóbal y Bartolomé, quienes actuaron como testigos de la operación intestinal. En sus declaraciones aseguraron que le entregaron el recipiente lavado a don Francisco, que él se sentó allí, que hizo lo que imaginamos y que les entregó "la prueba" a ellos para que la llevaran a la Alcaldía. Cristóbal y Bartolomé juraron que ese desecho salió del noble cuerpo de su amo. ¿qué contenía el ilustre excremento? Algunos huesitos que, se supone, eran de un sapo.

Con semejantes comprobaciones, ya solo era necesario lograr la confesión de la bruja. Nada mejor que torturarla con un potro –mueble que estiraba el cuerpo hasta los más dolorosos límites– para que contara la única verdad que estaban dispuestos a escuchar. Y la negra confesó. Admitió que los había hechizado, dijo que hablaba con el diablo, que ese maldito diablo se le aparecía disfrazado de español –¡atrevida!– y reveló que el maleficio aplicado a sus amos estaba escondido en un agujero de la celda, en la prisión. Hacia allí partió de inmediato un soldado y retiró del agujero un sapo. una comitiva acudió a la casa de los Luna, entre ellos, un escribano, quien constató que el sapo fue depositado a los pies de la pareja y que a partir de ese momento comenzaron a mejorar la salud hasta curarse en forma completa.

La sentencia se dictó el 26 de noviembre de 1703, a los 44 días de la denuncia de don Francisco. Primero, la bruja Inés fue paseada encima de un buey por las calles de Tucumán. Después la llevaron a las afueras del pueblo, donde le dieron un garrotazo en la nuca y, luego de comprobar que estaba bien muerta, la quemaron en una hoguera.

Doña Isabel vivió unos pocos años, hasta que dejó viudo a don Francisco, quien se casó una vez más en Santiago del Estero y fue el abuelo de Estanislao del Campo, el autor del Fausto criollo.

41. un trabajo embolante

En 1707, un pleito de fronteras sacudió los ánimos de los porteños. Los cordobeses discutían a quién le pertenecía el Carcarañá que, como ya hemos visto, fue el lugar donde Garay recibió el fatal macanazo. En Buenos Aires se quejaban de que los cordobeses querían acaparar cada vez más terreno.

Y en esta oportunidad, los santafesinos también reclamaban su derecho sobre la región. Por lo tanto, los cordobeses invitaban a una reunión de diputados de las provincias en el paraje del Carcarañá. Solicitaban que todos llevaran las actas de fundación de sus ciudades, ya que ellos sostenían que cuando Jerónimo Luis de Cabrera fundó Córdoba, había manifestado que el Carcarañá les pertenecía.

El Cabildo porteño pretendía tener derechos absolutos sobre la región porque Garay lo había considerado de esa manera. Pero el pleito del Carcarañá iba a poner en descubierto otra cuestión. Porque cuando iniciaron la búsqueda del acta de fundación de La Trinidad firmada por Garay, no aparecía por ningún lado. Suponían que podía estar en Asunción y enviaron una resma de papel a la ciudad paraguaya para que les hicieran una copia. Mientras tanto, seguían buscando el acta de Garay en los archivos. Esto ocurrió en 1707. Sin embargo, tardó menos en resolverse la cuestión del Carcarañá que el problema del acta. Porque en 1715 volvieron a plantearse la falta de la "escritura" de Buenos Aires. Consideraron que podían aprovechar el viaje de Antonio de Arellano al Paraguay y le pidieron que buscara el acta y la copiara.

El inconveniente con el archivo oficial se mantuvo por generaciones hasta que contrataron a un empleado para que se dedicara a ordenar los papeles. Según expresaban los capitulares en 1795, el archivero era necesario porque cuando había que buscar un documento, la persona asignada para la tarea perdía "muchos días en el reconocimiento e inspección de legajos para encontrar el que se deseaba, sucediendo no pocas veces, por la confusión y el embolismo, el que las tareas tomadas resultasen infructuosas". Hoy el Carcarañá quedó lejos de Buenos Aires. una de las razones fue porque buscar un papel en los desordenados archivos del Cabildo era un verdadero embole.

42. Primera Revolución de Mayo

El rey Felipe V mantenía la clásica forma de otorgar los cargos: los cambiaba por dinero. Así fue como Manuel de velazco y Tejeda consiguió, previo "donativo gracioso" de 3000 ducados –algo así como 10 kilos de oro–, el título de gobernador de la Provincia del Río de la Plata. ¿Por qué alguien habría de pagar semejante suma para convertirse en mandamás de la polvorienta aldea? La respuesta es obvia: se trataba de una inversión.

Dispuesto a no perder tiempo, el nuevo mandatario pretendió cobrarle tributos incluso al capitán que lo transportaba a estas tierras.

El general velazco y Tejeda nos gobernó desde 1708 hasta una noche de marzo de 1712 en la que fue sorprendido con las manos en la masa. En este caso, masa es sinónimo de mercancía de contrabando. El juez José Mutiloa y Anduesa, enviado desde Madrid para investigar las actividades del gobernador, le puso los grilletes y lo envió de vuelta a España, además de secuestrarle todos sus bienes. Ya en Europa, luego de cinco años en prisión, obtuvo un indulto y quedó libre.

Mientras tanto, el juez Mutiloa asumió el poder en Buenos Aires. Llevaba un mes en el cargo cuando apareció el coronel Alonso de Arce y Soria, proveniente de Madrid y con la venia real para ocupar la gobernación, luego de haber donado 18 000 pesos a su Graciosa Majestad. Todo, con facilidades de pago, ya que se le había permitido abonar en dos cuotas. La primera, unos 12 000 pesos, los entregó en la Corte antes de partir, mientras que el saldo debía enviarlo una vez que se hiciera cargo de la ciudad. Don Alonso sabía que asumiría recién en 1713, pero estaba tan entusiasmado que cargó a su mujer e hijos en un barco y viajó antes de tiempo para estar cerquita de su nuevo empleo.

Sin embargo, el juez Mutiloa, apegado a la ley, le explicó al nuevo candidato que recién podría instalarse en Buenos Aires dos meses antes de que finalizaran los cinco años de mandato del sinvergüenza velazco. Y por más que velazco ya marchaba engrillado a España, Alonso Arce se fue con la familia a Mendoza, a contar los días que le faltaban para ser gobernador. Estaba preocupado ya que había apostado toda su fortuna en el negocio de gobernar Buenos Aires, y cada día que pasaba estaba más necesitado. Sin perder tiempo, cuando faltaban dos meses para asumir el mando, entró en la ciudad y fue a entrevistarse con el juez Mutiloa –quien ocupaba la vacante gubernamental– para avisarle que ya estaba allí y que cuando dispusiera, empezaba su soñado gobierno.

Pero su ansiedad predispuso mal al juez. La cuestión es que antes de

que se cumplieran los plazos, Arce sabía que no le entregarían el poder. Desesperado, escribió cartas a medio mundo y recién en mayo de 1714, luego de tres meses desperdiciados, llegó la Cédula Real ordenando al juez Mutiloa que le entregara el mando. Era tarde, además de pobre, debido a los gastos que le originó la disputa, don Alonso estaba enfermo. Apenas gobernó cinco meses y, abatido, se murió, dejando a su familia en la miseria. Su donación graciosa para obtener la gobernación de la Provincia del Río de la Plata terminó siendo un pésimo negocio.

Antes de morir, el infortunado Arce nombró un sucesor. Se trataba del ingeniero José Bermúdez. Pero ni esto le salió bien. Porque el juez Mutiloa desconoció el nombramiento.

Los ánimos se caldearon y se inició un enfrentamiento entre los grupos de poder que llevaron a que en la humilde reina del Plata reinara la acefalía.

Las disputas por la sucesión coparon la parsimonia porteña. Por un lado, pugnaba el ingeniero José Bermúdez. El Cabildo, por su parte, postulaba a su propio alcalde, don Pablo González de la quadra. Y el comandante de armas Manuel del Barranco también exigía el mando. González y Barranco terminaron aliándose contra Bermúdez. En mayo de 1715 el ingeniero Bermúdez se encerró en el Fuerte con veinticinco artilleros. Barranco lo sitió con la caballería.

Perdido, cuando ya no pudo aguantar más, el ingeniero se rindió. Fue la primera Revolución de Mayo porteña.

González y Barranco gobernaron juntos en el Plata un mes hasta que llegó la orden de la Audiencia de Charcas, el 11 de julio, instando a que Bermúdez tomara el cargo. Cargo que le duró apenas un mes porque el 14 de agosto de 1715 ingresó a la ciudad don Baltasar García Ros, el nuevo mandamás de los porteños.

43. El cura bisabuelo de Belgrano y Castelli

Los piojos atacaron Buenos Aires en 1727. Estos bichitos habitaban la ropa de los porteños y provocaban una picazón que contaminaba la sangre. En cinco días, los afectados despertaban con un fuerte dolor de cabeza, erupciones en la piel y comenzaban a experimentar alteraciones mentales. En una semana o dos, la mitad de los enfermos se moría. Esta peste, conocida como tabardillo, tifus o fiebre tifoidea, convirtió a Buenos Aires en un gran cementerio.

Los cuerpos yacían en la calle y, cuando ya era imposible desplazarse por las sesenta manzanas de la ciudad, se contrató a unos paisanos para que los colocaran en cueros de vacas y los arrastraran, atados a las colas de los caballos, hasta un pozo común habilitado a un costado del Fuerte.

A los vecinos parecía no sorprenderles la situación, ya que estaban acostumbrados a las epidemias, las pestes y la mugre. Además, en situaciones normales, un muerto era enterrado en la iglesia de su barrio: dentro de ella, si los deudos pagaban un buen precio, y a un costado, si la cifra era menor. Pero si no se dejaban unos pesitos en la iglesia, los sacerdotes no aceptaban los cuerpos. La sepultura tenía tarifas y la caridad... bien, gracias. Durante la peste de 1727, las iglesias de Buenos Aires solo recibían los cadáveres de los pudientes.

El lamentable espectáculo de cadáveres abandonados, olores inmundos, cuerpos maltratados y arrastrados por caballos, conmovió a Juan Guillermo González Aragón. Él tenía cuarenta años y acababa de llegar de su provincia, Santiago del Estero, luego de haber enviudado. Al perder a su Lucía, con quien estuvo casado doce años, tomó a sus tres hijos y bajó hasta Buenos Aires con el fin de ordenarse sacerdote.

Impresionado por lo que veía, González Aragón reunió a un grupo de vecinos y les explicó su plan: quería fundar una Hermandad que se dedicara a dar sepultura cristiana a todos los pobres indigentes de Buenos Aires. Él y sus partidarios pidieron una audiencia con el obispo Pedro de Fajardo y con el gobernador, el manco Bruno Mauricio de Zabala, famoso por llevar colgada de su cuello una prótesis –un brazo de plata–, por haber introducido el primer coche de caballos y por haber fundado la ciudad de Montevideo.

Las autoridades aprobaron el proyecto de González Aragón. El obispo les regaló una imagen de San Miguel para que colocaran en la capilla que edificarían. Desde aquel día, la Hermandad de la Santa Caridad se encargó de darles un trato menos humillante a los cadáveres de los pobres, los ajusticiados y los huérfanos.

El cementerio de San Miguel –junto a la parroquia del mismo nombre–, ubicado en las actuales Suipacha y Bartolomé Mitre, fue

siempre considerado de baja categoría por la pacata y engreída población porteña. Nadie quería rebajarse a pasar el resto de la eternidad, acompañado de pobres, huérfanos y convictos. Le ocurriría a don Martín de álzaga, el hombre más acaudalado de Buenos Aires, héroe de las Invasiones Inglesas. Lo culparon de un absurdo intento de motín en 1812 y lo colgaron. Podía pagarse la sepultura en la iglesia que quisiera, pero fue a parar a la de San Miguel, por haber sido ajusticiado.

A pesar de la mala imagen que daba tener los huesos en ese terrenito, el acaudalado sacerdote González Aragón, fundador de la Hermandad de la Santa Caridad, pidió ser sepultado allí. Su voluntad se cumplió cuando a los 81 años se fue para siempre del mundo de los hipócritas, en 1768.

Había llegado con sus tres hijos a Buenos Aires en 1726: con José, de cuatro años, quien a los 22 se ordenó sacerdote y siguió los pasos de su padre en la Hermandad; con Gregoria, futura abuela del prócer Juan José Castelli; y con Juan Manuel, quien sería abuelo de Manuel Belgrano. A estos primos, tan mortales como todo el mundo, también les llegó su día. Castelli pidió ser enterrado en San Ignacio. Belgrano, en Santo Domingo. Ninguno de los dos acompañó al bisabuelo en su última morada.

44. El obispo contra los bailes deshonestos

Fray José de Peralta Barrionuevo y Rocha Benavídez fue obispo porteño entre el 9 de julio de 1741 y el 17 de noviembre de 1746, cuando murió. una de sus últimas cruzadas antes de terminar enterrado en la Catedral fue contra los bailarines. El 30 de julio de 1746, luego de asistir a una fiesta, huyó asqueado y decretó que excomulgaría a quienes participaran de bailes en casas particulares. El edicto episcopal señalaba los motivos que llevaron a fray José a tomar la medida, después de haber visto lo que vio aquella noche de festejo: "Bailaban mirando un sexo a otro, no de paso, sino muy a propósito, en que corren sin murallas y término las complacencias de la indómita juventud. Teniendo a la vista el adorno de las doncellas y casadas con artificiosos movimientos del cuerpo; y al oído versos y dichos provocativos que encienden el ardor de la concupiscencia, afianzándose su precipicio con el ningún recato de darse unos a otros las manos, deteniéndose en tan peligroso ademán todo el tiempo que quieren".

Un verdadero asquete. una vez que murió el obispo Peralta, el edicto se mantuvo vigente. La censura duró nueve años hasta que el Rey anuló el decreto. En ese ínterin, si alguien organizaba un baile, debía pedirle permiso al Cabildo. Y el Ayuntamiento lo autorizaba, siempre y cuando "se condujeran con honestidad".

De todas maneras, parece que los inmorales pecadores porteños continuaban bamboleándose, diciéndose cosas y tomándose de las manos.

45. Toda la Patagonia a pata

Los aguateros eran muy requeridos –incluso más allá de 1816– porque un aljibe era un producto suntuoso, como luego ocurriría con los televisores, las heladeras o los microondas. Al comienzo, los aljibes solo estaban destinados a aquellos que podían darse ciertos lujos. Según evocara Lucio Mansilla, con la aparición del artefacto surgieron los comentarios acerca del vecino que "pasaba por grosero por los muchos baldes de agua fresca que pedía"; o del propietario tacaño que cerraba su pozo con tapa y candado.

Fue Domingo de Basavilbaso, quién si no, el vecino que instaló el primer aljibe de Buenos Aires, en su casa de Belgrano y Bolívar. Basavilbaso era el empresario *top*. En los buenos y grandes negocios, siempre estaba don Domingo –quien tuvo la concesión del correo a partir de 1748–, hacedor y dueño de una inmensa fortuna que le permitió, entre otras cosas, gozar del agua casera de aljibe antes que nadie.

En el año 1753, Basavilbaso envió un barco a San Julián (provincia de Santa Cruz), con el fin de cargar una buena cantidad de sal.

Se trataba de un lugar con historia. En San Julián había desembarcado Magallanes en el año 1520, antes de cruzar el estrecho que lleva su apellido. Durante ese desembarco se celebró la primera misa en territorio argentino. De paso, ahorcaron a algunos amotinados. Además, San Julián fue la escala previa del pirata Francis Drake, antes de encarar el estrecho. Y –como le ocurriera a los descarriados de Magallanes– la sepultura de algunos que osaron rebelarse al pirata.

Una vez que el barco de Basavilbaso arribó a San Julián, el capitán, Jorge Barne, inició la recolección de la sal y la construcción de una casucha donde guardar las herramientas.

Una vez completado el cargamento, decidió dejar tres jornaleros en la casita, para que cuidaran las herramientas y fueran organizando el lugar, a la espera del próximo barco.

La elección recayó sobre un chino, un español y un paraguayo. Pero además, el día que seleccionó al trío, se escapó un criado nativo de Angola que no se molestaron en recuperar. Como bien dijo Bartolomé Mitre al narrar este episodio, representantes de los cuatro continentes quedaron en aquel inhóspito lugar, a 2265 kilómetros de Buenos Aires. Agregamos que con un neocelandés, teníamos cartón lleno.

Los tres empleados que designó el capitán fueron José Gombó (el chino), Santiago Blanco (el español) e Hilario Tapary (el paraguayo). A la dotación se agregaron dos perritos cuzcos, cuyos nombres no han sido guardados para la posteridad.

Partió el barco el 14 de enero de 1753 y en pocos días el español Blanco, atacado de una crisis por el acecho de doscientos nativos cuya sociabilidad estaba en duda, huyó de la casucha, abandonando a los compañeros y los perros.

Los patagones saquearon el lugar. Se llevaron la ropa, la comida, las armas, el tabaco, la yerba y destruyeron los barriles de agua y tocino, solo para llevarse las partes de hierro. El chino y el paraguayo quedaron petrificados. Los nativos los abrazaban como si fueran amigos. una vez que los desvalijaron, partieron sin dañarlos.

El temor de ser atacados por los indios no los dejaba dormir. No hacía falta pensarlo un minuto más. Todos de acuerdo: el chino, el paraguayo y los dos perros. Esa noche, los cuatro iniciaron su fuga al norte, dispuestos a caminar los 2265 kilómetros hasta Buenos Aires, si hacía falta.

Bordeando la orilla del mar, Hilario, el chino Gombó y los dos perritos se encontraron con el problema de la falta de agua dulce, la única que podían beber. Debían hacer pozos profundos para hallar agua con menos salitre y mojarse los labios, al menos. Pero el chino, muerto de sed, ingería muy pequeños sorbos de agua salada y al poco tiempo tuvo el estómago tan duro, que se tendió en el piso y no quiso dar un paso más. Hilario trató de convencerlo de que se pusiera de pie, pero fue inútil. Pasó dos días buscándole agua e intentando reanimarlo, hasta que lo abrazó, lloró con él, y lo abandonó.

Continuó la marcha con los cuzcos, alejándose un poco de la costa. Divisó unos guanacos en una lagunita y corrió hacia ellos. Los guanacos se le escaparon y la laguna estaba seca, pero al menos pudo mojar sus labios en el barro húmedo y sintió un fuerte alivio.

La próxima novedad del derrotero fue cuando avistó un grupo de lobos marinos en la orilla del mar. Se acercó sigiloso y se trabó en lucha con uno, armado de un palo. Lo mató a golpes. Él y los perros se tomaron toda la sangre del lobo marino, se lo comieron e Hilario conservó un trozo de la piel del animal que podría usar como cantimplora si alguna vez se encontraba con agua en cantidad. Dos días después del banquete halló un manantial y pasó la noche más feliz de la travesía.

Hilario y los perros ya habían desarrollado una estrategia: zigzagueando, pasaban a la costa en busca de lobos marinos y se internaban en el terreno para encontrar manantiales. El sistema no era del todo efectivo, pero bastó para salvarles la vida en ese tramo.

Hasta que llegó uno de los momentos más penosos de la odisea. El perrito preferido de Hilario divisó una bandada de ñandúes y se lanzó a cazarlos. Como era de esperar, las aves y el perro desaparecieron en el horizonte para nunca volver. Lloró la pérdida de su compañero. Al pichicho, según consta en el relato que hizo el propio Hilario, “lo

contemplaba como un compañero”, ya que con él “remediaba algunas de mis necesidades”.

Pasaron semanas de hambre, desfallecimientos y odiosa rutina. Los lobos marinos ya no aparecían. una tarde se topó con un riachuelo en donde se tomó unas mini vacaciones de un par de días, con canilla libre de agua dulce.

Para cruzarlo, necesitó proveerse de algunas ramas secas de sauce. Hilario no sabía nadar.

El paraguayo y el perro comían todo lo que encontraban: plantas, almejas y algún pescado muerto lanzado en la playa. De todas maneras, la oferta no era abundante y llegaban a pasar varios días sin probar bocado.

La trágica monotonía sufrió un cambio abrupto cuando divisó un caudaloso río. Avanzó decidido y, de repente, surgieron dos indios que galopaban con lanzas hacia él.

“Hasta aquí llegué”, habrá pensado el infortunado Hilario Tapary. Los nativos atajaron sus caballos frente a él y les dio tanta lástima su estado deplorable, que le hicieron señas de que los siguiera. El paraguayo y su perro arribaron a una toldería, escoltados por los dos indios cazadores. Con ellos pasó el invierno, en ese hotel cinco estrellas, comiendo ñandúes, caballos y venados. Luego de varias semanas, un poco más repuesto, empezó a acompañar a los cazadores, quienes le entregaron un caballo. Ya formaba parte del grupo. Y llegó el tiempo en que esta tribu nómada optó por cruzar el río. Levantaron los veinte toldos y, con unas grandes pelotas de cuero de caballo, pasaron a la otra orilla. El paraguayo continuó viviendo con ellos. una noche tomó su caballo y partió sin despedirse, abandonando incluso a su fiel compañero pichicho.

A caballo era otra cosa. Bordeó el mar y siguió avanzando hacia Buenos Aires. Dormía la siesta debajo de un árbol cuando fue despertado por el cacique Cacapol, quien lo llevó a sus tolderías. Cacapol era el hijo del pampa más importante que gobernó estas tierras: el insuperable Cangapol, quien muchas veces confió en los blancos y muchas veces lo defraudaron. No bien llegó Tapary al campamento, los indios se abalanzaron sobre su caballo y lo mataron. A él no, al caballo. El paraguayo volvió a mirar al cielo, imaginándose que iba en camino. Pero no. Esa noche, Hilario y los indios de Cacapol comieron el caballo muerto.

Una semana más tarde, el cacique lo acompañó hasta las puertas de Buenos Aires. El 6 de enero de 1755, luego de casi tres años de odisea, Hilario Tapary entraba en la ciudad.

El relato conmovió a don Domingo Basavilbaso, quien decidió escribir la historia, para que no se perdiera: durante aquellas jornadas de recopilaciones se juntaron el dueño del aljibe y el hombre más

sediento de aquel tiempo.

En 1807 llegó el invasor inglés. Entre los muertos en combate no ilustres, aquellos a los cuales el Gobierno no les dedicó una calle en 1808, figuraba el viejo Hilario Tapary.

46. El bravo José Bravo que murió de bronca

Los Bravo de Rueda, que vivieron en las principales ciudades del norte del nuestro territorio, no se andaban con vueltas, a pesar de ser Rueda; pero sí eran bravos, además de osados, de mal carácter y con pocas pulgas. En 1754, en Lima, don Alonso Bravo de Rueda se casó con Narcisa Carrasco, desafiando todas las murmuraciones, ya que era mulata. otro Bravo, Diego, fue quien encontró en 1803 el gran meteorito que cayó en el Chaco y que los españoles buscaban desde doscientos años atrás. Diego Bravo de Rueda vivía en Santiago del Estero con su mujer María Josefa y varios hijos. En aquella tradicional ciudad, donde los porteños eran vistos como menos aristocráticos que ellos, también vivía el matrimonio de María Roberta Suasnábar y José Bravo de Rueda, hermano de Diego.

José fue funcionario del Cabildo santiagueño: lo nombraron Alférez Real en 1788. El símbolo del poder conferido a don José era un bastón y solía agitarlo en las reuniones porque había algo que no funcionaba en el equipo. Para don José, todos sus compañeros cabildantes eran corruptos e ineptos, y se los hacía saber con energía durante las sesiones. Por lo general, los capitulares eran entre nueve y quince. En orden de importancia, primero estaba el Alcalde Mayor. El Alférez Real vendría a ser el cuarto, en cuanto a jerarquías.

En marzo de 1789 hubo una reunión en el Cabildo que se inició sin mayores novedades. Hasta que don José, molesto por ciertos comentarios, pegó un puñetazo y dijo que si seguían con esa actitud, “los iba a echar a la mierda a todos”. Lanzó el bastón por el aire y, enfurecido, salió del recinto. El alcalde le pidió que no se fuera y José Bravo de Rueda le gritó: “No quiero. vaya vuestra Majestad a la mierda”.

Según consta en el acta de aquella reunión, sus palabras causaron “el mayor escándalo” y don Bravo “se marchó por la plaza pública, sin bastón y sin sombrero, como si estuviese loco”. Porque había que estar loco para andar por la calle sin sombrero, en 1789, según parece.

Al rato, Bravo regresó y descargó insultos para cada uno de los capitulares. Les gritaba que los criollos tenían mucha más lealtad y amor a esta tierra que los españoles. Y que por eso no era ningún delito echar a la mierda a un alcalde.

Las relaciones con el resto de los funcionarios siguieron siendo pésimas. Y tuvieron su desenlace el 1º de enero de 1796, día en que había que elegir las autoridades que integrarían el Cabildo santiagueño durante todo el año.

Cuando don José llegó para votar, le informaron que no le otorgaban ese derecho. Bravo de Rueda tuvo un ataque de furia. En

medio de los gritos, sufrió un síncope y se murió.

En las actas del Cabildo se anotó que las elecciones no se iniciaron a tiempo, por la muerte del bravísimo Alférez Real.

47. una travesti en las Malvinas

Fueron los franceses los primeros que tuvieron la intención de poblar islas en el Atlántico Sur, a pesar de las protestas de España. Por tal motivo, una expedición de dos barcos partió de Saint Malo en septiembre de 1763. Iba al mando de Louis Antoine de Bouganville, un sobresaliente y prometedor oficial de la Corona francesa. La flota hizo una escala en Montevideo y luego siguió hasta las Malvinas, donde Bouganville tomó posesión del archipiélago en nombre de su soberano Luis Xv el 5 de abril de 1764. Como aquellos marinos partieron de St. Malo, el uso popular hizo que se denominara a las islas “de los Malouines” y luego, “Malvinas”. No duró mucho tiempo la posesión francesa: España reclamó las islas y, previa indemnización a Bouganville, pasaron a integrar el territorio del Río de la Plata.

Formaba parte del viaje un científico británico: Philibert de Commerson. El hombre era un especialista de lujo, y buena parte de la fauna y flora de las Malvinas fueron sus descubrimientos. vale la pena aclarar que no fue él quien bautizó ciertas algas autóctonas con el nombre de “kelpers”, sino que eso ocurrió mucho después. Y hoy, por esas algas malvinenses, los habitantes de las islas son conocidos en todo el mundo como “kelpers”.

El científico Commerson llevaba muchos aparatos e instrumentos, y viajaba con su ayudante, Jean Baré. Por su condición profesional, Commerson y Baré estuvieron entre los primeros que desembarcaron en las islas del Atlántico Sur. Baré tenía unos 26 años y debía cargar todos los aparatejos del británico, seguirlo por toda la isla y aguardar con paciencia los largos minutos que su jefe pasaba observando cada planta. Por otra parte, Baré podía considerarse aprendiz de Commerson, ya que el científico le explicaba en cada descubrimiento un sinnúmero de detalles.

Por tener que arrastrar todos los aparatos, alimentos y armas, Commerson decía que Jean Baré era su “bestia de carga”. El resto de la tripulación se mofaba del joven ayudante porque tenía voz afeminada, nunca quería bañarse a la vista de todos y tampoco quería hacer sus necesidades delante de ellos. Hablamos de marinos que no tenían ningún pudor en esas cuestiones.

Commerson y Baré pasaron algunos días realizando sus tareas científicas hasta que Bouganville ordenó partir. Siguieron su camino y llegaron a Tahití. Allí, los nativos les dieron la tradicional bienvenida con guirnaldas y el colmo de la hospitalidad, según el relato azorado de Bouganville, fue que los tahitianos, a medida que los tripulantes descendían de los barcos, ofrecían mujeres a los cuatrocientos hombres, les indicaban dónde estaban las chozas y hacían gestos muy

claros sobre lo que podían hacer con las chicas.

El problema fue cuando desembarcaron Commerson y Jean Baré. Se armó un revuelo general y los tahitianos rodearon al joven Baré, maravillados, al grito de "¡Ayenene!

¡Ayenene!". Su sentido del olfato les decía que el ayudante de Commerson era mujer. Y estaban en lo cierto. Los franceses tuvieron que salvar a la señorita del descontrol tahitiano y la refugiaron en el barco. "Ayenene" significaba en el idioma de ellos "mujer joven".

La flamante damita, Jeanne Baré, confesó que había nacido en Borgoña y que, por necesidad de comer, se había disfrazado de hombre para conseguir trabajo. Según el relato de Bouganville, no era ni linda ni fea.

Gracias al olfato tahitiano, hoy sabemos que aquel joven ayudante de Commerson fue la primera mujer que pisó las Malvinas.

48. Cara de vinagre

Entre los vecinos más respetables de Buenos Aires figuraban los hermanos Escalada. Francisco Antonio y Antonio José –como ya fue dicho, futuro suegro de San Martín– se dedicaban al comercio ultramarino, alquilaban propiedades en la ciudad y ocupaban cargos en el Gobierno.

Cuando el padre de ellos murió, generó un conflicto de intereses porque legó apenas un tercio de sus bienes a sus hijos y el resto lo otorgó a sus hermanos que vivían en España.

Hacia allí partió en 1775 Antonio José con el objeto de negociar con sus tíos algún acuerdo que les permitiera recuperar parte de la fortuna que su padre les había restado.

La solución que encontraron los Escalada de aquí y de allá fue casar a dos primos. No podía ser Antonio José porque ya se había casado en Buenos Aires. El candidato debía ser Francisco Antonio. Y la prima disponible era María Gertrudis Bustillo. Parece que no todos los parientes españoles estaban de acuerdo, sin embargo Antonio José, Gertrudis y un par de tíos tomaron de inmediato un barco en Cádiz y cuando llegaron a Buenos Aires el 25 de febrero de 1776 ya los esperaban en el puerto Francisco Antonio y un sacerdote. Estos dos hombres se subieron a un bote, llegaron al barco y desembarcaron a Gertrudis. En esa misma lancha fueron presentados y se casaron.

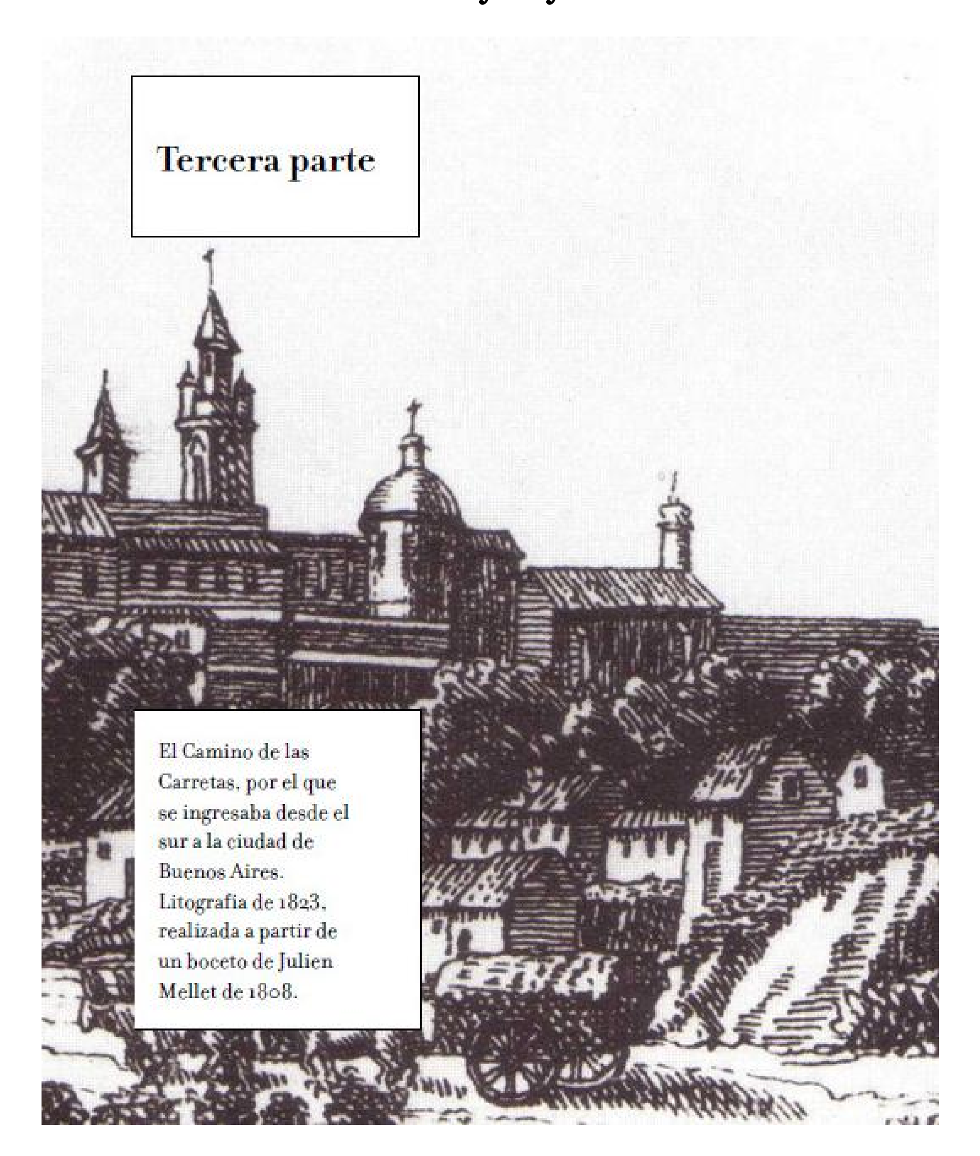
Francisco Antonio de Escalada tenía 26 años y Gertrudis era menor. Al ver el retrato que se conserva de Francisco, el historiador Alberto Ibáñez Padilla lo describió como una persona con “cara de vinagre”. Y nosotros coincidimos con él.

Habíamos dicho que Antonio José, el hermano que viajó a Cádiz y que sería padre de Remedios, ya estaba casado en 1776. Su matrimonio con Petrona Salcedo había tenido lugar el 5 de junio de 1774. Y le duró diez años, ya que Petrona murió en junio de 1784. Cuatro años más tarde, Antonio José volvería a casarse. La novia sería Tomasa de la quintana y ellos serían los padres de la mujer de San Martín.

Sin embargo, hay un detalle sugestivo en las actas parroquiales. Cuando Antonio José se casó con Petrona, figuraba como “hijo natural de don Manuel de Escalada”, sin incluir el nombre de la madre, lo que significaba que era un hijo extramatrimonial. En cambio, cuando se casó con Tomasa, se lo mencionaba como “hijo legítimo de don Manuel Escalada y de doña Luisa de Sarria, difuntos”.

Era inadmisible que en un documento oficial, como lo eran las actas parroquiales, un hijo figurara como natural si era legítimo. Y es sugestivo que recién apareciera como hijo del matrimonio cuando los

padres habían muerto. Lo cual parece explicar por qué se generó la disputa por el legado: el suegro de San Martín fue producto de alguna aventura de don Manuel de Escalada. Y si bien en nuestro tiempo no es escandaloso, allá por el siglo xviii sí lo era. Entonces se blanqueó la filiación y nadie se preocupó nunca más por la aventura que trajo al mundo al padre de Remedios Escalada de San Martín.



Tercera parte

El Camino de las Carretas, por el que se ingresaba desde el sur a la ciudad de Buenos Aires. Litografía de 1823, realizada a partir de un boceto de Julien Mellet de 1808.

49. Cevallos, el virrey que renunció por amor

Luego de marchas y contramarchas, de fundaciones y despoblamiento, de permisos y prohibiciones, en 1776 por fin Buenos Aires alcanzaba las ligas mayores dentro de la estructura gubernamental del reino español. Pasaba a ser la cabeza de una nueva división política: el virreinato del Río de la Plata. Desde luego, siempre dependimos de los virreyes, pero los veintisiete que tuvimos desde la fundación de La Trinidad hasta 1776 residieron en Lima.

El del Río de la Plata no era tan virreinato como los restantes porque había sido privilegiado con ese título solo en forma provisional (aunque dos años más tarde se ganaría la eternidad y se equipararía con los otros). Pero el hecho de tener a un representante directo del Rey en el vecindario ya era una clara señal del progreso alcanzado.

Tuvimos once virreyes y medio entre 1777 y 1810. El primero era un querido héroe de los porteños: don Pedro Antonio Francisco de Cevallos Hoyos y Cortés Calderón.

Más allá de haber sido el primero, el virrey Cevallos tiene que ser recordado por los argentinos porque fue él mismo quien sugirió los límites del virreinato. Le propuso al Rey la demarcación del territorio, por lo tanto, la Argentina que hoy conocemos es, más allá de los cambios que sufrió en tiempos de guerra y por acuerdos diplomáticos, parte de su creación. Militar muy respetado en España, había sido gobernador de Niza (actual Francia) e incluso lo fue ocho años en Buenos Aires, poco antes de que se convirtiera en virreinato.

En 1763 había expulsado a las fuerzas portuguesas e inglesas que se hallaban instaladas en la Colonia del Sacramento, es decir, en las narices de Buenos Aires. Más tarde, en 1776, debió regresar desde España –esta vez con el título de virrey– para volver a despoblar Colonia, lo que hizo con entusiasmo además de derribar buena parte del pueblo oriental, con el fin de evitar futuras invasiones. Por esta acción, los Cevallos obtuvieron el título de marqueses de la Colonia. Aquí hacemos un alto para explicar que después de 1763 los lusitanos hacían incursiones y saqueos en el territorio español de la Banda oriental. Esos ataques fueron registrados con el nombre de "malones". No es que queramos ponernos a discutir si la palabra malón es araucana o no, pero llama la atención que haya sido utilizada por primera vez en documentos al referirse a los ataques sorpresa de los portugueses.

Ya que Colonia había pasado a ser nada más que un nombre en los mapas, hacia allí fuimos los porteños a buscar piedras del muro que Cevallos hizo derribar. El virrey quería que se utilizaran para empedrar nuestras calles. El primer piso firme –que, por lo tanto, fue

"made in uruguay"– lo tuvimos en la actual calle Bolívar, entre Alsina y Moreno.

Los vecinos de Buenos Aires apreciaban a Cevallos por su rectitud y equilibrio. Incluso los más marginados lo adoraban porque defendía los derechos de los criados. Hay que tener en cuenta que a los nueve años de edad ya había perdido a sus padres. Pedrito había sido criado por su hermana mayor y, sobre todo, por una morena llamada María que él quiso como a una madre. Pudo haber sido el recuerdo de aquella mujer el que lo llevó a ordenar a un vecino que vendiera a un criado que maltrataba. En otra oportunidad, en que una tal negra Dominga mató a su ama María Mercedes López de veinte puñaladas –porque la había castigado con furia por no haberle preparado la bañera con agua caliente–, Cevallos dispuso que se reviera la causa judicial porque el alcalde o juez que había actuado en el juicio, Juan Pablo López Camelo, era cuñado de la víctima. Y consiguió que, en vez de ahorcarla, fuera vendida a un estanciero de Pilar. un último ejemplo para demostrar que fue mucho más tolerante que muchos de los que nos gobernaron después. Miguel de los Santos Toledo, un vecino, había sido condenado a pena de muerte por haberse descubierto que era homosexual. El virrey logró que se le conmutara la pena y lo enviaran deportado a las islas Malvinas.

Recordado por sus buenos ocho años como teniente gobernador, donde fue nombrado padrino de la campana del Cabildo el día que se la instaló, don Cevallos era esperado en Buenos Aires con gran expectativa y la mejor disposición.

Cuando se conoció la noticia de su arribo, el vecindario participó de un Cabildo Abierto –el 18 de marzo de 1777– para discutir cómo sería la bienvenida y de dónde se sacarían los 12 000 pesos que demandaría el recibimiento, ya que querían tirar la casa por la ventana. Pero las arcas estaban vacías. La Iglesia aportó 8000 pesos. Pero no los donó, los prestó; cobrando un interés anual del 5%. El resto lo entregaron los vecinos. Con el dinero, incluso se reemplazó el roído balcón de madera del Cabildo por otro de hierro, porque el virrey no se merecía menos.

Eran tantos los festejos y las recepciones, que Cevallos tuvo que solicitar que menguaran, ya que no disponía de tiempo para dedicarse a sus tareas. Entre los muchos sonetos y cantos que le dedicaron, hay uno que vale la pena rescatar, ya que comienza de la mismísima manera en que se iniciaría años más tarde el *Martín Fierro* de José Hernández. Se trata del "Canto de un guaso en estilo campestre" y arrancaba de la siguiente manera:

Aquí me pongo a cantar
abajo de aquestas talas,

del mayor guaina del mundo,
los triunfos y las hazañas.

Cevallos, “el mayor guaina del mundo”, apenas gobernó ocho meses el virreinato desde su sede en Buenos Aires, por motivos que ya explicaremos. Durante su mandato, la emprendió contra los portugueses, el contrabando, el juego por dinero y el carnaval. Mano dura para los porteños que necesitaban un poco de orden. No se sabía de dónde sacaba fuerzas este hombre que debía soportar ataques de paludismo, con la correspondiente fiebre, cada dos por tres.

Cevallos fue quien autorizó la construcción de la iglesia del Socorro, donde muchos años después Camila o’Gorman conocería al padre uladislao Gutiérrez y provocaría un inmenso escándalo al huir con su amado.

Cansado de la mugre, aplicó castigos económicos a los que echaban la basura a la calle. También impuso las multas por exceso de velocidad a quienes galoparan por la actual zona del centro porteño. Aquel que se excedía del trote corto, pagaba diez pesos. Y si llegaba a cometer la estupidez de reincidir, ya no había dinero que lo salvara: castigo corporal y 22 meses de cárcel.

Fumaba cigarros de chala que él mismo se fabricaba y era un empedernido fanático del mate. A tal punto que, durante los años que le tocó regresar a España luego de haber sido gobernador y antes de volver con el cargo de virrey, se hacía enviar paquetones de yerba. Don Cevallos se cebaba unos cimarrones en las propias narices de todos los exquisitos cortesanos de Madrid. Ya virrey, dispuso en el reglamento de la cosecha de trigo que a los peones se les debía dar mate seis veces durante las jornadas de trabajo. En su calidad de jefe de las Fuerzas Armadas, le tocó sumariar al comandante de San Carlos (pueblo de Maldonado, uruguay, fundado por el propio Cevallos), Miguel de urrutia, debido a las quejas del capellán, porque el comandante acosaba a todas las mujeres del pueblo “a pesar de estar casado con una bella y virtuosa dama”.

Mientras gobernaba el territorio –que comprendía la Argentina, uruguay, Paraguay, Bolivia y una buena parte de Chile y Brasil–, el Cabildo le encomendó a Francisco Antonio “Cara de vinagre” Escalada que contratara a un pintor para que hiciera un retrato de cuerpo entero de Cevallos. Con visión de futuro, aspiraban a iniciar con él lo que debía ser una galería de virreyes del Plata, que adornaría una de las salas del Cabildo. Escalada se decidió por Miguel Ausel, quien tenía 28 años y ya había hecho trabajos que aún hoy perduran en la iglesia de San Francisco. Cevallos aceptó, hasta que se enteró de que debía pasarse cinco días seguidos posando al menos dos horas cada vez. Demasiado martirio para un hombre que no podía quedarse

quieto. El pobre Ausel tuvo que soportar la ira de su modelo cuando le explicó al virrey su plan de trabajo. Y el Cabildo se quedó sin la primera pintura de la colección. Y aunque no tenga mucho que ver con esta cuestión, lo que sí puede verse hoy en el Museo del Cabildo es una maciza puerta negra: perteneció a la casa de "Cara de vinagre".

Los argentinos por fin teníamos virrey, pero no teníamos virreina. El destino había querido que don Pedro de Cevallos no llegara casado a Buenos Aires. Mientras se encontraba en España había conocido a una prima encantadora. Sin embargo, pocos días antes de encaminarse al altar, la dama se murió en forma repentina. Justo cuando Cevallos, con 53 años, estaba dispuesto a sentar cabeza. El dolor del amor perdido recién pudo ser curado en 1777, cuando conoció en Buenos Aires a doña María Luisa Pinto, de casi treinta años. Sin embargo, era evidente que las leyes no las había escrito Cupido: ellas le prohibían contraer matrimonio mientras fuera virrey. una gran ironía, porque era el propio virrey quien autorizaba los casamientos. Es decir que Cevallos podía consentir todos los pedidos de matrimonio, menos el suyo.

La falta de papeles no impidió que la pasión de Pedro y María Luisa los llevara a tener varias lunas de miel anticipadas. Pero don Cevallos no quería que su amada fuera el comentario de las arpías copetudas porteñas. Bien puede afirmarse que el mejor virrey que conoció Buenos Aires resignó su alto cargo con el único deseo de partir cuanto antes a España y, salteando interminables trámites burocráticos, recibir en persona el permiso del Rey para casarse con su María Luisa, quien ya no podía disimular su pancita maternal.

Partió el 12 de junio de 1778 a las dos y media de la tarde y llegó a España el 17 de septiembre a las tres y media de la tarde. Pero nunca alcanzó a ver al Rey. Murió en la ciudad de Córdoba, cuando se hallaba en camino a la Corte, donde lo esperaba el título de Marqués de la Colonia, por su actuación en el poblado uruguayo. Fue envenenado con arsénico.

Moribundo, pidió agregar un codicilo en su testamento. Allí informa que el obispo de Córdoba (España) debe hacer que se cumplan ciertas disposiciones que le ha comentado en forma reservada y que, sin lugar a dudas, se referían a María Luisa y al niño. Murió el 26 de diciembre de 1778 –a los 63 años, 5 meses y 28 días de edad, según el epitafio de su tumba– sin saber que su hijo había nacido con buena salud en Buenos Aires y que había sido bautizado con sus mismos nombres. Este Pedro Antonio de Cevallos II se convertiría en ferviente patriota a partir de 1810 y sería ministro y hombre de confianza del caudillo salteño Martín Miguel de Güemes.

50. Vertiz, el virrey de las tinieblas

Una vez que don Cevallos dio por terminado su mandato a fines de mayo de 1778 y armó sus baúles con deseos de partir cuanto antes en busca del permiso para casarse con María Luisa, su sucesor aún no había llegado. Por ese motivo, durante tres meses, hasta el 8 de agosto, tuvimos un virrey interino que, por más que apenas se dedicó a administrar y poner una que otra firma, se merece que lo rescatemos del anonimato popular. Nos referimos a don Manuel Ignacio Fernández, médico de profesión. vaya este pequeño homenaje al virrey Fernández (el medio virrey de nuestra contabilidad), un ilustre desconocido.

Ya empezaba a anochecer en el frío 8 de agosto cuando asomó el barco que traía a don Juan José de vertiz y Salcedo, caballero comendador de Puerto Llano y de la orden de Calatrava, nacido en la Península del Yucatán, México. Era bien conocido en Buenos Aires: había sido teniente gobernador en la ciudad durante seis años, justo antes de que se convirtiera en virreinato. Ahora volvía a ocupar el principal cargo, pero esta vez, de mayor envergadura.

Conviene aclarar que él siempre firmó Juan José vertiz, sin ninguna tilde. Así también escribieron el apellido sus contemporáneos. vaya a saberse por qué los historiadores convirtieron al vertiz agudo en un vértiz grave.

Hubo vecinos que se sorprendieron por la vuelta de vertiz, ya que pensaban que no lo verían más por estas tierras. Cuando se supo que regresaba, algunos –como el concejal Judas de Salas y el procurador Bernardo Sancho de Larrea– manifestaron su repudio, implorando que Cevallos no partiera. Mala idea: terminaron siendo condenados al destierro en las islas Malvinas, que en aquel tiempo era el lugar por excelencia para enviar a los indeseables, como aquel homosexual que fue deportado en tiempos de Cevallos.

Vertiz, quien virreinó (si un rey se dedica a reinar, esperamos que se acepte decir que un virrey se dedica a virreinar) entre junio de 1778 y marzo de 1784, se hizo famoso por el censo que llevó a cabo y que hoy nos permite saber que en aquel tiempo vivían en este pueblito agrandado 37 679 personas y 3827 negros, que también eran personas.

Dos tercios de la población era urbana, y el restante era rural. También creó el Protomedicato, algo así como una colegiatura de Medicina. Inauguró la Academia de Náutica y el Hogar de los Niños Expósitos. Este hogar de huerfanitos hacía mucha falta ya que las muertes prematuras provocadas por enfrentamientos y pestes, más las visitas temporarias de ejércitos que se desplazaban a otros puntos del

continente, hacían que Buenos Aires estuviera repleta de chicos sin padres o con madres solteras que los abandonaban.

Vertiz tenía, como todos los mandatarios, su residencia en el Fuerte. Sin embargo, todo el tiempo posible lo pasaba en su quinta ubicada en la actual localidad de vicente López, a la cual se llegaba atravesando el camino conocido como Callejón de Ibáñez. Si hoy los presidentes tienen la quinta de olivos, el virrey vertiz tenía la quinta de Vicente López.

Horrorizado al ver que hombres y mujeres se bañaban en el río mezclados, el puritano virrey vertiz dividió al Plata en dos partes. Si nos situamos en la Plaza de Mayo y observamos hacia el río, tendremos –a partir de la orden del virrey– a los hombres bañándose en las aguas que están a la derecha de la Casa Rosada y a las mujeres, a la izquierda.

Después de organizar los baños y el tránsito, empedrar varias calles, darle un *look* más respetable a Buenos Aires y fundar las poblaciones de Gualeguay, Gualeguaychú y Concepción del uruguay, vertiz se fue a España a disfrutar de su jubilación, sin haber logrado ganarse el afecto de los porteños, muy molestos porque les aumentó los impuestos.

Sin embargo, este hombre malquerido en su tiempo pasó a ser conocido como el “virrey de las luminarias”. Porque fue quien instaló el alumbrado en la tenebrosa Buenos Aires. Con semejante título, uno podría imaginarse que a partir de vertiz se hizo la luz. Nada que ver. Los faroles que puso eran, por supuesto, de velas de sebo o grasa de potro en algunos casos. que los faroleros –o mejor dicho, los empleados del empresario que ganó la licitación– encendían a las ocho de la noche, luego del toque de oración, y duraban hasta la una de la mañana. El toque de oración consistía en el repique ensordecedor de las campanas de todas las iglesias. Era la señal para que todo el mundo dejara de hacer lo que estaba haciendo, se arrodillara y rezara.

Ni siquiera había un farol por cuadra en la época de vertiz y, para colmo, al ser todos de vidrio, el espeso humo negro los polarizaba. Además, cualquier lluvia los apagaba.

En esa aldea virreinal, la noche era el reino de los murciélagos –se los veía colgados en el techo de la Catedral– y lo único que alumbraba en serio era la luna llena. De todas maneras, los vecinos notaron el cambio y eso nos hace pensar lo que debe haber sido la oscuridad antes de estos lamentables faroles que nos dejó “el virrey de las luminarias”.

51. La primera disco porteña

La necesidad de contar con un lugar fijo para las funciones teatrales obligó a buscar inversores. un tal Blas y un zapatero llamado Pedro Aguiar se asociaron en 1753. El tal Blas pondría el *know how* y Aguiar, los billetes. Construyeron un modesto galpón en la manzana de la Ranchería, ubicada en las calles Perú, Alsina, Chacabuco y Moreno. Llevaba ese nombre porque durante mucho tiempo ese terreno albergaba varios ranchitos que ocupaban los indios misioneros cada vez que los traían a Buenos Aires para realizar alguna obra pública.

Si bien se concluyó la precaria edificación, no existen constancias de que se la haya utilizado para más que un par de funciones con títeres. Lo cierto es que el tal Blas debió abandonar la ciudad al descubrirse que estaba casado en España y que su mujer lo esperaba. El inversor se quedó sin socio y sin *know how*.

El gobernador Juan José vertiz –en su época de gobernador, antes de ser virrey– consideró que podía aprovecharse el lugar para hacer fiestas de máscaras y recaudar dinero para los necesitados. Los porteños, ávidos de pachanga, encontraron una nueva forma de entretenimiento. La Ranchería fue, sin dudas, la primera disco que tuvimos por estas tierras. Pero, a pesar del éxito de los bailes, el público comenzó a menguar. Y el culpable de que cada vez concurriera menos gente se llamó José Costa. Era fraile de San Francisco y durante las misas advertía lo pecaminoso y ofensivo que resultaba ese entretenimiento nocturno.

"¡Hermanas mías, ya no sois mis hermanas, estáis impuras!", se quejaba el fraile. Llegó a decir que la manzana de la Ranchería recibiría el Castigo Divino. Su prédica tuvo éxito: algunos se convencieron de que estaban pecando y otros, por temor a la ira del Todopoderoso, prefirieron mantenerse lejos del lugar.

Cuando vertiz se enteró de los sermones de Costa ordenó que lo expulsaran de Buenos Aires y encomendó al fraile Roque González la tarea de persuadir a los feligreses. Desde el púlpito, dejó en claro que Dios no se ofendería si bailaban y que "es voluntad de Nuestro Soberano que haya bailes y diversiones". En aquella homilía eterna aseguró que "el Señor Baile puede contraer matrimonio con la Señora Devoción". La Ranchería volvió a estar de moda y allí se bailó durante tres años hasta que el rey Carlos III –el soberano cuya voluntad era que hubiera bailes y diversiones– prohibió los bailes públicos en 1774 y el primitivo boliche cerró sus puertas.

Vertiz tuvo su revancha cuatro años más tarde. Siendo virrey, resucitó la idea de utilizar la manzana para convertirla en teatro. una vez más comenzó la búsqueda de inversores.

En esta oportunidad Francisco velarde y José Lorente se convirtieron en empresarios teatrales. La construcción no era tan miserable como suele decirse. Pero hay que reconocer que el nombre Coliseo le quedaba un poco grande. El coliseo romano, aun en ruinas, parecía más suntuoso que el galpón reciclado de Perú y Alsina. Será por eso que los vecinos nunca lo llamaron así y prefirieron denominarlo Teatro de la Ranchería. Contaba con una tribuna para hombres, otra para mujeres, y en medio de las dos, algunos cubos que cumplían la función de los palcos. A falta de escenografía, un actor se encargaba de describir qué debería haber en el escenario. Por ejemplo, si la acción se desarrollaba en la puerta de una casa, el actor explicaba: “Aquí hay una casa, aquí está la puerta, aquí hay un árbol”, o “¡qué perdido me encuentro en esta selva tan verde y majestuosa!”.

A todos preocupaba la posibilidad de un incendio. velarde respondió que no había que preocuparse: si se incendiaba, al lado estaba el cuartel de tropa y ellos podían actuar como bomberos. No convenció a vertiz, quien reglamentó la prohibición de fumar en el recinto. Además, se ordenó que a cada función asistieran un oficial más ocho soldados para situarse en distintos puntos y, en caso de incendio, debían comunicarlo de inmediato. Pero, para evitar el pánico, tenían prohibido gritar “¡fuego!”. También se organizó el estacionamiento de coches: debían estar en fila, sin tapar la salida de la gente, y sólo de a uno podían avanzar hasta la puerta cuando culminara la función.

Aunque no hubo teatros durante su gobierno, Cevallos ya había pedido informes sobre seguridad en los que se menciona que los teatros “deben tener por frente una plaza, las calles que los cercan han de ser anchas” y “las puertas se han de abrir hacia fuera, para que en caso de fuego sea fácil su abertura”.

El teatro funcionaba los domingos y jueves. uno de los principales inconvenientes era que ningún actor iba a viajar desde Lima o Madrid para hacer un par de funciones y regresar. Los pocos que lo hacían se quedaban algún tiempo realizando otras actividades como, por ejemplo, dar clases particulares. Pero en esos casos se trataba de hombres.

Ninguna mujer abandonaba su ciudad para venir al Plata. Fue necesario, entonces, buscar alguna vecina dispuesta a actuar. No lo dudó María Mercedes González y Benavídez. Había enviudado dos veces, tenía tres hijos que mantener y lo que mejor sabía hacer afuera de su hogar era bailar. Su debut fue un éxito y el empresario velarde le duplicó el sueldo. Sin embargo, su carrera se vería truncada por la aparición de su padre, quien reclamó a las autoridades que impidieran que participara en las obras. Según Javier González, su hija “no solo se echa sobre sí la nota de infamia, sino que la hace trascender a todos

sus parientes". El abochornado padre agregaba que él no le había dado permiso para que actuara. Es decir: le dio permiso para casarse dos veces, ella le dio tres nietos, enviudó dos veces y ¡él pretendía que le pidiera permiso para actuar, cuando lo hacía para mantener a sus chicos! Mientras el caso fue a juicio, María Mercedes tuvo prohibido actuar. Pero ganó la cordura y pudo regresar a las tablas y bailar en forma profesional.

Otra de las cuestiones a resolver era la desconfianza de la Iglesia. Nuestros prelados temían que en alguna obra se blasfemara. vertiz formó con cuatro religiosos una comisión de censura encargada de controlar, no solo los libretos, sino también las improvisaciones de los actores. Si a alguno se le iba la mano y decía algo pecaminoso a los oídos de la comisión, podía terminar en el cepo del teatro –sí, tenía un cepo para castigar actores zafados– o en la cárcel.

El Teatro de la Ranchería funcionó desde 1783 hasta el 16 de agosto de 1792 cuando una bengala lanzada desde la iglesia de San Juan Bautista (en Piedras y Alsina, a dos cuadras del galpón reciclado), durante la inauguración de su nuevo atrio, cayó en el techo del Coliseo y lo incendió. Fue de día y no había gente. un grupo de soldados del cuartel situado a pocos metros acudió a apagarlo. Si bien no logró salvar el teatro, evitó que las llamas avanzaran hacia otras manzanas. Los improvisados bomberos fueron dirigidos por el subteniente Juan José viamonte, futuro guerrero de la Independencia, gobernador y calle céntrica.

Lo poco que quedó del edificio fue demolido. El Castigo Divino que predicaba el fraile José Costa había llegado –según parece– en forma de fuego, desde el cielo.

52. La venganza de los médicos

Uno de los grandes logros del virrey Vertiz fue la creación del Protomedicato, encargado de regular las actividades médicas, tomar exámenes a los postulantes e incluso dar certificados a las comadronas que actuaban como parteras.

El Protomedicato funcionó en las actuales Humberto I y Defensa. Entre las medidas que tomó, existe una interesante solicitud para que los médicos extendieran sus recetas en latín, con el fin de unificar el idioma de todos ellos con los boticarios (nuestros primeros farmacéuticos).

El problema que existía hasta entonces era que cada cual llamaba a los compuestos medicinales de la manera que le parecía. En aquel tiempo un mismo remedio podía llevar cuatro o cinco nombres distintos. Además, algunos médicos escribían la fórmula del medicamento en clave para que pudiera ser entendida sólo por un boticario, obligando a los pacientes a que concurrieran a esa farmacia para hacer la compra. De esta manera, el galeno recibía una comisión.

Otro de los inconvenientes que generaba la falta de unificación en la escritura de las recetas, era la posibilidad de que el boticario equivocara la fórmula por no entender qué le pedían. Hubo casos de pacientes que murieron luego de tomar su remedio y cuando se trataba de hallar al culpable, los médicos y los boticarios se acusaban unos a otros. Aunque nadie superará al prestigioso médico de comienzos del siglo xix, Salvio Gaffarot, quien, muy preocupado por la construcción de su casa, recetó a un paciente ¡25 000 ladrillos!

A partir de la instrucción del Protomedicato, todas las recetas debían estar escritas en latín.

Con el paso del tiempo –más el crecimiento de población y, por lo tanto, de enfermos–, los pacientes comenzaron a quejarse porque no entendían lo escrito en las recetas.

En 1822, Rivadavia ordenó abandonar el latín y escribir las prescripciones en castellano. A los médicos no les gustó la idea y decidieron cumplir la orden, pero escribían con una letra cursiva difícil de leer. Esa fue su venganza a la intromisión de los pacientes en su relación epistolar con los boticarios.

Hoy, en el siglo xxi, podemos intentar leer una receta y comprobar que la venganza continúa.

53. El virrey Loreto y el oso gigante

Vertiz cumplió su mandato y llegó en 1784 el tercer virrey: Don Nicolás Francisco Cristóbal del Campo Cuesta de Saavedra Rodríguez de las varillas de Salamanca Solís García de olalla y Sánchez Salvador, marqués de Loreto. El título pesó más que su nombre y por eso, para la historia, quedó como el virrey Loreto, en vez de ser el virrey del Campo. Pero además, por ser pelirrojo, los porteños lo apodaron “Bicho colorado”. Coleccionista de libros raros, pinturas, estatuas y monedas antiguas, era un hombre de mal genio y vivía peleándose con el resto de las autoridades del Río de la Plata, por el solo hecho de que odiaba la ilegalidad. que en estos pagos, había de sobra. uno de los casos más resonantes ocurrió con uno de sus funcionarios, Manuel Cipriano de Melo, quien recibió un permiso especial de la Corona para importar treinta insignificantes pesos en mercadería para uso personal. una mañana aparecieron cuatro barcos de bandera portuguesa en el puerto.

Cada uno de ellos traía objetos comprados por don Manuel Cipriano, por un valor de cuatro mil pesos. Y se anunciaba la llegada de un convoy de veintiséis embarcaciones más, cada cual con cuatro mil pesos de mercaderías para el vivo de Melo, quien había transformado su autorización de 30 pesos, ¡en 30 barcos!

“Bicho colorado” Loreto fue el primero en presidir la Real Audiencia, cargo que hoy equivaldría a la presidencia de la Corte Suprema. Su principal objetivo fue convertir al virreinato en el granero del mundo. Por ese motivo, fomentó tanto la agricultura como los frigoríficos de antaño, es decir, los saladeros.

Partieron importantes contingentes a las salinas y consiguió llenar de sal Buenos Aires, que hoy sería lo mismo que llenarla de *freezers*. Por otra parte, Loreto fue quien promocionó la instalación de silos en nuestra tierra. A diferencia de los actuales, aquellos depósitos eran subterráneos y aprovechaban la humedad de la tierra.

El 3 de abril de 1787 Loreto recibió un sobre que contenía dos enormes molares. Pertenecían a la dentadura de un megaterio, un oso gigante, cuyos restos fósiles habían sido descubiertos por un sacerdote en la zona de Luján. Mejor dicho, los huesos los descubrió un vecino que corrió a avisarle al alcalde de Luján Francisco Aparicio, quien a su vez le transmitió el hallazgo al fraile Manuel Torres y este le escribió al virrey una carta, la de los molares, explicándole de qué se trataba.

Con buen criterio, Torres y Loreto organizaron la recolección de los restos del animal prehistórico. En siete cajones se envió a España, acompañado de un dibujo del esqueleto más instrucciones para armarlo. El rey Carlos III, fascinado con el hallazgo, le encargó a

Loreto que en caso de encontrar uno vivo, lo enviara encerrado a Madrid. Y si no pudieran mantenerlo enjaulado, que lo disecaran. Hubiera sido lindo, claro. Salvo por el detalle de que los megaterios desaparecieron antes del diluvio universal.

Hoy el conocido megaterio del virrey Loreto sigue siendo considerado uno de los hallazgos más importantes en la historia de la paleontología. Nuestro fósil lujanense puede ser visitado en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

54. El escándalo del peluquero francés

Un suceso mantenía al virrey Loreto preocupado en 1785. De las casas de las principales familias de Buenos Aires desaparecían objetos de valor. Los hurtos eran constantes y era evidente que se trataba de un ladrón serial. Pero nadie podía develar el misterio. Podía deducirse que el sujeto buscado vivía en Buenos Aires y conocía los secretos de los vecinos, ya que en la mayoría de los casos se dirigía directamente a su botín, sin que ningún otro ambiente fuera violado.

Las sospechas apuntaban a algunos oficiales. Pero también se puso el ojo en los esclavos. Era habitual que un moreno robara para pagarse la libertad o la de un ser querido.

Hubo más de veinte detenciones, pero las autoridades no daban con el autor de los robos. El virrey dispuso que el capitán de dragones Manuel Cerrato se dedicara en forma exclusiva a resolver el caso del ladrón de casas. Y lo resolvió. El hombre que había logrado preocupar a todos se llamaba Monsieur Levant y era el peluquero más “in” de Buenos Aires.

Se trataba de un hombre llegado de Francia, quien aseguraba que provenía de una familia aristocrática que había entrado en decadencia económica. Levant era muy querido, no solo por su capacidad con las tijeras y los peines, sino porque daba charlas muy cultas a sus clientes y clientas mientras se ocupaba de sus pelucas y sus cabezas. Incluso, para amenizar el tiempo de secado de pelo, solía deleitarlos con lecturas de libros que llevaba de su propia biblioteca. Sus pomadas y perfumes eran muy requeridos. En aquel tiempo, los peluqueros sólo atendían en las casas de sus clientes, por lo tanto, Levant conocía las salas, los cuartos y, por supuesto, los secretos de las familias. En muchos casos, el francés oficiaba de Cupido: llevaba y traía cartas de novios.

Acorralado por Cerrato, Levant confesó, devolvió lo robado en varias casas y esperó el veredicto de la Justicia. Se discutió si había que deportarlo a Carmen de Patagones, a las Malvinas o a Cartagena, en España. Se optó por España.

Antes de enviarlo lo pasearon en un burro, atadas sus manos, junto a un pregonero que anunciaba sus delitos.

A partir de este episodio, y durante muchos años, cada peluquero que llegaba al poblado era visto con gran desconfianza y muchas porteñas empezaron a dominar el arte de la peluquería para, sin lucro alguno, ayudarse unas a otras a estar coquetas. Es decir, fue una cuestión de supervivencia.

55. El virrey Arredondo y su batalla contra los perros

Luego de cinco años de rabiar tanto contra los corruptos como contra los que le rogaban que empedrara al menos una cuadra, el "Bicho colorado" Loreto se preparaba para dejar el cargo. La llegada del nuevo virrey se anunciaba para diciembre y por ese motivo fue necesario organizar todos los aspectos protocolares en cada escala que hiciera; entre ellas, Luján.

En medio de los preparativos, una noticia proveniente de dicha ciudad sacudió a los porteños. Pero no era otro megaterio. Esta vez se trataba del nacimiento de los primeros trillizos del Plata. Trillizos del Plata que no eran de oro, sino de cobre, ya que la madre era la parda Paula, una criada de considerable tamaño. ocurrió el 31 de octubre de 1789 a las tres de la tarde. Eran una niña y dos varones que provocaron que Loreto enviara un emisario para que, además de concretar con las autoridades de Luján aquellos temas protocolares, se pegara una vueltita por la casa del maestre de campo Manuel de Pinazo, donde servía la parda Paula, viera el fenómeno con sus propios ojos y regresara para darle detalles del suceso.

Fue lo último que ocurrió durante el mandato del "Bicho colorado" y entonces llegó a nuestras vidas –en una carroza tirada por seis mulas y precedida por dos negros que tocaban cornetas– don Nicolás Antonio de Arredondo Pelegrin Haedo Zorrilla de San Martín y venero. El virrey Arredondo, claro.

Llegó a nuestras vidas desde Córdoba, con escalas en Cañada de la Cruz, Luján, Morón y Chacarita. venía acompañado de sus dos hijos y de su mujer, la virreina Josefa Mioño, cuyo humor demostraba que mucho no le apetecía la idea de vivir en este rinconcito del planeta. No bien llegaron, mientras Arredondo recibía los saludos de los "vIP" locales –ceremonia conocida con el nombre de besamanos, ya que todos desfilaban para besarle la mano al virrey–, la señora "se retiró a sus aposentos, pues expresó que no le gustaba el trato con los señores de la corte". Las porteñas, que le habían preparado una bienvenida a la Primera Dama, debieron volver a sus casas, desilusionadas. Por el contrario, don Nicolás era muy sociable. Le gustaba celebrar reuniones. Todos los miércoles y domingos por la noche, lo más destacado del vecindario concurría al Fuerte, donde tomaban unos copetines y escuchaban música, a pesar del fastidio de doña Josefa. Conciertos en vivo, "unplugged" por supuesto, a cargo del maestro Antonio Beliz y sus catorce músicos. También era fanático de las corridas de toros y jamás se perdía una.

Nicolás Arredondo otorgó el primer indulto: fue concedido a contrabandistas, en 1791. Por otra parte, debido a la escasez de

producción de tabaco en Paraguay, importó por medio de un testaferro 12 toneladas del Brasil, además de mil criados, lo que le valió un reto del Rey, porque por más que haya querido remediar problemas de abastecimiento, era un caso claro de contrabando.

Gobernó seis años y le tocó enfrentar una curiosa plaga de loros que invadió la ciudad. Arredondo gravó los vicios –alcohol, yerba y dulces– y la emprendió contra una nueva plaga, que no era la de loros sino la de perros. ordenó que se mataran los “cimarrones” y que “los falderos” –el documento los menciona de esa manera– debían ser guardados en las casas, para evitar confusiones. El Cabildo de Soriano (uruguay), donde el padre del general Belgrano tenía una pulpería, fue más allá y ordenó que cada hacendado llevase diez rabos de perro por mes al Ayuntamiento. quien no cumplía, pagaba una multa. A los hacendados pequeños se les exigía la mitad: cinco colas por mes.

Buenos Aires sintió una brisa de prosperidad con Arredondo, pero no mucha. Por otra parte, el aseo de la ciudad no pasaba por su mejor momento. Dentro de la cárcel, al lado del Cabildo, se criaban cerdos y carneros, cuyo instinto animal era por demás atendible. No así el de algunos porteños que rondaban por la noche: hubo que decretar que el mayordomo del Cabildo se mudara a vivir en el edificio, debido a que todas las mañanas, el Ayuntamiento amanecía con pipí en sus paredes y popó en su acera.

56. Tupac Amarú, el regente, la rea y los toros

Una de las tantas señales que demostraban que España estaba empezando a fijarse en Buenos Aires fue el envío al Plata, durante el virreinato de Arredondo, de don Benito de la Mata Linares, Caballero de la Real y distinguida orden Española de Carlos III y Consejero de Su Majestad. Don Benito llegaba en marzo de 1787 desde el Cuzco, donde cuatro años atrás había presidido el tribunal que enjuició al caudillo Tupac Amarú. Sin que le temblara la mano, había firmado la más brutal represión en América para controlar aquella rebelión. Además de condenar a Tupac a la pena capital, consideró necesario aplicarle tormentos durante un buen rato.

Aquella sentencia le brindó una fama inmensa en América. Si el alférez José Bravo de Rueda había demostrado en Santiago del Estero que no en balde se llamaba Bravo, Mata Linares podía sentirse más que identificado con su apellido. Los porteños estaban orgullosos de contar con semejante justiciero en sus filas. La aparición del enviado fue tomada como un realce institucional de la región del Plata. Era un prócer de carne y hueso. Había cumplido funciones en las principales ciudades del virreinato y cuando llegó a Buenos Aires, lo hizo acompañado de enormes baúles que llamaron mucho la atención: se trataba de una colección de más de 10 000 documentos que reunió en sus épocas de funcionario en Santiago de Chile y Lima.

Nombrado regente de la Real Audiencia, vino a poner un poco de orden e incluso fue virrey interino durante una corta ausencia de Arredondo. Era un sujeto demasiado estricto para la habitual parsimonia porteña. Por ejemplo, si alguien llegaba tarde a una reunión en el Cabildo, debía soportar un discurso del regente, quien siempre se encargaba de remarcar lo poco profesionales que eran los funcionarios en Buenos Aires. Pero cuando él llegaba tarde, le echaba la culpa al reloj del Cabildo porque, según decía, no coincidía con la hora del suyo. Hubo una vez que se ofendió por una tontería y dejó de concurrir a las sesiones. El Cabildo designó dos comisionados para que fueran hasta su casa con el fin de hacer las paces. Entre los embajadores de la paz figuraba el tocayo Benito González Ribadavia, padre de Bernardino. La misión fracasó y regresaron al Ayuntamiento, donde Ribadavia explicó que el regente los recibió en la puerta y no los hizo "entrar adentro". En definitiva, terminaron todos ofendidos: el regente, los comisionados, los capitulares y el idioma español, por aquello de "entrar adentro".

El 6 de agosto de 1790, los ánimos se caldearon en el Ayuntamiento cuando se descubrió que en el cuartito que se utilizaba para rezar, la capillita del Cabildo, ¡estaba viviendo una mujer! Parece que el

oratorio no era muy concurrido, porque la señora llevaba un buen tiempo instalada. Por otra parte, se preguntaban qué diría don Mata Linares de esa anomalía. Se trataba de la "rea" María Gómez quien, se suponía, tenía que estar en la cárcel y no allí. La indagaron y descubrieron que había sido el propio Mata quien la había instalado en la capillita.

¿Qué tierno, no?

Mientras su protegida volvía a la cárcel, la honorabilidad de don Benito se iba a pique y su humor, si ya era malo, empeoró. A partir de aquel incidente el prócer de carne y hueso empezó a molestarse con sus compañeros, a discutir por nada, a gritar por cualquier pavada, a dejar en claro que él era el famoso Mata y hacía lo que se le antojaba. Sólo él.

Don Benito y el Cabildo que supo idolatrarlo llevaban tres meses de convivencia insoportable cuando Buenos Aires se aprestaba a celebrar el nombramiento del nuevo monarca español Carlos Iv. El festejo demandaba toda una semana de acontecimientos y se inició el 12 de noviembre de 1790 con misas, fiestas de disfraces y discursos. Pero el principal suceso ocurriría el 14, día indicado para la corrida de toros, a la que los porteños ya se habían hecho adictos en la Plaza Mayor. Esa tarde Mata asistió a la Plaza y gruñó muy molesto porque se habían colocado los bancos del Cabildo en el balcón para colgar banderas y tapices.

–¿Quién mandó colgar allí esas banderas? –se enojó.

–El virrey –respondió el alcalde.

–¿Cómo? ¿quién mandó colgarlas? –insistió furioso el regente.

–Los diputados –dijo esta vez el alcalde.

Mata se dio vuelta y divisó a pocos pasos a don Domingo Igarzábal, quien se denominaba diputado por ser uno de los vecinos a cargo de la organización de la corrida de toros, tarea que, como el resto de los diputados, hacía en forma desinteresada, sin recibir ninguna recompensa por todo el esfuerzo. El regente se lanzó sobre el vecino y le preguntó, siempre a gritos, quién había mandado colgar las banderas. Igarzábal explicó que la orden la había dado el virrey Arredondo. Esa respuesta encegueció a Mata, quien aulló que jamás el virrey habría podido dar esa orden. Por el escándalo, algunos vecinos y funcionarios del Cabildo se acercaron a los dos hombres y Mata les dijo a todos: "ustedes no entienden las órdenes.

¡Para que las entiendan, es necesario metérselas a punta de lanza!". Mientras decía esto, clavaba su bastón en el estómago del pobre Igarzábal, quien apenas atinó a responder: "Señor, no somos tan bozales que no entendamos castellano". Se refería a los negros bozales, los criados recién llegados del áfrica que no entendían una sola palabra de nuestro idioma. En cambio, los que sí lo hablaban,

eran conocidos como ladinos. Mata, con la misma furia que venía desparramando desde que se descubrió a la rea en la capilla, se retiró vociferando en contra de todos ellos. Entró en el Cabildo y ordenó retirar las banderas del balcón, mientras cerca de ocho mil vecinos –un cuarto de la población total– lo observaban desde la Plaza. un duro golpe al orgullo de los porteños, en medio de la fiesta más importante que se había realizado en muchos años en Buenos Aires.

Los miembros del Cabildo se reunieron sin avisarle a Mata y prepararon una carta al virrey Arredondo, solicitándole que lo enviara a otro destino. Ya no estaban orgullosos del ilustre funcionario. También le escribieron al Rey: era un extenso informe con todos los detalles de las peleas. Sin embargo, Mata Linares continuó ejerciendo sus funciones en Buenos Aires por mucho tiempo más. Recién en 1803, luego de dieciséis años de servicios en el Río de la Plata, don Benito de la Mata Linares regresó a España. Fue quien brindó el dictamen favorable para que en Buenos Aires se creara el primer periódico de nuestra historia: el *Telégrafo Mercantil*. Aclaramos que telégrafo, en aquel tiempo, era el sistema de mensajes con banderas que se hacían desde los barcos.

Los últimos años en la vida de Mata transcurrieron en Europa y con numerosos problemas, ya que cuando Napoleón invadió España, don Benito se puso a disposición de José “Pepe Botella” Bonaparte y al recuperar Fernando vII el trono, fue perseguido con la grave acusación de “afrancesado”.

En cuanto a la “rea” María Gómez, escapó de la prisión con alguna ayuda externa que jamás pudo determinarse.

Pero el enojo de Mata con Igarzábal dejó huellas: luego del escándalo por las banderas del balcón, nunca más se celebró una corrida de toros en la Plaza de Mayo.

57. El frustrado criadero de esclavos

Entre los muchos espacios cedidos por el Gobierno a los jesuitas figuraba la Estancia de las vacas. Eran más de doscientas hectáreas cerca de Colonia (uruguay), con cepas de vid y alrededor de 30 000 vacunos.

Cuando los jesuitas fueron expulsados en 1767 del territorio americano, la estancia fue "estatizada" y se determinó enviar al oficial Juan de San Martín, padre del prócer, para que la administrara.

En alguno de los innumerables viajes de don San Martín a Buenos Aires, conoció a Gregoria Matorras. Se casaron el 1° de octubre de 1770. En realidad, la que se casó fue Gregoria. Porque Juan no cruzó el Plata para la ceremonia, sino que envió un poder. De todas maneras, una vez que ella dio el sí quiero, se instaló en la estancia uruguaya donde nacieron sus primeros tres hijos. Los "abuelos de la patria" residieron allí hasta el año 1777, cuando Juan de San Martín fue destinado a Yapeyú.

Algunos años después, la Estancia de las vacas fue cedida a los Hermanos de la Caridad, quienes utilizaron su producción para sostén del asilo conocido como la Casa de Huérfanas de Buenos Aires.

De esta manera, las huerfanitas porteñas podían llevar una vida sin penurias económicas. Los dulces de la Estancia de las vacas eran famosos en la capital del virreinato. Desde luego, hacía falta un buen administrador para el dinero de la Hermandad de la Caridad. Ese hombre era Tomás de Balenzategui. Se había dedicado a la importación de esclavos y cuando enviudó, ingresó a la orden religiosa.

Balenzategui administraba los fondos de los Hermanos de la Caridad y se le ocurrió que así como la cría de ganado dejaba réditos, tal vez había que dejar de importar negros del áfrica y tener una producción local. viajó a la Estancia de las vacas y volvió con diez criados. En 1790, apenas veinte años antes del fervor libertario de 1810, utilizó fondos de la Casa de Huérfanas para comprar diez africanas recién llegadas. La operación fue de alrededor de 2700 pesos.

¿Por qué trajo los negros a Buenos Aires? Porque quería que cada uno eligiera la compañera que prefería. Es decir, que cada uno eligiera a la madre de sus hijos. En grupos de a dos, los criados pasaron por los depósitos de la Compañía Negrera de Filipinas para elegir sus parejas.

La sorprendente idea reproductiva de Tomás de Balenzategui no prosperó. Al menos como negocio.

58. La desaparición del río

El viernes 29 de mayo de 1792 ocurrió uno de los fenómenos meteorológicos más extraños de todos los tiempos.

A pesar de ser un día apacible sin nubes, un viento Pampero sopló con intensidad durante todo el día. Tanta era la violencia del viento que logró modificar las actividades de Buenos Aires. Los vendedores se vieron imposibilitados de acudir a la Plaza. Los ambulantes también suspendieron sus recorridas y los que necesitaban realizar trámites postergaron sus planes. Las calles estaban intransitables, ya que el Pampero no permitía que caballos, carretas y peatones se desplazaran.

En las primeras horas de la tarde, los pocos que habían desafiado a la naturaleza y rondaban las calles optaron por encerrarse en sus casas y ese 29 de mayo Buenos Aires fue una ciudad fantasma. El Pampero siguió soplando toda la noche y a la mañana siguiente volvió la calma. Sin embargo, los primeros en salir de sus hogares descubrieron que el inmenso Río de la Plata, el gran vecino de los porteños, había desaparecido.

Restos de barcos hundidos era todo lo que ofrecía a la vista aquel extenso lodazal. Algunos charcos se dibujaban hacia el horizonte y nada más. En el Fuerte, despertaron al virrey Arredondo. un par de vecinos llegó a la casa del alcalde de primer voto –el juez de las causas civiles–, quien se llamaba Buendía. También lo despertaron. Don Francisco Buendía cabalgó hasta la orilla, comprobó el fenómeno, voló al Cabildo y convocó de urgencia a todos los capitulares. El 30 de mayo de 1792, a las nueve de la mañana, Buendía y el resto de los funcionarios se sentaban a debatir la desaparición del Río de la Plata.

Mientras ellos alternaban el debate y la salida al balcón para mirar si reaparecía el río, las torres de las iglesias se veían colmadas de curiosos que afilaban la vista y trataban de encontrar una respuesta al dilema. Don Martín de Sarratea –flamante suegro de Liniers– pidió la palabra en la insólita sesión del Ayuntamiento. Propuso enviar dos de sus empleados a caballo para buscar el Plata. Los cabildantes aprobaron la moción y en pocos minutos, Francisco Herrera y un viejo conocido, Tomás de Balenzategui, el multiplicador de negros, galopaban hacia el sur, bordeando la orilla.

Sin señales del agua, a la altura de quilmes optaron por dirigirse hacia el este. Luego de varios minutos de marcha alcanzaron una pequeña corriente. La cruzaron y siguieron hacia la Banda oriental. Mucho más adelante, cuando la Colonia del Sacramento ya tomaba forma ante sus ojos, se toparon con una correntada importante que los intimidó.

Se hallaban debatiendo cómo hacer para cruzarla cuando divisaron

un caballo que avanzaba con esfuerzo desde el otro lado, luchando contra la corriente. Descubrieron que encima venía un paisano, aferrado al cogote del animal, intentando mantenerse encima. Lo alentaron para darle ánimo y el jinete alcanzó, con mucho trabajo, la tierra firme que pisaban los porteños.

Herrera, Balenzategui y el uruguayo, los únicos tres jinetes en la historia que se reunieron en el medio del cauce del Río de la Plata, resuelven regresar a Buenos Aires. Deben marchar poco más de 30 kilómetros y comienzan al trote. Sin embargo, perciben que cada vez hay más agua y deciden acelerar. El río está reapareciendo y se les viene encima. Espolean sus caballos y, exhaustos, alcanzan la costa de quilmes, cuando el río ya les moja las botas.

Entraron a Buenos Aires. Buendía y compañía habían suspendido la reunión. El Río de la Plata volvía a estar donde se esperaba que estuviera. Y allí terminó la epopeya de Herrera, Balenzategui y el paisano que se encontraron en el medio de la nada, cuando en realidad, donde estaba la nada debía haber un río.

59. Edipo vs. Cupido

Con veinte años, alto, envuelto en su uniforme militar y lleno de energía para llevarse el mundo por delante, el alférez del regimiento de Blandengues Juan Ramón Balcarce partió de la villa de Luján en 1793, luego de que allí muriera su padre combatiendo a los indios. Su nuevo destino era el pueblo de Rojas. Su madre y hermanos menores regresaron a Buenos Aires.

En Luján las mujeres veían en él a un buen candidato, rubio, de buena posición económica y de familia tradicional, aunque para las madres de las chicas era considerado un poco joven para tal responsabilidad. De todas maneras, Juan Ramón había sorprendido a todos cuando aplicó todas sus armas de seducción en María victoria Pereyra y Mariño.

Porque si bien la familia de ella descendía de los respetadísimos Tejeda de Córdoba, a través de su madre Teresa Bruno y Tejeda (Tristán de Tejeda fue uno de los conquistadores de la provincia mediterránea), se comentaba que la tal Teresa podría ser una bastarda, nacida en el vientre de una india.

Hoy puede parecernos ridículo, porque sabemos que América es lo que es gracias al mestizaje. Pero en aquel tiempo las normas sociales los llevaban a pensar estupideces.

Juan Ramón Balcarce cayó fulminado por los encantos de María victoria y dejó de lado los prejuicios que le habían inculcado en su casa. Había encontrado la mujer de su vida y no quería perder el tiempo. Don Antonio Pereyra y Mariño, quien ocupaba el cargo de administrador de la Renta de Tabaco y Naipes en Luján, aprobó la relación de su hija con el alférez. El romance se encaminaba, pero Juan Ramón había sido enviado a Rojas, a 150 kilómetros de su amada. El noviazgo, entonces, se mantuvo por medio de cartas.

Una de las primeras que le escribió empezaba con un "Muy señora mía de mi mayor aprecio", que hoy parece más indicado para una futura suegra que para una novia. En ella le hablaba de la inmensa alegría que le había provocado enterarse de que la dama había formalizado la relación de ellos ante don Antonio. Pero de inmediato se refería a su propia familia: aclaraba que no sabía cuál sería la reacción de su madre cuando conociera la noticia. Sí, el alférez Balcarce, veinte años, militar en carrera, destinado por el ejército en Luján, a 220 kilómetros de su familia, futuro guerrero de las Invasiones Inglesas y de la Independencia, futuro asistente al Cabildo Abierto de mayo de 1810 y asambleísta en 1813, futuro gobernador porteño, futuro todo, analizaba si su mamá le iba a dar permiso para casarse. Su madre se llamaba María victoria. Como su novia.

De todas maneras, Juan Ramón aclaraba en la carta que sólo por algún motivo muy fundado se cancelaría la boda. Se mostraba dispuesto a pelear por su amor, aun cuando nada parecía amenazarlo. La carta terminaba con el saludo de “su más apasionado y afectísimo servidor, que sus pies besa, Juan Ramón González Balcarce”.

A María victoria alguien le dijo que le contaron que alguien había comentado que escuchó por ahí que la madre de Balcarce habría dicho que no aprobaba el casamiento. Le escribió a su novio para que le aclarara el punto. una nueva carta llega a lo de los Mariño. La confianza ha dado algunos pasos en la relación entre Juan Ramón y María victoria: ella dejaba de ser la “Muy señora mía de mi mayor aprecio”, para convertirse en “Amada negrita mía”. Balcarce se ha enterado de que su novia está enferma y le envía una estampita para que le sirviera de amuleto de fe. Pero de inmediato cambia de tema para subrayarle que la ama, que piensa en ella y que a ella le pertenece, hasta la muerte. Con respecto a lo que se dice acerca de su madre, él se siente perturbado y advierte: “Me es muy sensible que me digas que mi madre piensa ruindad. En adelante, no me pongas expresiones de esta naturaleza que me saben muy sensibles”.

Edipo y Cupido se enfrentaban cara a cara: estaba en juego un soldado del Regimiento de Blandengues. Arremetió Cupido cuando Balcarce habló con Manuel Martínez Fontes, hermano de su madre, y consiguió sumarlo a la causa. La pasión se devoraba a Juan Ramón: dejó de fumar, dormía poco, empezó a engordar. María victoria pedía definiciones y él se enojaba. Le respondía que le había dicho infinidad de veces que si algo fallaba, se casaban a escondidas. Edipo daba estocadas al aire. Cupido aguantaba los embates. “Desespero, negrita amada, cuando considero que en mucho tiempo no tendré el gusto de verte”, se lamentaba el soldado con su novia. “Te repito que soy hasta la muerte tuyo”, protestaba.

Edipo y Cupido dejaron de estar solos cuando apareció Delgado. Era un ex candidato de la morocha María victoria que regresaba con intenciones de transformarse en héroe de la reconquista. De la reconquista amorosa. Es decir que mientras Balcarce subía de peso, aparecía en escena Delgado. Y Megara, la diosa griega de los celos, se sumó a la disputa. “Yo vivo ciegamente persuadido de lo mucho que me estimas, pero [...] temo que a la menor insinuación de manifestarse su cariño, no será muy difícil que lo vuelvas a querer”. ¿Celoso, don Balcarce? “Sí, vida, son propios recelos de un corazón ciegamente enamorado”. El alférez aseguraba que prefería morir antes de ser olvidado por su María victoria y le rogaba: “Me has de manifestar todos los pasos que ha dado Delgado”.

A esta altura, la novela histórica estaba poblada de personajes: Juan Ramón, su novia María victoria, su madre María victoria, el tío

compinche, don Antonio, Delgado, Edipo, Cupido y Megara. Entonces apareció Flora. Ahora, quien pediría las explicaciones sería la morocha María victoria. Y Balcarce le respondería a su "Amada negrita de todo mi corazón": "Repetidas veces te he dicho que sin vos no puede haber para mí diversión [...] si tú me contemplas divertido con Flora, te engañas". Megara había copado la escena. Balcarce le cuenta a su novia: "Yo he tratado muchas mujeres celosas, pero como vos, ninguna". Firma la carta el "amado negrito que será hasta la muerte del corazón, tuyo". Pero Delgado seguía dando vueltas por lo de Pereyra y Mariño. Balcarce continuó su cruzada, mantuvo sus promesas de casamiento y su novia despachó a Delgado. El camino estaba allanado.

Cierta vez que al soldado le tocó viajar a Buenos Aires, se hallaba en su casa cuando lo visitó un cadete de apellido quesada. Este inoportuno le comentó a Juan Ramón, delante de mamá victoria, que había visto a la negrita Pereyra y Mariño. Doña victoria paró la oreja. Balcarce rogaba que quesada cerrara su bocaza. No bien estuvieron a solas, la madre le preguntó a Juan Ramón qué pasaba entre él y la lujanense. Él minimizó la realidad, pero doña victoria le dijo que si tenía pensado casarse, ella lo impediría.

Balcarce, viendo que se venía la noche, respondió que el día que decidiera casarse, nada lo frenaría. La madre se echó a llorar y le dijo que él se aprovechaba de que su padre no viviera. Todo esto se lo contó Juan Ramón a su negrita. La última frase de esta última carta que le envió a su novia dice: "vive persuadida que he de ser hasta la muerte, tuyo". Las próximas que se enviarían, serían lo más parecido a las cartas documento. Porque Balcarce no cumplió su palabra empeñada tantas veces en los cuatro años de noviazgo; y los padres de María victoria y ella misma le iniciarían en 1798 un juicio por abandono de novia, instándolo a que se casara.

El abogado y prócer de la Revolución de Mayo Juan José Castelli fue contratado por los Balcarce para defender a Juan Ramón. Su estrategia consistió en explicar que el ex alférez y ya teniente no podía casarse con una descendiente de una india. Castelli solicitó informes para intentar probar que María victoria Pereyra y Mariño no tenía sangre pura.

El rector de la universidad de Córdoba Pedro Súlivan le respondió que esa familia estaba plagada de mulatos y que Teresa, la madre de la negrita, era "hija de una china".

Balcarce fue absuelto. Edipo ganó la batalla. Pero no la guerra.

En 1801, apenas se resolvió el juicio, Juan Ramón Balcarce se casó en Buenos Aires con Trinidad García Mantilla. Con el consentimiento de mamá Victoria.

Él y su abogado participarán juntos en un episodio histórico: junto a

Castelli, Balcarce comandó el pelotón que fusiló a Liniers en Córdoba, acusado de traidor, al iniciarse la Revolución.

Un traidor es aquella persona que quebranta la fidelidad o lealtad que debe guardar o tener. A la patria o a su negrita.

60. Casi un milagro

El pueblo de Montevideo acudió a la Plaza Matriz el 28 de mayo de 1794. Esa mañana se llevaría a cabo la ejecución de Benito García, acusado de asesinato. Los espectadores se instalaron alrededor de la elevada tarima donde se había colocado la horca y aguardaron el momento crucial.

Escoltado por el redoble de tambores, y del verdugo, Benito García hizo su ingreso en la Plaza. La ceremonia transcurría en la forma prevista. Sin embargo, cuando el verdugo y García subían por la escalera rumbo a la plataforma, las maderas cedieron y los dos cayeron desplomados al vacío, provocando la sorpresa y el desconcierto de los presentes. El caos invadió la Plaza Matriz. Algunos vecinos gritaban "¡Milagro!". otros, que también sentían la presencia del Supremo, huían, tal vez llevándose algún pecado. Estaban los que lloraban y también los que imploraban que se perdonara al reo, para que no se contradijera la Señal Divina de la rotura de la escalera. Algunos se arrodillaban y rezaban, mientras Benito y el verdugo aullaban de dolor, porque habían caído mal.

El capellán asignado al reo se contagió del espíritu que reinaba en la Plaza. Alzó el crucifijo mientras gritaba: "¡Socorrednos, socorrednos!".

Las autoridades optaron por retirar a Benito del lugar, devolverlo a la cárcel y escribirle al Cabildo porteño para que resolviera qué hacer con el reo. El Ayuntamiento respondió que había que ejecutarlo de una vez, pero que debían tomarse precauciones para evitar una nueva conmoción del pueblo.

Benito García fue ahorcado el 23 de julio de 1794. Tuvo la mala suerte de que esta vez la escalera, más firme, no se rompiera.

61. La rebelión de los estudiantes secundarios

Y llegó don Pedro de Melo y Portugal y villena en 1795. Había nacido en Badajoz, España. Fue héroe en su juventud el día que, siendo alférez durante un combate naval, su fragata fue perdiendo todos los oficiales, incluso al capitán. Melo quedó al comando de la fuerza, y dio vuelta la suerte de su gente al vencer al enemigo.

Grandote, inquieto, emprendedor, enérgico pero piadoso con los pobres, el virrey Melo se encargó de promover el juego de bolos y el de bolas. El segundo no era otro que las conocidas bochas. En cuanto al primero, era un inmenso bowling de cincuenta palos –o pinos– y el juego consistía en voltearlos a todos en la menor cantidad de tiros posible. A pesar de que se apostaba, el juego de bolos duraba una eterna cantidad de rondas. Pero los criollos de los arrabales le encontraron la vuelta a la cosa y el juego se transformó en apostar si de un tiro se volteaba un número par de palos, o uno impar. Al virrey no le gustó nada este sistema corrompido y lo prohibió con multas. El único permitido era el que él había autorizado, llamado Real de Bolos.

Otra cosa que no le gustó nada a don Melo fue que los aguateros se proveyeran de agua del río que juntaban en la costa, a la altura de San Telmo. Era agua contaminada por las lavanderas, que allí fregaban la ropa, y por toda la basura que los vecinos tiraban. El virrey obligó a los aguateros a recolectar líquido en la zona de Retiro, con penas de multas y azotes a los cómodos que persistieran en recogerlo justo en el centro de la ciudad.

Eso sí: cuando hablamos de cómodos de aquel tiempo, nunca podríamos estar refiriéndonos a los estudiantes. La comodidad era una palabra desconocida en el Colegio San Carlos, ubicado en el terreno que hoy ocupa el Colegio Nacional de Buenos Aires. En el año 1796, el San Carlos contaba con cien alumnos pupilos, cuatro de los cuales eran becados. Las becas eran para "hijos de pobres honrados", es decir, pertenecientes a las familias que habían perdido su fortuna y lo único que mantenían era el apellido. En cuanto al resto del alumnado, debían ser mayores de diez años y ser "hijos legítimos de cristianos viejos, limpios de toda mácula [mancha] y raza de moros e indios". En otras palabras, un verdadero pura sangre. utilizaban un uniforme de "color honesto" –así lo indicaba el reglamento– con medias violetas o negras. Estaban prohibidos los relojes. Y más prohibido aún, tener algún tipo de trato con los esclavos a cargo de la deficiente cocina y de la invisible limpieza, "a fin de que no se rocen con la gente baja".

El edificio tenía dos pisos y los estudiantes vivían en el nivel superior, en cuartos húmedos y fríos, ya que faltaban vidrios en las ventanas. Convivían con ratas, pulgas y todo tipo de insectos. Los

pupitres estaban muy averiados, incluso carcomidos por los roedores. Lo que nos permite deducir que la relación con los criados estaba prohibida, pero el contacto con las ratas y las pulgas era cotidiano y no preocupaba a las autoridades del colegio.

La jornada de estudio era intolerable: se iniciaba cuando los chicos asistían a misa –en la capilla, junto a sus cuartos– a las cinco de la mañana en el verano o a las siete durante el invierno. Y cuando hablamos de verano, cabe aclarar que los alumnos tenían dos meses de vacaciones. Pero las pasaban en la pequeña chacra o chácara que tenía el colegio en el lugar conocido como Chacarita. A sus casas iban poco y nada.

Luego de la misa, pasaban al sombrío comedor donde les daban como desayuno raciones insoportables de pasas de uva. Recién entonces empezaban las clases. La actividad, que como dijimos se iniciaba a las cinco o siete de la mañana, culminaba a las diez menos cuarto de la noche, cuando mandaban a los chicos a dormir en absoluto silencio. El mismo silencio que debían guardar en tres intensas horas de biblioteca. También había alumnos que participaban como oyentes. Fue el caso de Mariano Moreno, quien allá por 1796 asistía a clases y luego se retiraba, debido a que su padre no podía pagar los cien pesos que erogaban los pupilos.

Durante la actividad en clases, el que no había estudiado la lección, además de una mala nota, recibía azotes. Para los castigos, el colegio contaba con látigos, cepo y grillos.

La severidad que imponía el director Luis José Chorroarín era tal, que daban ganas de "ratearse". Pedro José Agrelo, brillante abogado y futuro asambleísta en 1813, se escapó cinco veces. Y cinco veces conoció el cepo escolar.

Un día de 1796 los chicos se rebelaron. Al mando del estudiante de dieciséis años Juan Gregorio de Las Heras –futuro general del Ejército–, cercaron a los celadores, los golpearon y tomaron profesores de rehenes. Con armas que habían conseguido, se situaron en el piso superior y disparaban a los soldados que había enviado el virrey Melo para reprimirlos.

El combate duró pocos minutos. La superioridad numérica del Regimiento Fijo de veteranos pudo más que la ubicación estratégica de los rebeldes.

Once años más tarde, los alumnos volverían a tomar las armas y a disparar desde sus cuartos. Esta vez, para defender a la ciudad de la segunda Invasión Inglesa.

62. Las hormigas en el cráneo del virrey Melo

A Melo le encantaba recorrer el virreinato y fue justamente en 1797, cuando regresaba a Montevideo desde Maldonado, que su caballo pisó mal y el pobre don Pedro fue a dar al piso con tal mala suerte, que se golpeó lo suficiente como para iniciar su cuenta regresiva. Fue un fatal accidente de tránsito a la altura de la actual ciudad uruguaya de Pando, luego de que el virrey recorriera las playas que recién en 1907 llevarían el famoso nombre de Punta del Este. La conmoción de haber perdido a semejante funcionario sacudió a ambas orillas del Plata.

Murió en Montevideo el 15 de abril de 1797, dos días después del accidente, pero fue trasladado a Buenos Aires, a la iglesia de San Juan, por su deseo póstumo. Lo enterraron con una sotana marrón y su espadín de plata con empuñadura de oro. Las crónicas del entierro dicen que el pueblo desfiló frente a su tumba y que don Melo tenía “el rostro muy negro”, pero no despedía “ningún mal olor”.

Conocida la noticia del entierro del virrey, el entonces gobernador de Tucumán, Rafael de Sobremonte, decidió fundar ese mismo año un poblado en San Luis y lo bautizó, en honor del funcionario muerto en ejercicio del cargo, villa de Melo. El tiempo corrompió la nomenclatura original y hoy a la puntanísima Merlo cuesta descubrirle, sin estos datos, el verdadero origen de su nombre.

En 1870, casi cien años después del accidente, ocurrió algo inesperado en la iglesia de San Juan Bautista (en Alsina y Piedras). Cantar en el coro de la iglesia era un martirio.

Las monjas capuchinas se quejaban de que cientos de hormigas negras estaban invadiendo el recinto. Entonces, el capellán Pedro Sardoy dispuso enviar una cuadrilla para eliminarlas. Los hombres perforaron el piso y a la derecha del altar mayor dedicado a San Juan Bautista encontraron la colonia de hormigas. Se habían establecido en el cráneo del virrey Pedro Melo. Le quitaron las hormigas de la cabeza y volvieron a situarlo en el sarcófago, no sin antes tomar su espadín que fue fundido para fabricar un platito para las comuniones.

Así fue como el virrey Melo continuó siendo, durante muchos años, la cabeza de una colonia en Buenos Aires.

63. Olaguer, el ceremonioso

Existía un mecanismo preventivo para reemplazar a un virrey en forma inmediata, si se moría durante el mandato. El Ayuntamiento custodiaba una serie de cartas cerradas, denominadas “pliegos de providencia” –aunque todos las conocían como “pliegos de mortaja”–, en las que el Rey designaba un sucesor en forma provisoria y así se evitaba la acefalía. Eran varios sobres que se guardaban en riguroso orden porque existía la posibilidad de que el virrey suplente número uno no estuviera vivo o en condiciones de asumir el mando. En ese caso, se echaba mano a la carta que señalaba el suplente número dos y, de ser necesario, se abría la que nominaba al tercer candidato.

Cuando murió Melo en abril de 1797, el Cabildo realizó la ceremonia de apertura del primer pliego de providencia que establecía que el sucesor debía ser don Antonio Manuel Tomás Juan Calixto Ignacio de olaguer Feliú y Heredia Domec, quien ejercía funciones en Montevideo.

Mediante este sistema se logró reemplazar a Melo en apenas dos semanas: en la noche del 2 de mayo de 1797, el mariscal de campo olaguer Feliú desembarcó en el puerto de Buenos Aires y se hizo cargo del virreinato por dos añitos en los que poco pudo hacer porque el pliego lo limitaba, pero se manejó con total transparencia. Era muy prolijo en todo lo que encaraba y los porteños lo apodaban “el Ceremonioso olaguer”. El primer inconveniente que surgió durante su corto mandato fue de orden protocolar. Si bien se había prevenido la sucesión, no quedaba claro si a un virrey interino había que llamarlo “Su Excelencia” –como a los virreyes titulares– o no. El Rey decretó que sí debía hacerse y quedó resuelto el gran problema.

Olaguer Feliú y Heredia –quien en vida jamás fue “olaguer y Feliú”, como es llamado ahora– había llegado al Plata en la expedición de Cevallos de 1776. vivía en Rivadavia y Reconquista, frente al Hueco de las ánimas, a pasos de su despacho en el Fuerte. Aquí se casó con Ana de Azcuénaga Basavilbaso (heredera de la propiedad), antes de ser virrey, y tuvieron varios hijos. Ana era hermana del brigadier Miguel de Azcuénaga, vocal de la Primera Junta. Pero algo debía andar mal en el matrimonio porque una vez cumplido su mandato, el Ceremonioso olaguer regresó a España sin su familia y prosiguió su carrera militar en Madrid hasta que murió en 1810.

Uno de sus hijos, José Antonio –nacido en Montevideo–, tenía quince años cuando enfrentó a los ingleses durante las invasiones de 1806 y 1807. Y su carrera militar culminó en 1852, cuando participó en la batalla de Caseros, en las filas de Juan Manuel de Rosas. José Antonio olaguer se casó con su prima Manuela Paula Martina de

Azcuénaga y Basavilbaso. Por lo tanto, además de ser cuñados, el prócer Azcuénaga y el virrey olaguer fueron consuegros.

Los hijos de Manuela Paula Martina y José Antonio heredaron una chacra en la zona de olivos. Ese terreno, que los descendientes del virrey olaguer utilizaban como casa de vacaciones, fue donado al Estado en 1918 y es la actual quinta Presidencial de olivos.

64. Avilés, el virrey de los chocolates

Al conocerse en Buenos Aires que llegaría desde Chile el reemplazante de olaguer, el propio virrey saliente se ocupó de allanarle el camino. Literalmente había que allanar el camino, entre Santiago de Chile y Buenos Aires, porque estaba en malas condiciones. Por ese motivo, varios soldados de las guarniciones del interior debieron ocuparse de tareas viales. En la capital del virreinato la actividad se concentró en el arreglo de algunos edificios públicos y en el acondicionamiento de la sede del Colegio San Carlos en la Chacarita de los Colegiales. Allí haría su última escala el nuevo virrey antes de ingresar a la ciudad.

A esas tareas se avocaban los porteños cuando, en enero de 1799, llegó una hamburguesa. Nos referimos a una fragata proveniente de Hamburgo que, como un Rey Mago, descargó nada menos que 960 juguetes. En realidad, como un Rey Mago fenicio, ya que los puso a la venta. Ese verano, Juan Galo de Lavalle (un año de edad), Bernardo de Monteagudo (9), Mariano Necochea (7), Juan Manuel de Rosas (5) y ángel Pacheco (3), entre otros, se deleitaron con los baleros, los soldaditos de estaño, las perinolas de hueso, los cañoncitos de bronce, los caballos de palo, los tamborcitos y las panderetas. ¿Y las chicas? Remedios de Escalada (1) y Encarnación Ezcurra (3) debían conformarse con las muñecas de trapo de fabricación casera.

Mientras la ciudad se colmaba de juguetes, el nuevo mandatario iniciaba el cruce de los Andes. viajaría en coche a Buenos Aires, con previa parada y homenaje en Luján. Allí llegó el 12 de marzo de 1799, luego de seis semanas de traqueteo.

Fue recibido por un Cornelio Saavedra sin tantas canas y por Martín de Sarratea, el padre del futuro triunviro. Luego se dirigió a la última escala en la Chacarita de los Colegiales, donde sus anfitriones fueron todas las autoridades porteñas, incluidos el virrey saliente olaguer y Francisco Antonio "Cara de vinagre" Escalada, funcionario del Gobierno y ya tío de la pequeña Remedios que jugaba con una muñeca de trapo. Nos atrevemos a imaginar a don Francisco Antonio con su casaca negra de gala, que hoy se exhibe en el Cabildo de Buenos Aires.

La comitiva que recibió al nuevo virrey en Chacarita el 14 de marzo de 1799 estaba compuesta por seis coches, todos de doble tiro. Esto quiere decir que cada coche tenía dos caballos de fuerza. La gran recepción consistió en un almuerzo memorable. El historiador José María Mariluz urquijo nos cuenta que la *crème de la crème* rioplatense que acudió a la chacra se encontró con dos pavos grandes, diez pavitos, 37 pares de pichones, 18 patos, 22 pollos y 19 gallinas.

También había pescado: bacalao, anchoa, pejerreyes, lisas y anguilas. Dice Mariluz urquijo que "para precaver todo riesgo de que los invitados quedaran insatisfechos, guarnecían la mesa otras menudencias: dos jamones, patitas de cordero, lenguas saladas, morcillas, salchichas y salchichones".

No faltaba la mesa de condimentos con alcaparras, escabeche, salsa de mostaza, pimienta, canela y azafrán. Más canilla libre de vino, cerveza, oporto y carlón. Los postres fueron masitas, dulces y el clásico *gateau* de almendras mallorquín. Durante la sobremesa se sirvió café y chocolate.

Para semejante concurrencia fue necesario contratar cinco peluqueros, quienes debían mantener en buen estado las pelucas de los concurrentes. En aquel tiempo, los peluqueros –como su nombre lo indica– se encargaban de las pelucas, más que de las cabezas.

Por la tarde, la comitiva partió, con varios kilos de más y bien peinada, hacia Buenos Aires. Con un pañuelo tapándose la nariz, la inmensidad corpulenta del virrey descendió en el Fuerte y recibió una ovación. Nos referimos a Gabriel Miguel José Antonio Benedicto Ignacio Raimundo de Avilés y Fierro, marqués de Avilés, quien tomó las riendas del virreinato rioplatense a los 64 años de edad. En la catarata de nombres de este tocayo de medio mundo podemos advertir que el segundo de ellos es Miguel. Y eso tiene una explicación. El padre de Gabriel Miguel era devoto del Arcángel San Miguel. Y para que a nadie le quedaran dudas, fue bautizando a sus hijos e hijas: José Miguel, Miguel Antonio, Rafaela Micaela, nuestro conocido Gabriel Miguel, Salvador Miguel, ángel Miguel, Francisca Javiera Micaela y María Antonia Micaela.

Don Gabriel Miguel trajo funcionarios con quienes había trabajado en Chile: quería tener gente confiable a su alrededor. No le caían muy bien los abogados y trinaba cuando alguien acudía a una entrevista con cartas de recomendación.

Tenía cierta debilidad por los chocolates, era devoto cristiano y solía contar que las veces que había pensado en suicidarse, fue su devoción quien le frenó los impulsos. No lo acompañó su mujer, Mercedes del Risco y Ciudad, quien de Chile pasó a Lima, ya que mucho no le entusiasmaba este inmenso baldío con pretensiones de ciudad.

Avilés no veía la hora de ser trasladado más cerca de su Mercedes. Sus únicos dos hijos habían muerto al poco tiempo de nacer. Él era muy paternal con sus soldados. En cierta oportunidad, se acercó a un grupo de blandengues que vigilaba un contrabando y le pidió al alférez que los comandaba que aguardara que desembarcaran toda la mercadería y recién allí los atrapara, porque los contrabandistas "podían hacer algunas descargas y matarme algún soldado cuya vida

me es más apreciable que todos los tesoros del mundo”.

Avilés logró que lo reemplazaran y se fue a virreinar Lima, destino más noble que el Plata y que lo convirtió en el único ser que fue virrey dos veces. una vez terminada toda su gestión en América se embarcó en valparaíso (Chile), rumbo a España. Pero murió a bordo, antes de que el barco zarpara. Es, de los cuatro virreyes rioplatenses enterrados en América, el único que descansa para siempre en Chile.

El epitafio de su tumba, que él mismo dictó, dice: “Aquí yace el marqués de Avilés, virrey de Buenos Aires y del Perú, hoy pasto de los gusanos”.

65. El verdugo ladrón

Agazapado, a un costado de la iglesia de San Isidro Labrador, el negro Bonifacio Calixto Silva era imperceptible en la tormentosa noche del domingo 3 de octubre de 1800.

Ni siquiera había perros merodeando. Sólo él y su caballo soportaban el mal tiempo a la intemperie. La nada se interrumpió cuando don Benito García Guevara, sacristán y notario de la iglesia de San Isidro, abandonó el edificio.

Bonifacio aguardó un tiempo prudencial y se acercó al paso hasta una ventana lateral en la altura, donde se paró encima de su caballo para ingresar a la iglesia solitaria. Forzó el cerramiento, ató una soga en el marco y se deslizó por la pared interior. Encendió una vela y recorrió el edificio. Tomó el mantel del altar, una capa con capucha verde, una túnica blanca, un paño de terciopelo, un lienzo con una cruz estampada, vinajeras, un platillo y un cáliz de plata. Envolvió todos los objetos en el mantel, trepó por la cuerda, saltó a su caballo y desapareció al galope en medio de la tormenta. Se detuvo en un campo cercano, donde hoy se encuentra la quinta de Pueyrredon, y escondió los objetos junto a unos árboles.

El robo fue descubierto al día siguiente. Y todo era confusión hasta que apareció el sacerdote Bartolomé Márquez quien, con aguda inteligencia, comenzó a armar el rompecabezas.

Por empezar, el sebo de vela esparcido en los ambientes le permitió establecer que el robo se había concretado en la noche y no al amanecer. Por otra parte, había claras huellas de pies en la pared blanca de la ventana. Eso lo llevó a deducir que había sido un solo sujeto quien había ingresado a la iglesia; era hombre, corpulento, humilde –ya que no usaba calzado– y negro, por la forma de los dedos y la planta.

El cura detective ya tenía varias pistas, pero faltaba la principal: sin dudas, el ladrón no era de San Isidro. ¿Por qué? Porque si fuera vecino, no se habría tomado todas las molestias con la soga, la rotura de la ventana y la escalada, ya que la puerta de la iglesia –como todos sabían– permanecía abierta, sin cerrojo.

La pesquisa se extendió a los alrededores de San Isidro y pudo comprobarse que un negro corpulento había asaltado a un peón de don Prudencio Campos en olivos, algunos días después del robo a la iglesia. Y ese dato fue fundamental porque la peonada no tardó en señalar a un tal "Negro Bonifacio" que solía merodear la zona. Era cuestión de esperar que volviera a deambular por los predios de Prudencio y Gaspar Campos.

Pero Bonifacio se hallaba en Buenos Aires, sin intenciones de

regresar a olivos y San Isidro. Había ido por el botín, había asaltado al peón de Campos en el camino y todo lo vendió en la entonces despoblada zona de Retiro a unos troperos que partían con rumbo a Chile. obtuvo 26 pesos por la mercadería.

Pasaron algunos meses sin novedades. Bonifacio vagaba por las calles de Buenos Aires cuando fue interceptado por el artillero Francisco Ramírez, quien lo contrató para hacer algunos trabajos en el jardín de su casa. Cobró su tarea y siguió dando vueltas en busca de changas. Pero ya le había puesto el ojo a las pertenencias del artillero y el 24 de diciembre de 1800 esperó que el hombre se dirigiera al Fuerte, ingresó a la vivienda y se llevó una valija con un caldero, tres calzoncillos, dos ponchos, una camisa y algunos objetos más.

Un sexto sentido hizo que el artillero Ramírez regresara a su casa antes de tiempo. Descubrió el robo, tomó su caballo y comenzó a dar vueltas en busca del ladrón. Divisó al corpulento negro cargando la valija, lo atropelló e hizo un poco de justicia por mano propia, dándole una paliza inolvidable. Cuando se cansó de pegarle, lo entregó en la cárcel.

A Bonifacio Calixto Silva se le ocurrió confesar que era peón de Gaspar Campos. Fue su gran error porque no solo era mentira sino que al ser trasladado a olivos y careado con don Gaspar, pudo establecerse que él era quien había asaltado al peón de Prudencio Campos. Y, por lo tanto, el que había robado en la iglesia de San Isidro Labrador. Regresó a la cárcel porteña.

El juicio a Silva se inició en enero de 1801 y concluyó el 31 de agosto de 1802. El negro fue condenado a ocho años de prisión. Sin embargo, un hecho inesperado modificaría su destino. El indio José Antonio Aguarí, quien cumplía las funciones de verdugo y pregonero en Buenos Aires, había renunciado el

17 de agosto. un hermano de Manuel Belgrano, José Gregorio, propuso que emplearan al fornido negro Bonifacio. Y desde aquel día, el ladrón de San Isidro se convirtió en el ejecutor de justicia en la capital del virreinato del Río de la Plata. Con sueldo de 150 pesos anuales y ciertos privilegios. Silva fue el encargado de torturar, ejecutar y pregonar en Buenos Aires. Era un funcionario popular e incluso estimado por el vecindario. Se le permitía salir de su oficinucha en la cárcel los días que le tocaba franco. En una de esas salidas, quedó flechado por la negra Tomasa, criada de la familia Pando. Su idilio marchaba viento en popa. Su relación con los carceleros y los vecinos, también. Bonifacio ya formaba parte de la vida cotidiana porteña. Sin embargo, el domingo 10 de diciembre de 1809 no regresó de su franco. Lo encontraron en una fiesta de negros con su Tomasa la noche del 21 de diciembre. Cuando se le preguntó por qué se había fugado, respondió que no consideraba haberlo hecho;

que entendía que ya había cumplido su pena y prefería dedicarse a otra cosa. Es decir, se decretó la libertad él mismo.

No puede establecerse si lo convencieron por las buenas o por las malas, pero Silva continuó trabajando de verdugo y pregonero. Era un negro enamorado y feliz. Hasta que se enteró que don Norberto Pando pretendía enviar a su amada Tomasa a un campo en el interior. Bonifacio protestó, envió notas al Cabildo, exigió aumento de salario y solicitó un préstamo al Gobierno. obtuvo todo lo que pedía y, con los 278 pesos que reunió, le compró a Pando su Tomasa y se casó.

Su última aparición en los rincones de la historia argentina fue en julio de 1812, cuando se encargó de ejecutar a don Martín de álzaga, acusado en forma absurda de conspirar contra el Triunvirato.

66. Vacaciones en Recoleta

Al virrey Avilés lo reemplazó el mariscal de campo don Joaquín del Pino y Rozas Romero y Negrete. Casado en segundas nupcias con la santafesina Rafaela de vera y Pintado, reunía un total de diecisiete hijos de los dos matrimonios, y ya tenía 72 años cuando asumió el cargo en mayo de 1801.

Presidió la inauguración de la plaza de toros de Retiro, autorizó la construcción de la Recova que dividía la Plaza de Mayo en dos y denunció a todo funcionario que metiera la mano en la lata. Cerca de cumplir tres años en sus funciones, se enfermó. Tal era la gravedad, que el obispo porteño Benito Lué y Riega encabezó una procesión –denominada viático– en la que participaron alrededor de treinta sacerdotes que partieron de la Catedral hasta la casa del moribundo.

El obispo llevaba en sus manos un cofre de oro con la hostia para el virrey. Junto a él, un monaguillo tenía que sacudir una campanita durante las cinco cuadras del trayecto.

Cerraban la lenta marcha parientes de don Joaquín y curiosos que se sumaban a la ceremonia. Las mujeres que se cruzaban con el cortejo se arrodillaban para rezar; los hombres, en cambio, se quitaban el sombrero e inclinaban su cabeza en señal de respeto; y las vecinas, al oír la campanilla, se asomaban a los balcones y se persignaban. Debe haber sido la Santa unción (o unción de los enfermos) más multitudinaria de la historia.

Ungido y comulgado como Dios manda, don Joaquín cerró sus ojos, y el resto de sus sentidos, el 11 de abril de 1804. Hoy es vecino del general San Martín: descansa en paz en la cripta de la Catedral metropolitana. Del Pino fue el único de los once virreyes cuyo deceso se produjo en Buenos Aires. Él y Melo fueron los que murieron mientras ejercían el cargo de virrey del Río de la Plata.

Su mujer y sus hijos se quedaron en Buenos Aires para siempre, habitando la lujosa casa de veinte habitaciones, situada en las actuales Perú y Belgrano. La cuadra donde estaba aquella casa, a pesar de tener el nombre Perú, era llamada por todos la calle Del Pino. Doña Rafaela de vera y Pintado, viuda del virrey, era una mujer muy estimada por los porteños. una de sus hijas, Juana, se casó con Bernardino Rivadavia (que se llamaba González Ribadavia, pero modificó su apellido). En un principio, ella no lo veía como un buen candidato, pero Bernardino logró convencerla alegando que sería un comerciante exitoso, algo que no cumplió.

Pero sí fue nuestro primer presidente. Por lo tanto, Juana –nacida en el uruguay– fue la primera Primera Dama de nuestra historia. una hermana de Juana, María del Carmen, se casó con el capitán Juan

Michelena, quien a partir de 1810 combatió en las filas realistas. Por lo tanto, doña Rafaela (todos la llamaban con cariño "la virreina vieja") tenía parientes en los dos bandos.

En 1809, doña Rafaela se compró media manzana en quintana y ortiz, donde hoy se encuentra la popular confitería La Biela. Allí erigió su casaquinta de veraneo. Cada año, a fin de octubre, ella y sus hijos cargaban grandes baúles en su coche de ocho mulas negras, y viajaban a pasar el verano en su quinta de la Recoleta. La familia mudaba toda una dotación de criados para estar bien atendidos. Partían desde la casa de Perú y Belgrano, por Perú y por Florida hasta Retiro; luego tomaban la actual calle Juncal hasta la avenida quintana. Y allí se instalaban durante los meses de calor, dedicándose a cuidar un colorido jardín y los tres patios, además de asistir a diario a las misas de la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, enfrente de la quinta.

Doña Rafaela murió en 1816, ocho días antes de que se declarara la Independencia. Ese mismo día, a pesar de estar en su casa céntrica y de tener a su marido sepultado en la Catedral, pidió que su última morada fuera la iglesia del Pilar. Ahí yace, desde hace casi doscientos años, la mujer que pidió ser enterrada en la Recoleta seis años antes de que su yerno Bernardino decidiera convertir el terreno adyacente a la parroquia en el más "in" de los cementerios porteños.

67. El conde de Buda

En aguas españolas, un recio combate naval entre un barco francés y otro inglés se cobró decenas de vidas. Fue en el Río de la Plata, no muy lejos de la costa uruguaya, en el otoño del año 1800. un sobreviviente alcanzó la playa. Sus brazadas llamaron la atención de algunos charrúas que observaban la escena. Ese hombre no nadaba tan mal como los cristianos. Tal vez su destreza hizo que su vida fuera respetada.

El hombre se internó en el monte y deambuló durante días, hasta que se topó con la banda delictiva más famosa de la época. Hablamos de la pandilla de José Palomino, conocido salteador en ambas márgenes del Paraná, cuya cabeza tenía precio en Buenos Aires. Como todos los delincuentes, su pasado de leyenda se mezcla con supuestas injusticias que tuvo que soportar y que lo llevaron a ser un ladrón de temer. En esa oportunidad, acompañaba a Palomino una docena de hombres con prontuarios extensos.

Apenas un puñado del total, ya que su banda era una “PyME” delictiva conformada por unos treinta sujetos.

Durante el interrogatorio que dirigió Palomino pudo saberse que el experimentado nadador se llamaba Lorenzo Salay, que tenía unos 25 años y que viajaba en el barco francés, en calidad de prisionero. A partir de aquel día, Salay integró la banda de Palomino. Sin embargo, algunas actitudes del iniciado llamaban la atención. Por ejemplo, durante un saqueo en el pueblito de víboras, salvó a algunos ancianos y niños que la “PyME” de Palomino no pensaba dejar escapar con vida. Y, para colmo, cuando se repartió el botín, Salay dijo que no aceptaba su parte, ya que era dinero robado.

Daba la sensación de que el hombre se sentía incómodo con sus compañeros; pero, por otra parte, no tenía intenciones de abandonar la vida marginal. Salay era un gran misterio para todos, pero contaba con la bendición de Palomino, quien sentía cierta admiración por el nuevo bandido.

Como no hay mal que dure cien años, a la banda le llegó su hora. Dos destacamentos emboscaron a los delincuentes a mediados de 1801. En el enfrentamiento murieron Palomino y algunos secuaces. Y se tomó a trece prisioneros. Entre ellos un fraile ladrón llamado Pedro Mereles, el feroz Martín “Curú” Pereyra –segundo de Palomino–, el buscadísimo Juan de la Rosa Suárez y Lorenzo Salay.

Se discutió qué hacer con los prisioneros. Alguien propuso la cárcel de Soriano, a corta distancia del sitio donde fueron emboscados los bandidos. Sin embargo, pronto la descartaron: la mala experiencia en 1770 cuando el gallego Francisco González se fugó del cepo

“valiéndose para ello de la engañosa estratagema para el centinela de poner en el lugar de su pierna, otra que compuso con un pedazo de cuero y una calceta, con tal disimulo que con propiedad parecía la suya” –según consta en un documento–, hizo que la cárcel de Soriano no fuera confiable para tal calaña de ladrones. Se decidió enviarlos a Buenos Aires y que el virrey Del Pino se ocupara de hacer justicia. Cuando los reos ingresaron a la prisión porteña, todavía el negro Bonifacio Calixto Silva era convicto.

Con extrema rapidez, los reos fueron juzgados. Condenados a la horca nueve de los trece, la apelación apenas logró que no todos fueran descuartizados una vez ahorcados.

El cuchillo sólo se usaría con el “Curú” Pereyra. Las confesiones y todos los trámites posteriores quedaban en manos de la Santa Hermandad creada por el bisabuelo de Belgrano y Castelli. un sacerdote que venía preparando a todos para el momento final quedó perplejo cuando el misterioso Salay le pidió que lo dejara testar. Jamás se había escuchado que un delincuente quisiera hacer un testamento.

El cura le preguntó por qué quería dejar una herencia y Salay le confesó, según consta en el expediente: “Porque yo soy un príncipe potentado, conde de Buda y señor de vasallos de Hungría, y pues he de morir en breve, sin remedio, debo testar estos mis Estados a favor de una hermana que tengo en ellos”.

El sacerdote preguntó: “¿Cómo habéis podido, siendo persona tan principal, formar parte de una banda de forajidos?

¿Cuál es, pues, la causa de tan maravillosa transformación?”.

Lorenzo Salay explicó que había sido tomado prisionero por los franceses y que, por haber escapado en medio de la batalla naval, no podía presentarse a las autoridades españolas, aliadas en ese momento con Francia, porque sería tomado prisionero en el momento.

Los carceleros se enfrentaban con un problema. Por un lado, tenían a un reo prisionero. Por el otro, tal vez era un noble. Se decidió que esta situación inesperada pasara a manos del virrey Del Pino, quien debería resolver el dilema. Solicitaban que hasta tanto pudiera establecerse la identidad de Salay, se suspendiera su ejecución. El virrey pidió que de inmediato dos de sus funcionarios se entrevistaran con el singular bandido. El auditor de Guerra Juan Almagro y el escribano mayor Ramón Basavilbaso fueron los elegidos por sus conocimientos acerca de la nobleza europea, historia de los reinos, títulos y condecoraciones.

Su misión consistía en obtener una “escrepulosísima declaración” de Salay.

El cuestionario fue extenso y mostraba contradicciones. La historia del reo se desdibujaba y las preguntas de los funcionarios se

multiplicaban hasta que Lorenzo Salay confesó que había mentido. Dijo ser el hijo del dueño de una hostería. En el expediente se apuntó que “suspendió el señor ministro la declaración y el presuntivo príncipe tomó un crucifijo y se dispuso a morir”.

Él y sus ocho compañeros fueron colgados en la actual Plaza de Mayo, en diciembre de 1801. La duda acerca de la identidad de Lorenzo Salay, en aquel tiempo en que no había más documentación que la palabra, nunca terminó de disiparse.

68. El alférez inútil

Entre los cargos de los funcionarios del Cabildo figuraba el del alférez real. Y entre las funciones del alférez estaba la de pasear el estandarte real español, a caballo, delante de las procesiones y actos públicos. Era un abanderado que no podía faltar en los desfiles.

En 1803 se hacían los preparativos en Santiago del Estero para celebrar el 25 de julio las fiestas del patrono de la ciudad, Santiago apóstol. El Cabildo se reunió para ajustar detalles de la organización y el alférez real don Pedro Isnardi pidió la palabra para explicar que no podría pasear el estandarte de España a caballo durante los festejos, pero sí podría hacerlo a pie, "porque su extremada gordura le tiene imposibilitado de ejercer estas funciones". El obeso Isnardi subrayó "su inutilidad y falta de ejercicios en materia de caballos". Señaló a su vez que "jamás ha montado en el tiempo que tiene en el vecindario" y que la vez que quiso hacerlo, "no caminó media cuadra, que tuvo que regresar a su casa por no poder continuar por su cobardía de ánimo, a pesar de ir en un caballo manso".

Don Pedro también explicaba que, aunque quisiera intentarlo, no tuvo ni tiene ni tendrá montura. Pero que, a pesar de sus limitaciones, no estaba en su ánimo faltar a sus responsabilidades. Por lo tanto, según informa el acta capitular, Isnardi "ruega, suplica y encarga al Ayuntamiento [que] varíen de dictamen" y le permitan llevar el estandarte real a pie durante las celebraciones y, de esa manera, "propendan a que con este escandaloso hecho no se aje y desluzca su persona y la Real Insignia".

Las fiestas de Santiago del Estero se celebraron y el único ausente fue el caballo que debía contener al macizo alférez. La sociedad protectora de animales, agradecida.

69. Gascones y Ribadavias

Ya en 1804 era cotidiana la presencia de los hermanos Gascón en la casa de la familia González Ribadavia. Gabriel y José, cuarentones los dos, mantenían una relación seria con las jóvenes hermanas de Bernardino (quien transformaría en 1813 su apellido en Rivadavia).

Gabriela y Manuela van en camino a ser, además de hermanas, cuñadas. En enero de aquel año, su padre, don Benito, les ha dado el regalo que tanto anhelaban: ha firmado el contrato de esponsales. Los dos hermanos Gascón y las dos hermanas Ribadavia inician la recta final rumbo al altar. Como correspondía en aquella época, Gabriel y José, soldados del Rey, solicitaron el consentimiento del soberano para casarse. Don Benito, como buen suegro, acuerda una dote de 3000 pesos para cada una de las novias. El dinero proviene de la herencia que dejó su mujer al morir. Pero eso no significa que Benito estuviera solo: se había casado con Ana otálora, madrastra entonces de Bernardino, Gabriela, Manuela, Santiago (quien se halla en Córdoba estudiando) y Tomasa, la hermana ciega del primer presidente argentino. Esto los emparentaba con la familia Saavedra, ya que Ana otálora era hermana de Saturnina, casada con Cornelio.

A fines de febrero, doña Ana se enferma. Los Gascón, cuando van a la casa de las chicas, suben al cuarto de doña Ana y le desean una pronta mejoría. Al día siguiente visitan una vez más a sus novias, pero cometen el pequeño pecado de no ir a saludar a la suegra enferma. Tal falta volverán a cometerla en su próxima visita.

El 2 de marzo de 1804, a las seis de la tarde, se presenta Gabriel Gascón en lo de los González Ribadavia. Golpea la puerta de la casa, aguarda unos instantes y vuelve a golpear. un criado se asoma y le aclara que no podrán recibirlo.

No entiende qué está pasando y se retira de pésimo humor. Regresa a las dos horas, golpea la puerta una vez más. Desde el balcón del piso superior, Bernardino Ribadavia –24 años de edad– le explica que no será recibido y que tampoco podrá explicarle los motivos. Gabriel Gascón, lejos de aceptar la palabra de Berni, se agita más. Doña Ana se asoma y le ordena que se retire de inmediato de su casa.

La madrastra se sintió ofendida porque no la visitaban los prometidos y estalló la guerra entre los Gascones y los Ribadavias.

Don Benito intenta obligar a las novias a firmar una carta en la que piden que se deshaga el compromiso contraído. Pero Gabriela y Manuela no están dispuestas a ceder. Les envían a sus queridos una nota en la que manifiestan que van a pelear por ellos y que son “sus más constantes y firmes esposas”. Los Gascón inician una querella contra don Benito González Ribadavia por incumplimiento de su

palabra.

Los argumentos de los novios son sólidos: hay papeles firmados. Pero don Benito ofrece en su descargo una visión diferente. Según él, sus hijas deben hacer lo que él quiere, “por razón de la patria potestad que me compete, y me da facultad para enajenarlas o venderlas en caso de necesidad”.

Considera que “con su espíritu orgulloso, altanero y soberbio”, pretenden “adquirir una libertad mal entendida”. Interesante lo de don Benito, ¿no? Si ellas tenían espíritu orgulloso, soberbio y altanero, ya sabemos de quién lo heredaron.

Gabriela llora por Gabriel. Manuela implora por José. Pero no solo eso: inician una huelga de hambre en sus cuartos.

Tomasa, la hermana ciega, intenta por todos los medios que coman algo. Pero ellas son obstinadas: son Ribadavias.

Les escriben una nueva carta a sus novios, cuyo texto damos aquí en forma completa: “Esposos amados: sáquennos”. Punto. Los Gascones piden al Gobierno que las prometidas sean retiradas de la casa y colocadas en un lugar seguro hasta el día del casamiento.

Don Benito González Ribadavia y su mujer doña Ana advierten la maniobra del rescate y se adelantan: las envían al Colegio San Miguel. En realidad, Colegio San Miguel era una forma de decir. Porque apenas se trataba de una casita con doce camas donde se alojaban mujeres, en muchos casos, chifladas. Allí fueron a parar las Ribadavia. Allí estuvieron nueve meses, hasta fines de diciembre de 1804. Mediante pujas judiciales se logró que fueran enviadas a la casa de su tía Josefa. Sin embargo, don Benito consiguió torcer el destino una vez más, cuando, al poco tiempo, las trasladaron a la Casa de Ejercicios, el lugar adonde no solo los padres enviaban a las hijas rebeldes, sino también, los maridos a sus mujeres cuando ellos consideraban que eran adúlteras, díscolas o indomables.

Dos largos años de litigio les costó salir de la Casa de Ejercicios y volver a lo de la tía Josefa. Pero ya era una victoria a lo Pirro: Gabriel Gascón había muerto. Los “buroductos” de la Justicia recién lanzaron la autorización de matrimonio en 1807. José y Manuela se casaron de inmediato y tuvieron dos hijos: José Nicolás y María. Con dos pequeños en su hogar, José partió a combatir en las luchas de la Independencia y sería el gobernador de Tucumán en 1812 cuando Belgrano venció a los realistas en dicha ciudad.

Su suegro aún vivía. Gascón fue dado de baja por inválido en 1820 y vivió apenas un año más. Yerno y suegro jamás se reconciliaron.

70. Sobremonte, vecino de San Isidro

Al morir el virrey Del Pino en abril de 1804, fue necesario echar mano a los sobres que, con estricto orden, señalaban quiénes eran el primer candidato a sucederlo, el segundo o el tercero. Los pliegos de mortaja señalaban a Juan Antonio Montes. Pero Montes nunca se enteró porque ya había muerto. Y el virrey surgió del segundo pliego que se abrió. Nos referimos al marqués don Rafael de Sobremonte Núñez Angulo Castillo Bullón Ramírez de Arellano quien cargaría con el peso de su conducta durante la Invasión Inglesa de 1806. Asiduo jugador de cartas, solía entretenerse con la virreina, la criolla doña Juana María de Larrazábal, por las noches cuando culminaba su jornada. Rafael y Juana tenían doce hijos. A él se debe la fundación de San Fernando, durante 1806, en el norte de la provincia de Buenos Aires. La llamó San Fernando de Buena vista, en homenaje al hijo del rey Carlos Iv, el futuro Fernando VII.

Y en Mendoza, don Rafael de Sobremonte se ocupó de establecer poblados, uno de los cuales aún lleva el nombre de San Rafael en su honor.

La lupa de la historia se detuvo en Sobremonte huyendo a Córdoba cuando los ingleses invadieron Buenos Aires en 1806. Pero ¿huía Sobremonte? En cierto modo, sí. Don Rafael salió disparado por la actual avenida Rivadavia y no se detuvo hasta que llegó a la estancia donde había enviado a su familia y los caudales pocas horas antes. Nos referimos a la residencia veraniega del virrey. Aquel terreno es hoy el más pequeño de los 47 barrios porteños. Limita con versalles, Monte Castro y villa Devoto, y evoca en su nombre los tiempos en que los representantes de la Corona lo habitaban: villa Real.

Sobremonte tomó a su familia y continuó la marcha hasta Luján, para luego seguir rumbo a Córdoba. Sin embargo, no pretendía esconderse hasta que pasara la tormenta.

Por el contrario, al pisar la capital de la provincia mediterránea el 12 de julio, reunió 3000 hombres en dieciocho días y emprendió el regreso con el fin de recuperar Buenos Aires. Es decir, hizo lo mismo que Liniers, quien buscó auxilios en Montevideo y Colonia, cruzó el Plata y reconquistó la ciudad.

Liniers pudo haber esperado una semana a Sobremonte y su ejército, pero optó por atacar por las suyas.

¿qué hubiera ocurrido si el virrey, en vez de enfilar para Córdoba, se quedaba en Buenos Aires? una posibilidad hubiera sido que lo tomaran prisionero. ¿De qué nos hubiera servido? De nada. Nuestra historia está plagada de mandatarios que debieron ser trasladados en situaciones de peligro: Avellaneda, Juárez Celman y Perón son casos

notorios. La investidura obliga a protegerlos, sin necesidad de considerarlos cobardes.

Otra posibilidad hubiera sido que Sobremonte se quedara en Buenos Aires, pero no aceptara ser prisionero. En ese caso, debía combatir, utilizando las pobres fuerzas porteñas.

Lo más sensato parece ser lo que hizo: alejarse, formar un ejército y regresar.

Una vez concluidas las invasiones, Rafael de Sobremonte vivió en San Isidro, donde continuó jugando a las cartas con doña Juana María de Larrazábal. Partió hacia España cuando se terminaba 1809. Allí fue juzgado y absuelto, lo que le permitió no solo cobrar todos los sueldos que habían dejado de pagarle en 1806, sino también, continuar jugando a las cartas con doña Juana. Hasta que su compañera de diversión lo dejó viudo. Y Sobremonte volvió a casarse, a los 75 años, con María Teresa Millán y Merlos, viuda como él, pero de 40 años. El casamiento provocó gran alboroto en las familias. La mayoría de sus hijos censuraba el matrimonio. Porque ella, además de ser joven para su padre, no tenía un centavo. María Teresa, como dijimos, era viuda. Su marido difunto era sobrino de otro español que llegaría a virreinar en el Plata: don Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Con un casamiento escandaloso, con una huida o retiro estratégico, Sobremonte también debería ser recordado como el virrey que autorizó la introducción de la vacuna antivariólica.

Fue en 1805 y llegó gracias a Antonio Machado, que no era poeta, sino comerciante negrero. Machado necesitaba mantener su mercadería en buenas condiciones y por ese motivo vacunaba a los negros que traía en su barco, para que llegaran sanos y así poder comercializarlos. Desembarcó en Montevideo donde inyectó a una negra y dos negritos que luego cruzaron el Plata y fueron los adelantados de la vacunación en Buenos Aires.

El marqués de Sobremonte fue el primer virrey depuesto por un Cabildo Abierto. El 14 de agosto de 1806, dos días después de reconquistarse Buenos Aires, en una sesión accidentada, con gritos desde la Plaza, invasión del recinto, golpes de puño e insultos, se resolvió delegar el mando del virreinato en el jefe de las Fuerzas Armadas, don Santiago de Liniers.

71. Mariquita y los guapos invasores ingleses

En 1806, Mariquita Sánchez ya era Mariquita Sánchez de Thompson. Recién casada, tenía diecinueve años y su impresión acerca de la llegada de los ingleses a Buenos Aires quedó reflejada en sus escritos. Así vio a los dos bandos: “Las milicias de Buenos Aires: es preciso confesar que nuestra gente del campo no es linda, es fuerte, robusta, pero negra. Las cabezas como un redondel, sucios; unos con chaqueta otros sin ella; unos sombreritos chiquitos encima de un pañuelo, atado a la cabeza. Cada uno de un color, unos amarillos, otros punzó [colorados]; todos rotos, en caballos sucios, mal cuidados; todo lo más miserable y más feo. Las armas sucias, imposible dar ahora una idea de estas tropas. Al verlos aquel tremendo día [se refiere al día en que se inició la invasión], dije a una persona de mi intimidad: si no se asustan los ingleses de ver esto, no hay esperanza”.

Su descripción da un giro de 180 grados cuando se refiere a los británicos: “El regimiento 71 de Escoceses, mandado por el general Pack: las más lindas tropas que se podrán ver, el uniforme más poético, botines de cinta punzó cruzada, una parte de la pierna desnuda, una pollerita corta, una gorra de una tercia de alto [unos 30 centímetros], toda formada de plumas negras y una cinta escocesa que formaba el cintillo; un chal escocés como banda sobre una casaquita corta punzó. Este lindo uniforme, sobre la más bella juventud, sobre caras de nieve, la limpieza de las tropas admirable, ¡qué contraste tan grande!”.

¿Ese encantamiento demostrado por Mariquita se habrá contagiado a otras jóvenes del Plata? Tal vez eso podría explicar un hecho que le llamó la atención a un viajero inglés que pasó por Buenos Aires en 1820: la presencia de algunos jóvenes criollos pelirrojos entre tantos morochos.

De haber vivido en nuestro tiempo, Mariquita hubiera sido la candidata ideal para conducir los desfiles de moda. Y los militares, también.

72. Beresford y el fantasma

En la ciudad de Coleraine (Irlanda del Norte), Lady Nicola Sofía Hamilton se sobresaltó un amanecer de octubre de 1693. Muy consternada, despertó a su marido y le informó que estaba embarazada, que nacería un varón y que cuando creciera, se casaría con una sobrina de Lord Tyrone.

El marido la observaba atónito. Ella continuaba con enorme agitación su relato. Dijo que estaba casi convencida de que Lord Tyrone, amigo de la familia, había muerto pocos días atrás en el condado de Waterford. Pero se negaba a revelar de dónde había sacado esa convicción.

A partir de esa mañana, Lady Hamilton llevaba en su muñeca una cinta de género negro. El marido quiso saber por qué la usaba, pero ella le imploró que jamás quisiera averiguarlo. Antes del mediodía, un mensajero entregó una carta en la que se anunciaba que Lord Tyrone había muerto días atrás, en el condado de Waterford, distante a unos 70 kilómetros de Coleraine.

Algo muy extraño estaba ocurriendo.

Los personajes de esta historia eran jóvenes. Lady Hamilton: 23 años. Su marido: 24. Hasta ese momento tenían dos pequeñas hijas. Y Lord Tyrone –el muerto que anunció Lady Hamilton antes de que llegara la carta necrológica luego de recorrer varios kilómetros– también era joven. Nueve meses después de aquel incomprensible episodio, el 16 de julio de 1694, nació Marcus.

El marido de Lady Hamilton murió a los 31 años de edad, el 17 de junio de 1701. Jamás pudo conocer la historia de la extraña pulsera y jamás pudo entender cómo su mujer había predicho el embarazo, el nacimiento del varón Marcus y la muerte de Lord Tyrone. La viuda continuó su melancólica existencia por varios años más.

El 23 de febrero de 1713, Lady Hamilton cumplía 47 años. Pero decidió no celebrarlos. En cambio, reunió a sus tres hijos y al arzobispo de Dublín en el escritorio de su mansión. Cerró las puertas y les anunció que iba a narrarles una sombría historia. El relato que ofreció Lady Hamilton fue más o menos así: “Siendo adolescente, Lord Tyrone y yo éramos muy amigos. Nos gustaba tratar todos los temas y teníamos predilección por la religión. A pesar de que nuestros padres se oponían, nosotros éramos deístas [que son aquellos que sostienen que Dios creó la naturaleza, pero no admiten los cultos]. una tarde hicimos un juramento. Nos comprometimos a que el primero que muriera de los dos intentaría regresar del más allá para revelarle al otro cuál era la doctrina verdadera”. La familia y el arzobispo escuchaban en silencio a la mujer, cuyo rostro exhibía una inquietante

palidez. Lady Hamilton prosiguió: "Aquella fatídica noche de octubre de 1693, el fantasma de Lord Tyrone irrumpió en mi habitación. Me anunció que había muerto en el distante condado de Waterford y que se le había permitido aparecer ante mí para aclararme que la religión revelada es la única que puede salvarnos. Me dijo que estaba embarazada, que nacería un varón y que se casaría con una sobrina de él. Nueve meses después naciste tú, Marcus. Aquella noche de octubre yo estaba paralizada por el terror, pero atiné a requerirle alguna prueba que me demostrara que lo que estaba ocurriendo era real. El espectro de Lord Tyrone garabateó un mensaje en mi diario personal. Luego tomó la muñeca de mi mano y sentí un fuerte dolor. El fantasma desapareció. Cuando miré mi muñeca, observé que tenía una gran cicatriz". La mujer corrió la cinta y mostró la feroz marca a los presentes. Y dio por concluida la reunión. Apenas dos días después del macabro relato, Lady Hamilton murió.

Marcus se casó, cuatro años después de que muriera su madre, con Lady Catherine Power. Catherine era sobrina del fantasma Tyrone. Tuvieron nueve hijos. Marcus vivió hasta 1763. Catherine, un año más. Su gran herencia, como correspondía al estilo de aquella época, quedó en manos del primogénito George. que era bizco. Dueño de una inmensa fortuna, el bizco George contrajo matrimonio cinco años después de que muriera su madre Catherine. Y lo hizo con la acaudalada Lady Elizabeth Monk of Charleville. Tuvieron la fiesta de casamiento más espectacular de aquel tiempo. El bizco George aportó, además de sus títulos, tierras y libras esterlinas, dos pequeños hijos extramatrimoniales: John y William. El segundo de ellos había nacido de la relación del bizco George con una jovencita llamada Luisa Carr. Ese pequeño, que gobernaría el Río de la Plata, era William Carr Beresford, hijo del bizco George Beresford, nieto de Marcus Beresford y bisnieto de Tristam Beresford y Lady Hamilton.

Conocimos esta historia gracias al insuperable biógrafo de Beresford en la Argentina: Bernardo Lozier Almazán, quien relata que la famosa cinta negra de Lady Hamilton y su diario personal han venido pasando de generación en generación.

73. El picadito de los ingleses

Los baúles con el tesoro del Río de la Plata huían hacia Córdoba en la caravana que trasladaba al marqués de Sobremonte. William Carr Beresford los reclamó al virrey mediante una carta. El emisario alcanzó a Sobremonte en la villa de Luján. El virrey respondió que si bien él se había llevado los caudales antes de que la ciudad fuera tomada –unas horitas antes–, tenía noticias de que los vecinos de Buenos Aires habían sido tratados con respeto y, por lo tanto, dejaba los cofres en Luján para que los pasaran a buscar; y que luego decidieran las Coronas española e inglesa a quién le correspondía.

No bien leyó la nota, Carr Beresford despachó una veintena de soldados a buscarlo. Hubo cierta resistencia a entregarlo, por parte de las autoridades de Luján. Los soldados violentaron puertas y cajas, hasta que lo encontraron.

Allí terminaba la misión. Entonces los soldados ingleses se distendieron y jugaron a la pelota en la plaza, frente a la modesta parroquia de Luján, hoy basílica.

¿Fue el picado inaugural de nuestra historia? Los aztecas empleaban el caucho para juegos similares, los guaraníes utilizaban la resina del mangay para fabricar balones. Los españoles bautizaron al mangay "árbol de las pelotas" y aprendieron de los nativos el juego, en el que solo podía utilizarse la cabeza y el empeine.

Aunque hay que tener en cuenta que los españoles y criollos que se divertían con la pelota se diferenciaron de los guaraníes y los pampas, que también practicaban el arte, en una sola cosa: mientras los indios jugaban desnudos "sin un hilo de ropa", los porteños, asunceños y vecinos de otras ciudades lo hacían vestidos.

El de Luján sí fue el primer picado que jugaron los ingleses en nuestro territorio y ocurrió, como siempre ocurre, la pelota se les fue a un techo, luego de algún patadón. En este caso, era el techo del Cabildo, donde funcionaba también la cárcel.

Las actas del Ayuntamiento lujanense informan: "[Los ingleses] quebraron todas las tejas de la cárcel y calabozos, con motivo de bajar la pelota con que se divertían, andando sobre las tejas, como si caminaran sobre sólido terreno".

74. Relaciones carnales

El hijo extramatrimonial del bizco George Beresford gobernó 46 días en Buenos Aires. Como ya vimos, su madre fue la señorita Luisa Carr, pero no pareció importarle a nadie: en cualquier diccionario histórico o enciclopedia figura como "Beresford, William Carr", transformando su apellido materno en segundo nombre.

Durante su corto mandato, el inglés tuvo la oportunidad de conocer la hospitalidad porteña. Las principales familias lo invitaban a sus tertulias, se le ofrecían agasajos y regalos; era tratado como un virrey. Apenas una semana luego de su desembarco, Martín de Sarratea les organizó a los ingleses una de las fiestas más recordadas. Aquella noche, Beresford estaba lejos de saber que el ex yerno de Sarratea, Santiago de Liniers, lo vencería pocas semanas después. Todo parecía bajo control y los oficiales podían dedicar su tiempo a los encantos de las jóvenes porteñas.

Esa noche, el capitán George Kenneth quedó flechado por Marianita Sánchez Barreda. Cuando Carr Beresford lo advirtió, se acercó a la madre de Marianita y le susurró: "Señora, sus divinas hijas están enseñando a mis oficiales a habitar el cielo".

El pueblo miraba con fastidio la cordialidad de aquellos que acudían a los conciertos de gaitas que se hacían en la actual avenida Alem. En muchas casas particulares fue contratado el director de la banda para que diera clases de piano y solfeo a las niñas.

Don William Carr Beresford tuvo una preferida a la que pronto comenzaron a llamar "la mariscala". Nos referimos a Rosario Rubio –María del Rosario Antonina Estanislada, para ser más exactos–, quien con sus diez años se pavoneaba de ser la amiga del gobernador. La conoció durante una visita a la casa de la familia Rubio y en un brindis –los ingleses invasores dejaron la costumbre de los brindis en Buenos Aires–, pidió la palabra y felicitó a los padres de Rosarito, "en nombre del mundo por haberle dado la gloria de presentar una criatura tan deliciosa". Ella pasó a ser algo así como una ahijada para el británico: le enseñó al irlandés a tomar mate y una vez recorrió la ciudad montada en el padrillo de don William, el primer pura sangre que llegó al Plata y que se quedó para siempre en nuestros campos, ya que se lo incautamos cuando fue vencido.

Los Rubio, como casi todas las familias "vIP" porteñas, se deshacían en demostraciones de afecto con el nuevo gobernante. Existía la costumbre de obsequiar a míster William con dulces. El procedimiento consistía en enviarle al Fuerte, por intermedio de los criados, todo tipo de bocados en sobrias fuentes de plata, con una tarjeta de saludo firmada por la mujer de la familia. Porque no era cosa de hombres

andar haciendo regalitos. Carr Beresford enviaba una nota de agradecimiento a las damas, consumía los manjares con su oficialidad y despachaba las costosas dulceras a Inglaterra.

Cuando terminó su intervención en el Plata y partió derrotado, en Buenos Aires quedó su padrillo y en Londres quedaron las dulceras de plata.

Su actividad militar continuó en Europa, donde llegó a enfrentar, aliado a España, a los franceses. Nuestro José de San Martín participó en una batalla, en 1811, peleando a la par de Carr Beresford.

Se podría pensar que luego de su experiencia en 1806, el británico nunca regresó a América. Pero sí lo hizo a fines de 1815. Fue enviado a Río de Janeiro con el objeto de estudiar, junto con los portugueses, la posibilidad de invadir Montevideo, proyecto que no prosperó. Durante una comida en la tierra carioca, comentó la cordialidad de los porteños y la amabilidad de las mujeres que le enviaban dulces y fuentes de plata que él remitía a Inglaterra. Todos escuchaban asombrados su relato y él preguntó si había dicho algo ofensivo. Entonces le explicaron que la costumbre de enviar comidas en las dulceras se correspondía con la posterior devolución de la fuente. Claro que en su momento, nadie osó decírselo y las mujeres salían a comprar nueva platería para seguir enviándole dulces al General.

Cuando regresó a Londres, en 1820, Carr Beresford buscó las tarjetas de las mujeres que le habían obsequiado los manjares y les envió todo tipo de regalos –peinetones, aros, perfumes– con cartas de disculpa por no haber devuelto las dulceras, al desconocer la costumbre. Pero las fuentes de plata nunca volvieron.

75. La peluca de Liniers

En la vida del francés Santiago de Liniers hay un antes y un después del 12 de agosto de 1806. Antes había sido un buen militar, aunque no sobresaliente, que había llegado a Buenos Aires con muchos sueños y, una vez aquí, estuvo a punto de abandonar su carrera para dedicarse a la fabricación de calditos concentrados; que se había casado con una porteña y había enviudado; que debió dedicarse a ser padre y madre de ocho hijos; que lidiaba con el pago del alquiler; y que la buena estrella, corporizada en el virrey Sobremonte, lo ubicó en la ensenada de Barragán cuando llegaron los ingleses en 1806.

Por estar fuera de la ciudad pudo convertirse en el líder de la Reconquista de Buenos Aires y llegó al 12 de agosto, con 53 años, comandando un poderoso ejército, muy superior a las fuerzas inglesas. De la noche a la mañana, Liniers fue virrey, obtuvo una calle con su nombre más el título de Conde de Buenos Aires, expedido por la Corona (o, mejor dicho, solicitado por Liniers en mayo de 1809 y confirmado por la Corona en ¡1862!, es decir, jamás se enteró); sí recibió un permiso para importar 2000 africanos y fue, por mucho, el hombre del año. La fama, el reconocimiento, la gloria y el poder aterrizaron de golpe en la vida del francés. Y también el escándalo.

Aquella mañana del 12 de agosto, el comandante Liniers avanzó con su columna desde Retiro hasta la Plaza Mayor, con intenciones de recuperar el Fuerte donde flameaba la bandera inglesa. Tomó por la senda de la Merced sin saber que cada vez que golpeaba con sus botas en ese polvoriento trayecto, estaba impregnándole con más sustento el nombre que esa calle tendría hasta nuestros días: Reconquista. Cruzó la actual avenida Corrientes. Le faltaban 400 metros para alcanzar su objetivo cuando un pañuelo blanco cayó delante de él. Lo levantó, alzó la vista y la vio. Era Anita Perichón, treinta años, tan francesa como él, quien le daba el toque romántico a la escena épica. Ya se conocían un poco, pero no tanto. A don Liniers se le infló el pecho. Besó el pañuelo y lo puso dentro de su chaqueta. A partir de aquel instante no hubo nada que lo detuviera. Y Buenos Aires volvió a pertenecer a la Corona española.

El héroe no tardó en devolver el pañuelo. Su romance con Anita pudo ser el final feliz de la historia, salvo por el detalle de que la francesa estaba casada. Y si bien su marido pasaba mucho tiempo de viaje, como ocurría con muchos en aquel tiempo, la relación fue considerada un escándalo en el vecindario. Pero a don Santiago no le importaba nada.

Los dos se paseaban del brazo por la Alameda (actual avenida Alem)

y la señora tenía soldados asignados a su custodia. La indignación aumentaba. Pero lo ingleses volvieron y la vida privada del ya virrey pasó a un segundo plano.

El 5 de julio de 1807, Liniers confirmó su liderazgo cuando comandó las tropas que rechazaron la Segunda Invasión. El poblado estaba en deuda con él. El francés, hinchado de gloria, dio cargos en el gobierno a los parientes de Anita, pero su decisión no cayó nada bien. Para colmo, había noches en que se quedaba a dormir en la casa de la *madame*, cuyo estado civil continuaba siendo el mismo. Muchos vecinos se sintieron ofendidos por tamaña afrenta.

El 21 de septiembre de 1807, el virrey Santiago de Liniers, impregnado de aires primaverales, fue a visitar a su amante. Pasó algunas horas con su francesita en aquella casa desde donde había partido el histórico pañuelo blanco.

Ya era avanzada la noche cuando se retiró. Puso un pie en la calle y se topó con un indignado vecino y soldado del Cuerpo de Andaluces, quien se lanzó sobre su virreinal cuerpo, haciéndole volar la peluca y perder el equilibrio. En el suelo, Liniers escuchó todo tipo de insultos del vecino que lo increpaba y subrayaba su escandalosa conducta "haciéndole presente que según sus pasos perdía a toda la ciudad". El furioso vecino, por su parte, fue atacado por el soldado que custodiaba a don Santiago. una patrulla irrumpió en la escena y lo llevó detenido. Liniers intercedió para que fuera liberado y rogó que se acallara el episodio. Parece que el francés no sabía con qué bueyes araba: la historia del vecino que le voló la peluca y le cantó las cuarenta se esparció en cada tertulia y cada esquina de la heroica Buenos Aires. Su amante, conocida como "la perichona", será abuela de otra mujer que generará un gran escándalo en el Plata: Camila o'Gorman –hija de su hijo Adolfo–, quien huirá de Buenos Aires con el sacerdote uladislao Gutiérrez y morirá junto al cura en 1848.

76. ¡Muero contento!

En 1807, Fidel Ignacio de la Corte y Peña alcanzó el grado de coronel y volvió a Jujuy, donde había nacido. Su carrera militar se había iniciado en Castilla, España. En nuestro territorio tuvo como destino el Gran Chaco, donde enfrentó a los indios tobas. En aquella campaña fue comandado por Jerónimo de Matorras, su primo, quien a la vez era primo de Gregoria Matorras, la madre de San Martín.

Don Fidel ya tenía 62 años en 1807 y disfrutaba de sus hijas, a quienes les brindaba detalles de la vez que estuvo a punto de sumarse a una asonada para derrocar al gobernador salteño y desistió porque fue a confesarse y el cura franciscano lo convenció de que estaba mal hacer eso.

Pero lo llamativo en la historia de Fidel de la Corte ocurrió el 25 de septiembre de 1807. Cuando llegó a Jujuy la noticia de que Buenos Aires había rechazado a los ingleses, el coronel se emocionó y murió. Para el médico y los vecinos de Jujuy, murió de "emoción patriótica". ¿Habrá dicho "Muero contento, hemos batido al enemigo"?

77. Álzaga vs. Liniers: el otro 17 de octubre

El hombre que comandó la Reconquista de Buenos Aires, el que se puso al frente de la defensa de la ciudad, Santiago de Liniers y Bremond, fue virrey interino a partir de diciembre de 1807, por solicitud del pueblo.

Aunque no estaba en los planes de España: al conocerse las novedades de la invasión inglesa y el abandono de la ciudad por parte de Sobremonte, las autoridades españolas decidieron que debía reemplazarlo Pascual Ruiz Huidobro, antiguo militar con destino en Montevideo. Pero no fue posible porque don Pascual viajaba a Londres en calidad de prisionero, en la bodega de un buque inglés.

Recién en mayo de 1808, Liniers recibió el nombramiento oficial de la Corona y juró desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de virrey. Durante el tiempo que duró su mandato, hasta julio de 1809, lo único que pudo hacer fue defenderse de los ataques de diversos grupos que consideraban que por ser francés como el odiado Napoleón no podía ocupar el más alto cargo del Río de la Plata.

En Brasil, la corte portuguesa –representada por la infanta Carlota e instalada allí cuando se decidió trasladar la capital del reino para huir de Napoleón– manifestaba su malestar con Liniers y su intención de hacerse cargo del territorio. En Montevideo, ni el gobernador nombrado por el propio virrey, Francisco Javier de Elío, demostraba fidelidad o gratitud alguna con el héroe de las Invasiones. En septiembre de 1808, De Elío le escribió al Cabildo porteño para señalar que "el mando superior de estas provincias se halla mal puesto en manos del señor Santiago de Liniers, que debe renunciarlo o ser depuesto".

Una vez analizada la carta de De Elío, el Ayuntamiento decidió enviar a Juan ángel de Michelena –concuñado de Rivadavia– a reemplazarlo. Michelena le entregó la carta en mano a De Elío, pero el gobernador dijo que no pensaba renunciar. Michelena sacó su arma con el fin de hacerle entender que iba a renunciar, aunque fuera a la fuerza. De Elío se le tiró encima y lo venció a trompadas. Cuando ya lo tenía en el piso, se dedicó a darle cachetazos y patadas. Se armó un lío de novela y nació la primera Primera Junta que tuvimos en el Río de la Plata. Porque De Elío desacató el poder de Buenos Aires y estableció una Junta Provisoria en Montevideo.

El Cabildo porteño, que había defendido a don Santiago hasta ese entonces, se sumó al club de los antilinieristas. Le escribió una nota a la Corte en España, manifestándole que Liniers "no es idóneo para mandar, ni podemos descansar en él sin zozobras ni sobresaltos". Sugerían buscar "un jefe recto, íntegro, versado".

Solo faltaba que intentasen derrocarlo. El acaudalado vecino Martín de álzaga ya lo tenía planeado: la acción se llevaría a cabo nada menos que el 17 de octubre (de 1808).

Se prepararon todos los complotados, imponiéndose silencio absoluto para que no fallara el plan. Pero no fue tan absoluto porque un par de semanas antes del 17, Liniers llamó a uno de los cabecillas y le comentó que conocía la maniobra. Hubo que desarmar lo armado y optaron por planificarlo mejor.

En medio de toda la intriga, el 11 de diciembre de 1808, apareció por Buenos Aires don Pascual Ruiz Huidobro, con intenciones de asumir el virreinato. Pero toda la efervescencia rebelde lo marginó a un segundo o tercer plano.

Como si fuera poco, hubo un casamiento con derivaciones políticas. El 26 de diciembre, un hermano de Anita Perichón, la "amigovia" de don Santiago, se casó con una hija de él. Al Cabildo le pareció ofensivo que el virrey aceptara que su hija –se llamaba Antonia María del Carmen Josefa Rafaela Buenaventura Margarita Higinia Liniers– se casara con un francés. Se quejaron de tamaña traición y prepararon el ambiente para lo que vendría pocos días después.

Liniers, el héroe devaluado, fue el blanco del motín del 1° de enero de 1809, conocido como asonada. El intento de hacerlo renunciar por la fuerza fracasó porque los Patricios comandados por Cornelio Saavedra se mantuvieron del lado del virrey. Y los soldados que, instalados en la Plaza de la victoria (Plaza de Mayo), pretendían derrocar a Liniers, al ver ingresar al terreno a los Patricios, "huyeron como gamos", según graficó un testigo. El motín fracasó y por eso fue un motín. Porque, como dijo Paul Groussac, un motín es una revolución que fracasa, de la misma manera que una revolución es un motín que triunfa.

En España, las intrigas llegaban de a docenas y entonces se decidió nombrar un nuevo virrey cuyo objetivo era poner otra vez en órbita a Montevideo, analizar la actuación del francés y mantener el orden en el Río de la Plata. El encargado de la misión fue don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Él y Liniers eran viejos amigos.

Entre los últimos actos de gobierno de este virrey francés malquerido, figura el pedido de una beca para el sobrino del comandante Francisco ortiz de ocampo, "por la amistad y el cariño que le profesa". Francisco ortiz de ocampo fue quien lo tomó prisionero en Córdoba, un año después, ¡acusándolo de traidor! Liniers fue encarcelado el 5 de agosto de 1810 y ejecutado 21 días más tarde. Murió jurando fidelidad al Rey. Fusilado por orden de la Junta que había asumido el 25 de mayo, que también juraba fidelidad al Rey.

78. El regreso del muerto vivo

El herrero Jerónimo Mund tenía su negocio en la actual calle venezuela y era vecino del convento de Santo Domingo. Su dedicación al trabajo le permitió llegar a los tiempos de la jubilación con un buen capital. Cerró la herrería y puso todo su empeño en la caridad. Participaba en cofradías de diversas parroquias, donde aportaba su buen ánimo, su colaboración en tareas y hasta parte de su patrimonio. Claro que Jerónimo no era un vecino destacado, con estudios y prestigio. Pero sí lo era por su trato amable, por su vida simple y por su cultura del trabajo.

Además, era un abuelo sano y vigoroso. Por ese motivo, sorprendió a todos la noticia de su muerte a comienzos de 1809.

Sus parientes decidieron enterrarlo en la iglesia de San Ignacio, próxima a la Plaza de Mayo. El cortejo fúnebre que partió de la casa del finado Jerónimo Mund era numeroso, lo que demuestra que había cosechado buenas amistades en su próspera vida. Los más fornidos colocaron el cajón en sus hombros. Se inició la lenta marcha, el séquito tomó por la calle Perú, entre llantos y rezos. Sin embargo, algo extraño estaba ocurriendo. Los que cargaban el cajón se miraban sorprendidos. Sentían que algo se movía adentro del féretro.

De todas maneras, prosiguieron la marcha hasta que los movimientos en el interior del ataúd se intensificaron. Depositaron el cajón en el piso y pudieron confirmar que el muerto golpeaba la tapa. Con un fierro abrieron el féretro. Jerónimo se incorporó y preguntó qué estaba pasando. El cortejo se deshizo: la gente corría atacada de pánico.

Un amigo de Mund, Pedro Malaspín, lo cubrió con una manta y lo llevó de vuelta a su casa. Allí fue revisado por el doctor Salvio Gaffarot, quien sostuvo que todo se debió a un ataque de catalepsia. De todas maneras, para los vecinos era un milagro. Y hablaban de "Jerónimo Mund, que había ido y vuelto del otro mundo". Al volver, lo hizo para quedarse unos quince años más.

Pocos meses después de aquel comentado episodio, murió el deán de la Catedral, don Basilio Rodríguez. Fue el 22 de septiembre de 1809. Lo colocaron dentro de la iglesia en un féretro al cual rodearon con antorchas. una vez armado el sombrío escenario, llamaron al presbítero Antonio Sáenz –abogado y eclesiástico, futuro primer rector de la universidad de Buenos Aires– para que llevara a cabo la ceremonia de reconocer el cadáver y certificar la muerte. Sáenz ingresó al recinto, habló con los médicos que asistieron al infortunado Basilio, caminó alrededor del féretro, tocó el cuerpo frío de su ex colega, comprobó que no respiraba, se colocó a distancia prudencial,

pidió silencio absoluto y gritó:

–¡Don Basilio!

No vamos a decir que no voló ni una mosca, porque las condiciones sanitarias de aquel tiempo dejaban mucho que desear. Pero lo que sí podemos afirmar es que don Basilio no respondió. Luego de un par de minutos de silencio, el presbítero Sáenz cambió de ubicación y lanzó su segunda exclamación:

–¡Don Basilio!

Como la vez anterior, el muerto no respondió. Pero no hay dos sin tres. El doctor Sáenz buscó un nuevo espacio, esta vez más cerca del cadáver, y, como queriendo despertarlo, le descargó el llamado con toda la fuerza de sus pulmones:

–¡Don Basilio!

El intento fracasó. Era evidente que el deán estaba bien muerto. Y entonces sí, el presbítero firmó el acta de defunción. Si bien el procedimiento llevado a cabo por Sáenz era el habitual en aquellos tiempos, no siempre se cumplía. Tuvo que ocurrir el caso Mund para que todos se pusieran en estado de alerta.

79. Cisneros, Padre del Aula

El 29 de julio de 1809, don Baltasar Hidalgo de Cisneros y la Torre Ceijas y Jofre desembarcó en el puerto y caminó hasta la Catedral por un sendero humano, mientras recibía los aplausos de los vecinos, los repiques de todas las campanas y la salva de cañones. El último virrey iniciaba así el mandato que duraría diez meses. Su primera actividad en Buenos Aires fue asistir a misa. No concurrió su mujer, Inés de Gaztambide y Ponce, porque se había quedado en Colonia, esperando el llamado de su marido. El virrey no sabía si pisaba un lugar seguro y prefirió que ella aguardara del otro lado del río. Doña Inés llegó a Buenos Aires dos semanas después.

Al igual que William Carr Beresford, pocas veces los historiadores han tenido en cuenta su primer apellido: Hidalgo. Sus contemporáneos, en cambio, lo llamaban Cisneros o Hidalgo. E incluso existió el caso de un súbdito del virreinato que quiso beneficiarse, alegando portación de apellido. Nos referimos a Félix Hidalgo, vecino de Chiquitos (Alto Perú), quien escribió al Cabildo porteño en enero de 1810 para solicitar un cargo y manifestar que “por similitud de apellido [tal vez] pudiera existir un parentesco con el virrey”. Los capitulares atendieron su solicitud.

El devaluado Liniers, vencedor de los ingleses y acusado de francés, dejaba su lugar a un veterano de la batalla de Trafalgar, es decir, a un marino que había combatido junto a los franceses y había sido vencido por los ingleses. En aquella jornada, una madera se clavó en su cabeza y lo dejó tendido en la cubierta del “Santísima Trinidad”. Atacado de una conmoción cerebral, el valiente fue tomado prisionero y llevado, en estado inconsciente, a una casa donde pudiera ser atendido. Los ingleses montaron una guardia en la puerta, lo que significaba que honraban a su prisionero.

Hidalgo de Cisneros quedó sordo de un oído para siempre. Cuando le hablaban, acercaba su oreja izquierda con el fin de entender qué le decían.

Las instrucciones que traía el nuevo virrey eran: desintegrar la rebelde Junta de Montevideo, enviar a Liniers a España, desarmar los Cuerpos de Ejército criollos y poner en orden el virreinato. Desintegró la Junta de Montevideo, logró la sumisión de De Elío, nunca envió a Liniers a España, nunca desarmó los Cuerpos criollos y nunca logró poner en orden el virreinato. De don Baltasar Hidalgo podemos recordar, además de que fue el último representante de España que nos gobernó, que impuso la enseñanza primaria obligatoria en el territorio.

Ya casi termina este viaje por la historia que nos depositará en Mayo de 1810. Con Cisneros, apenas llegado, y una efervescencia que pronto volcaría el curso de la vida institucional, social y económica del territorio. Pero ¿qué pasó en 1810 antes de mayo? Cientos de sucesos quedaron en un segundo plano porque enero, febrero, marzo y abril de 1810 fueron arrasados por mayo y los meses siguientes.

Las autoridades del Cabildo se elegían cada 1º de enero. Por primera vez en nuestra historia, el Ayuntamiento de 1810 estuvo integrado por cinco españoles y cinco criollos. Esta decena de representantes atendía infinidad de asuntos referidos a la entrada y salida de buques, al manejo de las tropas, a nombramientos, renuncias y jubilaciones; a órdenes y contraórdenes. De ese gran catálogo de temas, seleccionamos algunos curiosos para que podamos conocer algo de lo que pasó durante 1810, hasta cinco minutos antes de Mayo.

El 2 de enero, el Cabildo ordenó a los ministros de Hacienda (un grupo que atendía las cuestiones de la economía) que recibieran "del teniente coronel Joaquín Maestre, el dinero en que han sido multados José Núñez y Juan López por encontrarlos con el juego prohibido llamado 'de la fortuna' [nosotros lo llamamos ruleta], y que se lo destine a gastos de guerra".

Ese día, Rosa Pacheco fue enviada a un convento por haber herido a Paula Escudero. Lo que demuestra que las chicas también tenían su carácter fuerte. A la mañana siguiente, Antonio Tomás López elevó al Cabildo un pedido de amparo "para contraer matrimonio con doña María Tránsito Centurión y así sujetar la infundada oposición de los parientes". Mientras Antonio reclama a Tránsito, Francisco Javier de Elío, gobernador de Montevideo, informa que "su preocupación por la salud pública le ha impulsado a extender la aplicación de la vacuna a la esclavatura que entra en ese puerto para evitar la epidemia de viruela". La vacuna de Machado, claro. Del otro lado de la Plaza, en el fuerte, el virrey Cisneros cree haber controlado los "papeles sediciosos" que circulan y escribe una carta a España indicando que "ha logrado cortar aquel pernicioso cáncer".

El 5 de enero el cura betlemita Mariano José de la Cruz acude al Cabildo para solicitarle que "recomiende a su prelado que no use procedimientos violentos contra él". El Ayuntamiento le escribe al prefecto de la orden betlemita, fray José de las ánimas, recomendándole "nuevamente" –parece que era reincidente– que no moleste al barbón fray Mariano. Aclaramos que en la orden religiosa de los betlemitas tenían prohibido afeitarse y llevaban una barba tupida. Por ese motivo se los llamaba barbones o chivatos. Respecto

de fray José de las ánimas, cabe acotar que el 13 de julio de 1812 fue fusilado, colgado su cadáver en una horca y luego degollado por considerársele partícipe del episodio conocido como conspiración de álzaga. Su ejecutor será el negro verdugo Bonifacio Calixto Silva.

El 6 de enero el Cabildo no les escribió a los Reyes Magos. Pero Reyes –Manuel José, encargado de expulsar franceses– le escribió al Cabildo para contarle que los extranjeros salían de la ciudad y se escondían en los aledaños.

Aquel día, desde Pavón –si tomamos por la ruta 9 rumbo a Rosario, Pavón está casi en el límite de Buenos Aires y Santa Fe–, Gregorio Cardoso pedía ayuda para perseguir a la gente de mal vivir. El Cabildo recomendó a Francisco Ramírez, encargado de poner un poco de orden en Pilar, Escobar, Arrecifes y otras localidades. Pero poco después se agregó el detalle de que en otra carta de aquella remesa, Cardoso manifestaba una queja: en cierta oportunidad, Francisco Ramírez le pidió cinco pares de grillos (cadenas para esposar) y nunca se los devolvió.

El 9 de enero de 1810 el Cabildo envió una circular para avisar a todos que España y sus dominios le habían declarado la guerra a Dinamarca. Se recibió también un despacho de Gerardo Bordas, comandante de las islas Malvinas, quien avisaba "no haber llegado a ese presidio Juan de Dios valor, cuyo envío se anunciara en oficio del 20 de octubre de 1808". valor debió ser un flor de delincuente porque si lo habían desterrado a las Malvinas en 1808, no debía ser por haber robado un relojito. El problema por el cual no había llegado nunca a las islas fue que se había fugado, poco antes de iniciar el viaje.

Aquel 9 de enero, Pascual Ruiz Huidobro (ex gobernador de Montevideo) se quejaba por carta al Cabildo, "por la omisión del tratamiento de excelentísimo en el encabezamiento de los oficios que el Gobierno le dirige". Como vemos, el excelentísimo estaba furioso. También andaba enojado el fiscal protector de la Real Audiencia porque –según reclamaba el 11 de enero– el alcalde de Concepción del uruguay no enviaba a Buenos Aires a Bernardo Aranda y al expediente que se le seguía por maltratar a la india Margarita Chuchi. No hacía falta que se enojara tanto porque ese mismo día arribó al Cabildo la causa criminal. Faltaba Bernardo, el agresor de la Chuchi, nada más (llegaría el 26 de abril, engrillado).

El 15 de enero los sacerdotes de la iglesia de La Merced –en las actuales Reconquista y Perón– contestaron "la circular que indica se entierren provisionalmente los cadáveres en los atrios de las iglesias y conventos" –donde hoy saludan los novios–, y pidieron permiso "para quitar las juntas de mozos libertinos que causan escándalo en el de su iglesia". Mientras tanto, Francisco Ramírez avisaba "haber enviado ya los cinco grillos que se le reclaman" y expresaba en la nota "los

motivos de su demora".

Gerardo Bordas, el de Malvinas, también se hizo presente el día 15, mediante una carta en la que "comunica haber jurado obediencia al Rey y se justifica el no haberlo hecho antes por ignorar la toma de posesión del trono de Fernando vII". Lo que sí ignoraba era que Fernando ya no era más rey y quien mandaba era José "Pepe Botella" Bonaparte.

El 19 de enero de 1810, el Cabildo le escribió al ministro de Marina del apostadero de Montevideo para informarle que Ana Tomasa ulloa renunciaba a la pensión por la muerte de su marido Juan otero porque prefería que le pagaran la que le correspondía por la muerte de su padrastro, Pedro Lonch.

El 23 de enero –mientras Belgrano, Castelli y vieytes, entre otros, se cruzaban información crucial sobre la situación en España–, los cabildantes analizan el pedido del cacique Riquelme. Traductor mediante, el indio les pedía que le dejaran llevar a las tolderías a su hijo, el indiecito Juan Ignacio, empleado del Ayuntamiento. Según explicó el intérprete, los parientes de Juan Ignacio creían que el cacique había vendido al hijo. Por eso, Riquelme quería llevarlo con su madre y tías, mostrarles que estaba bien, que no lo había vendido y traerlo de vuelta. El Cabildo porteño accedió, previa consulta con el virrey Cisneros. Pero además, los capitulares sacaron de los caudales 42 pesos para que les compraran regalos a los parientes desconfiados.

Carta va, carta viene, llegamos al día 25. Esta vez el Cabildo sí le escribió a Reyes, aquel del 6 de enero, "para que disponga lo conveniente para remediar las relaciones escandalosas que mantienen Fermín Braga y la esposa de F. Ferrer". Interesante misión para Reyes, ¿no? Al tiempo que tres vecinos de Zárate "elogian al facultativo Francisco de Paula Rivero por difundir la vacuna antivariólica, solicitando continúe en esta operación y agradeciendo el haber destinado a aquel para practicarla".

El Cabildo, por su parte, le ordenó a José Bolaños, el comandante de Las Conchas –San Fernando, provincia de Buenos Aires– "el envío de duraznos para verificar si su grado de madurez permite autorizar su traslado a ésta para su venta". ¡Estos capitulares estaban en todo! Abandonando la parsimonia de aquel tiempo, el chasqui parte de inmediato. Al día siguiente, 26 de enero, llega la respuesta. Los duraznos lo harán el 29. Pero ese día también se recibió una carta del subdelegado de Las Conchas, José de la Peña, en la que se quejaba de que Bolaños había cambiado sus duraznos inmaduros por los de él, que estaban maduros. Preguntaba el hombre quién de los dos tenía derecho a vender duraznos en Buenos Aires. La interna del durazno se resolvió en forma salomónica: el Cabildo autorizó a los dos contendientes.

El mismo día en que nuestros cabildantes organizaban la cuestión de los duraznos, en España se disolvía la Junta de Sevilla y era reemplazada por un Consejo de Regencia. Aquella noticia llegaría en mayo al Río de la Plata y provocaría todo el terremoto. La Junta de Sevilla se disolvió ese día, el día que nosotros estábamos compenetrados en el tema de los duraznos.

El 12 de febrero de 1810, entre los 48 temas que trató el Gobierno, figuraron la queja de la santafesina Narcisa Sánchez "contra el juez de barrio Jaime Argimbao por haberle castigado un doméstico"; la advertencia del sargento Agustín Rameri –del Escuadrón de voluntarios de Santa Fe–, acerca del "espurio linaje del cabo Juan Agustín Ferreira"; y la curiosa solicitud enviada por Petrona Martínez para que su hijo Eugenio obtenga "el empleo de escribano del Cabildo [sanjuanino] que tuvo su marido Pedro José Doncel y que está vacante por ignorarse su paradero".

El 15 de febrero llegó una nota en la que se informaba que Juan Ramón Balcarce reclamaba "el pago de cuatrocientos pesos por la venta de una mulata de su propiedad". que, desde ya, no era la "negrita mía" a la que le había prometido casamiento en Luján. En paralelo a esta historia, al día siguiente, un compañero de armas de Balcarce, Martín Rodríguez, se quejaba porque le habían enviado ocho soldados para el Escuadrón de Húsares, pero uno, Francisco Astinas, resultó ser mulato.

El 20 de febrero, el Ayuntamiento lanzó una circular a todos los alcaldes de la provincia, "ordenando la matanza de perros para evitar la propagación de la hidrofobia". Rabia debe haber tenido el alférez de fragata Lorenzo Sotomayor, quien solicitó autorización para casarse con María de los Dolores álvarez Cienfuegos y el Cabildo se la negó.

Los capitulares se notificaron, el 24 de febrero, de la prisión de "Juan Manuel Gómez, por reiterados desórdenes en estado de embriaguez, y adjunta una solicitud de su hermano el religioso fray Gregorio Gómez para que se lo destine a presidio por cinco o seis años". ¡Con un hermano así, como para no emborracharse! El 26 de febrero el alcalde de Chascomús preguntaba si debía suspender la matanza de perros hasta que llegara su sucesor. Con inevitable sentido común, el Ayuntamiento le respondió que siguiera matando perros. ¿Acaso creyó el magistrado que podría firmar un pacto de no agresión con los canes hasta que trasladara el mando?

La guerra estaba declarada. Contra la Francia napoleónica, contra Dinamarca y contra los perros. Por eso, una nueva circular se distribuyó el 27 de febrero. El Cabildo pidió que "todo individuo mordido por perro rabioso, o que se sospeche de tal, sea trasladado inmediatamente a los hospitales".

Comenzó marzo con una denuncia del síndico procurador Julián de

Leiva referida a los abusos "que cometen los aguateros en el precio y la medida". El día 7 hubo novedades en la cruzada contra los mejores amigos del hombre. Desde San Isidro se veían en la necesidad de aclarar que no podían matarlos a todos, ya que "en las chacras o estancias se hace preciso dejar algunos perros guardianes para alejar vagos y ladrones". ¡Cuidado con el perro! Ese día también se abría una carta proveniente de Salta. La firmaba "el esclavo moreno Antonio" y pedía que "se le haga justicia, por haber faltado su ama, Catalina Rodríguez, al contrato de compra de su libertad". Sí, capitulares, ¡liberen a Tony!

Marzo, 10: el Cabildo se notificó de que "el mozo de pulpería, Francisco Bravo, ha inutilizado un rebozo [o mantilla] de Mercedes Godoy, con el prohibido juego de carnaval". El chiste, en aquel tiempo, era perforar huevos, vaciarlos, llenarlos con agua y utilizarlos como bombitas de agua. Pero había algunos que salteaban todos los pasos y lanzaban los huevos con su clara y su yema.

Una carta a Justo Pastor Lynch fue redactada por el Cabildo el 14 de marzo. En ella le informan que su esclava "Juana Sánchez, viuda del soldado del Escuadrón de Carabineros de Carlos Iv, Hipólito Ibáñez, muerto en la defensa de esta capital" había obtenido una pensión. Por ese motivo, le solicitaban a Lynch, "haga la tasación formal de la esclava para el caso en que ésta decidiera invertir los alcances devengados y a devengarse en obtener su libertad". El 17 de marzo, el Ayuntamiento le escribió al mismísimo correo de Montevideo. Fue para recomendarle "más esmero en el acondicionamiento de la correspondencia, pues debido a la humedad, llega en tan malas condiciones, que muchos oficios resultan ilegibles".

29 de marzo: enviaron al teniente gobernador de Santa Fe un informe del cura vicario de la capilla del Rosario, "en el que expresa que el alcalde Isidoro Noguera es demente o maniático, y que ha sido electo por el Cabildo [santafesino] sin haber integrado la terna de propuestos".

Ya en la última semana de marzo de 1810, el día 30, los capitulares estudiaban refacciones en la cárcel. Según consta en el documento, se necesitaban nuevas barras de grillos, reparar el potro (utilizado para torturar) y también la mesa de cadáveres.

Las últimas dos curiosidades del mes formaron parte de la sesión del día 31. La primera fue una carta en la que Santiago Serodio, desde la prisión de Montevideo, imploraba que lo perdonaran y que no lo enviaran a España, acusado del delito de difamar a la virreina, doña Inés Gaztambide de Hidalgo de Cisneros. La segunda tuvo lugar cuando el oidor Francisco Tomás de Anzoátegui puso sobre la mesa "el oficio elevado por Francisco González en el que expone el delito de adulterio en que sorprendió a su esposa y a Patricio Wallis, oficial de

la marina inglesa". El sufrido González solicitaba que se arrestara al pelirrojo.

Joaquín Correa Morales había sido nombrado alcalde en el Alto Perú. Pero el 2 de abril de 1810 el Cabildo porteño detectó un problema: Morales informaba que era analfabeto. Por ese motivo, consultaba si podía renunciar o debía concurrir a las sesiones con su escribiente. El Ayuntamiento aceptó su renuncia. El 3 de abril, el alcalde de San Pedro (provincia de Buenos Aires), Eulogio Pardo, enviaba buenas noticias: habían matado a todos los perros y no tenían ni uno solo de hidrofobia.

El día 11 pidió la palabra el alcalde porteño Juan José Lezica. Expuso que se había "encarcelado a Simón García por haber vendido, sin autorización, dos carretas que Francisco Ríos confió a su cuidado". Confió mal, parece. Tomó la posta el fiscal Antonio Caspe, quien solicitó "el envío a Montevideo del indio Carlos Suárez y su mujer". La pareja, que trabajaba con el fiscal, aprovechaba su cargo "para traficar con indias y menores".

Hubo más cuestiones en la mesa de debate del 11 de abril. El Cabildo porteño le escribió al de Montevideo para ordenarle que "restituya a Miguel de Cabra el palco del Coliseo de Comedias que ha disputado con otros dos individuos". El 15 de abril, la cárcel (se encontraba en la planta baja del Cabildo) recibió al peón artillero Juan Inocencio, acusado de haber herido a vicente Garayo. A pesar de su nombre, Inocencio marchó preso. Acto seguido, los funcionarios porteños leyeron el pedido de Dominga Baldovinos. La mujer reclamaba que se le restituyera la pensión que le había sido otorgada por la elaboración de un misterioso "polvillo hechizo". El motivo por el cual se había interrumpido el pago era que ella no develaba la fórmula. Y los capitulares no querían que se la llevara a la tumba. Todo se resolvió cuando Dominga, en el reclamo de la pensión, aseguró haber transmitido la receta a su hijo Antonio Lozano.

A comienzo del capítulo comentábamos que el 2 de enero se había dispuesto el envío de Rosa Pacheco a un convento por haber herido a Paula Escudero. El 17 de abril, el Cabildo ordenó que la retirasen del convento y fuera depositada "en una casa particular donde pueda ejercer tareas domésticas". Entre los temas del 18 de abril figuró el siguiente pedido de jubilación: Fray Martín Céspedes, cura de Santo Tomé (provincia de Corrientes), "pide su retiro, puesto que su extrema sordera le impide cumplir las obligaciones de su ministerio". El 25 de abril de 1810, el Cabildo debió atender el reclamo de José Eugenio de Elías, vecino de Montevideo, quien se quejó –como Miguel de Cabra días atrás– porque el Ayuntamiento de su ciudad no le otorgó un palco en la Casa de Comedias. El 27 de abril sonaron las alarmas de la inquietud. una circular reservada fue enviada desde la sede del

Cabildo a los gobernadores. En ella se solicitaba “que adopten medidas de seguridad, a fin de evitar que la falta de noticias de España dé lugar a que circulen falsos rumores que puedan quebrar la armonía del virreinato”. La recomendación aconsejaba “extremar la vigilancia para conservar estos dominios bajo la [redundante] dominación del Rey”. Ya era hora de que los capitulares asomaran las narices por el tan deseado balcón y empezaran a percibir la tormenta que se les venía encima.

Las últimas cuestiones curiosas que trató el Cabildo de Buenos Aires antes de mayo tienen que ver con nuevos asuntos maritales. Los capitulares leyeron el 28 de abril un pedido del vecino de Montevideo, Juan Florencio Aguirre. ¿Su reclamo? “que se expulse de esa ciudad al teniente Francisco vera, por mantener relaciones ilícitas con su esposa”. Dos días más tarde, el Ayuntamiento le escribía al gobernador interino en Montevideo, Joaquín de Soria, ordenándole, “haga regresar al teniente Francisco vera, sin darle a conocer la procedencia de tal medida, cuidando que la esposa de Juan Florencio de Aguirre no le siga a esta capital si no es con licencia y en compañía de su marido”. Aquel 30 de abril, horas antes de que se iniciara el Mayo histórico, los funcionarios porteños analizaban el pedido del coronel de Milicias urbanas, Jaime Salas. El hombre solicitaba “la reclusión de su esposa María Concepción Suárez en casa de ejercicios espirituales”.

Y llegó Mayo: con muchos presos, algunos adulterios y pocos perros. Y con la noticia de lo que ocurría en España mientras aquí se debatía la madurez de los duraznos. Llegó el tiempo de que en nuestra tierra sean “las brevas” las que “estén maduras”. De una vez por todas.

Bibliografía

Además de la siguiente bibliografía, he consultado a mi amigo y médico, el doctor Diego Mrad, a quien agradezco la paciencia para explicarme cuestiones vinculadas a su especialidad.

Bibliografía General

Archivo General de la Nación: *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, Buenos Aires, Penitenciaría, 1907.

Arena Luque, Fermín: *Efemérides argentinas*, Buenos Aires, Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 1960.

Carranza, Adolfo P.: *Archivo General de la República Argentina*. Período colonial, Buenos Aires, Kraft, 1895.

Frías, Susana y César A. García Belsunce: *De Navarra a Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto Americano de Estudios vascos, 1996.

Gandía, Enrique de y Rómulo Zabala: *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1936.

Gesualdo, Vicente y otros: *Historia argentina*, tomos I y II, Buenos Aires, océano, 1981.

Levene, Ricardo: *Lecturas históricas argentinas*, Buenos Aires, De Belgrano, 1978.

Luqui Lagleyze, Julio A.: *Sencilla historia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Librerías turísticas, 1998.

Pinasco, Eduardo: *Hombres de la historia del puerto de Buenos Aires en el período colonial*, Buenos Aires, Diab, 1972.

Trabucco, Federico: *Guía* índice *de la historia argentina*, Buenos Aires, Vimar, 1947.

Villeco, Miguel: *Cronologías para una historia de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2000.

Vizoso Gorostiaga, Manuel: *Diccionario y cronología histórica americana*, Buenos Aires, Ayacucho, 1947.

Zinny, Antonio: *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Huemul, 1921.

1 a 3.

Alonso Piñeiro, Armando: *Cronología histórica argentina*, Buenos Aires, Depalma, 1981.

Alonso Piñeiro, Armando: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*, Buenos Aires, Depalma, 1984.

Barros Arana, Diego: *Historia de América*, Buenos Aires, Cabaut, 1910.

Bosch, Felipe: *Historia del antiguo Buenos Aires*, Buenos Aires, A

lborada, 1971.
Dumas, Alejandro: *La Nueva Troya*, Buenos Aires, Marea, 2005.
Fitte, Ernesto: *Hambre y desnudeces en la conquista del* Río *de la Plata*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1980.
Fonderbrider, Jorge (comp.): *La Buenos Aires ajena*, Buenos Aires, Emecé, 2001.
Gallez, Paul: *Cristóbal de Haro*, Bahía Blanca, Instituto Patagónico, 1991.
Gandía, Enrique de: *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Buenos Aires, Centro Difusor del Libro, 1946.
Gandía, Enrique de: *Los* ú*ltimos cruzados*, Buenos Aires, Kraft, 1942.
González, Julio V.: *Historia argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1957.
Gutiérrez, Guillermo: *Nuestra historia argentina*, Madrid, oriente, 1981.
Lanata, Jorge: *Argentinos*, Buenos Aires, Ediciones B, 2002.
O'Donnell, Pacho: *El rey blanco*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
O'Donnell, Pacho: *Los héroes malditos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
Pigna, Felipe: *Los mitos de la historia argentina*, Buenos Aires, Norma, 2004.
Rojas Paz, Pablo: *Biografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Atlántida, 1951.

4.

Fitte, E.: o. cit. Gandía, E. de: *Los* últimos *cruzados*.
Lanata, J.: o. cit. O'Donnell, P.: *El rey blanco*. Pigna, F.: o. cit.
Puccia, Enrique: *Barracas, su historia y sus tradiciones*, Buenos Aires, Compañía General Fabril Financiera, 1968.

5.

Barros Arana, D.: o. cit. Bosch, F.: o. cit.
Gandía, Enrique de: *Problemas indígenas americanos*, Buenos Aires, Emecé, 1943.
Fitte, E.: o. cit. Fonderbrider, J.: o. cit. Lanata, J.: o. cit.
Mujica Láinez, Manuel: *Misteriosa Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 1982.
O'Donnell, P.: *El rey blanco*. Pigna, F.: o. cit.
Puccia, E.: o. cit. Salduna, Horacio: *Amores en la historia argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
Vidal, E. E.: *Buenos Aires y Montevideo*, Buenos Aires, Mitchell's English Book Store, 1944.

6.

Binayán Carmona, Narciso: *Historia genealógica argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1999.

Busaniche, José Luis: *Estampas del pasado*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

Cordero, Héctor Adolfo: *Cómo era Buenos Aires*, Buenos Aires, Plus ultra, 1980. Fitte, E.: o. cit.

Furlong, Guillermo: *Historia social y cultural del Río de la Plata*, Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1969.

Gutiérrez, G.: o. cit. O'Donnell, P.: *El rey blanco*.

Salas, Alberto: *Tiempo de Indias*, *tiempo de Buenos Aires*, Buenos Aires, Plus ultra, 1983.

7.

Barros Arana, D.: o. cit.

Busaniche, J. L.: o. cit.

Deleis, Mónica, Ricardo De Titto y Diego Arguindeguy: *Cartas que hicieron historia*, Buenos Aires, Aguilar, 2001.

Gandía, E. de: *Los* últimos *cruzados*. González, J. V.: o. cit.

Gutiérrez, G.: o. cit.

O'Donnell, P.: *El rey blanco*.

8.

Busaniche, J. L.: o. cit.

Gandía, E. de: *Los* últimos *cruzados*.

Gandía, E. de: *Problemas indígenas americanos*.

González, J. V.: o. cit.

Gutiérrez, G.: o. cit.

Levillier, Roberto (comp.): *Correspondencia de la Ciudad de Buenos Aires con los reyes de España*, Buenos Aires, Municipalidad de Buenos Aires, 1915.

O'Donnell, P.: *El rey blanco*.

Rojas Paz, P.: o. cit.

9.

Barros Arana, D.: o. cit.

Cartier, R aymond: *Europa a la conquista de América*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1959.

Gutiérrez, G.: o. cit.

10.

Barros Arana, D.: o. cit.

Busaniche, J. L.: o. cit.

Cartier, R.: o. cit.
González, J. V.: o. cit.
González Ruiz, Felipe: *De La Florida a San Francisco*, Buenos Aires, Ibero-Americana, 1949.
Gutiérrez, G.: o. cit.
O'Donnell, P.: *El rey blanco*.
O'Donnell, P.: *Los héroes malditos*.

11.
Busaniche, J. L.: o. cit.
Gandía, E. de: *Los* último*s cruzados*.
Gesualdo, V. y otros: *Historia argentina*, tomo I.
González, J. V.: o. cit.
Rojas Paz, P.: o. cit.

12.
Carreño, Virginia: "La primera estancia del Río de la Plata tiene cuatro siglos", *Anales de la S.R.A.* (1971).
Cordero, H. A.: *Cómo era BuenosAires*.
Fitte, E.: o. cit.
Livacich, Serafín: *Notas históricas*, Buenos Aires, s/e, 1916.
O'Donnell, P.: *Los héroes malditos*.
Sosa De Newton, Lily: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Buenos Aires, Plus ultra, 1980.
Sosa De Newton, Lily: *Las argentinas de ayer a hoy*, Buenos Aires, Zanetti, 1967.

13.
Blanco Acevedo, Pablo: *El gobierno colonial en el Uruguay*, Montevideo, Casa Barreiro y Ramos, 1944.
Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.
Dumas, A.: o. cit.
Fitte, E.: o. cit. Furlong, G.: *Historia social y cultural del* Río *de la Plata*.
González, J. V.: o. cit.
Editorial Abril: *Hombres y hechos en la historia argentina*, Buenos Aires, 1972.
Salduna, H.: o. cit.

14.
Alonso Piñeiro, A.: *Cronología histórica argentina*.
Barros Arana, D.: o. cit.
Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.

Gutiérrez, G.: o. cit.
Rojas Paz, P.: o. cit.
Salduna, H.: o. cit.
Sosa De Newton, L.: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*.

15.

Alonso Piñeiro, A.: *Cronología histórica argentina*.
Barros Arana, D.: o. cit.
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*, Buenos Aires, Plus ultra, 1978.
Cutolo, Vicente: *Historia de los barrios de Buenos Aires*, Buenos Aires, Elche, 1998.
Gandía, E. de: *Problemas indígenas americanos*.
Larroca, Jorge: *San Cristóbal, el barrio olvidado*, Buenos Aires, Freeland, 1969.
Lanata, J.: o. cit.
Lozier Almazán, Bernardo: *El arcón de los recuerdos*, Carta Abierta, 1995, tomo I.
Llanes, Ricardo: *Biografía de la avenida Santa Fe*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1978.
Mujica Láinez, M.: o. cit.
Sosa De Newton, L.: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*.
Vigil, Carlos: *Los monumentos y lugares históricos de la Argentina*, Buenos Aires, Atlántida, 1977.

16.

Alonso Piñeiro, A.: *Cronología histórica argentina*.
Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*.
Alonso Piñeiro, Armando: “una calabaza salvó a Buenos Aires”, *Historia*, 5 (1982).
Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.
Gandía, E. de: *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*.
Gutiérrez, R amón y Sonia Berjman: *La Plaza de Mayo*, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1995.
Gutiérrez Carbó, Arturo: “Nuestra Señora de los Buenos Aires”, *Revista Nacional de Cultura*, 6 (1980).
Lanata, J.: o. cit.
Luqui Lagleyze, Julio A: “Errare humanum est”, *Todo es Historia*, 130 (1978).
O’Donnell, P.: *El rey blanco*.
Rodríguez, Adolfo Enrique: *Historia de la Policía Federal Argentina*,

Buenos Aires, Editorial Policial, 1999.

17.

Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen.*

Battolla, Octavio: *La sociedad de antaño*, Buenos Aires, Emecé, 2000.

Bilbao, Manuel: *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Ferrari, 1934.

Bosch, F.: o. cit.

Fitte, E.: o. cit. Gandía, Enrique de: *Las ideas políticas en la* época *hispana*, Buenos Aires, Depalma, 1960.

García, Juan Agustín: *La ciudad indiana*, Buenos Aires, Eudeba, 1966.

Giberti, Horacio: *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

Gutiérrez, G.: o. cit.

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.

Herz, Enrique: *Historia de la Plaza Lavalle*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1978.

Lafuente Machain, Ricardo de: *El barrio de Santo Domingo*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1968.

Levillier, R. (comp.): o. cit.

18.

Bosch, F.: o. cit.

Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.

Jaimes Repide, Julio: *Paseos evocativos por el viejo Buenos Aires*, Buenos Aires, Peuser, 1936.

Jasca, Adolfo: *Las iglesias de Buenos Aires*, Buenos Aires, Itinerarium, 1993.

Lafuente Machain, R. de: o. cit.

Lanata, J.: o. cit.

Livacich, S.: o. cit.

Vigil, C.: o. cit.

19.

Battolla, O.: o. cit.

Bilbao, M.: o. cit.

Bosch, F.: o. cit.

Carretero, Andrés: *Vida cotidiana en Buenos Aires*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Concolorcorvo: *El lazarillo de los ciegos caminantes*, Buenos Aires, Emecé, 1997.

Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.
Fonderbrider, J.: o. cit.
García, J. A.: o. cit.
Giberti, H.: o. cit.
Gutiérrez, R. y Sonia Berjman: o. cit.
Lafuente Machain, R. de: o. cit.
Vidal, E. E.: o. cit.
Wilde, José: *Buenos Aires desde 70 años atrás*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

20.
Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*.
Casella De Calderón, Elisa: "A l norte la Catedral. A l oeste el Cabildo", *Buenos Aires nos cuenta* (Buenos Aires), 16 (2000).
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.
Jaimes Repide, J.: o. cit.
Jasca, A.: o. cit.
Lanata, J.: o. cit.
Levillier, R. (comp.): o. cit.
Livacich, S.: o. cit.
O'Donnell, P.: *El rey blanco*.
Vigil, C.: o. cit.

21.
Bilbao, M.: o. cit.
Cignoli, Francisco: "El exting uido Cabildo bonaerense", en *VI Congreso Internacional de Historia de América*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1982.
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
Fitte, E.: o. cit.
Fonderbrider, J.: o. cit.
Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plata*.
Ottsen, Henrich: *Un buque holandés en América del Sur*, Buenos Aires, Huarpes, 1945.

22.
Levillier, R. (comp.): o. cit.
Deleis, M., R. de Titto y D. Arguindeguy: o. cit.
Fitte, E.: o. cit.

Gandía, E. de y R. Zabala: o. cit.
O’Donnell, P.: *Los héroes malditos*.
Ottsen, H.: o. cit.

23.

Casella De Calderón, Elisa: “Plaza de Mayo”, *Buenos Aires nos cuenta* (Buenos Aires), 17 (2000).
Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.
Gammalsson, Hialmar Edmundo: *El virrey Cevallos*, Buenos Aires, Plus ultra, 1976.
Gammalsson, Hialmar Edmundo: *Vetustos relatos porteños*, Buenos Aires, Biblos, 1989.
Gracián, Leopoldo: “Por unas prendas de vestir fue vendida la Recoleta”, ¡Aquí *está!* (Buenos Aires) (18.1.1945).
Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit. “La calle Hipólito Yrigoyen”, *Guía Cultural de Buenos Aires*, 86 (1977).
Lafuente Machain, R. de: o. cit.
Livacich, S.: o. cit.
Luqui Lagleyze, Julio A: “Sangre de reyes en Buenos Aires”, *Todo es Historia*, 88 (1974).
Hanon, Maxine: *Las quintas de Retiro a Recoleta*, Buenos Aires, El Jagüel, 2000.
Jaimes Repide, J.: o. cit.
Quiroga Micheo, Ernesto: “El hermano Bernardo, el gran pecador”, *Todo es historia* (Buenos Aires), 312 (1993).
Vigil, C.: o. cit.
Villafañe Bombal, Elba: *Itinerario histórico de la Recoleta*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1978.

24.

Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen.*
Cignoli, F.: o. cit.
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
Jaimes Repide, J.: o. cit.
Prestigiacomo, R aquel y Fabián Uccello: *La pequeña aldea*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
Wilde, J.: o. cit.

25.

Casella De Calderón, E.: “A l norte la Catedral. A l oeste el Cabildo”.
Casella De Calderón, E.: “Plaza de Mayo”.
García, J. A.: o. cit.

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.
Lafuente Machain, R. de: o. cit.
Livacich, S.: o. cit.

26.
Binayán Carmona, N.: o. cit.
Bosch, F.: o. cit.
Carreño, Virginia: “La primera Representación de los Hacendados”, *Anales de la S.R.A*. (1972).
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
García, J. A.: o. cit.
Lanata, J.: o. cit.
O’Donnell, P.: *El rey blanco*.
Pigna, F.: o. cit.
Rojas Paz, P.: o. cit.

27.
Bilbao, M.: o. cit.
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
Jaimes Repide, J.: o. cit.
Lanata, J.: o. cit.
Lafuente Machain, R. de: o. cit.
Livacich, S.: o. cit.
Wilde, J.: o. cit.

28.
Archivo General de la Nación: *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*.
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
Ortelli, R aúl: *En tiempos de la Colonia*, Buenos Aires, Instituto Amigos del Libro Argentino, 1969.
Lanata, J.: o. cit.
Gandía, E. de y R. Zabala: o. cit.

29.
Alonso Piñeiro, A.: *Cronología histórica argentina*.
Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*.
Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
Furlong, G.: *Historia social y cultural del* Río *de la Plata*.
O’Donnell, P.: *El rey blanco*.
Pigna, F.: o. cit.

Prestigiacomo, R. y F. Uccello: o. cit.

30.

Battolla, O.: o. cit.

Bosch, F.: o. cit.

Casella De Calderón, E.: “A l norte la Catedral. A l oeste el Cabildo”.

Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.

Lafuente Machain, R. de: o. cit.

Luqui Lagleyze, Julio A: “Las calles de la Trinidad”, *Todo es Historia*, 114 (1976).

31.

Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.

García, J. A.: o. cit.

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.

Jaimes Repide, J.: o. cit.

Lafuente Machain, R. de: o. cit.

Pigna, F.: o. cit.

32.

Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*.

Balmaceda, Daniel: *Espadas y corazones*, Buenos Aires, Marea, 2004.

Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos*

Aires. Lafuente Machain, R. de: o. cit.

Lanata, J.: o. cit.

Rodríguez, A. E.: o. cit.

Romay, Francisco: *Historia de la Policía Federal Argentina*, Buenos Aires, Biblioteca Policial, 1964.

33.

Archivo General de la Nación: *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*.

34.

García, J. A.: o. cit.

Livacich, S.: o. cit.

Luna, Félix: *Segunda fila, Buenos Aires*, Planeta, 1999.

Scenna, Miguel ángel: “Jacinto de Láriz, el gobernador loco”, *Todo es Historia*, 17 (1968).

Tiscornia, Ruth: “La ciudad de los dos escudos”, *Revista Nacional de Cultura*, 6 (1980).

35.

Fonderbrider, J.: o. cit.

Massiac, Barthélemy de: *Plan francés de conquista de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé, 1999.

36.

Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen.*

Bosch, F.: o. cit.

Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del* Río *de la Plata*.

Jaimes Repide, J.: o. cit.

Lafuente Machain, R. de: o. cit.

Larroca, J.: o. cit.

Lanata, J.: o. cit.

Livacich, S.: o. cit.

37.

Casella De Calderón, E.: "A l norte la Catedral. Al oeste el Cabildo".

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*. Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.

Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.

Jaimes Repide, J.: o. cit.

Lafuente Machain, R. de: o. cit.

O'Donnell, P.: *El rey blanco*.

Vigil, C.: o. cit.

38.

Archivo General de la Nación: *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*.

Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.

39.

Bilbao, M.: o. cit.

Bosch, F.: o. cit.

Casella De Calderón, E.: "Al norte la Catedral. Al oeste el Cabildo".

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.

Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*. "El Cabildo de Buenos Aires", Guía Cultural de Buenos Aires, 96 (1978).

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.

Jaimes Repide, J.: o. cit.

Lanata, J.: o. cit.

Vigil, C.: o. cit.
Wilde, J.: o. cit.

40.
Editorial Abril: *Hombres y hechos en la historia argentina*.
Ortelli, R.: o. cit.
Riopedro, Manuel: “El encomendero y la hechicera”, *Todo es Historia*, 5 (1967).

41.
Archivo General de la Nación: *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*.
Cignoli, F.: o. cit.
Concolorcorvo: o. cit.
Gandía, E. de y R. Zabala: o. cit.

42.
Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.
O’Donnell, P.: *El rey blanco*. Pigna, F.: o. cit.
Zinny, Antonio: *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas, Buenos Aires*, Huemul, 1921.

43.
Battolla, O.: o. cit.
Carretero, Andrés: “Los Parientes”, *Clarín* (8.5.1973).
Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.
Fonderbrider, J.: o. cit.
Furlong, G.: *Historia social y cultural del* Río *de la Plata*.
Gandía, Enrique de: *Las ideas políticas de Martín de* Álzaga, Buenos Aires, Depalma, 1962.
Luqui Lagleyze, Julio A: “La Hermandad de la Santa Caridad”, *Todo es Historia*, 106 (1976).
Jasca, A.: o. cit.
Jáuregui Rueda, Carlos: *Matrimonios de la Catedral de Buenos Aires*. 1747-1823, Buenos Aires, Fuentes Históricas y Genealógicas Argentinas, 1989.
Rosas Lanata, B. E.: “Las pestes en Buenos Aires”, *Atlántida* (5.5.1932).

44.
Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*.
Bilbao, M.: o. cit.

Concolorcorvo: o. cit.

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*. Facultad de Filosofía y Letras: *Documentos para la historia del Virreinato del* Río *de la Plata*, Buenos Aires, 1912.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plata*.

Furlong, G.: *Músicos argentinos durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes, 1945.

Jaimes Repide, J.: o. cit.

Pillado, José Antonio: “Los bailes, los corrales de comedias, otros entretenimientos en Buenos Aires”, en *Mayo, su filosofía, sus hechos, sus hombres*, Buenos Aires, Concejo Deliberante de Buenos Aires, 1960.

Vigil, C.: o. cit.

45.

Battolla, O.: o. cit.

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*. Dumrauf, Clemente: “La caminata de Hilario Tapary”, *Todo es Historia*, 55 (1971).

Fonderbrider, J.: o. cit. Furlong, Guillermo: “El cacique Cangapol llamado ‘El Bravo’”, *Buenos Aires Revista de Humanidades* (Buenos Aires), 2 (1962).

Lafuente Machain, R. de: o. cit.

Mitre, Bartolomé: *Obras completas*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1949.

Wilde, J.: o. cit.

46.

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*. “un Alférez Real excesivamente violento”, *Historia* (Buenos Aires), 6 (1956).

47.

Alonso Piñeiro, A.: *Cronología histórica argentina.*

Canclini, Arnoldo: *Malvinas. Su historia en historias*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Deleis, M., R. de Titto y D. Arguindeguy: o. cit.

Fonderbrider, J.: o. cit.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plat*a.

Gutiérrez, G.: o. cit.

48.

Battolla, O.: o. cit.

Casella De Calderón, E.: “A l norte la Catedral. A l oeste el Cabildo”.

Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires.*

Ibáñez Padilla, Alberto: *Una reina en el barrio Congreso*, Buenos

Aires, Municipalidad de Buenos Aires, 1970.
Jaimes Repide, J.: o. cit.
Jáuregui Rueda, C.: o. cit.
Lozier Almazán, Bernardo: *El arcón de los recuerdos*, Buenos Aires, Carta A bierta, 2000, T. V.
Radaelli, Sigfrido: *Los virreyes del Plata*, Buenos Aires, Perrot, 1959.
Wilde, J.: o. cit.

49.
Alonso Piñeiro, A.: *Cronología histórica argentina*.
Barba, Enrique: *Don Pedro de Cevallos*, Buenos Aires, Rioplatense, 1978.
Bazán, Osvaldo: *Historia de la homosexualidad en la Argentina*, Buenos Aires, Marea, 2004.
Binayán Carmona, N.: o. cit.
Casella De Calderón, E.: "Al norte la Catedral. Al oeste el Cabildo".
Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.
Facultad de Filosofía y Letras: o. cit.
Gammalsson, H. E.: *El virrey Cevallos*.
Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.
Gandía, Enrique de: *Las ideas políticas de Martín de* Álzaga, Buenos Aires, Depalma, 1962.
Gandía, E. de: *Las ideas políticas en la* época *hispana*.
Gutiérrez, G.: o. cit.
Obligado, Pastor: *Tradiciones de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.
Radaelli, S.: o. cit.
Rojas Paz, P.: o. cit.

50.
Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*.
Battolla, O.: o. cit.
Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.
Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.
Facultad de Filosofía y Letras: o. cit.
Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plata*.
Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.
Jaimes Repide, J.: o. cit.
Lafuente Machain, R. de: o. cit.
R adaelli, S.: o. cit.
Rojas Paz, P.: o. cit.

Vidal, E. E.: o. cit.
Wilde, J.: o. cit.

51.

Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*.

Bilbao, M.: o. cit. “Buenos Aires en cinco tiempos”, *Guía Cultural de Buenos Aires*, 124 (1980).

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.

Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plata*.

Furlong, G.: *Músicos argentinos durante la dominación hispánica*.

Gesualdo, Vicente: “Mariano Pablo Rosquellas, fundador del teatro lírico en Buenos Aires”, *Historia*, 25 (1961).

Jaimes Repide, J.: o. cit.

Klein, Teodoro: “El Teatro de la Ranchería”, *Todo es Historia*, 187 (1982).

Lanata, J.: o. cit.

Pillado, J. A.: o. cit.

R adaelli, S.: o. cit.

Romay, Francisco: *Las milicias del fuego*, Buenos Aires, Ediciones Históricas Argentinas, 1955.

Wilde, J.: o. cit.

52.

Alonso Piñeiro, A.: *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*.

Cignoli, F.: o. cit.

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plata*.

Prestigiacomo, R. y F. Uccello: o. cit.

Radaelli, S.: o. cit.

Wilde, J.: o. cit.

53.

Deleis, M., R. de Titto y D. Arguindeguy: o. cit.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plata*.

Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.

Gutiérrez, Juan María: *Escritos históricos y literarios*, Buenos Aires, Jackson, 1945.

Livacich, S.: o. cit.

Radaelli, S.: o. cit.

54.

Battolla, O.: o. cit.

Bilbao, M.: o. cit.

García Belsunce, César: *Buenos Aires. Salud y delito*. Buenos Aires, Banco Internacional y Banco unido de Inversión, 1977.

Gutiérrez, J. M.: o. cit.

Romay, F.: *Historia de la Policía Federal Argentina.*

55.

Alonso Piñeiro, A.: *Cronología histórica argentina*.

Busaniche, J. L.: o. cit.

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.

Furlong, G.: *Músicos argentinos durante la dominación hispánica*.

Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños.*

Nellar, Fued: *Reseña histórica y orgánica del Ejército argentino*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1972.

Radaelli, S.: o. cit.

56.

Alonso Piñeiro, A.: *Cronología histórica argentina*.

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.

Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.

Deleis, M., R. de Titto y D. Arguindeguy: o. cit.

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.

Palcos, Alberto: *La visión de Rivadavia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1936.

Pigna, F.: o. cit.

Rodríguez, A. E.: o. cit.

Romay, F.: *Historia de la Policía Federal Argentina*.

57.

García Belsunce, César: *Buenos Aires, su gente*, Buenos Aires, Ediciones del Banco Internacional y Banco unido de Inversión, 1977.

Facultad de Filosofía y Letras: o. cit.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plata*.

Yoacham, Alberto: *José Francisco de San Martín y Matorras*, Santiago de Chile, Universidad Católica, 1966.

Gandía, E. de y R. Zabala: o. cit.

58.

Luqui Lagleyze, Julio A: “El cabildo que fue escenario de Mayo”, *Todo es Historia*, 96 (1975).

Mujica Láinez, M.: o. cit.

Rojas Paz, P.: o. cit.

Salas, A.: o. cit.

59.

Groussac, P.: *Santiago de Liniers*, Buenos Aires, Estrada, 1965.

Gutiérrez, G.: o. cit.

Jáuregui Rueda, C.: o. cit.

Lozier Almazán, B.: *Liniers y su tiempo*.

Luca, Rubén Mario de: *Historia de los apellidos argentinos*, Buenos Aires, Skorpios, 1998.

Mayo, Carlos A.: *Porque la quiero tanto*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

Nellar, F.: o. cit.

Vigil, Carlos: o. cit.

60.

Archivo General de la Nación: *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*.

Alonso Piñeiro, A.: *Dramas y esplendores de la historia argentina*, Buenos Aires, Platero, 1974.

Zapicua: "Suspenso para un ahorcado", *Historia*, 25 (1961).

61.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del Río de la Plata*.

Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.

Gesualdo, V. y otros: *Historia argentina*, tomo I.

López, Vicente Fidel: *Panoramas y retratos históricos*, Buenos Aires, Jackson, s/f.

Palcos, Alberto: o. cit.

Quiroga, Marcial: *Manuel Moreno*, Buenos Aires, Eudeba, 1972.

Radaelli, S.: o. cit.

Sanguinetti, Horacio: "El colegio de la patria", *Todo es Historia*, 19 (1968).

62.

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.

Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del* Río *de la Plata*.

Jaimes Repide, J.: o. cit.

Jasca, A.: o. cit.

Vigil, C.: o. cit.

63.

Battolla, O.: o. cit.

Casella de Calderón, Elisa: “Plaza de Mayo”, *Buenos Aires nos cuenta* (Buenos Aires), 17 (2000).

Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.

Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.

Jáuregui Rueda, C.: o. cit.

Lozier Almazán, Bernardo: *El arcón de los recuerdos*, Buenos Aires, Carta Abierta, 1999, tomo IV.

Mariluz Urquijo, José: *El Virreinato del Río de la Plata en la época del Marqués de Avilés*, Buenos Aires, Plus ultra, 1988.

Radaelli, S.: o. cit.

64.

Cordero, H. A.: *Cómo era Buenos Aires*.

Del Pino, Diego A.: *Sencilla historia de Villa Crespo*, Buenos Aires, Librerías turísticas, 1997.

Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.

González, J. V.: o. cit.

Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.

Mariluz Urquijo, J.: o. cit.

R adaelli, S.: o. cit.

65.

Cordero, H. A.: *El primitivo Buenos Aires*.

Gammalsson, Hialmar Edmundo: “Crónica de un verdugo”, *Historia* (Buenos Aires) (1983).

Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.

García Belsunce, C.: *Buenos Aires. Salud y delito*.

Lozier Almazán, B.: *El arcón de los recuerdos*, tomo V.

Romay, F.: *Historia de la Policía Federal Argentina*.

Vigil, C.: o. cit.

66.

Battolla, O.: o. cit.

Bilbao, M.: o. cit.

Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*. “El viático”, *Guía Cultural de Buenos Aires*, 96 (1978).

Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.

García, Flavio: “Los acontecimientos rioplatenses a través del historial de servicios de Juan Ángel Michelena y de José Ramón obregón y Francos”, *Historia* (Buenos Aires), 6 (1956).

Hanon, M.: o. cit.

Llanes, R.: o. cit.

Jasca, A.: o. cit.
Jáuregui Rueda, C.: o. cit.
R adaelli, S.: o. cit.
Sosa de Newton, L.: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*.
Sosa de Newton L.: *Las argentinas de ayer a hoy*.
Vigil, C.: o. cit.
Villafañe Bombal, E.: o. cit.

67.
Barreda, Rafael: *Crónicas. El príncipe bandido*, Buenos Aires, Biblioteca Rafael Barreda, 1914. "El ingenio de un preso", *Historia*, 9 (1957).
García Belsunce, C.: *Buenos Aires. Salud y delito*.
Gutiérrez, R. y S. Berjman: o. cit.
Lockhart, Washington: *La vida cotidiana en la Colonia*, Canelones (Uruguay), Arca, 1967.
Romay, F.: *Historia de la Policía Federal Argentina*.

68.
"Un Alférez Real excesivamente gordo", *Historia* (Buenos Aires), 6 (1956).

69.
Cutolo, V.: *Historia de los barrios de Buenos Aires*.
Jasca, A.: o. cit.
Lafuente Machain, R. de: o. cit.
Luca, R. M. de: o. cit.
Palcos, A.: o. cit.
Sosa de Newton, L.: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*.
Vigil, C.: o. cit.

70.
Balmaceda, D.: o. cit.
Bioschoff, Efraín: "Sobremonte: el gran calumniado", *Todo es Historia*, 6 (1967).
Deleis, M., R. de Titto y D. Arguindeguy: o. cit.
Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.
Groussac, Paul: o. cit.
Lozier Almazán, Bernardo: *Liniers y su tiempo*, Buenos Aires, Emecé, 1989.
Pigna, F.: o. cit. Pueyrredon, Carlos: *En tiempos de los virreyes*, Buenos Aires, Rosso, 1932.
Radaelli, S.: o. cit.

71.
Battolla, O.: o. cit.
Groussac, P.: o. cit.
Lozier Almazán, B.: *Liniers y su tiempo*.
Pigna, F.: o. cit.
Wiñazki, Miguel.: *Sobremonte, una historia de codicia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

72.
Lozier Almazán, Bernardo: *Beresford*, Buenos Aires, Galerna, 1994.
Wiñazki, M.: o. cit.

73.
Furlong, G.: *Historia social y cultural del* Río *de la Plata*.
Groussac, P.: o. cit.
Lozier Almazán, B.: *Beresford*.
Pigna, F.: o. cit.
Vigil, C.: o. cit.
Wiñazki, M.: o. cit.

74.
Battolla, O.: o. cit.
Benarós, León: "Beresford exporta las dulceras de plata", *Todo es Historia*, 72 (1973).
Bilbao, M.: o. cit.
Gandía, E. de: *Las ideas políticas de Martín de* Álzaga.
Gillespie, Alexander: *Buenos Aires y el interior*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
Lafuente Machain, R. de: o. cit.
Lozier Almazán, B.: *Beresford*.
Lozier Almazán, B.: *Liniers y su tiempo*.
Pueyrredon, C.: o. cit.
Sosa de Newton, L.: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*.

75.
Alonso Piñeiro, A.: *Dramas y esplendores de la historia argentina*.
Battolla, O.: o. cit.
Cutolo, Vicente: "Madame Perichón y su familia", *Todo es Historia*, 103 (1975).
Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.
Gandía, E. de: *Las ideas políticas de Martín de* Álzaga.
Groussac, P.: o. cit. López, V. F.: o. cit.
Lozier Almazán, B.: *Liniers y su tiempo*.

Pigna, F.: o. cit.

Pueyrredon, C.: o. cit.

Sosa de Newton, L.: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*.

Uzal, Francisco H.: “Anita Perichón, la Mata Hari colonial”, *Todo es Historia*, 10 (1968).

Wiñazki, M.: o. cit.

76.

Cutolo, Vicente Osvaldo: *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Elche, 1968.

77.

Bilbao, M.: o. cit.

Busaniche, J. L.: o. cit.

Ferla, Salvador: *Historia argentina con drama y humor*, Buenos Aires, Granica, 1974.

Gandía, E. de: *Las ideas políticas de Martín de* Álzaga.

Groussac, P.: o. cit.

Lozier Almazán, B.: *Liniers y su tiempo*.

Pigna, F.: o. cit.

Pueyrredon, C.: o. cit.

78.

Bilbao, M.: o. cit.

García Belsunce, C.: *Buenos Aires. Salud y delito*.

Prestigiacomo, R. y F. Uccello: o. cit.

Romay, Francisco: “un documento curioso”, *Historia*, 14 (1958).

79.

Barrios Vallejo, F.: “Doña Inés Gastambide, última virreina del Río de la Plata”, ¡Aquí *está!* (Buenos Aires) (28.7.1944).

Cánepa, Alejandro Rómulo: *La justicia del virrey*, Buenos Aires, Bayardo, 1923.

Gammalsson, H. E.: *Vetustos relatos porteños*.

Gandía, E. de: *Las ideas políticas de Martín de* Álzaga.

Lozier Almazán, B.: *Liniers y su tiempo*.

Pigna, F.: o. cit.

Radaelli, S.: o. cit.

80.

Archivo General de la Nación: *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*.

Archivo General de la Nación: Índice *del Archivo de Gobierno de*

Buenos Aires.

Balmaceda, D.: o. cit.

Ceres, Hernán: “viejo vicio: la ruleta”, *Todo es Historia*, 9 (1968).

Cignoli, F.: o. cit.

Deleis, M., R. de Titto y D. Arguindeguy: o. cit.

García Belsunce, C.: *Buenos Aires. Salud y delito*.

Furlong, G.: *Historia social y cultural del* Río *de la Plata*.

Gandía, Enrique de: *Historia del 25 de Mayo*, Buenos Aires, Claridad, 1960.

Gandía, Enrique de: *Hombres de Mayo*, Buenos Aires, Depalma, 1965.

Gandía, E. de: *Las ideas políticas de Martín de* Álzaga.

Lockhart, W.: o. cit.

Mallié, Augusto (comp.): *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la* época, Buenos Aires, Comisión de 150 aniversario de la Revolución de Mayo, 1965.

Núñez, Ignacio: *Noticias históricas*, Buenos Aires, Orientación Cultural, 1952.

Pereda, Setembrino: *La revolución de Mayo*, Montevideo, Editor Alberto Ayala, 1928.

Pueyrredon, C.: o. cit.

Raffo De La Reta, Julio César: *Historia de Juan Martín de Pueyrredon*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1949.

Vigil, C.: o. cit.

Daniel Balmaceda nació en Buenos Aires en 1962. Es periodista graduado en la Universidad Católica Argentina y ocupó distintos cargos en las redacciones de las revistas *Noticias, El Gráfico, Aire Libre, La Primera, Idiomanía* y el suplemento escolar *Cole Club*, entre otras; además de publicar colaboraciones en diversos diarios del interior del país. Fue editor de *Periódicos de la Historia*, un material realizado especialmente para los colegios. En televisión, fue coordinador de producción de *Móvil 13* y *Perdona Nuestros Pecados*, productor periodístico de *Televicio*. Es miembro titular y vitalicio de la Sociedad Argentina de Historiadores y miembro de la Unión de Cóndores de las Américas. Presidió la Fundación Cristóbal Colón entre los años 1989 y 1993.

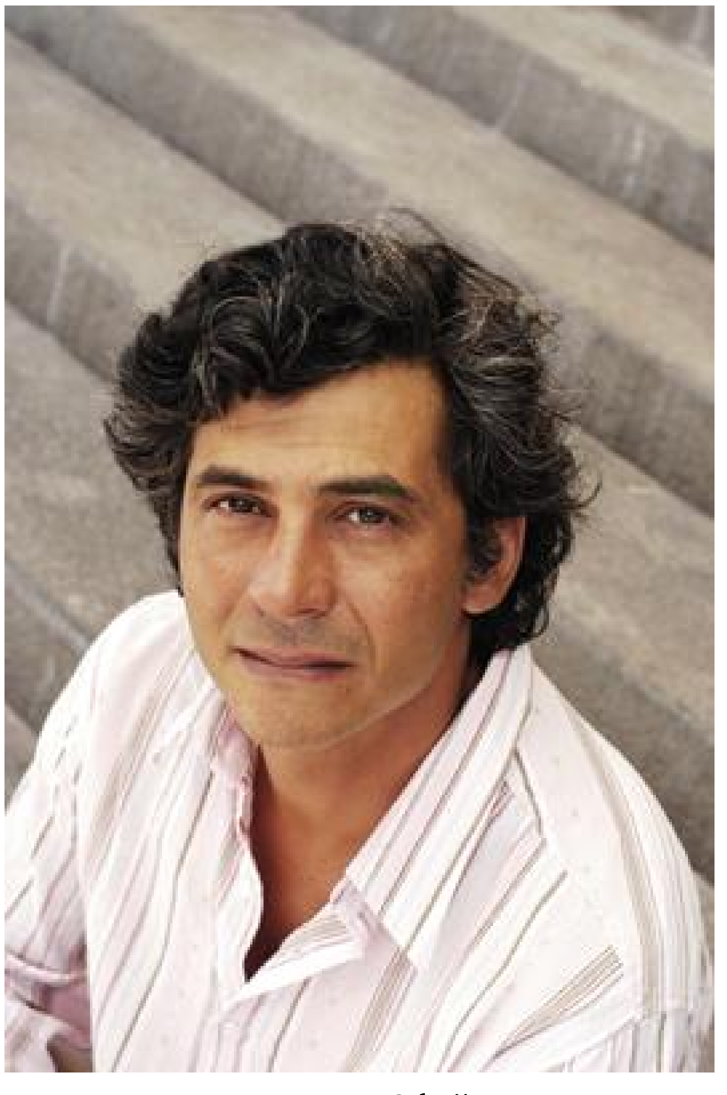


Foto: Rosana Schoijett

Table of Contents